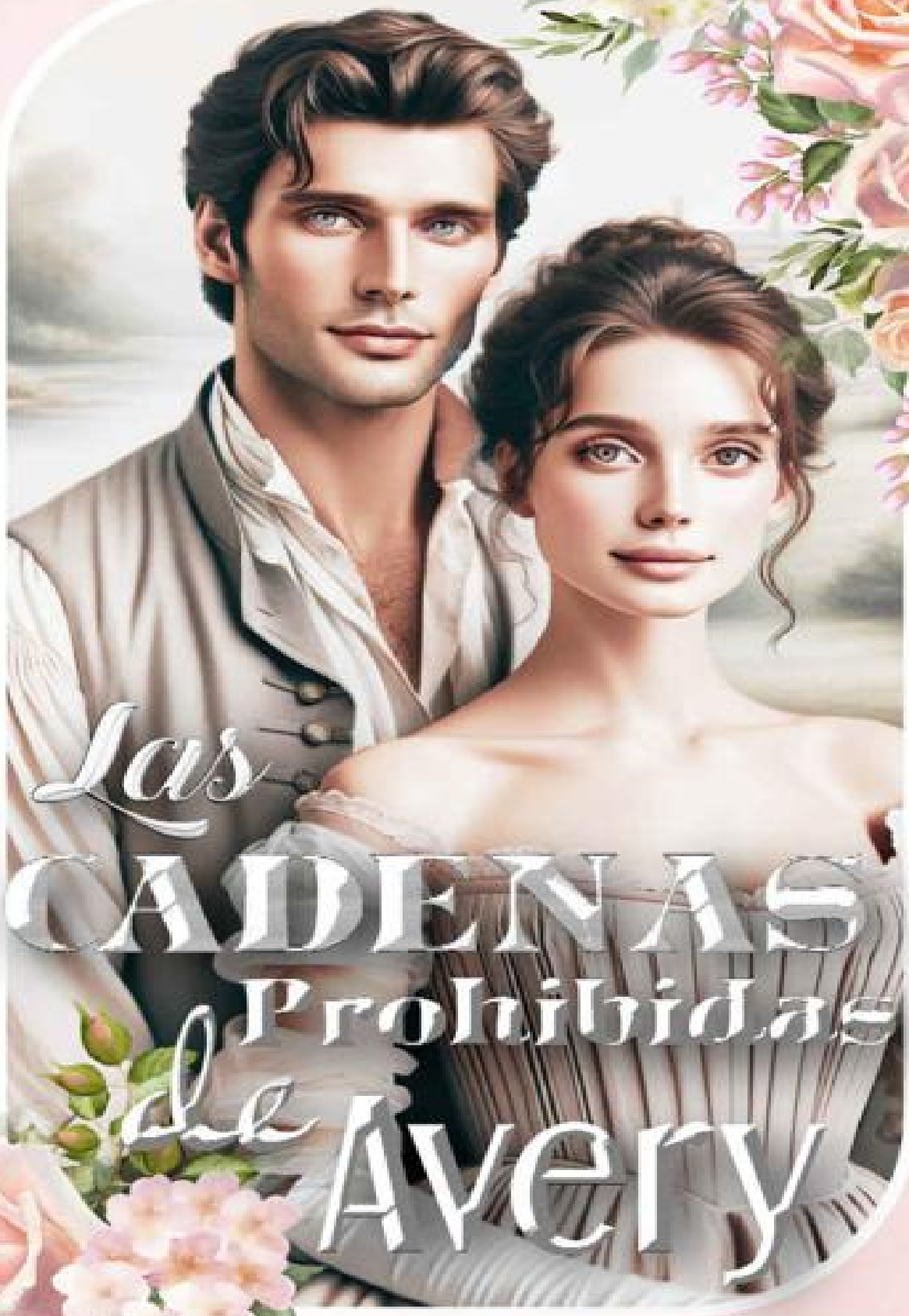


Las Cadenas Prohibidas de Avery

Anne K. Austen



Las cadenas prohibidas de Avery

Anne K. Austen

Título: Las cadenas prohibidas de Avery
© Anne K. Austen
ISBN: 9798884865440
Sello: Independently published

Diseño de cubierta: Anne K. Austen
Maquetación y composición: Anne K. Austen
Corrección: Sara Nogales

@annekausten
booksbyannekausten.com
annekausten@gmail.com
https://www.facebook.com/Anne—K—Austen

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Dedico esta novela a todas esas mujeres que, en algún momento, han tenido que recoger sus pedazos y empezar de cero.

A vosotras, que con un corazón gigante y una fuerza que asombra, habéis dado un paso adelante, incluso cuando el camino era incierto.

A vosotras, que cada día reescribís lo que significa ser valiente, este libro es vuestro.

Índice

Cronología Histórica de Gran Bretaña
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo
Nota de la autora.
Agradecimientos
Bibliografía
Biografía
Otras novelas de la autora

Cronología Histórica de Gran Bretaña

(1750-1850)

1750-1770

- **Economía y Sociedad:** Inicios de la Revolución Industrial.
- **Literatura:** Auge de la novela como género literario.
- **1756-1763:** Guerra de los Siete Años. Británicos contra franceses y españoles, afectando colonias globales.
- **1760:** Jorge III se convierte en rey.

1770-1780

- **Gobierno:** Reinado de Jorge III; comienzan sus problemas de salud mental.
- **Conflictos:** Tensión pre-revolucionaria y Revolución Americana (1775-1783).
- **Literatura:** Publicación de "Fanny Hill" (1748, pero su influencia perdura). Inicios de la literatura gótica con "El castillo de Otranto" de Horace Walpole.
- **1775-1783:** Guerra de Independencia de Estados Unidos.

1780-1790

- **Sociedad:** Las Highland Clearances en Escocia comienzan, desplazamiento masivo.
- **Literatura:** Obras del Marqués de Sade destacan en Europa. Publicación de "Los sufrimientos del joven Werther" de Goethe, influyente en Europa.
- **La Ilustración Escocesa,** con figuras como Adam Smith.

1790-1810

- **Conflictos:** Guerras Napoleónicas (1803-1815).
- **Regencia:** Jorge, Príncipe de Gales, actúa como regente (1811-1820) debido a la enfermedad de su padre.
- **Literatura:** Jane Austen publica "Sentido y Sensibilidad" (1811), "Orgullo y Prejuicio" (1813), entre otras. Surge la figura de Lord Byron.

1810-1830

- **Gobierno:** La locura de Jorge III lleva a un período de Regencia por su hijo Jorge, Príncipe de Gales hasta 1820.
- **1820-1830:** Reinado de Jorge IV.
- **Literatura:** Walter Scott publica novelas históricas, influencia en la literatura escocesa y británica.
- **1818:** "Frankenstein" de Mary Shelley.
- **Conflictos:** La Masacre de Peterloo, represión de una protesta por reforma electoral.

1830-1850

- **Gobierno:**
- **1830-1837:** Reinado de Guillermo IV.
- **1837-1901:** Ascenso al trono de la Reina Victoria en 1837, marcando el inicio de la era victoriana.
- **Sociedad:** Reforma de las leyes electorales con la Ley de Reforma de 1832.
- **Literatura:** Charles Dickens y la novela social; proliferación de la literatura dirigida a las clases medias urbanas.
- **Colonias:** Expansión del Imperio Británico y el inicio del dominio colonial en Asia y África.
- **1840s:** La Gran Hambruna en Irlanda.
- **1847:** "Cumbres Borrascosas" de Emily Brontë y "Jane Eyre" de Charlotte Brontë.
- **1848:** Revoluciones en Europa, influencia en pensamiento político y social británico.

Prólogo



La fría bruma de la mañana apenas logra ocultar el oscuro propósito de nuestro viaje.

Mi padre, Russel MacIntyre, me arrastra fuera de la seguridad de nuestra casa, no por afecto ni deseo de mi compañía, sino como una lección cruda sobre las realidades de nuestro mundo.

—Es hora de que veas lo que la avaricia puede causar, Kenna —murmura, su voz cargada con un desprecio que no me es totalmente ajeno, sino más bien dirigido a la memoria de mi madre.

La subasta ilegal se presenta como un antro de desesperación y miseria, un lugar donde la

dignidad se despoja tan fácilmente como las prendas de los vendidos.

A mi padre poco le importa lo inapropiado de mi presencia en tal lugar; si algo, parece disfrutar de mi visible incomodidad.

—Mira bien, hija. Esto es a lo que nos obligan los Campbell con su codicia —señala, con una mirada que escudriña el área donde las cadenas son más abundantes que la esperanza.

A pesar de su usual indiferencia hacia mí, hoy decide que mi presencia tiene un propósito: mostrarme la desolación a la cual puedo caer si no aprendo a navegar las aguas turbulentas de nuestra existencia.

En su visión distorsionada, estar expuesta a la crudeza de la subasta me «espabilará», hará que sea más fuerte o, al menos, menos ingenua, forzándome a endurecerme ante un mundo que no perdona.

Los subastados, despojados de toda su ropa, me obligan a desviar la mirada, sumiéndome en una incomodidad abrumadora.

Mi padre señala a uno de ellos entre la multitud de cuerpos expuestos: un hombre de mirada azul glacial que se clava en mí al acercarnos, cortando el aire frío como un cuchillo. Su presencia es imponente, destacándose no solo por su físico sino por la intensidad que emana de él.

—No los mires como a hombres, Kenna, sino como a bestias —dictamina mi padre con frialdad—. Son meros ladrones, criminales, desertores... Les ofrecemos un destino más misericordioso del que merecen.

Sin embargo, su discurso se diluye ante la intensidad de esos ojos que, incluso en la humillación, desafían al mundo entero.

Algunas de las mujeres presentes murmuran su interés por él, pero para mi padre, la consideración es práctica:

—Es un hombre grande y saludable, perfecto para el trabajo en Glen Noe.

Al mirarlo de nuevo, no puedo evitar analizar su efectivamente envergadura y la aparente fuerza que promete ser de utilidad, no solo en el trabajo sino tal vez, en un sentido que las damas encuentran igualmente atractivo.

Intento desviar la mirada, avergonzada por el espectáculo degradante, pero algo en el porte de Avery me atrae de nuevo.

A pesar de la situación humillante, su figura imponente y la fuerza que irradia capturan la atención general, especialmente de aquellas acostumbradas a mirar con deseo todo aquello que resulte… seductor.

Los músculos de Avery se tensan, delineados y definidos, con venas que recorren sus brazos y muslos, subrayando la tensión que sacude su cuerpo.

La piel, bronceada bajo incontables soles, revelan algunas cicatrices, destacando sobre todo en su espalda, contando historias de dolor y supervivencia.

Su pelo castaño oscuro, empapado por una lluvia fina pero incesante, le cae sobre la frente, enmarcando una mirada fiera y desafiante que contrasta con la oscuridad de una barba espesa que adorna su mandíbula, otorgándole un aspecto rudo, acentuado por la suciedad que no logra ocultar su innegable atractivo.

En este mercado de almas perdidas, mi corazón se contrae ante la paradoja de su aparente poder y su posición vulnerable. La lección que mi padre intenta impartir se pierde en mi creciente conciencia de la injusticia que nos rodea, marcando el inicio de una lucha interna entre lo que he sido enseñada a aceptar y lo que, instintivamente, sé que es incorrecto.

Cuando la subasta da inicio, mi padre, con una determinación que apenas logro comprender, adquiere al hombre de ojos glaciares y a otros tres más, todos a un precio que me parece irrisorio para seres humanos: apenas unas pocas libras por cabeza, una cantidad que representa una pequeña fortuna para algunos, pero una miseria para el precio de una vida.

Siguen desnudos frente a nosotros, una visión que me obliga a bajar la mirada, avergonzada y confundida por la facilidad con la que mi padre maneja la situación.

Su desnudez revela más que su vulnerabilidad física; es un espejo de su situación desesperada y deshumanizada.

La firmeza con la que se mantienen, a pesar de la exposición y el frío que muerde la piel, habla de una fortaleza interna que ni siquiera la más denigrante de las circunstancias puede borrar por completo.

Entre ellos, el hombre de mirada azul glacial se destaca no solo por su aparente resistencia sino también por la intensidad que emana, como si incluso en este momento de total vulnerabilidad, se negara a ser quebrado.

La crudeza de esta realidad me golpea con fuerza, obligándome a contemplar las complejidades de la dignidad humana y la ética de la supervivencia en tiempos desesperados.

—Acabo de comprar vuestra libertad —les anuncia con una voz que no admite réplica—. Y vosotros pagaréis esa deuda trabajando en mis tierras hasta que cada penique haya sido devuelto.

La frialdad de sus palabras me hiela tanto como la mirada del hombre que ahora es, de alguna forma, propiedad de mi familia.

Mi padre no se detiene ahí; su advertencia es tan fría como el viento del norte:

—Intentad escapar sin saldar vuestras deudas, y estaréis muertos. Los perros y los vigilantes de Glen Noe os perseguirán, listos para arrancaros la piel a tiras si lo intentáis.

El tintineo de las cadenas acompaña sus palabras, un sonido que resuena con desesperanza

para cada uno de ellos.

Entiendo la desesperación detrás de las acciones de mi padre. Las demandas de los Campbell son exorbitantes, y los jornaleros, un lujo que no podemos permitirnos.

Sin embargo, esta solución: adquirir hombres como si de ganado se tratara para salvaguardar un legado que nos pertenece por derecho, me parece un precio demasiado alto.

Me resulta difícil entender cómo esto se diferencia de la esclavitud todavía presente en las colonias, a pesar de que en Gran Bretaña es ilegal.

Esta subasta, aunque la llamen de otra manera, y nos hablen sobre adquirir libertad a cambio de trabajo, en realidad, no es más que una versión encubierta de esclavitud.

Estos hombres maltratados son forzados a obedecer y trabajar sin elección alguna, bajo el pretexto de saldar deudas, pero en verdad, es una completa deshumanización presentada como un acuerdo legal.

Un remolino de emociones me desencaja, pero permanezco en silencio, consciente de que mi voz, en este momento, no tiene peso ni valor mientras me siento en el pescante de una vieja carreta junto a mi padre con ellos sentados a mi espalda tapados bajo una lona sucia y mojada.

Capítulo 1



El sol se cierne sobre el horizonte, mientras Avery levanta la vista y se seca el sudor de la frente con una camisa que en algún momento debió ser blanca, pero ahora tiene un color grisáceo, sucio y desgastado.

A pesar de todo, sabe reconocer que las vistas desde Glen Noe son impresionantes.

El vasto lago Awe se extiende ante él, un espejo de las nubes teñidas por el amanecer, rodeado de montañas cuyas cimas rozan el cielo.

Este lago es uno de los más grandes de Escocia en agua dulce.

Su forma alargada, encajada entre montañas cubiertas de verde intenso, crea un espejo donde el cielo y la tierra se unen.

A lo largo de sus orillas, el pueblo cercano se aferra a al suelo como si de una joya se tratase, sus casas dispersas susurrando historias de antiguos tiempos. Y ahí, dominando este paisaje, se yergue la Casa Torre Awe de los MacIntyre, una fortaleza de piedra que se alza orgullosa y desafiante, testigo del poder y la historia de un clan que ha sabido adaptarse a los retos de cada era.

Sus muros, bañados por la luz dorada del atardecer, cuentan hazañas de luchas, amor y supervivencia, mientras sus torres vigilan silenciosas las aguas tranquilas del lago.

Este paisaje, bendecido con una belleza indómita, ofrece un momento de paz que contrasta con su realidad.

Desde que el alba rompe hasta que el crepúsculo se cierne, el trabajo de Avery en este lugar no conoce tregua.

Cada gota de sudor que cae sobre la tierra parece un testimonio de su lucha por mantenerse, no solo física sino emocionalmente, en un lugar que le exige todo y no promete nada a cambio.

La captura y posterior venta de Avery Harwood es un calvario de injusticias y desesperación.

Separado de su unidad en el tumulto de la batalla contra las fuerzas de Napoleón, cae en manos de un oficial británico corrupto que, buscando un chivo expiatorio para sus propios fracasos, lo acusa falsamente de deserción.

Sin pruebas para defenderse, Avery fue arrastrado a una subasta ilegal a cambio de una libertad irreal que le evita un destino aún peor como la cárcel, la expatriación o la horca.

Su humanidad fue despojada bajo la mirada evaluadora y en ocasiones codiciosa de los presentes.

La indignidad de estar expuesto y juzgado, reducido a no más que una mercancía, aviva un fuego de resentimiento y odio hacia todos los que contribuyen a su situación. El señor MacIntyre, su esposa e incluso su hija.

La señora MacIntyre, con su presencia imponente y aura de autoridad indiscutible, se mueve con una confianza que llena cada rincón de la Casa Torre Awe.

Sus ojos, agudos y calculadores, parecen medir a Avery con cada mirada, como si evaluara su valía más allá del trabajo físico.

Su manera de interactuar, marcada por un tono de voz que mezcla la condescendencia con la exigencia, deja en claro su posición de poder dentro de la dinámica familiar y su expectativa

de que sus deseos, por caprichosos que parezcan, sean cumplidos.

La repulsión de Avery hacia ella se cimenta no solo en sus avances, sino en la forma en que representa todo lo que detesta de su situación actual: la pérdida de identidad, la humillación y el ser visto como un objeto más que como un ser humano.

La vergüenza que Avery siente por su situación actual es abrumadora, creando un abismo entre él y su familia, a quienes no se atreve a contactar.

Su día a día está marcado por el arduo trabajo físico: desde el amanecer hasta el ocaso, sus manos se hunden en la tierra de los cultivos, arrastran pesadas cargas para la limpieza, y atienden al ganado, sumergiéndose en la rutina de las labores más exigentes.

Al finalizar la jornada, su descanso no es más acogedor en las cuadras que comparte con los animales y sus maltrechos compañeros, un lugar donde el heno se convierte en su lecho y los sonidos de las bestias, su única compañía nocturna.

Esta existencia, tan distante de cualquier vestigio de confort o dignidad humana, refleja la profundidad de su caída y el precio de su supuesta libertad.

Mientras el día oscurece, tiñendo el cielo de tonos grises y plateados, Avery y los hombres con los que fue adquirido se preparan para terminar otro largo día de trabajo.

Entre ellos, se encuentra Jacob, un hombre de piel morena, hijo de una esclava de las Antillas y un terrateniente inglés, vendido por deudas que su padre acumuló.

Su mirada lleva el peso de generaciones de injusticia, pero aún brilla con un atisbo de desafío.

—Vamos, Teniente, ya es hora de que nos den esa mierda de mejunje que llaman comida —comenta con un tono que mezcla el humor y la resignación.

Otro, Thomas, con una cicatriz que le cruza el rostro, añade con voz ronca:

—Y a ver si esta vez no encontramos piedras en el caldo.

—No eran piedras, Thomas, eran nabos, te lo dije —le responde Jacob.

—Pues como si fueran piedras. Nos dan lo que los caballos no quieren.

Mientras se acercan al lugar donde Douglas, el capataz, y el único hombre contratado que queda en la hacienda, les reparte las raciones, un tercer hombre, Ray, de mirada dura y cicatrices que cuentan su propia saga de batallas y deserciones, observa desde la sombra.

Este verdadero desertor, cuya vida ha sido un entramado de decisiones crueles y amargas, fija su atención en una figura que se mueve a lo lejos: la señorita MacIntyre.

—Esa muchacha no sabe en lo que se ha metido —musita con un tono que deja entrever su naturaleza oscura y resentida.

Avery escucha las palabras del desertor sin que le provoquen más que una indiferencia amarga. Dentro de él, no hay espacio para preocupaciones más allá de su propio desdén y amargura.

La mención de la señorita MacIntyre no suscita en él más que un desapego frío; su situación le ha enseñado a endurecer su corazón contra cualquier emoción que no sea el odio o la rabia hacia su captura y quienes la perpetúan.

La indiferencia con la que Avery enfrenta cada día es un escudo contra la desesperación, una armadura forjada por la traición y la deshonra que ha sufrido.



La situación en las cuadras, donde duermen entre el heno y los sonidos de los animales, es una mezcla de camaradería forjada en la adversidad y tensiones subyacentes.

Las conversaciones a menudo giran en torno a sus orígenes, sueños rotos, y la irónica hermandad que han desarrollado en estas circunstancias.

A pesar de sus diferencias, hay un entendimiento mutuo: todos son víctimas de un sistema que los ha reducido a poco más que herramientas de trabajo.

Avery, escuchando y participando solo cuando es necesario piensa en cualquier plan de venganza o escape, pero esa posibilidad es tan frágil como su actual sentido de libertad.



Cada amanecer marca el reinicio del ciclo para Avery: vestimentas desgastadas, el intento de lavar la peste animal con un baño en el lago o un cubo de agua, el tedio de las mismas labores agrícolas y de establo, y las ineludibles interacciones llenas de tensión.

La señora MacIntyre persiste en sus insinuaciones, mientras que las miradas que recibe de los demás MacIntyre oscilan entre el desprecio y la compasión, todos bajo el yugo de las ásperas amenazas del señor MacIntyre.



Avery se lava la cara y el pecho con agua de lluvia recogida en un barril, intentando, aunque sea brevemente, limpiar más que solo el sudor de su piel. Los sonidos de la conversación llegan hasta él, cada palabra de la señora MacIntyre es como un látigo, cada respuesta de Kenna, un eco de resignación y desafío.

—Siempre con la nariz metida en los libros, ¿eh, Kenna? ¿Acaso piensas ser un lastre para tu padre eternamente? Ya has superado la edad dorada para ser considerada una esposa deseable, aunque con ese aspecto tan insípido, dudo que algún hombre te haya mirado siquiera una vez.

—¿Has acabado? —pregunta Kenna, su voz lleva un tinte de fatiga.

—No, quiero que hagas todo lo posible por agradar a Arthur Campbell. Sabes que las rentas que nos exige son imposibles de satisfacer. Él y su padre vendrán a cenar esta noche y quiero que le des todo lo que te pida... Si tuvieras algo destacable... —La voz de la señora MacIntyre es tan afilada como siempre.

—Está casado —responde Kenna, con un atisbo de incredulidad.

—Lo sé. No te pido que te cases con él, solo que le resultes agradable. ¿Qué clase de mujer no sabe cómo tratar a un hombre? Solo distráelo, sé su juguete, trata de negociar con él o tendremos que dejar Glen Noe.

—¿Por qué no lo haces tú? Estoy segura de que tendrías más éxito —desafía Kenna, aunque su voz es apenas un susurro.

—¿Eres estúpida? ¿Crees que no lo he intentado? Además, tengo miras en algo más... tentador. —La respuesta de la señora MacIntyre revela más de sus intenciones de acoso a Avery.

Sin embargo, Avery no piensa convertirse en ese tipo de entretenimiento bajo ningún concepto. Es consciente del sombrío destino que han sufrido algunos de sus compañeros, ya sea en las camas de sus señoras o en rincones menos acogedores y más oscuros de ciertas casas de dudosa reputación.

Se ha jurado a sí mismo no ceder jamás. A lo largo de su vida, varias mujeres han cruzado su camino, ninguna destacando particularmente sobre las demás, pero lo vivido ha sido siempre porque así lo ha querido y bajo el consentimiento mutuo.

No podría respetarse así mismo si acabara siendo el capricho sexual de esa mujer y sabe que lo único que le frena a ella es su marido.

Avery las escucha sin pretenderlo, cada palabra es un recordatorio más de su repugnancia hacia todos ellos.

La indiferencia de Kenna, el acoso de la señora MacIntyre, el hostigamiento del señor MacIntyre; no sabe qué es peor.

En su mente, todos merecen el mismo desdén.

«Pueden pudrirse» piensa, con una amargura que sabe que no disminuirá. Su corazón, una vez capaz de compasión, ahora es un bastión de odio y desprecio.

Kenna, aún vibrando por el desafío lanzado a la autoridad opresiva de la señora MacIntyre,

se detiene en seco al toparse con Avery.

La sorpresa de encontrarlo así, con el torso desnudo y el agua perlándose en su piel, bajo la luz tenue del amanecer, la paralizan.

Las gotas de agua resbalan por su pecho, formando un camino tortuoso que se pierde en la cintura de sus pantalones ceñidos de lino negro. Rematando su atuendo, calza botas de cuero oscuro, largas y resistentes, que suben por sus piernas hasta debajo de las rodillas.

Sus músculos, tensos por el trabajo, se contraen bajo la caricia fría del agua, creando un espectáculo de fuerza y vitalidad.

Sus hombros anchos y recios se tensan mientras que sus brazos, definidos, se arquean sobre el barril.

La imagen de Avery, empapado y rebosante de vitalidad, es una evocación de la fuerza masculina en estado puro. Su belleza natural combinada con la sensualidad del agua y la fuerza del sol crea una imagen cautivadora que no deja indiferente a nadie, menos a Kenna.

Kenna no puede evitar preguntarse qué magia posee Avery para transformar lo ordinario en algo extraordinario, para hacer que la tela más básica y el trabajo físico se conviertan en un espectáculo de atracción gravitacional. En cambio, ella se siente atrapada en la mundanidad, vestida para desaparecer en lugar de destacar con su sencillo vestido pardo.

Avery, por su parte, está demasiado ocupado en sus propios pensamientos oscuros para notar su presencia de inmediato. La repulsión que siente hacia los MacIntyre, incluida Kenna, por su papel pasivo en la subasta, lo consume.

Cuando levanta la vista y sus ojos se encuentran con los de ella, su mirada solo refleja el filo cortante de un invierno implacable.

Kenna no puede sostenerla. La vergüenza y la culpa la inundan, recordándole su complicidad tácita en el trato de Avery y los demás como propiedad.

Ella ha estado allí, en la subasta, una espectadora silenciosa de su degradación. Baja la cabeza, incapaz de enfrentar ese juicio taciturno, pero elocuente en sus ojos azules, y murmura una disculpa apenas audible antes de intentar pasar junto a él.



Al día siguiente, el sol se asoma pobremente en el horizonte, pintando el cielo de tonos suaves de rosa y naranja, cuando Avery se dirige hacia el barril para su rutina matinal de aseo. La frescura del amanecer hace que el aire frío muerda su piel desnuda.

Pero hoy, junto al barril, encuentra algo inesperado: una pastilla de jabón y una camisa de lino, suave y notablemente mejor conservada que cualquier prenda que haya visto en mucho

tiempo, con claridad destinadas para él.

Por un momento, Avery se queda inmóvil, contemplando los objetos. La pastilla de jabón, aún envuelta en un papel sencillo, y la camisa, doblada con cuidado, parecen fuera de lugar en este entorno de desdén y desesperación.

Su primer instinto es de sospecha; en un sitio donde la bondad es tan rara como un día sin trabajo forzado, cualquier gesto inesperado despierta dudas sobre sus intenciones.

La mente de Avery trabaja rápidamente, tratando de unir las piezas. ¿Quién habría dejado esto aquí para él?

La respuesta más obvia y, al mismo tiempo, la más improbable, es Kenna. La señorita MacIntyre, apocada y silenciosa, que le vio ayer lavándose junto a ese barril y cuyos encuentros con él han sido breves y, hasta ahora, marcados por una distancia fría.

A pesar de la tentación que representan estos objetos, un regalo aparentemente inocente decide no tocarlos.

En un mundo donde cada interacción tiene un precio, la idea de recibir algo sin esperar nada a cambio le parece ajena y, francamente, inquietante.

¿Podría ser que la aparente tímida señorita MacIntyre, pueda estar buscando algo de él en particular también?

Su experiencia le ha enseñado que la supervivencia depende de su capacidad para mantenerse alerta, para cuestionar las motivaciones de los demás y protegerse de posibles traiciones.

Aceptar el jabón y la camisa podría ser interpretado como una señal de debilidad, un primer paso hacia una vulnerabilidad que no puede permitirse.

Los deja exactamente como estaban, un testimonio silencioso de su resistencia a cualquier intento de penetrar las barreras que ha construido a su alrededor.

Capítulo 2



Mi reflejo en el espejo apenas me reconoce, engullida por las telas de un vestido que parece pertenecer a otra era, a otro mundo.

Es un atuendo escotado y entallado, pasado de moda, que mi madrastra insiste en que me ponga.

Su belleza impecable, con esa melena color caoba llena de rizos, sus ojos afilados del color de las praderas, su sonrisa radiante y su actitud condescendiente son la máscara perfecta para ocultar una mente fría y calculadora.

Por si fuera poco, es terriblemente alta, lo que hace que yo parezca un botón a su lado.

Sé que Fenella no me quiere. Me ve como una amenaza a su posición, como un obstáculo en su camino para controlar a mi padre. Sus palabras siempre están llenas de dobles sentidos, sus atenciones rebosan desprecio y su mirada esconde una malicia que me eriza la piel.

—Era de tu madre —dice con una sonrisa cargada de perversidad—. A ella le sirvió para seducir al administrador de tu padre. Si a una furcia le valió, a otra furcia de su descendencia tal vez también le valga. —Su risa es como una daga afilada, cortando cualquier resto de dignidad que intentara mantener.

—No voy a salir con esto —le digo, aunque mi voz carece de la firmeza que desearía.

—Lo harás o te pondré de patitas en la calle. Sé útil por una vez y si tienes que mostrarle un pecho a ese hombre, lo haces. ¿Me has oído? —Su brutalidad no conoce límites—. Lo ideal sería que se deshiciera de su esposa para tomarte a ti, pero tengo entendido que ella es una belleza y tú... tú no tienes nada que ofrecerle.

—¿Te das cuenta de lo absurda que suenas? ¿Si no tengo nada que ofrecerle por qué me haces ponerme algo así e intentar algo imposible?

La lógica parece escapársele, o tal vez simplemente disfruta de este cruel juego de humillaciones.

—Nunca se sabe. Tal vez pueda ver algo en ti que los demás no. —Sus palabras son un veneno disfrazado de esperanza, una esperanza que no tengo el lujo de alimentar.

El vestido, un monstruo de tela y recuerdos, me aprieta, recordándome cada segundo de su origen, de la historia que mi madre dejó tras de sí.

Me obliga a adoptar una forma que no es la mía, a asumir una identidad que rechazo con cada fibra de mi ser.

La tela raspa contra mi piel, cada puntada un recordatorio del papel que se espera que desempeñe, una pieza en el juego de poder y deseo de mi madrastra.

Echo un vistazo a mi reflejo una vez más, buscando algún rastro de la mujer que solía conocer en la mirada que me devuelve el espejo. Pero todo lo que veo es una extraña, alguien forzado a bailar al son de una melodía distorsionada, compuesta por las expectativas y decepciones de otros.

—Solo quieres humillarme —le reprocho a Fenella, mi voz tan apagada como la luz que cada día se desvanece un poco más en mi interior.

Su risa resuena, afilada y cruel, como la bruja que es, llenando la habitación con el eco de mi desdicha.

En mi mente, busco refugio donde sus garras no puedan alcanzarme, donde las palabras son mi escudo y mi espada.

Allí, en ese santuario secreto de pensamientos y musas, comienzo a tejer una sutil venganza contra la tiranía de una madrastra vestida con piel de cordero, pero con el corazón más oscuro que la noche.

«Oh, bruja de cuentos, sin magia ni escoba,
tu arte de engaño se deshace en esta alcoba.
Prometes castillos, me entregas prisión
en tu circo de vanidad, me vuelves un ratón.

Con agudeza y gracejo, en mi torre de marfil,
contra tu cinismo, mi ingenio es un fil.
Aunque en la batalla, parezca doncella,
en mi mente, yo gano, con versos de estrella».

Me ajusto el vestido, tragando el nudo de ansiedad que me oprime el pecho, y sigo a Fenella al comedor. Nos esperan el duque de Argyll y su hijo Arthur Campbell, cuya presencia en nuestra casa se debe a un asunto de rentas y tierras que ha causado tensión entre nuestras familias.

A pesar de que este lugar siempre ha pertenecido a los MacIntyre, nos vimos obligados a aceptar un acuerdo con los Campbell, un pacto nacido de la necesidad de preservar nuestra autonomía y proteger nuestro territorio ante la creciente influencia de un clan tan poderoso como el de los Campbell.

La atmósfera en la sala es gélida, cortada únicamente por el tintinear de los cubiertos que coloca Feenat, la única persona del servicio doméstico que nos queda, y el chasquido ocasional de la leña en la chimenea.

Los Campbell, con su porte aristocrático, parecen esculturas de hielo, distantes y calculadores.

Mi padre, de pie al lado de la mesa, es la encarnación de la dignidad y el desafío. Su figura, alta y erguida, proyecta una autoridad innata, reforzada por el paso de los años.

Sus ojos oscuros, aunque serenos, destellan con la firmeza de su propósito, reflejando una profundidad que solo la experiencia y las batallas libradas pueden otorgar.

La cana incipiente en su cabello oscuro, peinado con precisión, y su rostro marcado por finas líneas de expresión, hablan de sabiduría y de las numerosas historias que ha vivido.

—El acuerdo entre nuestros ancestros fue siempre de caballeros. Estipulado en tiempos de presiones políticas y militares —comienza, su voz tan firme como su postura— fue un acto de buena fe por parte de ambos clanes que nos permitió retener ciertos derechos sobre nuestra tierra a cambio de un reconocimiento alegórico de vasallaje hacia los Campbell. La renta entregada,

consistente en una bola de nieve en verano y un ternero blanco en invierno, ha sido siempre un gesto simbólico, que ha mantenido nuestro honor y tradición. Lo que se nos exige ahora va en contra de ese espíritu de entendimiento mutuo.

El duque de Argyll, con un leve movimiento de su copa de vino, responde con una frialdad que parece bajar la temperatura de la sala.

—Los tiempos cambian, Laird MacIntyre. Y con ellos, las necesidades de nuestras tierras. Ningún noble inglés se contentaría con menos por la explotación de sus dominios. Es un asunto de beneficios, no de tradiciones pasadas.

Observo la tensión entre los hombres casi palpable, como una tela que se tensa hasta el punto de romperse.

El hijo del duque, Arthur Campbell, un hombre cuya mirada aguda y gesto contenido revelan una mente siempre analítica, sigue la conversación sin intervenir.

Sus ojos, que de vez en cuando se desvían hacia mí, inyectando una capa adicional de incomodidad a la situación.

No es un desconocido para mí; nos conocemos desde niños, habiendo crecido como vecinos, una proximidad que nos ha otorgado una familiaridad forjada a través de los años, pero que en momentos como este, parece servir solo para aumentar la tensión.

—¿Y qué hay del honor, su Gracia? ¿De la palabra dada de hombre a hombre? —Russell no retrocede, su voz adquiere un tono más duro—. ¿Hemos de despreciar esos lazos ahora en favor del oro y la codicia?

El duque sonríe, pero no hay calor en su gesto.

—El honor no alimenta bocas ni viste a nuestros hijos, señor MacIntyre. Vivimos en un mundo donde el pragmatismo debe prevalecer sobre las nociones románticas de honor y tradición. Siempre pueden quedarse con ese trozo de tierra que se empeña en mantener en propiedad, pese a que mi hijo le ha ofrecido dinero por él.

—Ese trozo de tierra es inservible, rocoso y ladeado, pero es un símbolo para nuestro clan. No pienso venderlo. —Mi padre aprieta los labios con gesto contenido. Esto no va como esperaba.

Sin esperarlo encuentro un destello de admiración en su resistencia.



Tomamos asiento.

La mesa luce impecable, adornada con el mejor mantel de lino y una vajilla que rara vez ve

la luz del día. Las velas arden con suavidad, lanzando sombras danzantes sobre los platos meticulosamente dispuestos que aguardan a ser servidos.

Se nota el esfuerzo de mi padre por impresionar y aplacar a nuestros invitados con una cena fuera de lo común. El menú es excepcional: platos llenos de aromas y colores, desde un consomé claro y rico en sabor hasta un asado tierno que promete deshacerse en la boca, acompañado de verduras de la huerta cocinadas a la perfección y una selección de quesos y frutas frescas para el postre.

No sé cómo ha podido arreglárselas Feenat ella sola para preparar todo esto. Lo normal es que yo la hubiera ofrecido ayuda, pero esta vez me ha tocado disfrazarme con mi madrastra.

Fenella, con una sonrisa que apenas disimula su malicia, me hace una señal sutil pero imperativa para que hable con Arthur Campbell.

Ella llena mi copa de vino hasta el borde y me insta a beber sin moderación, una clara indicación de su deseo de que use cualquier medio necesario para influir en nuestro favor.

Me acerco a Arthur, sentado a mi lado, consciente de la mirada calculadora de Fenella. Arthur me observa con una mezcla de curiosidad y cautela, probablemente sorprendido de encontrarse en una conversación conmigo, dada mi reputación de apocada.

—Es un honor tenerlos en nuestra casa, señor Campbell —comienzo, mi voz apenas un susurro entre el murmullo de la cena.

«¿Qué más puedo decir?».

Temo que una conversación conmigo le haga huir de aburrimiento más que atraerlo hacia mí.

—El honor es nuestro, señorita MacIntyre. Su hogar es muy acogedor, y la cena promete ser excepcional —responde Arthur, con una educación que no logra ocultar su evaluación de la situación.

—Espero que encuentre la comida y la compañía de su agrado, aunque me temo que los temas que nos reúnen esta noche son menos placenteros —digo, intentando encontrar un terreno común sin parecer demasiado directa.

—Así es, pero tales son los asuntos entre familias y tierras. ¿Qué opinión tiene usted sobre esto, si me permite la pregunta? —Arthur me mira, interesado en mi perspectiva, tal vez buscando una debilidad o simplemente por cortesía.

—Creo que la tierra, al igual que las relaciones, no debería medirse solo en beneficios y pérdidas. Hay historias, vidas y acuerdos que trascienden el valor monetario. La generosidad y la comprensión pueden ser más beneficiosas a largo plazo que cualquier suma exigida en el presente —respondo, sorprendiéndome a mí misma con la firmeza de mis palabras.

Arthur inclina ligeramente la cabeza, su interés aparentemente picado por mi respuesta. Con

una media sonrisa, decide llevar la conversación a un territorio más espinoso.

—Interesante punto de vista, señorita MacIntyre. Hablando de historias y vidas, he notado que han contratado nuevos jornaleros en sus tierras. Parecen ser buena mano de obra. Supongo que si pueden permitirse ese gasto, la renta que solicitamos no debería suponer un problema, ¿no es así?

La insinuación detrás de sus palabras es clara y directa, una provocación envuelta en cortesía. Siento una chispa de desafío arder en mi interior, impulsándome a responder con igual agudeza.

El vino, servido generosamente por Fenella, que se molesta en que mi copa siempre esté llena, empieza a hacer efecto, soltando mi lengua más de lo habitual. Arthur, con una curiosidad apenas disimulada, me reta a presentar mi argumento.

—La verdad es que este año la tierra no nos ha dado mucho. Y sobre los jornaleros, sí, es un esfuerzo, pero creemos en cuidar a quienes trabajan la tierra. Lo que usted ve como un gasto, nosotros lo vemos como una inversión. Además, la forma en que han sido adquiridos ha sido peculiar.

Él levanta las cejas sorprendido.

—Me sorprende, señorita MacIntyre, que alguien tan dedicada a sus libros y que ha estado tan recluida los últimos años tenga opiniones tan... firmes sobre asuntos de tierras y rentas. —Su tono es ligero, pero sus palabras llevan una carga provocadora.

Su elogio, aunque genuino, lleva consigo una insinuación que no pasa desapercibida para mí.

Sin embargo, antes de que pueda formular una respuesta, noto cómo su mirada desciende brevemente hacia el escote de mi vestido, un gesto que me hace sentir un escalofrío de incomodidad.

La condescendencia implícita en su acción me recuerda dolorosamente el papel que se espera que desempeñe esta noche, no como una interlocutora igual, sino como una pieza en un juego de seducción y poder.

—Aunque ciertamente aprecio los libros, también entiendo la importancia de aplicar su sabiduría al mundo real, en especial cuando se trata de la tierra que nos sostiene a todos. Y lo que ustedes piden... no es justo

Arthur sonríe, claramente disfrutando del desafío.

—¿Justicia? Un concepto interesante, pero al final, son los números los que cuentan. ¿Están los MacIntyre en posición de discutir lo que es justo, cuando no pueden cumplir con nuestras demandas?

El desdén en su voz es palpable, y siento cómo la ira hierve dentro de mí. Pero antes de que

pueda replicar, Fenella interviene, su tono dulce como veneno.

—Kenna tiene algo de razón, Señor Campbell. A veces, la generosidad puede ser más provechosa que la rigidez. Y seguro que ella también puede hacer gala de cierta generosidad. —Su comentario está diseñado para alentar la conversación, pero también para mantenerme en el foco.

Arthur asiente, dirigiéndose nuevamente a mí, sus ojos evaluándome.

—Generosidad, ¿eh? Supongo que depende de a quién beneficie. —Luego, con una mirada significativa hacia el escote de mi vestido de nuevo, añade—. Aunque, estoy seguro de que hay otras... formas de persuasión que aún no hemos explorado.

Bebo el vino de un trago, no porque sus palabras me hayan afectado, sino porque si tengo que escuchar otra insinuación más, al menos prefiero que el mundo gire un poco mientras sucede.

Y luego, esa joya de pensamiento:

«¿Por qué un hombre casado buscaría la "generosidad" de un esperpento como yo?».

Ah, la eterna pregunta, seguida de la respuesta universal: «Porque puede».

La humanidad, señoras y señores, siempre aspirando a nuevas cumbres de mediocridad.

Bravo, realmente, un espectáculo digno de aplausos... si mis manos no estuvieran tan ocupadas aferrándome a esta copa como si fuera mi salvavidas en este mar de absurdos.

Arthur, con su sonrisa de «soy tan encantador que duele», parece creer que ha inventado el juego de la seducción.

«Oh, observa cómo bajo sutilmente la mirada a tu escote. ¿Estás impresionada?».

Querido Arthur, si buscaras algo de originalidad, podrías al menos pretender que te interesan mis opiniones sobre la economía agrícola. Pero no, vamos directo al cliché. ¿Por qué molestarnos con la sutileza?

Y ahí está, la insinuación sobre explorar «otras formas de persuasión».

¡Qué novedad! ¿Acaso ha sacado esa línea de un manual para libertinos en apuros? Déjame adivinar el próximo capítulo: Cómo insinuar sin parecer desesperado.

«Uhm… Demasiado tarde, amigo».
¿Qué si tengo un poema para esto?
«En un salón donde las miradas pesan más que el vino,
Se juega un juego de insinuaciones, fino pero mezquino.
¿Tu valor, querida, en qué se mide?, pregunta el cretino,
En el ingenio y el sarcasmo, no en el escote divino».



La noche se desliza en un torbellino de risas y vino, demasiado vino, si soy honesta. Fenella, siempre la anfitriona preocupada (o más bien, la manipuladora maestra), sugiere que Arthur me lleve a dar un paseo para «despejarme». Como si el aire fresco pudiera limpiar las complejidades de esta noche.

Arthur, quizás demasiado dispuesto, me ofrece su brazo, que acepto más por necesidad de apoyo que por cortesía. Mis pasos son inseguros, tambaleantes, una danza macabra entre la sobriedad y la embriaguez.

—Es una pena que los sucesos con su madre la obligaran a recluirse. Es una mujer... interesante, señorita MacIntyre. Siempre lo ha sido —dice Arthur, con una mezcla de diversión y algo que no logro descifrar.

Sonrío, una sonrisa que se siente más como una mueca.

—Oh, ¿interesante? Esa es una palabra que la gente usa cuando no puede decidir si estás loca o simplemente eres inusual.

Su risa es corta.

—Bueno, lo digo como un cumplido. Hablando de ser interesante, ¿qué hay de esa generosidad que mencionaba antes?

Me detengo, apoyándome en él más de lo que quisiera admitir, y le miro fijamente.

—No, señor Campbell. Mi generosidad no se extiende a usted. —Mi voz es firme, aunque mi cuerpo no lo sea tanto.

Hay un momento de silencio, un silencio que pesa más que las palabras no dichas. Puedo ver el disgusto cruzar su rostro, una sombra fugaz de desilusión o quizás de herido orgullo.

—¿No? Eso es... decepcionante. —Su tono intenta ser ligero, pero hay un filo en sus palabras—. Estoy seguro de que podríamos... beneficiarnos mutuamente de esa... generosidad.

Algo en la forma en que pronuncia "beneficiarnos" me hace querer reír y vomitar al mismo tiempo. Escojo la risa, porque es menos probable que empeore mi situación.

—Mi generosidad no incluye donaciones a causas perdidas y muchos menos a hombres casados que deberían saber comportarse mejor. Mire, le voy a dar un poco de sabiduría gratis, aunque dudo que la aprecie. La verdadera generosidad se trata de dar sin esperar nada a cambio. Y lo que usted busca, querido, no es generosidad. Es algo mucho más barato y, sinceramente, bastante aburrido.

Hay un desafío en mis palabras, un reto que no esperaba presentar, pero aquí estoy, tambaleándome en el filo de la sobriedad, diciendo lo que mi mente borracha se atreve a pensar.

El silencio que sigue es denso, casi tangible. Arthur me mira, evaluando, tal vez preguntándose cómo una conversación que probablemente esperaba que fuera coqueta y ligera se ha convertido en una lección de moralidad.

—Es muy franca. Eso es... raro.

Sonrío, esta vez con un poco más de genuinidad.

—Bueno, al menos hay algo en lo que podemos estar de acuerdo. Soy rara, sí, pero también predecible y decepcionante. No se moleste, señor Campbell.

Arthur parece sopesar mis palabras, la sorpresa inicial dando paso a una especie de resignación calculadora. Por un momento, parece que va a ofrecer llevarme de vuelta, quizás considerando que es lo mínimo que debe hacer tras un intercambio tan... intenso. Sin embargo, tras una pausa que se siente más larga de lo que probablemente es, simplemente asiente, una decisión tomada.

—Entiendo. Creo que es mejor si regresamos. —Su voz carece del calor previo, ahora teñida de una formalidad distante.

Pero antes de que pueda actuar sobre su ofrecimiento tardío, mi equilibrio me traiciona. Con una gracia que sólo puede ser atribuida a la sobriedad perdida, me apoyo en la pared más cercana, deslizándome hasta quedar sentada en el suelo, el mundo girando de una manera que no tiene nada que ver con la rotación de la Tierra.

Arthur, claramente incómodo con la situación y quizás con mi anterior descaro, murmura algo sobre ir a buscar ayuda. Me deja allí, sola, una parte de mí agradecida por el espacio, otra parte irónicamente divertida por lo predecible de su retirada.

Capítulo 3



El frío del suelo se filtra a través de mi vestido, una sensación desagradable que me hace querer simplemente cerrar los ojos y desaparecer en la oscuridad. Y justo cuando los párpados comienzan a ganar la batalla contra mi voluntad de permanecer despierta, siento unos brazos fuertes rodeándome.

No es hasta que estoy siendo levantada del suelo, arrancada de la gravedad de mi propia vergüenza, que me doy cuenta de que alguien me ha encontrado.

Avery. El demonio de ojos helados.

Me alza con una facilidad que contradice su aparente disgusto por todo lo relacionado con los MacIntyre. Su rostro, iluminado por la luz de la luna que se filtra a través de las ramas desnudas de los árboles, es una máscara de indiferencia.

Su presencia es inconfundible, el calor que emana de él contrasta con el frío que había comenzado a calarme los huesos.

Suspira, el sonido está lleno de resignación, y comienza a caminar. Cada paso que da es medido, seguro, a pesar de la carga que ahora lleva.

Trae consigo el aroma a lago, probablemente de un baño reciente que debe haber tomado en sus aguas frías, «sé que lo hace», mezclado con un toque de masculinidad innata, su esencia distintiva que resulta extrañamente sugestiva. Este detalle añade una capa de intimidad inesperada al momento, envolviéndome en la complejidad de sus matices.

¿Cómo es posible que este hombre, que ha sido comprado y prácticamente esclavizado por mi familia, sea quien me rescata de mi propia torpeza?

—No tiene que hacer esto —consigo murmurar.

—No, no tengo que hacerlo —responde él, sin detenerse—. Pero me parece que dejar a una MacIntyre ebria e inconsciente en el suelo sería mal visto, incluso para mí.

Hay un tono en su voz que no puedo descifrar. ¿Ironía? ¿O tal vez algo de esa humanidad que todos pretendemos no ver en aquellos que nos sirven? Avery, el eterno enigma, ahora mi inesperado salvador.

El trayecto a mi habitación se funde en una secuencia de sombras y destellos tenues, con mi conciencia balanceándose delicadamente entre la vigilia y el ensueño. La firmeza de su pecho bajo mi mano se convierte en un faro inesperado, guiándome a través de esta neblina de confusión y embriaguez.

El aroma fresco y puro del lago que impregna su ropa me envuelve, evocando visiones de aguas serenas bañadas por la luz lunar. Este olor, limpio y elemental, se convierte en un bálsamo para mi alma agitada, enraizándome aquí y ahora, lejos de las preocupaciones que me acechan.

Con cada paso que da, el ritmo constante y tranquilizador de su corazón se siente a través de la tela de su camisa, un pulso seguro en la quietud de la noche. Mi mano descansa levemente sobre él, encontrando un consuelo inesperado en esa conexión palpable con otro ser vivo.

—¿Dónde está su habitación? —pregunta con una brusquedad que corta el aire entre nosotros.

—Segundo piso, última puerta, ala derecha —respondo, mi voz apenas un hilo en la densidad del momento.

La habitación que describo es un refugio solitario en la torre, alejada del bullicio y la mirada

de los demás.

Con una patada certera y practicada, abre la puerta, y el cambio brusco en el movimiento me hace perder por un momento la orientación.

Al dejarme caer en la cama, la falta de delicadeza envía una ola de malestar a través de mi estómago, y no puedo evitar expresar mi descontento.

—¡Dios mío! Voy a vomitar. ¿Era necesario ser tan brusco? —Mi voz tiembla ligeramente, tintada de reproche.

Él apenas me lanza una mirada antes de abrir la ventana, dejando entrar el frío de la noche.

—El aire fresco le hará bien —afirma con un tono que roza lo brusco.

Luego, su atención se desvía hacia mi escritorio, donde mis papeles y escritos están esparcidos sin cuidado. Me lanzo hacia él con una rapidez nacida del pánico.

—¡No lea eso! —exclamo, pero él ya ha capturado mi manuscrito, elevándolo fuera de mi alcance mientras lo examina con una mezcla de desdén y curiosidad.

«En el velo de la noche, su piel de agua se viste,
Músculos brillantes, un deseo que persiste.
Gotas, como caricias, sobre el pecho se deslizan,
Susurros de la brisa, en su cuello se eternizan.

Cada gota, un beso robado, en su piel un camino,
La luna, cómplice, en sus ojos un destino.
Bajo estrellas, su silueta, promesas sin decir,
Piel y luna en juego, un anhelo por descubrir»
Lo recita, su voz cargada de una burla no del todo disimulada. Luego me mira, incrédulo:

—¿Me ha estado espiando mientras estoy en el lago?

—¡No! —La negación sale disparada de mí con tanta fuerza que casi me sorprende—. Es solo poesía, sin inspiración en nadie... Y la única persona que he visto bañándose en el lago fue a Thomas, por casualidad.

Su expresión se torna aún más incrédula, si cabe.

—Dudo mucho que Thomas se haya bañado un solo día desde que llegamos aquí, pero estaré encantado de informarle del “deseo persistente” que le provoca —replica, imitando mis propias palabras con un tono jocoso.

—¡Eso no es lo que dice! —protesto, aunque la energía con la que defiendo mis palabras parece alimentar su diversión y desdén.

Mi protesta parece ser el combustible que necesita para continuar con su juego. Con un

brazo estirado, manteniéndome a distancia mientras su otra mano sigue hurgando entre mis papeles, Avery encuentra otro de mis escritos secretos. Esta vez, sus ojos recorren las líneas con una intensidad que me hace temer y desear al mismo tiempo que lea en voz alta. Y lo hace, su voz teñida de una sorpresa contenida:

«Su piel, lienzo de batallas, historia viva que relata,
Bajo el cielo estrellado, su espíritu libre se retrata.
Ojos glaciares que todo lo ven y un mundo reflejan,
Fuerza indomable, en su desnudez, su verdadera realeza».

Al terminar, levanta la vista hacia mí, una pregunta no formulada en su mirada.

—¿Esto también es sobre Thomas? —pregunta, su tono ahora suavizado por una curiosidad genuina, aunque el filo de su burla anterior aún persiste.

Me quedo sin discursos elocuentes, atrapada en la intensidad de su mirada.

—No, eso... no es sobre nadie real. Son solo palabras, jugando con ideas —balbuceo, intentando ocultar la verdad, que mis poemas revelan más de lo que desearía.

Él sonríe, un gesto que no llega a sus ojos, aún escudriñando los míos en busca de la sinceridad que mis versos ya han delatado.

—Interesante forma de jugar —comenta, dejando los papeles a un lado.

Me siento desnuda bajo su escrutinio, como si él pudiera ver más allá de mi piel, directo a los pensamientos y sentimientos que he intentado esconder, no solo de él, sino de mí misma.

La distancia entre nosotros, marcada por su brazo extendido, de repente se siente tanto insuperable como ínfima.

—Lo que escribo no es un reflejo de la realidad ni tiene por qué significar nada. Mire, también he escrito sobre árboles, sobre caballos, sobre la cocinera o mi familia.

Avery, con un brillo de interés renovado, vuelve a sumergirse en la pila de papeles, sus dedos seleccionando otro fragmento con una precisión que me inquieta. Despliega una hoja arrugada y le echa un vistazo.

Una sonrisa se dibuja en su rostro, una sonrisa que no había visto antes, cargada de malicia y diversión. Comienza a leer, su voz impregnada de un tono burlón y ese ronquera que parece nacer de sus cuerdas bocales:

—Fenella, de virtud tan vacía como su cráneo adornado, se cree león, mas no es más que mono engalanado.

Al terminar, levanta la vista hacia mí, buscando una reacción, su sonrisa amplia, casi desafiante.

—Muy sutil, Kenna—comenta, su tono lleno de un aprecio irónico—. ¿Espera que esos versos queden entre nosotros o planea una lectura en la próxima cena familiar?

Mi nombre en sus labios me desarma.

—Mejor mantengamos esto entre nosotros —respondo, intentando sonar más confiada de lo que me siento—. No estoy segura de que el mundo esté listo para mi poesía.

—Sobre todo porque revelan más de lo que pretende —Hay un tono de advertencia en su voz.

Me encojo de hombros, intentando adoptar una postura de indiferencia que no siento realmente.

—Ya le he dicho que lo que escribo no debe tomarse en serio.

La sonrisa se desvanece de sus labios, reemplazada por una expresión más sombría, reflexiva.

—Eso es bueno, porque rechazo ser parte de sus juegos poéticos o sus fantasías, sean las suyas o de cualquiera. Si busca inspiración para sus versos, dirija su mirada hacia otro lado —responde, marcando cada palabra con una dureza que atraviesa la niebla de mi embriaguez—. Y si le solicitó a su padre que me adquiriera pensando en… Bueno, soy consciente de que algunos de su estatus podrían albergar… expectativas particulares respecto a nuestra... interacción. Sin embargo, le aconsejaría pensar de nuevo. Puede que a sus ojos yo haya parecido una presa fácil, pero está tremendamente equivocada. Los versos no compran mi lealtad, ni mi dignidad se vende al mejor postor. —Su rostro se endurece, adoptando una mirada seria, casi reflexiva—. Rehúso ser una distracción efímera o satisfacer deseos velados con el pretexto de la servidumbre.

Hay un desafío en su mirada, un reto que parece ir más allá de nuestra conversación actual, que toca las fibras de un problema más profundo, más enraizado en la injusticia de su situación.

—Yo no intervine en su compra. Eso fue cosa de mi padre —me quejo, pero soy consciente que yo misma he hecho que mi credibilidad se tambalee al negar la realidad de esos versos.

—Sin embargo —añade después de una pausa, su voz suavizándose ligeramente—, su secreto está seguro conmigo. No por usted, sino porque incluso en este mundo, creo que todos merecen un espacio donde puedan ser verdaderamente ellos mismos, sin importar cuán enredadas estén sus palabras o sus verdaderas intenciones.

La tensión en el aire se suaviza, pero la distancia entre nosotros parece más grande que nunca.

—Entendido —digo finalmente, mi voz apenas un susurro.

—Y respecto a su "generosidad", guárdela para aquellos que la aprecien o quieran beneficiarse de ella. No la quiero —añade, con un toque de ironía, pero sin la malicia que esperaría, dejando entrever que ha escuchado mi conversación con Arthur.

Es una advertencia, sí, pero también un reconocimiento implícito de que hay líneas que ninguno de los dos desea cruzar.

Con esas palabras, Avery coloca cuidadosamente los papeles sobre el escritorio, dándome un último vistazo antes de dirigirse hacia la puerta. Su salida deja un silencio cargado, un espacio lleno de palabras no dichas y entendimientos apenas alcanzados.

Cojo un cubo y vomito.

La habitación gira levemente, un carrusel de sombras y luz de luna, mientras me aferro al borde de la cama intentando anclar mi mundo.

Entre náuseas y el eco de la puerta cerrándose tras Avery, un pensamiento irrumpe, implacable y descarado: he visto a Avery emergiendo del lago, sí, como una deidad griega, desafiante y soberbio en su esplendor acuático. ¿Cómo podría olvidarlo? Su imagen, un cuadro viviente de fuerza y gracia, se ha grabado en mi mente con la delicadeza de un cincel sobre mármol.

Y, oh, qué visión fue aquella. Avery, en su gloria, desnudo, emergiendo del agua.

Ah, pero no como cualquier deidad. No, Avery es más un Poseidón terrenal, con menos tridente y más belleza, cuyas gotas de agua deslizándose por su piel parecen burlarse de mi propio desorden emocional. Su presencia en el lago, emergiendo entre las brumas como si de la mismísima creación se tratara, despierta en mí una serie de deseos irrealizables. Deseos que, bajo el escrutinio de la lógica y la sobriedad, deberían disolverse como la neblina al amanecer, pero ahí están, tan persistentes como embarazosos.

Ridículo, absolutamente ridículo.

Una parte de mí, la más sensata, se ríe de la absurda ironía de la situación. La misma Kenna que ha jurado no dejarse cautivar por las trivialidades de los romances de salón, ahora contempla poéticamente a un hombre que, por todas las cuentas, debería ser invisible para ella, excepto quizás en su capacidad de provocar frustraciones.

Pero ahí está la belleza de los pensamientos indeseados: se aferran a ti con la terquedad de una melodía pegajosa, jugando en bucle en los momentos más inoportunos.

«Bravo, Kenna. Has elevado el acto de espiar inadvertidamente a alguien en un arte. Quizás, si te esfuerzas un poco más, podrías hasta justificarlo como una forma de apreciación estética. —No es voyerismo, es un estudio sobre la influencia de la luz lunar en la anatomía humana—. Sí, eso sonará convincente en tu próxima defensa.»

Pero ¿cómo negarlo? La visión de Avery en el lago ha despertado algo en mí. Algo irracional y quizás un poco salvaje. Deseos irrealizables, sí, pero ¿no es acaso la esencia de la poesía alimentarse de lo inalcanzable y la cruel realidad?

Él, libre en su esclavitud, bañándose en el lago como si perteneciera a otro mundo, un

mundo al que yo, encadenada por las expectativas y las miradas de los demás, apenas puedo aspirar.

«Kenna MacIntyre, ¿qué demonios estás haciendo?».

Capítulo 4



La partida de los Campbell marca el inicio de un día tenso en la casa MacIntyre. El aire está cargado de frustración y desilusión, palpable en cada mirada y movimiento de mi padre, Russell. Su frialdad y distancia, tan características, parecen acentuarse hoy.

A pesar del ambiente cargado, encuentro un momento para abordar el tema que ha estado quemando en mi mente desde la noche anterior: la liberación de Avery y el resto de los hombres atrapados en esa deuda ridícula.

Con una mezcla de determinación y ansiedad, me acerco al despacho de mi padre,

esperando encontrar en él un atisbo de compasión.

—Padre, ¿no cree que sería justo liberar a esos hombres de su deuda? Podríamos contratarlos como verdaderos jornaleros. Sería beneficioso para todos —le digo, intentando inyectar en mi voz toda la convicción y sensatez de la que soy capaz.

La respuesta de Russell es inmediata y contundente, su paciencia claramente desgastada por la reciente disputa con los Campbell.

—Vuelve a tus libros, Kenna. No tienes voz en este asunto. No sabes nada sobre cómo llevar una hacienda —espeta con una dureza que me hace retroceder—. Esos hombres son criminales. No merecen tu piedad ni la de nadie.

Sus palabras me sacuden como un golpe físico, dejándome aturdida y descorazonada.

La brecha entre mi visión del mundo y la suya parece más amplia que nunca, un abismo de entendimiento y empatía que no sé cómo cruzar.

Mientras las palabras de mi padre aún resuenan en el aire, cargadas de desdén y desaprobación, Fenella se une al coro de voces en mi contra con una crueldad que ya no me sorprende.

—Si hubieras desempeñado bien tu papel, Kenna, no estaríamos otra vez ahogándonos en deudas. —Su tono es venenoso, cada palabra un dardo destinado a herir.

Ruedo los ojos, una respuesta automática a sus provocaciones.

«*Claro, porque todo el peso financiero de esta hacienda recae solo sobre mis hombros*» pienso, mientras intento alejarme de ella.

Pero Fenella, como un perro de caza que ha olfateado el miedo, me sigue, lanzando amenazas que se sienten tan vacías como su compasión.

—Si tengo que irme a América, te dejaré aquí para que te las arregles como puedas. No sirves para absolutamente nada —escupe las frases literalmente, su desprecio salpicándome con cada sílaba.

Intento mantenerme firme, pero sus palabras, aunque previsibles, dejan marcas que ningún sarcasmo puede curar completamente. Huyo de ella hasta los establos, buscando escapar de su veneno, pero ella está decidida a seguirme, vertiendo su ira y resentimiento como si fueran la única verdad que conoce.

Al llegar a los establos, la escena que nos recibe es como un golpe de realidad en este absurdo teatro de crueldad.

Jacob, el chico de color, yace sobre el heno, su cuerpo claramente luchando contra algún mal invisible. Su presencia desencadena en Fenella una explosión de furia, como si él fuera la causa de todos nuestros problemas.

—¡No estoy holgazaneando! —protesta Jacob, su voz débil pero firme—. No me encuentro bien.

Fenella, sin embargo, ciega por su ira, toma la fusta de la silla de un caballo y la levanta con intención de lanzarla contra él. La injusticia de la situación enciende algo en mí, una chispa de valentía que no sabía que tenía.

Sin pensarlo, me interpongo entre Fenella y Jacob, el instinto protector superando el miedo. La fusta corta el aire, su silbido, un presagio del dolor que está por venir. El impacto sobre mi hombro y omóplato es ardiente, un fuego que se graba en mi piel y en mi alma.

El dolor es agudo, un recordatorio físico de la crueldad que habita en los corazones de aquellos que deberían amarme. Mis ojos encuentran los de Jacob, y en ese breve intercambio, hay un entendimiento mutuo de la injusticia y el sufrimiento compartido.

—¿Estás satisfecha ahora? —mi voz es baja, temblorosa, no por el dolor físico, sino por el peso de la desilusión y la traición.

Fenella me mira, quizás por primera vez viendo las consecuencias de sus acciones. Por un momento, creo ver un atisbo de remordimiento en sus ojos, pero se desvanece tan rápido como apareció, reemplazado por una máscara de indiferencia.

—Esto no ha terminado, Kenna —dice antes de darse la vuelta y marcharse, dejándome con la certeza de que esta batalla puede haber terminado, pero la guerra está lejos de acabar.

Mientras el dolor late en mi hombro, me acerco a Jacob, mi preocupación por él, superando cualquier malestar personal.

—Voy a buscarte ayuda —le digo, mi decisión firme a pesar del dolor y la incertidumbre.

Este momento, marcado por la violencia y la compasión, se convierte en un punto de inflexión, una promesa silenciosa de luchar no solo por mi propia dignidad, sino por la de aquellos que han sido dejados en la sombra, olvidados y marginados. No sé cómo, pero estoy decidida a hacer un cambio, por pequeño que sea, en este mundo que tan desesperadamente necesita de bondad y justicia.

Jacob intenta disuadirme con un gesto débil, su voz apenas un susurro entre convulsiones leves y un sudor frío que le cubre la frente.

—Por favor, Lady Kenna, ocúpese de usted primero. Yo... estaré bien —dice, intentando ofrecerme una sonrisa que no alcanza a disipar la preocupación en sus ojos.

Pero al verlo temblar, comprendo la gravedad de su estado. Su insistencia en que me preocupe por mi propio bienestar, incluso en medio de su evidente malestar, solo refuerza mi determinación.

—No, Jacob. Voy a buscar a Feenat. Ella sabrá qué hacer —le respondo, cada palabra

impregnada de una promesa no solo de asistencia, sino de un cambio más profundo, un compromiso con aquellos a quienes se ha ignorado y despreciado.

A pesar del dolor que irradia por mi hombro y omóplato, me apresuro a buscar a Feenat. En esta casa, ella es mucho más que una cocinera o sirvienta. Es curandera, confidente y, en momentos como este, la única en quien confío para brindar cuidado y compasión sin reservas.

La encuentro en su dominio, la cocina, rodeada de hierbas y pociones, un bastión de sabiduría y calidez en medio del caos de nuestra existencia.

—Feenat, necesito tu ayuda. Es Jacob... está muy enfermo —le digo, esforzándome por mantener la calma, aunque la urgencia de la situación me empuja a hablar con rapidez.

Ella me mira, sus ojos agudos y comprensivos, captando de inmediato la seriedad de mi solicitud. Sin una palabra, se limpia las manos en su delantal y me sigue, su presencia, una fuente de alivio en la tormenta que se ha desatado esta mañana.

Mientras regresamos juntas al establo, no puedo evitar reflexionar sobre la ironía de nuestra situación. En una casa donde las apariencias y los roles dictan cada interacción, Feenat y yo nos encontramos en una especie de limbo, unidas por nuestro deseo de hacer el bien, a pesar de las expectativas y las restricciones que nos rodean.

Al llegar, Feenat se arrodilla junto a Jacob, sus manos hábiles, examinándolo con una eficiencia que habla de años de experiencia. Observo, sintiendo una mezcla de gratitud y respeto hacia esta mujer que, con sus acciones, enseña el verdadero significado de la compasión y la humanidad.

La gravedad de la situación de Jacob se hace evidente cuando Feenat, tras examinarlo con cuidado, levanta los ojos hacia mí, su expresión tensa.

—He visto antes esto. Algo en su vientre se les retuerce —susurra—. Y me temo que está en una etapa crítica.

Mi corazón se hunde. La sola idea de una operación, especialmente en una casa de campo alejada de cualquier médico calificado, parece una sentencia de muerte.

—¿Qué podemos hacer? —pregunto, la desesperación tiñendo mi voz.

—Poco —responde Feenat, su voz cargada de resignación.

Jacob, pálido y claramente en agonía, consigue entre sus jadeos compartir una información crucial.

—El teniente... en el barco... extrajo una bala... de uno de los hombres. —Su voz es débil, pero la urgencia en sus palabras es clara.

—¿El teniente? —repite Feenat sin comprender.

—Avery… así lo llamaban los hombres que le capturaron —explica con un resuello.

Me sorprende; esta es la primera vez que oigo sobre las habilidades médicas de Avery, una persona sobre la que sabemos tan poco.

Nunca le he visto como alguien más que un hombre enigmático y reservado envuelto en misterio. La idea de que pueda tener conocimientos o habilidades que podrían ayudar a Jacob en este momento crítico es algo que nunca había considerado.

—Lo he visto cerca del pinar de Ben Cruachan. Voy a buscarlo —interviene rápidamente Feenat.

Mientras ella se apresura hacia el pinar de Ben Cruachan, me concentro en Jacob, cuya condición empeora con cada minuto que pasa.

Con cuidado, reajusto su posición para que su cabeza repose sobre mi regazo, ofreciéndole el único consuelo que está en mis manos proporcionar. El establo, normalmente un lugar de trabajo y rutina, se ha transformado en un refugio improvisado de angustia y esperanza temblorosa.

—Va a estar bien, Jacob —murmuro, aunque mis propias palabras suenan huecas a mis oídos. La impotencia ante su dolor me envuelve.

Con una mano, acaricio su frente, tratando de aliviar, aunque sea un poco de su sufrimiento. Su piel está caliente al tacto, la fiebre un testigo silencioso de la batalla que su cuerpo está librando.

—Solo aguante un poco más. Avery vendrá —le aseguro, aunque no tengo manera de saber cuánto tiempo tardará Feenat en encontrarlo o si Avery estará dispuesto y será capaz de ayudar.

En el tenue silencio del establo, mientras las palabras «Avery vendrá» se desvanecen en el aire, una repentina y desconcertante realización me golpea.

No sé su apellido. A pesar de su presencia constante, de la forma en que su figura se ha entrelazado sutilmente en el tejido de nuestra vida diaria, Avery permanece envuelto en un misterio que nunca he intentado desentrañar.

Es un pensamiento extraño, desconcertante, que en medio de esta crisis, mi mente se aferre a tal detalle trivial, pero revelador de la distancia que mantenemos, incluso en la proximidad.

—Aguanta, por favor —susurro de nuevo, más para mí que para él, una súplica a cualquier fuerza que esté escuchando. En la quietud del establo, con la vida de Jacob pendiendo de un hilo, el tiempo se suspende, y todo lo que queda es la espera.

Mientras el dolor late en mi hombro y la preocupación por Jacob pesa en mi corazón, él comienza a hablar con una voz que la fiebre hace débil y distante. A través de su relato, se desvela una historia de supervivencia y desesperación que apenas puedo comprender.

—Mi madre era una esclava en una plantación en las Antillas —comienza Jacob, cada palabra un esfuerzo—. Mi padre, un terrateniente inglés que... que raramente nos reconocía. Cuando las cosas comenzaron a ir mal en la hacienda y él empezó a endeudarse… Me vendió. Me encadenaron a otros, nos despojaron de todo, nos trataron como mercancía, y nos embarcaron hacia un destino desconocido, lejos de cualquier semblanza de hogar. Nunca volví a saber de mi madre.

Su voz, aunque debilitada por el malestar, lleva el peso de las memorias que relata.

—En esos barcos, la vida era menos que humana. Nos hacinaron como ganado, encadenados en la oscuridad, privados de luz y aire fresco. Dormíamos de pie, si es que dormíamos, apoyándonos los unos en los otros para no caer. La enfermedad se esparcía rápido, y aquellos que caían enfermos o heridos eran lanzados al mar sin ceremonia, arrastrando en su caída a quienes estuvieran encadenados con ellos. Era una existencia desesperada, en la que cada amanecer era una victoria y cada anochecer un nuevo desafío a nuestra voluntad de vivir. Ni recuerdo en cuántos barcos fui transportado.

Jacob pausa, luchando por mantener el control ante el recuerdo de su sufrimiento. Yo lo escucho con el corazón encogido.

—Avery estaba en uno de ellos. Capturado en Francia después de la guerra, creímos que era otro soldado más, otro desertor. Pero era diferente. Cuando un hombre fue herido gravemente por uno de los que nos tenían cautivos. Avery no dudó. Con las pocas herramientas que pudo encontrar, extrajo la bala. Mostró una compasión y un liderazgo que pocos hombres podrían sostener en tales circunstancias —Cojo aire con fuerza al darme cuenta de que retenía la respiración—. Cuidó de los enfermos, compartió su ración de agua, y nos habló de resistencia, de no perder la dignidad a pesar de cómo nos trataban. Su determinación... su habilidad, nos salvó a muchos. Nos dio esperanza en un lugar donde parecía imposible.

La historia de Jacob, una mezcla de dolor y redención, revela una faceta de Avery que había permanecido oculta tras su silencio. Su valentía y su integridad en los momentos más oscuros hablan de un hombre cuya fuerza interior desafía las circunstancias más brutales.

—Avery nunca habla de ello, pero lo vi... Vi cómo se enfrentaba a nuestros captores, cómo nos protegía. Y aunque ahora estemos aquí, relativamente seguros, las cicatrices de ese acto aún permanecen en su espalda, cicatrices que no solo permanecen en el cuerpo, sino en nuestras almas.

Su voz se quiebra, pero sus ojos arden con la intensidad de los recuerdos.



Cuando Avery llega, su expresión es seria, la de alguien que ha sido llamado a enfrentar nuevamente los fantasmas del pasado.

Examina a Jacob con una eficiencia que me sorprende. Sus manos se mueven con seguridad, palpando con cuidado pero firmeza, su expresión concentrada.

Después de unos momentos que se sienten como una eternidad, Avery se endereza.

—Es su apéndice —anuncia con una calma que no hace nada para aliviar mi ansiedad—. Necesita ser operado y pronto.

La revelación me deja atónita.

—¿Pero cómo...? ¿Puedes hacerlo? —pregunto, la esperanza luchando contra el miedo en mi voz.

Avery me mira, y por un momento, veo a ese hombre que ha enfrentado situaciones desesperadas antes, un hombre que, a pesar de sus reticencias, está dispuesto a hacer lo que sea necesario para salvar una vida.

—Voy a necesitar alcohol, agua caliente, paños limpios, y algo medianamente afilado —instruye Avery, su voz firme, asumiendo el mando de la situación con una autoridad que no le había visto ejercer antes.

Feenat corre a reunir lo necesario mientras Avery arrodillado junto a Jacob, con mirada intensa y enfocada, examina cuidadosamente el abdomen distendido y tenso de Jacob.

Con experiencia adquirida en condiciones lejos de ideales, palpa suavemente, buscando signos de inflamación y la localización precisa del apéndice.

—Aquí —murmura finalmente, marcando un área ligeramente por encima y a la derecha del ombligo de Jacob con un trozo de carbón. Es un gesto preciso, indicativo de su conocimiento sobre la anatomía humana bajo estrés.

Feenat regresa con los suministros solicitados por Avery: alcohol para desinfectar, agua caliente para esterilizar los instrumentos y paños limpios para secar y cubrir la herida.

Yo, sintiendo una mezcla de nerviosismo y determinación, me quedo esperando con la cabeza de Jacob aún sobre mi regazo, lista para asistir en lo que sea necesario.

Avery toma la pequeña navaja, calentada previamente y ahora enfriada tras ser sumergida en el agua y con una mano tan firme como si estuviera tallando madera en lugar de carne humana, realiza una incisión precisa en la piel de Jacob. La tensión es palpable en el aire; incluso los caballos en el establo parecen contener la respiración.

Jacob, a pesar del dolor, se mantiene valientemente en silencio, los dientes hundidos en el cuero que Avery le ha proporcionado. Avery trabaja con una concentración que bordea la reverencia, cada movimiento medido y cada decisión, aunque rápida, profundamente considerada.

Con la incisión hecha, Avery introduce cuidadosamente sus dedos para aislar el apéndice inflamado. La delicadeza de sus movimientos contrasta con la crudeza de la situación.

—Necesito que sostenga esto —dice, pasándome un paño limpio para mantener la herida abierta y accesible.

El silencio que sigue es roto solo por los sonidos de la operación, un testimonio de la gravedad del momento y la habilidad con la que Avery maneja la crisis.

Finalmente, con una precisión que desafía las limitaciones de nuestro entorno, extrae el apéndice enfermo.

La visión es a la vez terrible y fascinante, un testimonio del filo entre la vida y la muerte sobre el que caminamos.

El procedimiento para cerrar la herida es igualmente meticuloso, sus manos moviéndose con la habilidad de quien ha realizado este procedimiento más veces de las que quisiera recordar, suturando con un hilo que, aunque no es el ideal médico, sirve para el propósito necesario.

—Mantenga presión aquí —me instruye, asegurándose de que la herida quede bien cerrada antes de cubrirla con paños limpios.

Mientras Jacob descansa, el alivio en sus rasgos es evidente, aunque el camino hacia la recuperación apenas comienza. Y me pregunto cómo es posible que siga consciente, cómo algunas personas son capaces de soportar ciertas circunstancias extremas sin sucumbir.

Avery, por su parte, parece llevar el peso del mundo en sus hombros, la intensidad de los últimos momentos reflejada en su mirada. Este acto de compasión y habilidad bajo presión no solo ha salvado una vida sino que también ha revelado una faceta desconocida de Avery que solo aumenta mi fascinación por él.

Ha transformado, irrevocablemente, la manera en que lo veo y no he hecho otra cosa que mirarle furtivamente desde el día de la subasta.

—Ahora, debemos asegurarnos de que se mantenga limpio y observar cualquier signo de infección —instruye, mirándome directamente.

Jacob, con voz débil pero clara, se dirige a Avery, a quien llama de nuevo teniente.

—Debe curar también a la señorita —dice, señalando en mi dirección con una mirada llena de preocupación.

Avery se acerca, y su expresión cambia al ver el estado de mi vestido y la piel debajo.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta con una mezcla de preocupación y autoridad, mientras con cuidado, pero con firmeza, me hace girar para inspeccionar la herida que se extiende desde mi hombro hasta la espalda. Había olvidado por completo el dolor y el daño en medio del caos de la situación de Jacob, mi mente absorbida por la urgencia de su condición.

A pesar de mi intento de minimizar el incidente, Jacob relata cómo Fenella, en un arrebato de ira, trató de golpearlo con la fusta y cómo yo me interpuse, recibiendo el daño destinado a él. Trato de interrumpir, de hacerle señas a Jacob para que guarde silencio, pero las palabras ya están en el aire, irrevocables.

Feenat, siempre práctica, menciona que debe regresar a sus deberes en la cocina antes de que el guiso se queme, añadiendo en tono ligero pero serio que, de lo contrario, podría ser ella quien termine enfrentándose a la ira de Fenella.

—No se preocupe —asegura Avery, su atención aún en mi hombro—. Tengo aquí lo necesario para atender esta herida.

Mientras Feenat se aleja con una última mirada hacia Avery, murmura lo suficientemente bajo para que solo yo lo escuche:

—Sin duda, es mucho más de lo que parece.

Su tono lleva una mezcla de respeto y asombro.

Capítulo 5



Con Jacob finalmente cayendo agotado en un sueño, Avery procede a tratar mi herida. Desliza con cuidado el vestido por mi hombro, exponiendo la piel lacerada por el latigazo. Al contacto de sus dedos, un gemido involuntario escapa de mis labios, una reacción confusa de placer y dolor, revelando una vulnerabilidad que no conocía en mí.

Avery se detiene, claramente preocupado.

—¿La he hecho daño?

—No —susurro, sacudida por la intensidad de la sensación, por el descubrimiento de una faceta de mí misma que el contacto inesperado ha emergido a la superficie.

Avery continúa con su tarea, sus movimientos meticulosos y precisos.

Busca entre los suministros que ha traído Feenat, el frasco de alcohol. Con sumo cuidado, vierte un poco sobre un paño, el fuerte olor a whisky invade mis fosas nasales, y comienza a limpiar la herida.

A pesar de prepararme para el ardor, la sensación cuando el líquido toca mi piel dañada es aguda y me hace contener la respiración.

La curiosidad, mezclada con la sorpresa de su habilidad, me empuja a preguntar,

—¿Es usted médico, señor...? —Mi voz se desvanece, una omisión que resalta cuán poco sé de él, a pesar de su presencia constante entre nosotros.

Avery se detiene un momento, su expresión es de alguien que está cruzando una línea interna antes de decidir compartir un fragmento de su pasado.

—No, no soy médico —comienza, su mirada se pierde por un momento en recuerdos lejanos—. Pero cuando el cirujano de nuestro pelotón murió, yo era el único con ciertos conocimientos de anatomía. Gracias a mi afición por la lectura, y una capacidad moderada para entender un tratado médico, pude ocuparme de las heridas y las enfermedades de mis compañeros.

Su confesión es un destello de luz sobre el misterio de su vida antes de llegar a nosotros. Con cada palabra, la imagen de Avery se expande: ya no es solo el hombre enigmático de nuestro hogar, sino alguien que, en medio de la adversidad, sabe asumir un rol vital, salvando vidas, trayendo esperanza y luchando por otros con conocimientos y una fuerza increíble que surge en las circunstancias más sombrías.

Mientras aplica un ungüento sobre la herida —una mezcla que huele a hierbas y algo más que no puedo identificar— y luego cubre cuidadosamente mi hombro y espalda de nuevo con mi vestido, siento una profunda gratitud.

—Debe doler menos ahora —dice, finalizando su labor.

—Gracias —murmuro.

Avery asiente, un gesto breve.

Sintiendo una mezcla de gratitud y curiosidad, me quedo observándolo mientras recoge. Sin embargo, mi contemplación parece cruzar un umbral no dicho, una barrera que él ha erigido firmemente entre nosotros.

—¿Qué mira? —Su pregunta, afilada como el corte de una navaja, irrumpe en el silencio, cargada de un desdén apenas velado.

Su tono es duro, un recordatorio de la distancia emocional que prefiere mantener, no solo conmigo sino con todos en la casa.

Sorprendida por su brusquedad, busco rápidamente algo que decir, pero antes de que pueda formular una respuesta, él añade:

—No vuelva a hacerlo. No se interponga entre un amo y su esclavo. Ya le he advertido antes que debe guardarse su generosidad. No debe meterse en medio de conflictos que no le conciernen, especialmente por personas como Jacob... o como yo.

—Sin embargo, usted ha actuado con generosidad al curarme —señalo, intentando encontrar alguna coherencia en su comportamiento, alguna fisura en la armadura de indiferencia que Avery siempre parece llevar puesta.

Él se detiene, sus ojos encontrando los míos por un momento que parece extenderse más de lo necesario.

—Eso no es generosidad —dice, su voz bordeando la irritación—. Es simplemente pragmatismo. No me confunda con un altruista; hago lo que debe hacerse.

Su explicación, entregada con un descaro que roza la rudeza, deja un sabor amargo.

—Y yo haré lo que quiera. Usted no puede darme órdenes —le digo, intentando sostener su mirada con la mía, a pesar del torrente de emociones que luchan por salir.

Su reacción es inmediata y helada, un reflejo de las barreras que ha erigido alrededor de sí mismo, no solo contra mí, sino contra todo lo que representa la familia MacIntyre.

—Lo sé. Aquí es usted la que está al mando. No lo olvido fácilmente, pero ni yo ni Jacob necesitamos la piedad de quienes nos han reducido a esto.

A pesar de la frialdad de su respuesta, la determinación ardiente dentro de mí se niega a ser sofocada. La tensión entre nosotros se espesa, casi palpable en el aire cargado del establo.

—Piedad es lo último que ofrecería a alguien que con claridad desprecia cualquier muestra de compasión —replico, mi tono igualmente frío, pero vibrante con una chispa de desafío.

Avery me mira, sus ojos azules como fragmentos de hielo, sin un atisbo de calor.

—Compasión, piedad, generosidad… llámelo como quiera, señorita. Son solo gestos que usa para dormir mejor por las noches.

—¿Eso es lo que cree?

—Exactamente. —Avery no parpadea, su mirada fija en mí como si intentara desentrañar mis motivos con solo verme—. No me hable de virtudes cuando su familia no dudó en adquirirme como si fuera ganado.

—Eso es injusto y lo sabe. No fui yo quien... —comienzo, pero la realidad de la situación me golpea con fuerza. Aunque no tomé parte en su compra, no he hecho lo suficiente para desafiar el sistema que permite tales atrocidades.

—¿Injusto? —Avery casi se ríe, pero el sonido es amargo—. Lo injusto es ser arrancado de una vida y obligado a servir bajo la amenaza de violencia. Usted ni siquiera puede comenzar a entender ese tipo de injusticia.

—Tiene razón, no puedo —admito, sintiendo el peso de su acusación—. Pero eso no significa que no quiera cambiar las cosas, que no desee una vida mejor para todos los que están atrapados en este sistema.

—Palabras, señorita MacIntyre, solo palabras —responde Avery, y por un momento, el dolor en su mirada trasciende su habitual frialdad—. Las buenas intenciones no cambian el hecho de que su familia me ve como propiedad.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Ignorar la injusticia cuando la veo? —pregunto, mi frustración creciendo.

—Haga lo que quiera, señorita MacIntyre. Vuelva a encerrarse en su biblioteca a olvidarse del mundo que le rodea o a escribir esos ridículos versos. Pero no espere mi gratitud por sus gestos de compasión —dice con una dureza que corta como cuchillo—. Estoy aquí para sobrevivir, no para ser una pieza en su juego de redención personal.

Avery clava su mirada en mí, sus ojos azules ardiendo con una intensidad que me paraliza.

—Imagínese, señorita MacIntyre, por un momento cómo se sentiría si fuera usted la desnuda, la reducida a nada más que carne y hueso para el deleite de extraños —dice, su voz cortante, cada palabra tallada con el peso de su experiencia.

Su descripción me golpea como un puñetazo en el estómago, dejándome sin aliento. La realidad que describe, tan ajena y sin embargo tan palpable en este momento, me envuelve en un manto de horror.

—Eso sería... inhumano —consigo articular, mi voz temblorosa por la magnitud de lo que sus palabras implican.

—Exactamente —responde él, su voz un murmullo cargado de una amargura profunda—. Usted tiene el lujo de la imaginación; yo tengo la carga de la memoria —responde Avery, su tono ahora más bajo, teñido de una tristeza profunda—. Vivir con el conocimiento de que fui valorado, comprado y vendido, como si mi valía se redujera a cuánto placer o servicio puedo proporcionar.

Sus palabras son un eco en la vacuidad que se abre entre nosotros, destacando no solo la distancia física, sino el abismo de experiencias y percepciones que nos separa.

Intento encontrar las palabras adecuadas, un gesto, cualquier cosa que pueda ofrecer algo de consuelo o comprensión, pero ¿qué consuelo puedo ofrecer frente a una verdad tan cruda?

—Lo siento, Avery. Lo siento profundamente —digo finalmente, aunque sé que mis palabras son un pálido bálsamo frente a la crudeza de su realidad.

—Su lástima no cambia nada, señorita MacIntyre. Solo no vuelva a espiarme mientras me baño. No soy su entretenimiento personal —dice él, dándose la vuelta para marcharse, dejándome con la pesada tarea de reconciliar mi deseo de ayudar con la comprensión de que algunas heridas son demasiado profundas para ser curadas con buenas intenciones.

Me doy cuenta de que, más allá de la compasión o la piedad, lo que Avery necesita —lo que todos necesitamos— es acción, un cambio fundamental en cómo vemos y tratamos a los demás, sin importar las circunstancias de su existencia.

«Bueno, Kenna, parece que has encontrado una nueva vocación: irritar a los hombres misteriosos y taciturnos hasta que te revelen los secretos de su alma torturada. Maravilloso. Tal vez debería añadirlo a mi lista de habilidades, justo debajo de "experta en recibir latigazos no intencionados" y "aspirante a mediadora en conflictos de intereses personales versus morales"».

Aquí estoy, intentando ofrecer compasión a un hombre que ve cada gesto mío como una afrenta personal, un recordatorio de su degradación.

Y, sin embargo, ¿qué hago? Sigo adelante con la delicadeza de un elefante en una tienda de porcelana, provocando más barreras entre nosotros.

«Quizás Avery debería empezar un club: "Los incomprendidos anónimos».

Primera regla del club: Si has sido comprado en una subasta, te sentiste como un pedazo de carne y ahora te encuentras viviendo con tus compradores, felicidades, eres miembro honorario.

Segunda regla: Las habilidades deben incluir aprender a lanzar miradas que podrían congelar el infierno y el arte sutil del sarcasmo como mecanismo de defensa.

Tercera regla: Siempre asegúrate de tener la última palabra, incluso si es solo en tu cabeza. Porque, claramente, ganar discusiones imaginarias es el pico de madurez emocional y definitivamente te llevará lejos en la vida.

Tendremos que buscar una manera de entendernos, o al menos, de coexistir sin causarnos más heridas.

«Y si todo lo demás falla, siempre puedo escribir un libro: "Cómo no hacer amigos y causar rechazo instantáneo". Sería un éxito rotundo, estoy segura».

Con un suspiro, me levanto, sacudiendo el heno de mi vestido. La vida continúa, y con ella, mi búsqueda incansable por encontrar un equilibrio entre lo que es justo y lo que es posible.

Quizás Avery y yo nunca lleguemos a entendernos completamente, pero, por ahora, seguiré intentando mejorar la situación de estos hombres.

«En la corte de la absurdez, reina sin corona yo seré,
Frente a Avery, un espectáculo de torpeza desplegaré.
En el arte de meter la pata, mi maestría brillará,
Cada intento de ayuda, en burla se transformará».

Después de la tensión y la gravedad de los momentos anteriores, la atmósfera cambia ligeramente con la llegada de Thomas, cuya presencia siempre parece llevar consigo un aire de ligereza, incluso en las circunstancias más sombrías.

Al verme, su expresión inicial de sorpresa da paso ágilmente a una mueca de complicidad, antes de que sus ojos se posen durante un segundo en mi vestido descompuesto y luego, con una discreción que lo honra, desvíe la mirada con rapidez.

Thomas tiene una llamativa cicatriz que marca su rostro y cierra un poco su ojo izquierdo. Al captar mi mirada, Thomas parece comprender mi pregunta no formulada.

—Fue un castigo —comienza, su voz llevando un matiz de resignación mezclada con una fortaleza subyacente—. Un recordatorio permanente de que, en estos tiempos, la justicia es a menudo más cruel que el crimen que se pretende castigar. Eso considerando que atrapar un poco de pan para paliar el hambre de un niño se puede considerar un crimen.

—No, no lo es —murmuro.

Thomas me observa con una mezcla de sorpresa y apreciación ante mi murmullo. La simpleza de mi respuesta parece resonar en la profundidad de su experiencia, ofreciendo un pequeño consuelo en la complejidad de su realidad.

Se acerca a donde Jacob reposa.

—Jacob, siempre encontrando nuevas formas de escaquearte, ¿eh? —bromea, aunque el tono de su voz lleva un tinte de preocupación—. Supongo que este es tu nuevo truco para evadir el esquilado.

—Me temo que evitarlo será imposible —argumenta, hablando de la necesidad de lavarlas en el pozo para esponjar su lana, una tarea para la cual, según él, su tamaño menudo es perfecto.

—Olvídate de eso, muchacho. Avery ha dicho que tu recuperación será lenta y que debemos hacer tu trabajo y entre nosotros me da más miedo ese cabronazo que las amenazas del patrón.

—La señorita ya recibió un golpe dirigido a mí por no hacer mi trabajo. No puedo permitir que algo así vuelva a ocurrir y ninguno de vosotros podréis manejaros en el pozo con las ovejas.

En ese momento, cuando Thomas me mira con curiosidad y yo, sin poder callarme, digo:

—Yo lo haré. No será la primera vez que me adentre en las profundidades de ese pozo. Aunque nunca lo haya hecho por razones tan... prácticas, entiendo la importancia de mantener la

lana limpia y esponjosa. Además, no podemos permitir que el trabajo de Jacob quede sin hacer, especialmente bajo estas circunstancias.

Thomas estalla en una risa incrédula, sacudiendo la cabeza con una mezcla de asombro y diversión.

—Señorita MacIntyre, ¿está segura? Usted, ¿en el pozo, lavando ovejas? Eso sí que sería un espectáculo digno de verse.

—Completamente segura —respondo, intentando infundir tanta determinación en mi voz como sea posible—. No podemos dejar que las tareas de la finca se atrasen, y menos aún por culpa de un... incidente desafortunado.

Jacob, a pesar de su estado semidormido y la gravedad de su reciente operación, emite un sonido que parece ser un intento de protesta, pero la fatiga lo vence, y sus ojos se cierran nuevamente.

—¿Ve? Ya está planeando cómo gastar su tiempo de recuperación en más siestas —comenta Thomas, intentando aligerar el ambiente—. Pero no se preocupe, señorita, nos aseguraremos de que Jacob aquí no levante ni un dedo hasta que esté completamente recuperado. Y en cuanto a usted y las ovejas... bueno, estoy seguro de que Avery tendrá algo que decir al respecto.

—No dudo que lo tendrá —murmuro, sabiendo muy bien que la decisión de tomar el trabajo de Jacob, por noble que sea mi intención, probablemente provocará otra ronda de disputas con Avery.

Sin embargo, en este momento, lo que más me importa es asegurar que la finca siga funcionando sin problemas y que Jacob pueda recuperarse sin preocupaciones adicionales.

La vida en Glen Noe nunca es simple, pero estoy aprendiendo que, a veces, es nuestra disposición a hacer lo necesario lo que define nuestro carácter y fortalece nuestros lazos, tanto con la tierra como con las personas que la habitan.

Capítulo 6

Narrador Omnisciente



Las cuadras, con su suelo cubierto de heno, ofrecen poco consuelo contra el frescor de las noches de la primavera en Escocia.

Aunque el día puede traer consigo el calor suave del sol, las noches aún retienen el recuerdo del frío primaveral.

Los hombres, comprados para trabajar en la finca MacIntyre, se suelen acurrucar bajo mantas finas, buscando calor en su proximidad.

Jacob yace inquieto bajo una de ellas raída y Avery le echa un vistazo con el semblante serio.

Ray, con su espalda apoyada contra el muro de piedra, murmura en voz baja, su tono cargado de resentimiento.

—Estoy harto de esto —dice—. No dejé el ejército para acabar siendo el siervo de nadie.

Su figura se recorta contra la oscuridad, la amargura y la dureza de su vida talladas en las líneas de su rostro.

Thomas, acurrucado cerca, responde sin mirarlo.

—No se está tan mal —comenta con una resignación que no oculta del todo su optimismo innato—. De donde yo vengo, la vida no era mejor. Tenía que robar para comer y no podía cerrar los ojos sin miedo a que me degollaran mientras dormía. Aquí tengo comida y un lugar para dormir... y la señorita es amable.

—Te conformas con poco, amigo —insiste Ray, despectivo—. La libertad es el don más preciado de un hombre. No somos más que esclavos para esta gente, incluida la solterona. Pero no voy a quedarme aquí esperando. Dejé el ejército y puedo dejar esto también. Pero no sin antes tomar también algo a la fuerza para que los MacIntyre entiendan lo qué es que te arranquen la dignidad.

El silencio que sigue es tenso, cargado.

Los otros hombres evitan encontrarse con la mirada de Ray, conscientes de la oscuridad de sus intenciones pero incapaces o quizás demasiado temerosos para confrontarlo.

Avery, hasta ese momento un espectador silencioso, su figura apenas visible en la penumbra, finalmente interviene con calma, pero con firmeza.

—¿Qué planeas hacer, Ray? —Su voz, aunque tranquila, porta un filo que no admite evasivas.

Ray ofrece una sonrisa siniestra, llena de insinuaciones oscuras.

—Mi plan es simple: voy a hacer que sientan la pérdida de algo realmente valioso, algo que nos ha sido negado y constantemente se nos recuerda que no podemos tener. Voy a equilibrar las cosas, pero de una manera que les haga entender, sin duda alguna, y por las malas.

El aire se carga de tensión, con los otros hombres intercambiando miradas nerviosas, conscientes del precipicio al que se asoman con las palabras de Ray. Avery, su expresión inmutable, evalúa la situación.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Creo que lo sabes muy bien —responde Ray, su voz cargada de insinuaciones oscuras. La amenaza implícita en sus palabras es suficiente para tensar aún más el ambiente—. Ella debe ser virgen, es una de esas remilgadas, seguro que guarda lo que tiene entre las piernas como un trofeo. Nunca he estado con una. Además, hace mucho tiempo que no estoy con una mujer y ella es un recordatorio constante de eso… de lo apetecibles que son.

Thomas interviene rápidamente, su tono lleno de preocupación.

—No lo hagas, Ray. La señorita MacIntyre no es responsable de nuestra situación. No podemos descargar nuestra frustración en quienes no tienen la culpa.

Ray frunce el ceño, claramente frustrado, pero insiste.

—Ella estuvo allí, presenciando cómo nos trataban y compraban como si fuéramos bestias.

—No hay justificación para lastimar a inocentes —interviene Jacob—. La señorita ha mostrado más compasión de lo que cualquiera de nosotros esperaba. No podemos convertirnos en aquello contra lo que luchamos.

—Además, defendió a Jacob y planea hacer su trabajo para que él pueda recuperarse. Dice que ha estado en ese pozo antes y no le teme al trabajo duro —añade Thomas.

La revelación de que Kenna se ofrece voluntaria para realizar la labor de Jacob cuelga en el aire, creando una pausa cargada de tensión en la cuadra.

Ray, con su habitual desdén, no pierde la oportunidad de sembrar discordia, pero es la reacción de Avery la que captura la atención de todos.

A pesar de su convicción de mantenerse indiferente hacia Kenna y todo lo que representan los MacIntyre, la mención de su nombre y la posible amenaza que Ray insinúa despiertan en Avery una reacción instintiva.

—Si pones tus ojos sobre ella, te los arrancaré —advierte sin sutilezas, su tono frío, casi distante, pero con un borde afilado de peligro.

No es tanto la preocupación por Kenna lo que impulsa sus palabras, como un sentido más profundo de justicia, o quizás, la aversión a ver cualquier injusticia cometida bajo su vigilancia.

Dirigiéndose a Thomas, y aún en la línea de su actitud aparentemente indiferente, Avery descarta la oferta de Kenna con una decisión que no admite debate.

—Ella no hará ese trabajo. Olvidaos de eso; yo me encargaré. —Su declaración, aunque pronunciada con desapego, es una medida de control, una forma de mantener la distancia emocional con ella incluso mientras interviene de manera contradictoria.

Thomas asiente, reconociendo la autoridad no declarada de Avery en esta materia. La

cuadra queda sumida en un silencio reflexivo, cada hombre sumergido en sus pensamientos.



Después de completar su rutina matinal de limpieza en el barril, un ritual que le brinda un momento de soledad y reflexión antes de enfrentarse al día, sus pasos lo llevan hacia las cuadras, un lugar que se ha convertido en el centro de su vida.

Para él, esta práctica constante de lavarse tiene significados más profundos; se ha transformado en una necesidad imperiosa de purificarse no solo de la suciedad física, sino también de borrar las huellas de todo lo corrupto e inmoral que ha tenido que presenciar y experimentar. Es como si, de alguna manera, el agua pudiera limpiar las manchas que tales experiencias han dejado en su alma, permitiéndole enfrentar cada nuevo día con una especie de renovación interna.

Al aproximarse, el sonido de las voces le llega, una mezcla de risas y conversación seria que parece fuera de lugar en el austero entorno. Es la voz de Kenna la que se destaca, clara y llena de determinación, un contrapunto a la gravedad que suele impregnar el aire aquí.

Allí está ella, charlando animadamente con Jacob, quien, quien muestra esa especie de resiliencia post-operatoria que solo los verdaderamente valientes (o los demasiado tercos para admitir el dolor) pueden exhibir.

Avery se detiene un momento, observando la escena. Kenna, con entusiasmo, está explicando algo con gestos animados, mientras él la escucha con una sonrisa tenue en sus labios.

La anécdota que Kenna comparte con Jacob es sobre una vez que, en un intento juvenil de demostrar su valentía, decidió aventurarse ella misma en el pozo para lavar uno de los perros.

—Me resbalé justo cuando estaba tratando de empujarlo al otro lado. Es muy posible que fuera él que me empujara a mí —cuenta, sus ojos brillando con el recuerdo de la travesura—. Terminé más mojada que él y con el doble de espuma. Creo que nunca he estado tan limpia en mi vida.

Jacob, a pesar del dolor y el cansancio, ríe con ganas, la historia ilumina su rostro cansado y le ofrece un breve respiro de su convalecencia.

Avery, con la postura imponente y la seguridad que lo caracterizan, observa la escena con un ceño fruncido.

A pesar de la advertencia de la noche anterior, allí está ella, resuelta a sumergirse en el pozo para cumplir con la tarea de lavar las ovejas, una labor crucial para prepararlas para el esquilado.

El pozo, pequeño y de poca profundidad, está diseñado de tal manera que quien se posicione dentro debe coordinar estrechamente con otros dos: uno que empuja la oveja hacia el interior para que sea lavada y otro que espera al otro lado para recibirla una vez limpia. Esta

cadena de acciones requiere destreza y un entendimiento claro de los movimientos necesarios para evitar lastimar a los animales o a sí mismos durante el proceso.

—No lo hará —dice finalmente, su voz profunda y autoritaria cortando cualquier posible protesta—. Además, subestima la fuerza necesaria para manejar las ovejas en ese espacio.

Kenna lo mira, su sorpresa inicial dando paso a un ligero atisbo de desafío.

—No me considere tan frágil. Por si no se ha dado cuenta, ya no soy una niña. He manejado tareas difíciles antes —le responde, aunque internamente reconoce el valor práctico de su argumento.

—No importa —la corta Avery, su tono final.

—¿Qué demonios le pasa? No lo hago por usted ¿sabe? No necesito su aprobación para ayudar.

Avery, sintiendo cómo la conversación se desliza hacia un territorio aún más tenso, se endurece ante la insistencia de Kenna. La frustración mutua, alimentada por sus posiciones opuestas y el deseo de Kenna de probar su fortaleza, se convierte en el catalizador de un conflicto más profundo.

—Por supuesto, señorita MacIntyre, olvidé por un momento que soy solo su humilde siervo en estos dominios —dice, su voz teñida de un sarcasmo que no hace ningún esfuerzo por ocultar—. Haga lo que considere necesario. Después de todo, usted está al mando aquí.

Kenna se queda momentáneamente sin palabras, sorprendida por la mordacidad en la voz de Avery. Su rostro se tiñe de un rubor de indignación, y la herida de sus palabras va más allá de un orgullo golpeado.

—No sé por qué tiene que ser tan... tan... —Kenna lucha por encontrar las palabras adecuadas, su propia ira burbujeando justo debajo de la superficie—. No estoy intentando mandar sobre nadie. Solo quiero ayudar, a mi manera. Pero parece que ni siquiera eso puedo hacer sin que se convierta en una lucha de poderes con usted.

Thomas, intentando mediar en una situación que rápidamente se va de las manos, sugiere una solución alternativa, aunque no sin sus propios problemas.

—Yo estaré al otro lado, recogiendo las ovejas. Podemos usar una cuerda para ayudar a tirar de ellas hacia mí —propone, aunque la logística de su plan deja mucho que desear.

La idea de atar a las ovejas y manejarlas de esa manera trae consigo un nuevo conjunto de complicaciones, algo que todos entienden. La oveja es el animal más tonto que existe. Es capaz de ahogarse incluso salir hacia otro lado y estrellarse contra un árbol.

Sin embargo, Avery, en un gesto que sorprende a todos, incluido él mismo, cede.

—No, yo tomaré esa posición al otro lado. Es lo más práctico.

Su decisión no viene dada por un cambio de actitud hacia Kenna, sino por una necesidad pragmática de mantener el flujo de trabajo y evitar retrasos innecesarios.

Internamente, Avery lucha por mantener su resentimiento hacia Kenna, recordando el momento de su compra, cuando desnudo fue expuesto y vulnerable bajo la mirada de todos ellos como un simple trozo de carne. La lástima que vio en sus ojos le resulta insoportable, alimentando su rencor y su determinación de mantenerse distante, tanto física como emocionalmente de ella.

«No quiero estar cerca de ti, no quiero verte sonreír, no quiero verte más humana» se recuerda a sí mismo en silencio.



Mientras la tensión entre Avery y Kenna se espesa como la niebla matutina sobre Glen Noe, el pragmatismo se impone. Él, con una decisión que no esconde su repulsa, opta por asumir el papel en el lado del pozo donde las ovejas salen, una tarea que, si bien evita retrasos, lo obliga a colaborar más de cerca con Kenna de lo que desearía.

Para ella, la tarea que se avecina requiere una vestimenta práctica: se enfunda en unos pantalones robustos, que alguna vez pertenecieron a un sirviente de la finca, y una camisa de lino grueso, su cabello recogido en un moño bajo para evitar que interfiera. Su determinación se refleja en su atuendo, listo para el desafío, sin importar lo sucio o complicado que pueda ser.

Ray, desde su rincón, observa la escena con un sarcasmo apenas velado.

—Qué interesante todo —comenta, sin ocultar su desdén por la situación.

Sin embargo, la atención se desvía cuando Kenna silba, y un perro, un Border Collie de mirada inteligente y pelaje negro y blanco, acude a su llamada.

La presencia del animal, obediente y alerta al lado de su dueña, sorprende a algunos. Avery ya había notado a este compañero fiel siguiendo a Kenna durante sus paseos solitarios por los terrenos, su agilidad para esquivar obstáculos para ella tan afinada como la distracción de ella sumergida en sus libros.

El pozo, un hueco de piedra antigua y musgo, se revela como un desafío no solo físico sino técnico. Kenna se sumerge hasta la cintura en el agua fría, las tablas dispuestas dentro del pozo sirven de plataforma para mover las ovejas, pero se hunden ligeramente bajo el peso, requiriendo equilibrio y precisión.

El trabajo en el pozo no es solo lavar a las ovejas, sino también manejarlas con cuidado para evitar lesiones o pánico, una tarea que prueba la destreza y el coraje de Kenna.

La proximidad forzada no hace nada para suavizar su resentimiento, pero ofrece a ambos

una perspectiva diferente del otro, una visión más allá de los prejuicios y las heridas pasadas.

El trabajo es duro y meticuloso, cada oveja requiere atención y cuidado para asegurarse de que el lavado sea efectivo sin causarles estrés o daño. Kenna maneja la tarea con una competencia que sorprende a todos, su silbido ocasional llamando al perro para que ayude a guiar a las ovejas hacia el pozo y de vuelta hacia el corral.

Avery, por su parte, cumple su rol con una eficiencia silenciosa, su fuerza es más que suficiente para manejar las ovejas que salen del agua.

A pesar de su intención de mantenerse distante, no puede evitar reconocer la habilidad con la que Kenna se adapta a las exigencias del trabajo, un recordatorio de que, bajo su apariencia de señorita refinada, hay una resiliencia y una determinación que él ha subestimado.

Mientras trabajan, el silencio entre ellos habla tanto como las palabras no dichas, un reconocimiento tácito de la interdependencia en este momento, independientemente de sus sentimientos personales.

—¿Duncan, dices? —le pegunta Thomas cuando ella llama así al perro—. ¿Es ese el nombre de algún antiguo amor? —comenta con una sonrisa burlona, observando cómo el perro responde a su nombre con una inclinación de su cuerpo sacudiendo la cola.

Kenna ríe, sacudiendo la cabeza ante la sugerencia.

—Ni mucho menos. Lleva ese nombre por el miembro más ilustre de mi familia, Duncan Ban MacIntyre, uno de los mejores poetas gaélicos. Su talento para la poesía ha iluminado nuestro legado —explica, orgullosa de compartir este pedazo de historia.

Curioso, Thomas la anima a recitar uno de los poemas de MacIntyre. Kenna sonríe con timidez.

—Algo ligero, para amenizar nuestro trabajo —insiste Thomas.

Kenna asiente, buscando en su memoria, y comienza a recitar con una voz clara que resuena contra las paredes del pozo y las laderas cercanas:

«En las colinas verdes de Glen Noe,
donde las sombras y los secretos crecen,
allí bailan las historias al son del viento,
y los susurros del pasado nunca envejecen.

Un libro negro, escondido, lleno de misterio,
guarda las leyendas de un clan valiente y fiero.
Bajo la luna, su verdad se despliega,
revelando lo que el tiempo celosamente resguarda».

Justo cuando Kenna termina, una oveja, quizás inspirada por el poema o simplemente

inquieta, cae bruscamente al pozo, salpicando a Kenna de arriba abajo.

Thomas no puede contener una carcajada antes de comentar:

—Parece que nuestras ovejas prefieren la poesía a la natación.

Kenna, empapada pero no menos animada, replica con una sonrisa:

—Bueno, al menos ahora sabemos que tienen un gusto exquisito. Aunque preferiría que mostraran su aprecio de manera menos... húmeda.

Thomas, aún sonriendo, añade:

—Supongo que después de esto, las ovejas de Glen Noe serán las más limpias y, sin duda, las más cultas de toda Escocia. Siga recitando, por favor, señorita, es un lujo escucharla para alguien que nunca ha podido aprender a leer.

Conmovida por su confesión, Kenna continúa, su voz elevándose sobre el chapoteo del agua, entrelazando el trabajo con la tradición y la belleza de la poesía gaélica, creando un momento de conexión inesperada en medio de la labor diaria.

Avery observa desde una distancia calculada, su postura una mezcla de vigilancia y reticencia. La escena ante él, donde Kenna se mezcla entre la labor y la poesía, es un recordatorio constante de la complejidad que representa ella en su mundo.

Aunque habitualmente ella muestra una confianza que bordea la osadía, en este momento, su actitud revela esa timidez que Avery ha visto antes. Ella acepta con un sonrojo evidente en sus mejillas. Es una revelación de su vulnerabilidad, una ventana a la parte de ella que todavía lucha contra la inseguridad.

Sin embargo, hay algo en el acto de recitar estos versos famosos, en enfrentarse a ese nerviosismo inicial, que parece liberar a Kenna de sus propias cadenas. Con cada línea pronunciada, su voz crece en confianza, su postura se vuelve más firme, y el rubor en sus mejillas se transforma de un signo de timidez a uno de emoción y pasión por las palabras que comparte.

Avery observa, fascinado, cómo Kenna se sumerge en la poesía de MacIntyre, cómo se adueña de cada verso para hacerlo suyo, trascendiendo su inicial reticencia para brillar con una luz que es toda suya.

Avery se encuentra en una posición de continua alerta, dividido entre sus deberes y la supervisión de Ray, a quien ha decidido asignar la tarea de manejar las ovejas en el corral, específicamente para mantenerlo alejado de Kenna.

Son decisiones que recaen en él tras la confianza que Douglas, el capataz, ha depositado en Avery, encomendándole la autoridad para liderar y tomar decisiones críticas en la gestión de las tareas de la finca.

Desde su posición, Avery puede ver cómo Ray cumple con su tarea, aunque con una eficiencia que sugiere una mente en otra parte.

A pesar de la distancia, Avery nota cómo la mirada de Ray se desvía hacia Kenna, particularmente en el momento en que esa oveja particularmente inquieta la salpica, dejando su ropa mojada y ceñida a su figura de una manera que atrae involuntariamente la atención.

Este incidente, que añade una tensión inesperada al ambiente ya cargado, también desafía la propia compostura de Avery. Se encuentra luchando contra el impulso de mirar, consciente de lo inapropiado de la situación.

La tarea se vuelve un ejercicio de voluntad, tratando de enfocarse en el trabajo en lugar de en la imagen provocada por la ropa mojada de Kenna, que delineaba su silueta de manera que capturaba la mirada de quienes estaban a su alrededor.

La decisión de Avery de mantener a Ray lejos de Kenna es tanto práctica como protectora, una medida para asegurar que el trabajo se realice sin incidentes y para mantener a Kenna a salvo de miradas no deseadas.

Avery se da cuenta de que, en un giro inesperado de los eventos, quizás sea él quien debería considerar alejarse lo máximo posible, enfrentando la paradoja de su posición como protector que ahora necesita controlar sus propias reacciones.

En su mente, Avery lucha con estas contradicciones, preguntándose cómo ha llegado a verse en el papel de guardián involuntario de alguien a quien se suponía que debía despreciar.

A pesar de sus esfuerzos por permanecer distante, Avery se encuentra observándola, notando cómo se maneja con las ovejas, cómo se comunica con Thomas, cómo incluso en la tarea más mundana, ella lleva un aire de dignidad y fuerza y… en cómo sus pezones firmes y turgentes, resaltan bajo la tela, sobre el corsé, desafiando su mirada.

Avery se maldice por su debilidad.

Es una observación que realiza a regañadientes, reconociendo en silencio la resiliencia y la capacidad de Kenna para enfrentarse a las adversidades y la imagen sensual que ofrece, incluso si no está dispuesto a admitirlo abiertamente.

La determinación de Kenna de participar activamente en el trabajo, a pesar de sus advertencias, solo sirve para complicar aún más los sentimientos de Avery. Ve en ella un reflejo de las cualidades que él mismo valora: fuerza, determinación y una voluntad indomable.

Sin embargo, su orgullo y su percepción de su situación le impiden ver más allá de la barrera que ha construido entre ellos.

Cada vez que Avery se inclina para asistir a Kenna en la tarea de sacar las ovejas del pozo, la proximidad involuntaria entre ellos rompe la barrera que se esfuerza por mantener.

La tarea los obliga a compartir el mismo aire, un espacio íntimo cargado de concentración y

esfuerzo conjunto y cada detalle de ella se queda grabado en su mente: la forma en que sus dedos se mueven con destreza y se hunden en el pelaje de los animales, la suave curva de su cuello, la tersura de su piel. Incluso el aroma a tierra y lana que la rodea, mezclándose con un perfume sutil que parece ser parte de Kenna y lo envuelve en una sensación de intimidad que lo perturba.

En estos momentos, la sonrisa de Kenna, espontánea y luminosa incluso en medio del trabajo arduo, y el brillo dorado en sus ojos castaños, se convierten en elementos disruptivos para Avery, desafiándolo y por eso evita mirarla.

Pero al hacerlo de forma involuntaria, nota el temblor apenas disimulado de Kenna y el sutil castañeo de sus dientes y toma una decisión inmediata. Levanta una mano, señalando a Thomas que detenga el flujo de ovejas hacia el pozo, su instinto protector sobrepasando cualquier barrera que haya intentado mantener entre él y Kenna.

Al ayudarla a sacar la última oveja del agua, no pierde tiempo en extender nuevamente sus brazos, pero esta vez, es Kenna a quien rescata de la gélida prisión.

La sorpresa y la resistencia inicial de ella son palpables, una mezcla de orgullo y terquedad que la hacen protestar, insistiendo en que está bien, que puede manejarlo. Pero Avery, viendo el pálido tono de sus labios y la manera en que sus dientes castañean incontrolablemente, ignora sus protestas.

Con un gesto decidido que no admite réplicas, arranca las botas y medias de lana de Kenna, sus dedos tocan sus pies congelados y amoratados por el frío. Su irritación apenas disimula la preocupación subyacente.

—Maldita sea, mujer. ¿Quién demonios le ha dicho que debía soportar ahí dentro hasta la hipotermia? —Su voz, más un gruñido que una pregunta, no espera respuesta.

Kenna intenta minimizar la gravedad de la situación, su orgullo chocando contra la firmeza de Avery.

—Está exagerando —dice ella, intentando apartarse, pero Avery no está dispuesto a escuchar excusas.

Ordena a Thomas con una voz que no tolera desobediencia:

—Separa las ovejas lavadas.

Mientras con un movimiento brusco, más práctico que gentil, carga a Kenna sobre su hombro. Ella protesta, pataleando en el aire, su voz mezcla de enfado y sorpresa.

—¡Bájeme! Puedo caminar.

Avery la ignora, su decisión tomada. La lleva a través de la finca con pasos largos y firmes, dirigiéndose hacia la casa principal, hacia la habitación de ella que ya conoce, su mente enfocada en aliviar el frío que ha calado en los huesos de Kenna.



A su llegada, la coloca en una silla con una firmeza que bordea la brusquedad, un reflejo de la tormenta de emociones que Avery intenta sofocar. A pesar de su exterior imperturbable, su mente está inundada de preocupaciones.

—Quítese esa ropa mojada —ordena, sin mirarla directamente, manteniendo ese muro invisible pero palpable entre ellos.

Kenna, aunque inicialmente resistente a admitir su vulnerabilidad, reconoce la lógica en sus palabras.

—Está bien —concede finalmente, la determinación en su voz oculta un temblor apenas perceptible.

Él se vuelve hacia la chimenea, evitando cualquier contacto visual innecesario, su espalda, un muro tanto físico como emocional.

Su mente, aunque concentrada en atizar el fuego para generar más calor, no puede evitar ser consciente de la presencia de Kenna en la habitación, una presencia que, pese a sus esfuerzos, se siente más intensa de lo que quisiera admitir.

—¿Ha acabado ya? —murmura sin girarse, su tono aún marcado por esa distancia que insiste en mantener.

—Sí —le responde ella.

Cuando finalmente se da la vuelta, encontrando a Kenna ya cambiada y envuelta en la modestia de un camisón largo y un chal, el alivio que siente es palpable, aunque no lo admita. Se arrodilla frente a ella y manteniendo su postura rígida y el tono autoritario, toma sus pies fríos entre sus manos.

La acción, aunque práctica, está cargada de un silencio tenso.

—Aunque estemos casi en verano, estar horas en el agua fría de Escocia sin quejarse es imprudente —comenta, su voz baja, centrando su atención en la tarea ante él para evitar cualquier conexión más profunda.

Capítulo 7



Cuando el calor de las manos de Avery me alcanza, un gemido involuntario se escapa de mis labios, sorprendiéndome a mí misma tanto como a él y que parece suspenderse en el aire.

Avery se detiene con brusquedad, claramente afectado por el sonido que se me escapa. Por un instante, hay una pausa cargada de duda en su acción, como si estuviera reconsiderando cada movimiento siguiente.

Luego, con una decisión firme, retoma su tarea, pero esta vez sus manos trabajan con una rudeza que no estaba presente antes.

—Deje de hacer eso —me advierte, su voz baja pero firme, como si el mínimo gemido de placer fuera un territorio prohibido entre nosotros.

—No lo hago intencionadamente —me encuentro respondiendo a su advertencia con un susurro—, pero no tiene nada que ver con usted. Es que se siente bien. Trataré de controlarlo.

Cuando Avery retoma el masaje, la intensidad de su agarre trae un calor que penetra profundamente, mitigando el frío que se había apoderado de mí.

Hay una solidez en sus manos, una fuerza controlada que, a pesar de la brusquedad repentina, revela una cuidadosa atención a la tarea.

Sus manos revelan una precisión y cuidado inesperados, contradiciendo cualquier suposición previa sobre su habilidad. Sus dedos, largos, fuertes y ágiles, no son los de un trabajador rudo, ni los de un soldado endurecido por la batalla. Más bien, poseen la elegancia y destreza de un pianista, o sí, la precisión meticulosa de un cirujano, donde cada movimiento es calculado y esencial.

Cada presión, cada deslizamiento de sus manos sobre mi piel, no solo busca aliviar el frío sino también restaurar la circulación y el calor de manera eficaz. Es un recordatorio de que, detrás de la fachada de dureza, Avery esconde una habilidad y un cuidado que van más allá de las expectativas, revelando una profundidad y una complejidad en sus acciones que desafían la simple categorización.

Hay un momento de silencio, un lapso donde el único sonido es el crepitar del fuego en la chimenea y el leve zumbido del viento contra las ventanas. Es un silencio que habla tanto como cualquier palabra, lleno de las complejidades no expresadas de nuestra interacción.

—Supongo que debería agradecerle por su... eficiencia —digo, inyectando un toque de ligereza en mi tono, un intento de navegar la tensión con algo de humor—. Aunque en su técnica de masaje podría usar un poco menos de... vigor.

Su respuesta es un gruñido apenas audible, una admisión tácita de mi comentario que no necesita ser adornada con más palabras. En ese gruñido, hay una chispa de algo que podría interpretarse como humor reluctante, una señal de que, a pesar de la situación incómoda, hay espacio para una interacción que trasciende la simple obligación.

—Quizás, en el futuro, podría considerar una carrera como médico. Aunque, claro, tendría que trabajar en su acercamiento al cliente —continúo, no pudiendo resistirme a provocarlo un poco más, buscando en su reacción alguna señal de la personalidad que se oculta tras su fachada de indiferencia.

Avery finalmente levanta la vista, sus ojos encontrando los míos por un momento.

Su pulgar ejerce una presión firme, pero cuidadosa. Un gesto que me sorprende por su inesperada gentileza bajo esa apariencia de hosquedad. El alivio que sigue es indescriptible llevándome a emitir otro sonido involuntario.

—¿No decía que podría controlarlo? —Su tono carga un matiz de burla, una provocación ligera que parece buscar una reacción.

—He dicho que lo intentaría —respondo, queriendo mantener la compostura a pesar de la situación inesperadamente íntima—. Pero...

—¿Se siente bien? —completa él por mí, su pregunta no necesita una respuesta verbal; mi reacción ya ha hablado lo suficiente.

—Tengo poco futuro como médico, pero parece que sí tengo mano para complacerla —dice, sus palabras flotando entre nosotros con una mezcla de sarcasmo y una leve insinuación de algo más, un reconocimiento de la situación peculiar en la que nos encontramos.

—Menudo ego tiene usted. Primero se cree que es el centro de mis poemas y ahora tiene la descabellada idea de que podría interesarme para…

Su toque inesperadamente se desplaza hasta mis tobillos, provocando que contenga el aliento.

—¿Esto también se siente bien? —Su pregunta lleva un tono de desafío que me toma por sorpresa.

En ese momento, toda mi atención se centra en la sensación de sus manos en una parte de mí que rara vez recibe tal cuidado directo. Es una experiencia nueva, desconcertante, pero innegablemente reconfortante. Mi mente se debate entre la sorpresa por su audacia y el alivio que sus gestos me brindan.

Su tarea de calentar, ahora se siente diferente, más íntima, al desplazarse con una delicadeza inesperada por la curva de mis tobillos. Es un toque ligero, exploratorio, que despierta una sensación de anticipación y sorpresa.

Mi piel responde con un escalofrío que recorre mi cuerpo, no de frío, sino de placer. Avery maneja con una precisión que sugiere una conciencia aguda de su efecto, sus dedos trazando contornos con una sutileza que contrasta con la brusquedad previa.

Un gemido involuntario se me escapa de nuevo. Este sonido, tan personal y revelador, parece suavizar brevemente las líneas duras de su rostro, dibujando en él una sonrisa sutil, apenas perceptible y sorprendentemente suave.

En ese instante, noto algo peculiar en su sonrisa que no había visto antes: los bordes ligeramente más afilados de sus colmillos, apenas más prominentes que el resto de sus dientes, le confiere un aspecto casi salvaje, una mezcla intrigante de peligro y suavidad que me cautiva.

Este detalle minúsculo, pero revelador, tiñe su presencia de un misterio que balancea la ferocidad con la delicadeza, capturando mi interés y profundizando mi curiosidad hacia él.

—Ve, es incapaz de mantener su palabra —me acusa con una voz suave, teñida de

desaprobación juguetona.

—No... no es eso —balbuceo, intentando encontrar la explicación adecuada—. Es solo que... nadie me ha... cuidado de esta manera.

La sinceridad de mi propia admisión me sorprende tanto como a él, pero en él de forma muy distinta. Noto cómo se retrae, como si mis palabras le obligaran a levantar aún más sus barreras.

—No la estoy cuidando. No se equivoque. Ni mi intención es complacerla. Solo jugaba con usted —resuena con una frialdad que corta más profundo de lo que sus palabras implican.

La afirmación de Avery me deja muda. El cambio repentino en su actitud, el modo en que sus palabras cortan el aire entre nosotros, es un recordatorio de la distancia que él insiste en mantener. Por un momento, la calidez que había comenzado a florecer en medio del frío se disipa, reemplazada por una barrera invisible que se alza de nuevo, más impenetrable que antes.

Intento procesar sus palabras, entender la razón detrás de su repentino rechazo. La confusión y la decepción se entremezclan en mi pecho, complicando aún más mis ya turbulentos sentimientos hacia él.

Avery detiene sus movimientos sobre mí.

Por un momento, parece como si estuviera luchando con sus propios pensamientos, con lo que quiere decir y lo que debería decir. Finalmente, se levanta, poniendo distancia física entre nosotros, como si el espacio pudiera servir de escudo contra la vulnerabilidad del momento.

—Es mejor que olvide este incidente —dice, finalmente, su voz firme pero no exenta de una cierta tensión—. No era mi intención crear malentendidos.

Sus palabras finales, antes de alejarse, se sienten como el cierre de una puerta, un recordatorio de que cualquier intento de acercamiento está condenado por la historia y las circunstancias que nos rodean.

Sentada en silencio después de su partida, me encuentro reflexionando sobre la complejidad de nuestras posiciones. Este instante, confuso y lleno de contradicciones, me deja con más preguntas que respuestas.

«¿Cómo se olvida uno de un momento de conexión genuina, por más fugaz o complicado que haya sido? ¿Cómo se ignora el sabor agridulce de su atención reticente, pero gentil?

«En el silencio, un gemido se cuela,
sorpresa en la sala danza,
Avery se detiene, duda,
¿es su tacto la nueva esperanza?
"No lo hago a propósito", mi excusa,
flotando en el aire,
"Es que se siente bien",
sus manos frías, mi calor, un desaire.

En este juego inesperado,
¿quién es el cazador, quién es la presa,
quién es el dios?

Su sarcasmo es una espada,
mi vulnerabilidad, el escudo,
En este duelo de miradas y toques,
¿quién pierde, quién sale ileso?
Avery, el involuntario sanador,
en su juego me ha atrapado,
Y yo, sin quererlo, en sus redes de cuidado,
me he enredado.»

Después de ese inesperado y desconcertante intercambio con Avery, me obligo a recomponerme. El calor del fuego y la ropa seca han logrado su propósito, y siento cómo la vida vuelve a mis extremidades con un cosquilleo persistente.

Decidida a no dejar que Avery dictamine mis acciones, me envuelvo en mi determinación y salgo de la habitación, vestida de nuevo, dispuesta a continuar con el trabajo pendiente.

Al acercarme al pozo, lo que veo me deja momentáneamente sin palabras. Avery, junto a Thomas y Ray ha construido un ingenioso sistema de poleas y una plataforma flotante. Las ovejas, en lugar de ser sumergidas directamente en el agua por manos humanas, ahora son guiadas con cuidado sobre esta plataforma, que las transporta de forma suave a través del agua antes de llevarlas al otro lado del pozo para su salida.

—¿Qué es esto? —pregunto, mi curiosidad ,superando la sorpresa inicial.

Avery, quien está supervisando el proceso, se gira hacia mí con una expresión indescifrable.

—Una solución —responde, simplemente, su voz desprovista de la frialdad anterior.

Observo el mecanismo en acción. Las ovejas, aunque inicialmente recelosas, pronto se adaptan a la nueva forma de lavado. La eficiencia del sistema es innegable, y puedo ver cómo reduce de forma significativa el esfuerzo y el tiempo necesarios para el proceso, sin mencionar que elimina la necesidad de que alguien tenga que soportar las frías aguas.

—Es... impresionante —admito, mi aprecio genuino.

Avery asiente, aceptando el cumplido con una inclinación de cabeza.

—Funciona. Eso es lo importante.

En ese momento, una oveja especialmente testaruda decide resistirse al entrar en la plataforma, creando un pequeño caos. Sin pensarlo, me acerco para ayudar, pero Avery me detiene con un gesto de su mano.

—No necesitas meterte en el agua —dice, un atisbo de la preocupación anterior asomando

en su voz.

Antes de que pueda protestar, Thomas, con un ingenio rápido, consigue calmar a la oveja y la guía con éxito a través del sistema. La tensión se disipa, reemplazada por una sensación de logro colectivo.

Mientras observo cómo el sistema facilita el lavado de las ovejas, Ray que también observa de cerca hace un comentario y mientras clava los ojos en mí de forma oscura:

—Era más entretenido cuando la señorita se mojaba.

Le miro con sorpresa, como si fuera la primera vez que me percato de su presencia.

—Ignórelo —me aconseja Thomas.

Y eso hago.

Mientras estoy sumida en estos pensamientos, la llegada de mi padre y el capataz, Douglas, añade un nuevo giro a la jornada.

Ambos hombres, con su presencia imponente, se acercan para inspeccionar el mecanismo de poleas.

—¿Qué tenemos aquí? —pregunta mi padre, su voz resonando con una mezcla de sorpresa y aprobación.

Avery, con la brevedad que lo caracteriza y un malestar evidente hacia la persona que lo compró explica el funcionamiento del sistema, demostrando su valor como alguien capaz de pensar más allá de las soluciones convencionales.

Douglas, escuchando atentamente, asiente con una sonrisa de admiración.

—Le dije que era listo —le dice a mi padre.

Él, sin embargo, parece tener otros asuntos en mente. Después de un breve elogio, su atención se desvía hacia el futuro inmediato.

—Debo partir hacia Edimburgo mañana temprano. Asuntos urgentes —anuncia—. Douglas estarás a cargo aquí. Asegúrate de que todo siga funcionando como hasta ahora.

Y como si yo fuera una mera sombra en esta conversación, no se me dirige ni una palabra. La invisibilidad ante los ojos de mi padre no es algo nuevo, pero en momentos como este, la indiferencia pica más de lo que me gustaría admitir.

—Asegúrate de que el sheriff eche un vistazo por aquí también, Douglas. No queremos sorpresas —instruye, señalando a los hombres, su voz llevando un tono de autoridad incuestionable.

Mientras mi padre finaliza su conversación con Douglas, el capataz, una ráfaga de viento

frío me azota el rostro, recordándome el tiempo cambiante de Escocia. Sus ojos se posan en mí por un instante, fríos y distantes, como si estuviera mirando a través de mí, más allá.

—Arthur Campbell ha enviudado —anuncia con una voz que hiela mi sangre—. Su esposa murió de fiebre tifoidea.

Un nudo se forma en mi garganta. Aunque las interacciones con Arthur Campbell han sido limitadas y tensas, la noticia de la muerte de su esposa me golpea con fuerza. El duelo y la pérdida tienen un peso que trasciende las disputas vecinales.

—Deberías ir a la ceremonia en la parroquia de Inveraray y presentar tus respetos —continúa mi padre, sin notar la palidez que ha invadido mi rostro—. Fenella no se encuentra bien y no asistirá, así que tendrás que hacerlo sola.

«¿Sola?».

La palabra resuena en mi mente con un eco de peligro. El viaje a Inveraray, especialmente en estos tiempos turbulentos, no es algo que deba tomarse a la ligera.

—No podemos permitirnos enviarte con una escolta, y Fenella necesita a todo el personal aquí —explica con una lógica fría—. De todas formas, no estás en edad de parecer una doncella en apuros o de necesitar una carabina —añade con un tono especialmente punzante.

Douglas, el capataz, lanza una mirada preocupada en mi dirección.

—Los caminos pueden ser peligrosos para una mujer sola —advierte, pero mi padre lo descarta con un gesto despectivo.

Resuelta, a pesar del miedo que me invade, respondo con una determinación que ni siquiera yo sabía que tenía:

—Me las arreglaré.

Y entonces, casi como un comentario tardío, pero cargado de expectativas, añade:

—Y asegúrate de vestirte adecuadamente, Kenna. No queremos dar una mala imagen. —Su tono, impregnado de desprecio, me golpea con más fuerza que la noticia de la muerte.

Parada aquí en mis pantalones y camisa de lino, preparada para trabajar con las ovejas, es evidente que no ha notado, o simplemente no le importa, el propósito detrás de mi atuendo. Es un recordatorio doloroso de cuán poco parece verme o entenderme.

Mis ojos se encuentran con los de Avery y, en ese instante, un escalofrío me recorre la piel. No es el frío del viento que azota la pradera ni el del agua helada del pozo, sino el frío de la lástima.

En sus ojos, veo reflejada una compasión que me hiere más que cualquier herida física. Es una mirada que me desnuda, que me reduce a una víctima, a un objeto de su piedad. Y por un

momento, me ahogo en esa mirada, me pierdo en la impotencia que me provoca.

En ese instante, comprendo lo que significa ser el centro de la lástima de alguien. Es una experiencia que te deshumaniza, que te roba tu dignidad y te convierte en un objeto de caridad. Y es una experiencia que deseo evitar a toda costa.

Pero entonces, algo en él cambia. Sus ojos se entrecierran, y la compasión se evapora como el rocío bajo el sol naciente. En su lugar, veo un frío glacial, un azul tan intenso que parece cortar el aire.

Su mirada me atraviesa como una daga, congelando mi corazón hasta la médula. Ya solo queda una indiferencia helada que me deja sin aliento.

«Bien, con eso ya he aprendido a lidiar».

Aprieto los dientes y le sostengo la mirada sin pestañear. No me dejaré intimidar por su frialdad.

Capítulo 8



Cuando mi padre se va, me doy cuenta de que Fenella lejos de mostrarse indispuesta, irradia una energía calculadora, preludio de la tormenta que se avecina ahora que no hay nadie para contenerla.

Su ambición, libre de ataduras, promete arrasar con todo a su paso, incluyéndome a mí en su furia.

Mientras tanto, sus pasos apresurados me impulsan por los fríos pasillos de la Torre de Glen Noe. Mi corazón palpita desbocado, buscando un refugio que parece inalcanzable. La voz de Fenella, áspera como el filo de una espada, resuena a mis espaldas, implacable, lanzándome

palabras igual que dardos envenenados.

—¡Kenna, detente! ¡Tenemos que hablar!

Me giro, obligándome a enfrentar a la mujer que ha convertido mi vida en un tormento. La ira y la impotencia arden en mis ojos como un fuego incontrolable.

—¿Qué quieres, Fenella? —le pregunto con resignación.

—¡Arthur es viudo! ¡Es nuestra oportunidad! ¡Cásate con él y salgamos de esta miseria! —me espeta con una crudeza que hiela la sangre—. Deja de esconderte y actúa, como lo que deberías ser, una mujer de verdad. No será fácil, dada tu... apariencia, pero hay hombres a los que les basta con una esposa sumisa y silenciosa.

—¿Cómo puedes pensar en matrimonio en un momento como este? —le reprocho, mi voz apenas un susurro de indignación frente a su descaro—. Arthur acaba de perder a su esposa.

—Este es precisamente el momento —me interrumpe con un tono que rebosa de malicia—. Ahora que se encuentra más vulnerable. Solo tienes que abrirte de piernas para él y procurar que os vean. Se verá obligado a casarse contigo. Yo hice lo mismo con tu padre.

«Ahhhhhhhhh».

—¿Estás loca? —le increpo incrédula—. No pienso hacer eso.

—Vamos, Kenna, ¿a qué tienes miedo? Estar con un hombre puede ser agradable… Si tomas tú las riendas, claro. Si les dejas hacer todo a ellos, acabará antes de que te des cuenta de que los has tenido dentro.

—Basta. No sigas por ahí, Fenella.

—Y si tu marido no te resulta satisfactorio, siempre puedes buscarte un amante después… No me mires así, ¿piensas morir virgen?

—He dicho basta.

—Si no consigues que Arthur se case contigo, te juro que te venderé a una casa de prostitutas. Así aprenderás por las malas que esta era mejor opción para ti.

Me doy la vuelta para no ver la satisfacción en su cara al ver mi reacción a su amenaza y comienzo a andar rápidamente para deshacerme de ella.

—¡¡No huyas, Kenna!!

En mi intento de huir de su presencia asfixiante, una mano me sujeta firmemente. Antes de que pueda reaccionar, Avery me gira hacia él con un movimiento rápido y ágil, asegurando que quedemos frente a frente. La sorpresa me impide resistirme mientras me arrastra hacia un escondite secreto en la pared.

El corazón me late en la garganta cuando Avery me ordena silencio colocando un dedo en sus labios y sella nuestro estrecho refugio con un muro que se funde en la sombra, ocultándonos de la vista traicionera de Fenella.

La necesidad de evitar ser detectados nos obliga a estar incómodamente cerca, mi frente casi rozando su barbilla,

A través de una rendija apenas perceptible, observamos el pasillo, el aliento contenido mientras Fenella, con la furia de quien se siente burlado, me busca sin descanso.

El pánico se apodera de mí cuando su voz, cargada de ira, resuena cerca. Actúo por instinto, desplazando el brazo de Avery para cerrar nuestra única ventana al mundo exterior, sumiéndonos en la oscuridad.

El susurro de Avery, cargado de resignación y una pizca de pesar, rompe el silencio:

—No sé cómo abrirlo desde dentro —murmura, su voz, un reflejo de la desesperanza que nos rodea, atrapados en nuestro refugio improvisado, a merced de los caprichos de una pared que nos separa del resto del mundo.

Con temor palpable, intento girar para deslizar mis dedos por la piedra y encontrar algún mecanismo de apertura, pero choco con el muro de músculos que es él, en ese estrecho lugar, sin poder moverme.

—¿Por qué no me lo advirtió antes? —le lanzo, una mezcla de reproche y desesperación en mi voz—. ¿Está loco?

—¿Y cuándo debería haberlo hecho? —responde él con calma, un destello de ironía en sus palabras—. Quizás convendría agradecerme en lugar de reprocharme. La he salvado de ella, después de todo.

—¡Oh, sí! ¡Gracias por esta locura! —replico con sarcasmo, la ansiedad burbujeando en cada palabra—. Ahora, ¿qué? ¿Nos pudrimos aquí?

Mi inquietud crece a cada segundo.

—Y cómo encontró este lugar, ¿eh? Yo ni siquiera sabía de su existencia.

—La primera vez que la llevé a su habitación, noté una corriente de aire inusual —explica con una serenidad que contrasta con mi agitación—. Y después, descubrí este pasadizo. Estos escondrijos son comunes en construcciones antiguas como esta.

Nuestra proximidad es palpable, casi insoportable; al respirar, nuestros pechos se rozan levemente, poniéndome más nerviosa aún.

A pesar de la cercanía, él mantiene su mirada fija en un punto imaginario sobre mi cabeza, evitando cualquier contacto visual directo, lo que añade una tensión casi tangible entre nosotros.

Soy dolorosamente consciente de nuestra disparidad. Avery, a pesar de su situación, es un hombre que sin duda habrá captado la atención de muchas mujeres antes de ser forzado a este lugar.

Y aquí estoy yo, un ratón mediocre muy consciente de su presencia abrumadora, de su masculinidad ineludible, y del aroma viril que lo envuelve.

La realidad de nuestra proximidad, de estar tan cerca de un hombre en plena conciencia de mis sentidos, es una novedad para mí. La firmeza de su pecho contra el mío es un recordatorio de un mundo al que rara vez he tenido acceso.

Su nuez de Adán se mueve con dificultad, subiendo y bajando mientras traga saliva, y me encuentro fascinada por ese simple acto.

—No me mire así —ordena, su voz baja y firme.

—Lo siento —respondo con una ligereza forzada, mi mirada aún fija en su garganta—. Ocupa todo mi campo de visión. No sé dónde más poner mis ojos.

Al fin baja su mirada hacia mí y puedo distinguir el frío azul de sus pupilas en la tenue luz que se filtra a través de una grieta.

—Voy a intentar encontrar una manera de abrir esto —dice, su voz es un susurro que parece acariciar la piel, vibrando con una determinación que me envuelve tanto como la oscuridad.

Con cautela, extiende sus brazos a ambos lados de mi cuerpo, en un gesto que, aunque necesario, no deja de ser invasivo. La fría piedra a mi espalda contrasta con el calor que emana de su cuerpo, y siento cómo cada roce fortuito envía oleadas de placer a través de mi piel.

La proximidad es ineludible, su presencia es una fuerza que siento en cada pulgada de mi cuerpo, presionando suavemente contra mí dispara todas mis terminaciones nerviosas.

Su aliento, cálido en mi cuello, eriza toda mi piel como si fueran cosquillas sobre ella.

—Acérquese —instruye suavemente, guiándome hacia él hasta que mi frente toca su mandíbula y su barba me acaricia—. Necesito revisar detrás de usted.

El confinamiento del lugar nos obliga a estar más cerca de lo que las convenciones permitirían, y a pesar de la tensión de nuestra situación, no puedo evitar ser hiperconsciente de su cercanía.

—Intentaré moverme hacia arriba, detrás de su espalda. Dígame si le incomoda —murmura, su aliento caliente ahora en mi oreja.

Con cada movimiento, su cuerpo se presiona contra el mío de una manera que parece tanto accidental como necesaria. En un punto, me pide que incline la cabeza hacia su hombro para darle mejor acceso a una parte de la pared que necesita examinar. Mi mejilla descansa contra la suavidad de su camisa, y a través de la tela el latido de su corazón se convierte en el sonido más

nítido del mundo, un tamborileo constante que habla de vida.

El espacio confinado no ofrece escape de la proximidad forzada, y cada vez que Avery se mueve, sus manos, en su búsqueda, rozan mi cuerpo, enviando oleadas de conciencia a través de mí.

En un momento dado, mientras estira un brazo para alcanzar una parte alta de la pared me enjaula aún más contra la pared. Miro hacia arriba y su nariz roza la mía y nuestras mejillas se encuentran. Nos detenemos, brevemente sobresaltados por el contacto inesperado.

—Esto... esto puede tomar un momento —admite, con una voz que denota tanto su concentración en la tarea como la consciencia de nuestra cercanía. Sus dedos se deslizan con precisión, palpando, buscando, mientras su cuerpo sigue guiando el mío en este baile confinado.

—Aquí, déjame ver esto más de cerca —susurra, su voz vibrando en el espacio que compartimos. Mientras se agacha para examinar un área baja, su mano accidentalmente roza mi trasero y al subir el lateral de mi pecho, un contacto fugaz que nos hace tomar aire simultáneamente.

Por un instante, al levantarse, Avery hace pausa.

Su respiración, ligeramente más agitada, y la manera en que evita encontrarse directamente con mi mirada, revelan una tensión inesperada.

—Lo siento, no fue mi intención —murmura, con un atisbo de nerviosismo que rara vez le he visto exhibir. Es un Avery diferente, uno que se siente afectado con la cercanía forzada tanto como yo, tal vez incluso más.

Intentando retomar su semblante imperturbable, Avery se aclara la garganta y se enfoca de nuevo en el dilema que enfrentamos.

—Yo también lo siento —respondo con sinceridad—. Fui yo quien cerró nuestra única salida, y además le culpé de nuestro encierro. No fue justo de mi parte.

—Bueno —dice él, tras una pausa reflexiva—, yo tampoco pensé las cosas detenidamente al traerla aquí. Solo asumí que quería huir de ella, sin considerar las consecuencias.

—¿Y tú por qué te escondías en este lugar? —le pregunto, buscando entender su parte de la historia sin darme cuenta de que he pasado a tutearle inconscientemente.

A medida que nuestra conversación fluye, Avery cesa su búsqueda, y la proximidad que una vez fue incómoda comienza a sentirse más natural. Él se reclina contra mí, apoyándome contra la pared; mi cabeza encuentra refugio en su pecho, mientras su mano se sitúa en mi nuca, bajo mi cabello recogido.

—Lo mismo que tú —confiesa él pasando también a un trato menos formal que parece más propicio para este tipo de situación. Su tono de voz denota cierto bochorno—. Escondiéndome de ella al oíros hablar. Eso no habla muy bien de mí ¿verdad?

—Al contrario —le aseguro, intentando aliviar su preocupación—. Muestra que tienes paciencia. Yo, en tu lugar, ya la habría estrangulado.

Avery suelta una risa suave, pulida por la intimidad de nuestro escondite.

—No voy a mentir, lo he considerado.

—Y… ¿no has pensado en huir ahora que mi padre no está? —La pregunta cuelga entre nosotros, cargada de posibilidades.

—Todos los días lo hago —admite—, pero no lo intentaré a menos que esté seguro de lograrlo. No quiero terminar despedazado por los perros del sheriff o ser vendido en otra subasta, quizás a alguien peor.

—¿Peor que Fenella? —replico, buscando aligerar la tensión con un poco de humor.

—Quién sabe —responde con la prudencia que le caracteriza—. Cuando actúo sin pensar en las consecuencias, siempre acabo en problemas... como ahora.

—Podría ayudarte a escapar —ofrezco, vislumbrando una posibilidad—. Mañana debo ir a Inveraray. Podrías esconderte en el carro y yo te llevaría al puerto de Oban. Desde allí tendrías una ruta de escape discreta por mar.

En aquel instante, Avery ajusta su posición, deslizando su rodilla entre mis piernas de manera audaz, mientras que su antebrazo encuentra apoyo en la pared detrás de mí, elevándose hasta la altura de mi cabeza. Su voz, cargada de una ligereza inusual, rompe el silencio.

—¿Cuántas veces debo insistir en que tu generosidad es innecesaria? —Aunque sus palabras suenan a rechazo, el tono es menos severo de lo esperado.

Con una sonrisa ligera, le respondo:

—No lo veas como generosidad. Más bien, considera que estoy deseando deshacerme de tu presencia.

Aunque intento compartir una broma, su mirada intensa no se suaviza, clavándose en mí con seriedad.

La penumbra ya no es un obstáculo para nuestra visión. Mis ojos, ahora acostumbrados a la escasa luz, le observan con claridad aumentada.

—Primero, debemos encontrar la salida de este lugar —contesta él, antes de cuestionar mis planes—. ¿Realmente consideras viajar sola hasta Inveraray y entregarte a ese hombre como un cordero al lobo?

Suspiro y mi pecho sube contra él.

—Has escuchado a mi madrastra; ella no dudaría en enviarme a uno de esos lugares sin que

a mi padre le importe lo más mínimo —le confieso, expresando una cruda realidad.

—Elegir casarse por Arthur Campbell por el bien de estas tierras no es mejor que ser vendido al mejor postor —argumenta él, subrayando la gravedad de nuestra situación.

—Precisamente. A las mujeres nos venden constantemente al mejor postor, intercambiando nuestra libertad por una seguridad ilusoria. Pero es un mal menor comparado con las alternativas —replico, resuelta.

—¿Es esa la razón por la que has evitado el matrimonio hasta ahora? ¿Por deseo de libertad? —inquiere él, curioso.

Una sonrisa se dibuja en mis labios.

—La verdad es que los pretendientes no han abarrotado mi puerta. Entre la infame huida de mi madre con el administrador de los Campbell y el hecho de que yo... Bueno, no soy precisamente el tipo de mujer que despierta suspiros, ni sé actuar conforme a lo esperado… —confieso, dejando que la verdad desnude mi alma.

Avery emite un sonido de desdén, y su pulgar asciende desde mi nuca hasta mi mandíbula, obligándome a subir mi cara y encontrarme con su mirada haciéndome tambalear y provocando un torbellino en mi interior.

—Eso no son más que tonterías —afirma, su aliento entremezclándose con el mío, provocando un torbellino interior que me hace fijar mis ojos en sus labios.

Desvío mi atención al techo, mucho menos resbaladizo y tentador y entonces descubro una pintura que simula un tablero de ajedrez.

Interrumpiéndolo, señalo hacia arriba.

—Mira, esto debe ser algún tipo de acertijo —sugiero, captando su atención hacia el misterio que se cierne sobre nosotros.

Avery dirige su mirada hacia arriba con pereza, reflexionando y exhalando un suspiro de frustración.

—Así que esto es lo que somos: piezas de ajedrez, moviéndonos conforme a ellas —concluye.

—¿Y cuál seríamos? —inquiero, curiosa.

—Yo no sería más que un peón, pero tú... tú serías... probablemente la hechicera —bromea él.

—No existen las brujas en el ajedrez, señor Avery —le corrijo con una sonrisa—. Pero no me disgustaría ser el alfil. Me parece la pieza más fascinante.

—¿Y eso por qué? —pregunta él, aún contemplando el techo, tratando de descifrar el

tablero imaginario.

—Porque tiene la mayor libertad de movimiento —respondo sin dudar.

—Pensé que esa era la reina —comenta él. Su interés parece genuino, aunque su atención sigue dividida entre nuestra conversación y el misterioso techo.

—Pero la reina está atada al deber de proteger a su rey. No veo mucha libertad en eso —rebato.

Su mirada se vuelve más intensa, llena de una curiosidad renovada.

—El caballo —murmura de repente, como si una idea acabara de cruzar su mente.

—¿Aspiras a ser el caballo? —pregunto, jugueteando con la idea.

—No, aunque… la idea de ser montado tiene un encanto que no puedo negar… Me refería al retrato de un caballo en esta parte de la pared. Si replicamos el movimiento del caballo en el suelo, como si el techo fuera un reflejo, quizás encontremos el mecanismo de salida —razona. Se detiene un momento, considerando el espacio reducido—. Necesito agacharme para comprobarlo.

—Adelante —digo con un suspiro resignado, consciente de la complejidad de nuestro encierro.

Capítulo 9



Para agacharse en el confinado espacio, Avery adopta una posición inesperadamente íntima; se acuclilla, abriendo sus piernas a ambos lados de mi cuerpo, reteniéndome entre ellas mientras una mano encuentra apoyo en el muro y la otra explora el suelo detrás de él.

A pesar de la penumbra que nos envuelve, la silueta de Avery se recorta con claridad bajo la escasa luz que se filtra. Sus pantalones de tela oscuros se ciñen a la forma de sus muslos y es posible que también a otras partes, delineando cada músculo con una precisión que evoca la imagen de esculturas de piedra, destacando una fortaleza y una agilidad apenas contenidas.

La camisa, aunque ajustada y metódica en su colocación dentro de los pantalones, muestra signos de un uso prolongado bajo las exigencias del día a día. Las mangas arremangadas hasta los codos exponen sus antebrazos marcados, un testimonio silencioso de la labor y el esfuerzo físico.

Su atuendo, a pesar de su sencillez, no logra disimular su naturaleza imponente; es un hombre que, aun en las ropas más humildes, irradia una presencia dominante.

Cada movimiento suyo, meticulosamente calculado mientras busca una salida, remarca la agilidad y la fuerza que lo caracterizan.

Su rostro queda a la altura de mi vientre, y siento la tensión de nuestra proximidad. Me pego a la pared todo lo que puedo.

De repente, sus dedos encuentran una pestaña oculta entre las juntas de las piedras y el suelo, bajo nosotros, comienza a abrirse.

En un intento instintivo de protección, Avery me atrae hacia él. Irremediablemente, caigo encima de su cuerpo en el nuevo espacio descubierto, justo cuando su espalda golpea el suelo, envolviéndonos en una situación tan inesperada como nuestra conversación sobre ajedrez.

—¿Estás bien? —le pregunto, mi voz cargada de preocupación al oír su quejido amortiguado.

—Solo... dame un momento —responde, intentando recuperar el aliento. A pesar de su afirmación, sus brazos no me liberan; al contrario, me mantiene presionada contra él, en una posición que hace imposible ignorar la definición y calidez de su cuerpo bajo el mío.

La cercanía forzada revela una tensión palpable, una mezcla de preocupación, sorpresa y una conexión inesperada que se intensifica en el silencio que sigue. Su firmeza me rodea, y aunque el contexto es de supervivencia, no puedo evitar ser hiperconsciente de cada punto de contacto entre nosotros.

La oscuridad que nos rodea en el nuevo espacio descubierto se siente menos opresiva gracias a la cercanía entre nosotros. La tensión de nuestro accidentado descenso se disipa lentamente, reemplazada por una calma incómoda pero necesaria. Mientras Avery y yo nos ajustamos a nuestra inesperada proximidad, un silencio reflexivo se instala, permitiendo que cada uno procese el giro de los acontecimientos a su manera.

La respiración de Avery se estabiliza, y aunque aún me mantiene cerca, su agarre se suaviza, convirtiéndose en un abrazo menos urgente. El contacto, aunque nacido de la necesidad, ahora parece ofrecer un consuelo inesperado ante la incertidumbre de nuestra situación.

—Gracias —murmuro, aún apoyada en él, reconociendo su rápida reacción que, en efecto, me ha salvado de un resultado potencialmente peor.

Levanto la vista y la parte superior de mi cuerpo sentándome para mirar alrededor y veo una sala llena de artefactos y cachivaches en desusos cubiertos de polvo.

—Kenna —comienza a decir Avery, un atisbo de diversión en su voz—. Parece que te has tomado literalmente eso de que quiero ser el caballo. Sin embargo, recuerda, soy más que un simple corcel. Y hay una diferencia fundamental entre montar a un caballo o un hombre que no tardarás en descubrir si sigues sentada de esa forma sobre ciertas partes…

Mis ojos se abren ampliamente y, por un momento, todo que lo que puedo hacer es mirar a Avery. Entonces me doy cuenta de que su brazo en mi cintura ya no me retiene con fuerza contra él y tengo libertad de movimientos y que estoy sentada sobre él a horcajadas.

Una risa genuina y sorprendida escapa de sus labios, aumentando mi vergüenza.

Sin perder un instante, me levanto y me dirijo a una amplia mesa repleta de manuscritos antiguos y libros desgastados por el tiempo, tratando de disimular mi azoramiento espantosamente.

Mientras tanto, Avery adopta una postura reflexiva, sentándose con las rodillas dobladas y los brazos descansando sobre ellas, inclinando su cabeza como sumido en pensamientos profundos.

—Este sitio es sorprendente —murmuro, intentando desviar mi atención hacia los objetos esparcidos sobre la mesa en lugar de en su presencia, que ahora siento acercándose por detrás.

«Creo que ya he tenido suficiente cercanía para toda una vida».

Avery, con su enfoque práctico, se dirige a una puerta y la abre con una brusquedad que casi hace esperar la aparición del hombre del saco detrás de ella. Sin embargo, lo único que revela es otro escondite, similar al que nos ha traído hasta aquí.

Mi risa, inevitable ante la situación, provoca que él levante sus cejas en mi dirección.

Avery se concentra en el nuevo entorno, buscando otro mecanismo que nos permita avanzar. El enigma, similar al anterior, involucra un tablero plasmado en el techo; sin embargo, esta vez, la ausencia de un cuadro guía complica nuestra tarea.

—Debe haber otra manera —murmuro, mis ojos escaneando la habitación, buscando alguna pista que nos ayude. Me acerco a una ventana alta, tan discreta que desde el exterior pasaría desapercibida. La luz que se filtra a través de ella ilumina sutilmente el polvo danzante en el aire. Al asomarme, la revelación de que nos encontramos en una torre oculta dentro de la estructura del castillo me golpea con una mezcla de sorpresa y admiración.

—Avery, estamos en la torre —le grito, una idea formándose en mi mente—. El movimiento debe ser el de la torre, es la clave.

En la quietud casi reverente de la habitación, me veo atraída por la estantería arrinconada contra la pared, su madera gastada susurrando historias de generaciones pasadas. Entre los volúmenes que allí reposan, uno en particular captura mi atención, su cubierta negra mate se destaca en el mar de lomos desgastados, como un vacío en medio de la luz.

Con una mezcla de curiosidad y respeto, lo extraigo de su lugar. Su peso en mis manos sugiere una importancia que el tiempo no ha podido disminuir. Al abrirlo, el crujido de las páginas resuena en la habitación, como el susurro de los antiguos bosques de Glen Noe. Las letras danzan ante mis ojos, revelando secretos y leyendas de los MacIntyre que yacen entre sus páginas, narraciones que parecen tan antiguas como la tierra misma.

Cada palabra que leo me sumerge más profundamente en el tejido de las leyendas y la magia que envuelve el valle. Historias de valentía y traición, de amor y de pérdida, se despliegan ante mí, pintando un tapiz complejo de la historia de mi familia.

—Esto... esto es increíble —murmuro, casi sin aliento ante la magnitud de lo que tengo en mis manos. La emoción tiñe mi voz, un temblor de asombro y de un incipiente sentido de pertenencia que crece con cada página que devoro.

Con el paso del tiempo, la revelación se asienta en mí: sostengo en mis manos el Libro Negro de Glen Noe, un compendio de la sabiduría y los secretos de los MacIntyre.

Es un tesoro de conocimiento, un legado de las generaciones que me precedieron, y que lleva años perdido.

Avery, siempre práctico, no se deja distraer por mi descubrimiento. Se mueve en el nuevo escondite y con un gesto decidido, empuja una sección de la pared que cede silenciosamente, revelando otro pasadizo oculto.

—¡Kenna, por aquí! —me llama, su voz rebosante de urgencia y anticipación.

Sin dudarlo, dejo el libro en su sitio con la promesa de volver por él y nos adentramos en el pasadizo, cada paso un eco en la piedra, como si el mismo castillo respirara con la oferta de revelaciones aún más profundas.

—Estamos caminando por la historia de este lugar —digo, mi voz teñida de asombro—. Tengo que volver a esa sala.

—Cuando sepamos cómo salir y que es seguro, te prometo que podrás hacerlo.

Sin dudarlo, Avery toma mi mano con firmeza, entrelazando nuestros dedos con un gesto que parece tan natural como respirar.

Para él, podría ser simplemente un acto reflejo, una manera de asegurarse de que no me quede atrás en este laberinto de secretos y sombras. Pero para mí, la sensación de su piel contra la mía es una revelación, un recordatorio palpable de la atracción que he tratado de ignorar, de los anhelos prohibidos que Avery despierta en mí.

A medida que nuestras manos se entrelazan, no puedo evitar ser consciente de cada punto de contacto, de la fuerza con que me guía a través del pasadizo. Es la mano de un hombre, de Avery.

Emergemos del pasadizo secreto, desembocando junto al lago, ocultos por lo que a simple vista parece ser una roca más del paisaje. Nunca hubiera imaginado esto.

Y es aquí, bajo el manto de la noche que cae, donde parece que es inevitable que debamos despedirnos.

—Hoy dormiré en este lugar al aire libre —comenta, su voz llena de una calma resignada.

—¿En serio? No puedes quedarte a la intemperie —le reprocho, preocupada por su bienestar.

—Es algo que ya he hecho antes, muchas veces en realidad —responde con una sonrisa divertida provocada sin duda por mi ingenuidad.

—Si lo que buscas es evitar estrangular a Fenella, siempre puedes regresar y refugiarte en esa sala secreta. Había un sofá que parecía bastante cómodo —sugiero, intentando ofrecerle una alternativa.

Compartimos una sonrisa, un breve momento de complicidad.

—Ese lugar era fascinante, pero siento que sus secretos no son míos para descubrir —admite con una mirada distante.

—¿Pero qué hacías allí? —pregunto, mi curiosidad no satisfecha con sus evasivas—. Dijiste que te escondiste al oírnos, pero no por qué estabas en ese corredor.

Su sonrisa se torna traviesa, llena de un misterio no revelado.

De repente, una sospecha me asalta.

—¿Venías de mi habitación? ¿Porqué? ¿Para comprobar si había escrito más poemas sobre ti? —lo interrogo, intentando descifrar sus intenciones.

—No necesitaba comprobarlo —dice, su tono sereno y seguro—. Ya lo confirmé el otro día, cuando te ayudaba a entrar en calor. Entreví varios poemas nuevos.

—No tratan sobre ti, ya te lo he dicho —insisto, intentando mantener mi compostura.

Sin embargo, él arroja un comentario que me deja sin palabras.

—Curioso, algunos llevan mi nombre.

Me detengo un momento, buscando las palabras justas para expresarme, pero no hay nada que pueda decir para justificarme.

—¿Y qué has hecho con ellos? —indago, con una mezcla de curiosidad y nerviosismo.

—Solamente los he leído —responde, su tono sereno, añadiendo una capa de intimidad a nuestra conversación—. No deberías dejarlos tan a la vista. Podrían malinterpretarse.

—Nadie más les presta atención —replico, insinuando cuán poco importo a los demás en este lugar.

—Yo sí lo hago —afirma él, su voz suave, inyectando una dosis de calidez en el frío aire nocturno. No sé cómo tomarme ese comentario—. Buenas noches, Kenna —se despide cortando inmediatamente cualquier pregunta al respecto que quiera hacerle.

—Buenas noches, Avery.

Después de desearle buenas noches, me alejo pensando en todo lo que he descubierto hoy.

Es fascinante, no hay duda.

«Y no me refiero al libro negro de Glen Noe, sino a él, Avery».

Cada palabra, cada gesto suyo, parece diseñado para capturar mi atención, arrastrándome hacia él con una fuerza que va más allá de la mera curiosidad. Y, sin embargo, cuán inoportuno es este atractivo, esta seducción que siento.

«Genial, Kenna, caer por un hombre que probablemente usa el sarcasmo como mecanismo de defensa y que tiene más capas que una cebolla. Muy original».

Con sus sonrisas ladinas breves y su presencia imponente, ocupa todos mis pensamientos. ¿Qué diría si supiera lo profundamente que me afecta?

«Si él lo supiera… correría colina abajo gritando por su libertad, sin pensar en las consecuencias».

La idea me hace sonreír a pesar de mí misma.

«Quien se enamora, pierde la razón» .

Ese es el lema que he llevado como escudo tras aprenderlo de la forma más dura. Me ha mantenido a salvo, o al menos a una distancia prudente, de las complicaciones del corazón.

«Pero esto que siento, esto no es amor, ¿verdad?».

Es solo el juego del gato y el ratón, y, por supuesto, yo soy el ratón… Y sí, tengo todas las del perder a no ser que me esconda bien.

Con una risa suave, llena de resignación y un toque de diversión ante mi propia tormenta interna, me prometo guardar estos pensamientos solo para mí. Se convertirá en mi secreto, tan bien guardado como él guarda los suyos.

Porque quizás, en el fondo, lo que me atrae es el enigma que Avery representa.

«¿No es eso lo que hacen los secretos? ¿No nos arrastran hacia lo desconocido, hacia lo prohibido, haciéndonos disfrutar del juego mientras fingimos indiferencia?».

«Atrapada en su juego, bajo la luz de la luna,
donde el amor y la derrota se cruzan sin cuna.
Avery, señor de secretos y de la noche oscura,
me lleva en un vals, donde mi corazón murmura».

«Debería dejar de escribir versos que lleven su nombre, o, al menos, ocultarlos con mayor cuidado».

Capítulo 10



Me coloco un vestido gris, viejo, pero digno, que una vez perteneció a mi madre. No he tenido prendas nuevas desde hace tiempo, aunque este, a pesar de sus años, me parece adecuado para el viaje. Con el alba, apenas asomándose, me preparo para partir hacia Inveraray.

El viaje me tomará unas horas, un tiempo que pasaré sumida en mis pensamientos, contemplando el paisaje que cambia con la luz del amanecer.

Al salir, me cruzo con el capataz Douglas. Su mirada refleja una preocupación que no necesita palabras para ser comprendida. A veces, me parece que ese hombre ha sido más padre

para mí de lo que jamás fue el mío. Su gesto adusto, habitualmente reservado para los asuntos de la hacienda, se suaviza al verme partir.

Feenat, con su habitual diligencia, me entrega un pequeño paquete con un refrigerio para el camino.

—Para que no te falte energía —dice con una sonrisa.

La calidez de su gesto contrasta con el frío de la mañana y con la frialdad que he conocido en mi propia casa. Su cuidado es un recordatorio de que, a veces, la familia no se define solo por la sangre.

La carreta que me espera es modesta, una calesa desgastada por el tiempo, pero adecuada para mi propósito. Desde que la economía apretó y nos vimos obligados a prescindir de nuestro mozo de cuadras, me he encargado personalmente de estas tareas. Sin embargo, para mi sorpresa, hoy todo está preparado, probablemente obra de Douglas, quien habrá pedido a alguno de los hombres que lo hiciese.

Duncan, mi fiel compañero, corre a mi lado, ladrando y moviendo la cola en una despedida efusiva. Douglas, con una voz firme, lo llama y el perro, obediente pero renuente, se aleja con una última mirada hacia mí.

Mientras la carreta avanza, veo a Avery en la distancia. Está trabajando en el campo, sin camisa, su piel brillando bajo el esfuerzo y el sudor de la labor matutina.

Me pregunto desde qué hora estará ahí, si ha conseguido dormir algo. Ese hombre parece tener una resistencia sobrehumana, como si fuera capaz de soportar cualquier carga sin flaquear.

Al oír el crujido de las ruedas y el paso de los caballos, levanta la mirada, encontrándose brevemente con la mía. Hay un reconocimiento silencioso en su gesto antes de volver a su tarea.



Inveraray, situada en el corazón de Argyll, es más que un simple lugar en el mapa para mí; es el epicentro de un entramado de historias, lealtades y conflictos que han definido la vida de mi familia, los MacIntyre, durante siglos. Nuestra historia aquí, en Glen Noe y la imponente torre Awe, ha sido forjada a través de pactos, batallas y, en última instancia, derechos concedidos por la espada.

Desde tiempos inmemoriales, los MacIntyre han sido los custodios de este territorio, protegiendo sus fronteras y a su gente con un valor y una determinación inquebrantables. Nuestros derechos sobre estas tierras no fueron un regalo, sino el resultado de nuestra habilidad para defenderlas, para asegurar que, incluso en los momentos más oscuros, Glen Noe y la torre Awe permanecieran bajo el estandarte de los MacIntyre.

Sin embargo, la estabilidad y la paz son efímeras en las Tierras Altas, y con el tiempo, el

poder y la influencia de los Campbell crecieron, convirtiéndolos en uno de los clanes más poderosos de Escocia. Su expansión y consolidación de poder no conocieron límites, y eventualmente, sus ojos se posaron en nuestras tierras. Lo que una vez fue un derecho ganado por la espada, se convirtió en un punto de disputa.

Para los Campbell, estas demandas no son más que una extensión de su poder, una manera de afirmar su dominio y reafirmar su posición como uno de los clanes más influyentes y temidos en Escocia.

Su insistencia en estas rentas no solo amenaza nuestra forma de vida, sino que también busca minar nuestra conexión ancestral con estas tierras, convirtiendo nuestros derechos ganados en nada más que una nota al pie en la historia de su ascenso.

Esta lucha no es solo por la tierra; es una batalla por la identidad, por la memoria de aquellos MacIntyre que vinieron antes de mí y por el futuro de aquellos que vendrán después. A pesar de la presión creciente y la amenaza que representan los Campbell, Glen Noe y la torre Awe siguen siendo el corazón de nuestro clan, un recordatorio constante de nuestro legado y nuestra determinación de resistir, de mantener viva nuestra historia frente a la adversidad.

Sé que las exigencias de Fenella son injustas para mí, pero también entiendo que, en cierto modo, tiene razón. Un matrimonio con Arthur podría, de hecho, ser nuestra salvación.

No soy la primera que considera unirse en matrimonio por razones que trascienden el amor; es una práctica tan antigua como el tiempo mismo. El matrimonio, después de todo, ha sido utilizado como moneda de cambio, una manera de asegurar protección o alianzas entre familias. En mi situación actual, no puedo evitar sentirme como una carga para mi familia, un peso muerto que solo añade más complicaciones a sus dificultades.

Mi soltería, además, me coloca en una posición de vulnerabilidad, rodeada de incertidumbres que solo aumentan mi ansiedad hacia el futuro. Por eso, aunque me pese admitirlo, he contemplado la posibilidad de casarme con Arthur.

Sin embargo, someterse a esta posibilidad no es lo mismo que verla realizada. Arthur tiene que aceptarme, y soy plenamente consciente de que no represento un buen partido a los ojos de la sociedad. No poseo dote, las cualidades ni el atractivo que normalmente buscan los hombres en una esposa. Fenella nunca pierde la oportunidad de recordármelo.

A pesar de todo, esta opción se cierne sobre mí como una posible salida a nuestros problemas. No me culpes por considerarlo. En el juego de la supervivencia y la protección de lo que uno ama, a veces hay que tomar decisiones difíciles. Y aunque la idea de casarme bajo estas circunstancias no me agrade en lo más mínimo, la realidad de mi situación y la de mi familia me obliga a barajar todas las posibilidades, por muy desalentadoras que sean.



El viaje hacia Inveraray transcurre con la monotonía del crujir de las ruedas sobre el camino

y el constante trote del caballo. La brisa matutina, cargada con el aroma fresco de la tierra y la vegetación circundante, inunda mis fosas nasales como azúcar en la lengua.

De repente, el silencio se rompe por un movimiento inesperado detrás de mí. Antes de que pueda reaccionar, siento la fría presencia de un cuchillo en mi cuello y una voz apenas audible me ordena con firmeza:

—Desvía la calesa hacia el bosque. Ahora.

Mi corazón se detiene por un instante. Bajo la cubierta de la carreta, oculto como un fantasma del pasado, Ray emerge de las sombras, su mirada fija y determinada.

La sorpresa de su presencia me paraliza. No esperaba encontrarlo aquí, en mi huida hacia una nueva vida, menos aún como una amenaza.

Con manos temblorosas, guío el carruaje fuera del camino principal, adentrándonos en el bosque que se extiende entre Awe e Inveraray. Los árboles se cierran a nuestro alrededor, y el camino se vuelve cada vez más difícil de discernir entre la espesura del bosque. Cada paso que avanzamos me aleja más de la seguridad del camino conocido.

—Puedo acercarle al puerto de Oban —le digo—. Desde allí podrá tomar un barco hacia su libertad.

Ray responde con un escepticismo teñido de sarcasmo, su voz baja pero clara en la quietud del bosque.

—¿Eso será antes o después de que corras a avisar a las autoridades?

—No haría eso. Sé que el contrato con el que os ha atado mi padre es del todo fraudulento e injusto.

—Oh, claro, y supongo que me ofrecerás una escolta personal hasta el barco —dice, su tono cargado de incredulidad—. ¿Y quizás también una carta de recomendación para el capitán?

Su desconfianza es palpable, y su agarre sobre el cuchillo no se afloja, puedo ver en sus ojos una chispa de odio.

—No soy mi padre, ni comparto sus métodos o su falta de justicia —respondo, intentando mantener la calma—. Te prometo mi silencio.

Ray aprieta el cuchillo con tanta fuerza que sus nudillos se blanquean. Sus ojos, como dos pozos negros, me fulminan con una intensidad que me hiela la sangre. La desconfianza y la ira retuercen su rostro en una mueca cruel.

—Las promesas de tu estirpe no valen nada —escupe con un desprecio que la hace sentir como una alimaña—. Solo saben tomar, sin importarles el daño que causan. Me prometieron un retiro honorable del ejército si reemplazaba a un caballero en la batalla, y luego negaron todo acuerdo. ¡Mira dónde me ha dejado eso! Acusado de desertor por reclamar lo que me

correspondía. No, he aprendido la lección, y hoy la aprenderás tú.

De un tirón violento, agarra mi cabello y me arrastra hacia él. Un grito ahogado escapa de mis labios mientras el dolor me inunda. La fuerza bruta de Ray me derriba sobre la áspera madera de la carreta, sin ninguna piedad.

—¿Qué va a hacer? —le pregunto aterrorizada, al verlo cernirse sobre mí con una mirada llena de malicia y una codicia que me revuelve el estómago.

—¡Cállate!—me ordena, descargando un puñetazo en mi hombro que me deja aturdida.

Luego sus manos comienzan a maniobrar sobre mi vestido. Arranca parte del escote, dejando mi piel temblorosa al descubierto.

Vuelvo a gritar muerta de miedo mientras comienzo a patalear e intentar incorporarme para huir de él, pero mis intentos no son competencia para la fuerza bruta de él.

—¡No! ¡No! Por favor —suplico entre lágrimas cuando sus manos se deslizan bajo mi falda, explorando mi cuerpo con una lascivia repugnante.

—Hueles bien —gruñe él, con un tono que me hace sentir profanada—. Hace tiempo que no estoy tan cerca de una mujer.

Levanta la tela, dejando al descubierto mis piernas, y me olfatea como un animal en celo. El miedo me paraliza, convirtiéndome en una presa aterrorizada.

—¡Basta! ¡Basta! Por favor… —imploro una y otra vez, pero mis súplicas parecen caer en oídos sordos.

—Eres virgen ¿verdad? Sí, pareces de esas. Un desperdicio a mi entender.

En ese momento, un sonido lejano interrumpe la brutalidad. Un jinete se aproxima a la escena a toda velocidad.

—¡Ayuda! —grito con todas mis fuerzas, dirigiéndome al jinete que se acerca—. ¡Por favor, ayúdeme!

Ray me mira con una furia asesina en sus ojos. Sabe que si el jinete llega a tiempo, su plan se habrá frustrado. Levanta el cuchillo con una mano, listo para asestarme un golpe mortal.

El jinete se acerca cada vez más, y puedo distinguir su rostro. Sus ojos, llenos de determinación y furia, se clavan en Ray. En ese instante, sé que Avery está ahí para salvarme y no me abandonará.

Ray, sorprendido por la inesperada llegada, se gira hacia él con un rugido de ira. La lucha comienza de inmediato, una danza brutal de fuerza y voluntad.

Avery, sin armas, se lanza contra Ray con una furia desatada. Sus puños golpean el rostro del hombre como martillos, una descarga de ira y dolor contenido.

—¡Te advertí que si la tocabas te arrancaría los ojos! —ruge, cada palabra un latigazo en la cara del otro hombre.

—¡No es asunto tuyo! —grita Ray, tambaleándose por la fuerza de los golpes—. ¡Esta mujer no te pertenece!

La furia de Avery se intensifica. Sus golpes se vuelven más salvajes, más implacables. Ray, acorralado, lucha por defenderse, pero no es rival para la furia de Avery que le sujeta por el cuello y retuerce su brazo hacia atrás.

—¡Suelta el cuchillo! —ordena, con una voz que resuena en el aire.

—Si te interesa, podemos compartirla. Dejaré que seas tú el que la desvirgue —le dice Ray entre dientes, con la voz contenida por el esfuerzo.

—No me obligues a matarte, Ray. Suelta el cuchillo ahora y dejaré que te vayas —le advierte Avery con voz grave, sus ojos clavados en su rival.

Un escalofrío recorre mi cuerpo mientras observo la escena. La tensión es palpable, el aire se siente denso y cargado de electricidad.

Ray, con la mirada derrotada, baja la vista hacia el cuchillo que aún empuña con mano temblorosa. Un silencio expectante se apodera del lugar.

—Suéltalo —repite Avery con un tono imperativo.

Lentamente, Ray deja caer el cuchillo al suelo. El metal golpea la tierra con un sonido metálico que resuena en mis oídos.

Avery, sin apartar la vista de Ray, coloca un pie sobre el cuchillo, inmovilizándolo.

—Vete —le ordena con voz áspera—. Y no vuelvas jamás por Glen Noe.

Ray, sin mirar atrás, se aleja con paso vacilante. Su figura se va difuminando en la distancia hasta desaparecer por completo.

Avery se gira hacia mí, su rostro aún tenso por la reciente batalla. Sus ojos se encuentran con los míos y, por un instante, veo en ellos un destello de algo que no puedo identificar.

Retrocedo instintivamente, llevándome las manos al pecho para ocultar la piel que ha quedado al descubierto. La experiencia con Ray me ha dejado aterrorizada, y ahora desconfío de todos los hombres, incluso de aquellos que dicen querer ayudarme.

—¿Cómo has llegado hasta aquí y por qué? —le pregunto con voz temblorosa.

—Cuando nos dimos cuenta de la desaparición de Ray, Douglas me envió detrás de ti —explica Avery—. Sabía que algo andaba mal.

—¿Por qué habrías de hacerlo? ¿Por qué te preocuparías por mí? Tú también me odias. ¿Por qué confiaría Douglas en ti?

Las preguntas brotan de mis labios sin control. La desconfianza me corroe por dentro.

—Lo hace y, además, le di mi palabra de que te mantendría a salvo y no trataría de huir —explica él con suma suavidad, sin intentar acercarse a mí—. Mi honor está en juego.

—Ray tenía razón, la palabra de un hombre no vale nada hoy en día —digo aún temblando.

—La mía sí —me asegura Avery con una convicción que me hace dudar.

—¿La palabra de un desertor? —le pregunto sin entender por qué quiero herirlo—. Vete —le ordeno—. Huye tú también.

—No —dice él, tajante. Su mirada se vuelve firme, pero no hay ni una pizca de amenaza en ella—. No te dejaré sola. No después de lo que has pasado.

En ese momento, algo en sus ojos me conmueve. Hay una honestidad en su mirada que no puedo negar.

—¿Por qué? —le pregunto en un susurro.

—Porque he visto el horror en tu cara —responde él con voz suave—. Y nadie debería tener que pasar por eso solo.

Un silencio se apodera del lugar.

Entonces, las compuertas que había mantenido cerradas con tanta fuerza se abren de golpe, y rompo a llorar. Las emociones que había reprimido, la tensión acumulada, todo se desborda en un llanto incontenible.

Mis lágrimas caen libres, un torrente de miedo, alivio y confusión que no puedo contener y ni siquiera me molesto en limpiar, quiero que sepan a sal y a dolor, quiero que sean un testimonio del pánico que he vivido.

Avery permanece inmóvil, respetando mi espacio, pero su presencia es una constante reconfortante. No intenta acercarse, pero tampoco se aleja. Es como si su sola presencia fuera un ancla en el tumulto de mis emociones.

Mis sollozos van disminuyendo poco a poco, hasta que solo quedan suspiros entrecortados. Me siento vacía, pero de alguna manera también aliviada. Levanto la vista hacia él y solo encuentro una comprensión silenciosa.

—Lo siento —logro decir entre suspiros—. No quería... no suelo...

—No tienes que explicarte —me interrumpe suavemente—. Todos tenemos momentos de debilidad. Lo importante es cómo nos levantamos de ellos.

Sus palabras, pronunciadas con tal sinceridad, calan hondo.

—Gracias —murmuro—. No sé qué habría hecho si no llegas a tiempo. Fui demasiado confiada.

—Está bien —me susurra Avery con una voz suave y tranquilizadora—. Ya pasó. Estás a salvo y, sobre todo, no fue tu culpa. No hiciste nada para merecerlo.

Avery da un paso cauteloso hacia mí, como si temiera que cualquier movimiento brusco pudiera volver a romper el delicado equilibrio que hemos alcanzado. Cierro los ojos por un momento, permitiéndome absorber sus palabras, dejando que la verdad de ellas se asiente en mi corazón herido.

Al abrir los ojos, me encuentro con la mirada de Avery, que ahora está un poco más cerca. Hay una vacilación en su postura, una clara muestra de su propia lucha interna. Es evidente que quiere ofrecer consuelo, pero su reticencia a ser demasiado amigable, a cruzar una línea que tal vez ni él mismo entiende, es palpable.

—Yo... simplemente no puedo dejar que estés sola ahora —dice, su voz más baja de lo habitual—. Si me permites, te acompañaré a Inveraray. Solo para asegurarme de que estás bien.

Hay una honestidad en sus palabras, una sinceridad que no puedo ignorar. A pesar de la tormenta de emociones que aún azota mi interior, la idea de no estar sola, de tener a alguien que se preocupa genuinamente por mi bienestar, es reconfortante.

Asiento ligeramente, concediéndole permiso sin pronunciar palabra. Ata su caballo por las riendas a la carreta y se sienta cautelosamente a una distancia respetuosa. No hablamos, pero el silencio entre nosotros está lleno de un entendimiento tácito.

Al final, Avery estira un brazo y lo coloca sobre mis hombros con una cautela palpable, acercándome suavemente hacia él. Me encuentro acurrucada contra su pecho, cobijada por ese brazo que se siente tanto protector como reconfortante. En ese momento, no puedo evitar soltar una risa suave, amortiguada por la cercanía.

—Se te debe dar bien consolar a las mujeres —comento, intentando aligerar el peso del momento con un toque de humor.

Él deja escapar un suspiro suave, casi imperceptible, antes de responder.

—Tengo dos hermanas menores —dice entonces—. Una de ellas, Emily, era... es terriblemente llorona. Siempre quejándose y demandando atención. Supongo que aprendí una cosa o dos sobre cómo calmar los ánimos.

Hay un destello de ternura en su voz al mencionar a sus hermanas, una suavidad que no había percibido antes. Es revelador, este fragmento de su vida personal que comparte conmigo, y me hace verlo bajo una nueva luz.

Detrás de la fachada del hombre duro, hay alguien que ha cuidado y ha sido amado, alguien

capaz de gentileza y compasión.

—¿Y tienes más hermanos? —pregunto, mi curiosidad avivada por este destello de su vida personal.

—Sí —responde él, permitiéndose una pequeña sonrisa al recordar—. Un hermano, Nathaniel, también más joven que yo. —Su mano libre se desliza inconscientemente hacia su pecho, un gesto protector al hablar de su familia—. Quedamos huérfanos bastante jóvenes, así que nos criamos con nuestros abuelos. Siendo el mayor, siempre sentí el peso de cuidarlos, de protegerlos.

La luz del sol juega en su cabello, dándole un brillo travieso y dorado a su pelo oscuro que contrasta con la gravedad de sus palabras.

—Mi abuelo era un erudito, un tutor para muchos jóvenes en Bath. Crecí rodeado de mentes curiosas, escritores, filósofos... poetas —revela con una leve sonrisa.

—Eso explica que pudieras comprender los tratados médicos en poco tiempo —comento entendiendo un poco más el misterio que Avery representa.

Mientras habla, no puedo evitar notar la forma en que sus pantalones se ciñen a sus piernas, la evidencia de su fuerza física que contrasta con la vulnerabilidad de sus recuerdos. Es un hombre de muchas facetas, cada una revelada poco a poco en nuestro intercambio.

—Bueno, cuando era un crío, solo me preocupaba de hacer travesuras, mi abuelo me golpeó un día en la cabeza con un libro, diciéndome que quería que lo leyera y entendiera todo en tres días.

—¿Todo?... Eso es imposible —recuerda que respondió.

—Solo es imposible lo que no se intenta —me respondió él—. Pero cuidado: una mancha, una esquina doblada o una página rota y te daré tal paliza que hasta el mismísimo Dios se apiadará de ti.

Su risa, franca y abierta, ilumina el lugar. No puedo evitar reír también al imaginar la escena, un joven Avery navegando a través de las páginas bajo la mirada estricta, pero cariñosa de su abuelo.

—De esa forma comencé a devorar libros como si fueran aire que necesitaba para respirar. —Al decir esto, extiende su mano con delicadeza para apartar un mechón de pelo de mi cara, un gesto tan tierno que me hace contener el aliento.

—¿Y por qué el ejército? —la pregunta se escapa antes de que pueda contenerla.

Avery suspira, la luz de la risa desvaneciéndose.

—Cuando mi abuelo murió, necesitábamos dinero. El ejército parecía una solución —explica con una simplicidad que esconde capas de sacrificio y resignación.

Gruño con disgusto.

—Maldito dinero. ¿Por qué todo debe girar en torno a él? Mueve ejércitos, construye castillos y, lamentablemente, decide quién tiene derecho a qué.

—Es la manera del mundo, sí —dice, su voz llevando un tono de amarga aceptación—. Pero no todo es tan sombrío. Hay cosas, momentos, personas, que valen más que cualquier moneda.

No puedo evitar mirarlo, realmente mirarlo, en ese momento. Hay una profundidad en Avery, una mezcla de fuerza y vulnerabilidad, que me despiertan demasiadas cosas.

—Tú… Tú no desertaste —afirmo con seguridad.

Avery sostiene mi mirada, una tormenta de emociones cruzando sus ojos antes de asentir lentamente.

—Pero no te equivoques —comienza, su voz cargada de una intensidad que me obliga a prestar atención—, odiaba cada día en ese lugar, cada bala que salió de mi arma, cada herida, cada pérdida... y una lucha que cada vez parecía tener menos sentido. —Hace una pausa, sus palabras cargadas con el peso de recuerdos no deseados—. Pero tienes razón. No deserté. Me alejé de mi unidad intentando salvar la vida de un compañero. Al regresar, me encontré con un grupo de hombres corruptos que me acusaron de desertor para ocultar sus propios crímenes. Sin oportunidad de defenderme, me vendieron como tal.

La confesión de Avery resuena en el silencio que nos rodea, pesada y profunda. Veo el dolor y la frustración en su rostro, la injusticia de su situación grabada en cada línea de su expresión. Por un momento, el aire entre nosotros se llena de una comprensión silenciosa, un reconocimiento del dolor y la fortaleza que lleva consigo.

Instintivamente, extiendo mi mano hacia él, una oferta de consuelo en medio de la revelación de sus cicatrices más profundas. Avery mira mi mano extendida y, tras un breve momento de vacilación, la toma en la suya.

Su agarre es firme, pero hay una suavidad en el contacto que eriza toda mi piel.

—Lo siento, Avery —murmuro, mi voz llena de repulsa—. Es muy injusto.

Él asiente, apretando levemente mi mano en respuesta.

—Y, sin embargo, aquí estamos —dice, intentando esbozar una sonrisa que no llega a sus ojos—. Encontrando un poco de luz mientras luchamos cada uno nuestras propias batallas y encontrando fuerza donde menos lo esperábamos.

Capítulo 11



El castillo del duque de Argyll se yergue imponente ante nosotros, sus torres de piedra alcanzando el cielo gris de Inveraray como dedos de un antiguo guardián. La majestuosidad del castillo, con sus vastos jardines y la fachada adornada, impone un respeto silencioso.

Al aproximarnos, un mayordomo nos recibe en la gran entrada. Mi vestido, desgastado y con signos evidentes de mi percance a través del bosque, contrasta fuertemente con el lujo que nos rodea. La mirada del mayordomo se detiene un instante en mi apariencia antes de guiarnos hacia el salón principal donde Arthur Campbell nos espera.

—Señor Campbell, vengo a mostrarle mis respetos —le digo.

Él echa un ojo a Avery que permanece a mi lado, su presencia un soporte silencioso. A pesar de su posición de sirviente, hay una dignidad en su postura que desafía las normas sociales.

—¿Con un sirviente masculino como acompañante? ¿No es una combinación poco convencional para viajar? —comenta Arthur, su tono ligero no ocultando la crítica implícita en sus palabras.

—Las circunstancias fueron inusuales —respondo, intentando mantener la compostura—. Pero el respeto y el deber por su pérdida nos guían, más allá de las convenciones.

—Entiendo que el viaje ha sido... accidentado —observa Arthur, su mirada, deteniéndose brevemente en el escote rasgado de mi vestido.

—Así es, si no llega a ser por Avery, sabiamente enviado por nuestro capataz, es probable que me hubiera perdido o algo peor —le explico, prefiriendo quedar como una tonta que contarle la verdad de lo ocurrido.

Siento cómo Avery se tensa a mi lado, un recordatorio tácito de la promesa que me ha hecho de guardar silencio sobre Ray.

La idea de que ese secreto pueda salir a la luz y manchar mi reputación me llena de ansiedad, pero también estoy consciente de lo mucho que le desagrada a Avery ocultar la verdad, especialmente cuando podría ser crucial para mi protección.

—Señorita MacIntyre, siempre es un placer verla, a pesar de las circunstancias —dice Arthur, su sonrisa ligeramente forzada—. Su... generosidad pasada no ha sido olvidada.

Intento mantener la conversación en un terreno neutral, aunque la mención de la situación pasada y la posibilidad aún latente de un matrimonio con Arthur para salvar a mi familia cuelga sobre mí como una espada de Damocles.

—Me alegro, ya que las circunstancias cambian —contesto con la mayor dignidad que puedo reunir— y con ellas, nuestras decisiones. Pero ahora estamos aquí por respeto a su reciente pérdida. —Mi voz tiembla ligeramente al decir esto, consciente del juego delicado en el que me estoy enredando.

Arthur me mira con expectación su sonrisa ampliándose.

—Interesante. Entonces, ¿debo entender que está contemplando alguna propuesta? Sería una solución... beneficiosa para todos. —Su mirada se desplaza entre Avery y yo, tratando de descifrar la naturaleza de nuestra relación.

—Ahora sería prudente centrarnos en el motivo de mi visita —le digo con calma forzada.

Arthur asiente, aunque su expresión revela que aún tiene muchas preguntas.

—Por supuesto, hablemos de ello más tarde. Por ahora, rindamos homenaje a mi difunta esposa. Su sirviente puede reunirse con mi personal en sus dependencias. Allí le darán avituallamiento y un lugar donde… no sea una molestia.

A pesar de la tensión que sus palabras provocan, mantengo la compostura.

—Gracias, señor Campbell. Aprecio su hospitalidad —respondo.

Avery me lanza una mirada rápida, un silencioso ofrecimiento de apoyo antes de ser guiado por otro sirviente hacia las dependencias del personal. Aunque sé que es lo apropiado dadas las circunstancias y las rígidas normas sociales de la época, no puedo evitar sentir un vacío cuando su presencia se desvanece con cada paso que da alejándose de mí.

Arthur me conduce entonces a un salón donde se ha preparado un pequeño memorial para su esposa. Las velas iluminan el espacio con una luz suave, proyectando sombras danzantes sobre las paredes. A pesar del ambiente solemne, no puedo dejar de notar la falta de verdadera tristeza en Arthur. Su comportamiento parece más una actuación cuidadosamente orquestada que un duelo sincero.

—Es una gran pérdida para todos nosotros —digo, intentando encontrar las palabras adecuadas para la ocasión.

—En efecto, lo es —responde Arthur, aunque su tono carece de la profundidad emocional que esperaría de alguien en duelo—. Pero la vida debe continuar, ¿no es así, señorita MacIntyre? Y con ella, las decisiones que moldean nuestro futuro.

Su luto parece tan profundo como un charco después de una leve llovizna. La rapidez con la que sugiere pasar página y considerar futuras alianzas... bueno, podría decirse que le da al término "viudo afligido" un nuevo significado, uno mucho más ligero y estratégicamente conveniente.

«Debe de ser un récord, incluso para los estándares de la nobleza».

Mientras avanzamos a través del ritual del duelo, mi mente sigue volviendo a Avery, preguntándome cómo estará siendo tratado y si sus pensamientos estarán, como los míos, en este inesperado cruce de caminos en el que nos hemos encontrado.

La distancia física entre nosotros en este momento solo sirve para resaltar la cercanía emocional que he desarrollado con él.



Después de la tensa interacción con Arthur, una doncella me conduce a la habitación que me han asignado para alojarme. La alcoba, con sus paredes adornadas con tapices y una ventana que ofrece una vista impresionante del jardín del castillo, es un refugio bienvenido después de la turbulencia emocional del día.

Posteriormente, la misma doncella regresa con un vestido nuevo, un hermoso traje que parece brillar con su propia luz bajo el sol del atardecer.

—El señor Campbell insistió en que lo usara —me dice con una sonrisa amable, extendiéndomelo.

Agradecida, pero aún inmersa en mis pensamientos, acepto su ayuda para bañarme y vestirme. Sin embargo, cuando la tela del vestido cae sobre mi piel, la doncella nota los moratones que decoran mi cuerpo, un recuerdo físico de mi encuentro con Ray. Contiene una exclamación de sorpresa, sus ojos llenos de preocupación y preguntas no formuladas.

—Me caí de la calesa —explico rápidamente, intentando ofrecer una sonrisa tranquilizadora que no llega a mis ojos.

La sirvienta me mira, sus ojos aún llenos de dudas.

—Debe haber sido una caída terrible —dice, su voz cargada de una preocupación que no puede ocultar—. Podría examinarla el médico del castillo.

Insisto en que estoy bien, que no es necesario. Sin embargo, su mirada persistente me hace preguntarme si mi explicación ha sido suficiente para disipar sus sospechas. A pesar de ello, no insiste más, ayudándome a terminar de vestirme con manos suaves que intentan ser lo menos invasivas posible.

Una vez arreglada, la imagen que me devuelve el espejo es la de una dama lista para enfrentar lo que sea que el destino tenga reservado para ella en este castillo. Sin embargo, debajo del tejido lujoso y de las apariencias, los moratones y las heridas que llevo son un recordatorio de que la realidad es mucho más compleja y dolorosa de lo que cualquier vestido nuevo pueda ocultar.



Me siento en la opulenta mesa de los Campbell, rodeada de la nobleza y distinción que encarnan los duques de Argyll y sus invitados. A medida que la conversación fluye a mi alrededor, llena de temas que van desde la política hasta los últimos escándalos de la sociedad, sin que me dejen unirme, me siento más desplazada que nunca, como un ratón atrapado en el resplandor de un salón demasiado grande y brillante.

Soy la hija de una mujer que abandonó todo por un amor prohibido, cuyo padre está a punto de perder las tierras que han pertenecido a nuestro clan durante generaciones. Me veo a mí misma como una solterona de apariencia mediocre, con poco valor aportar en esta velada.

Mi mente, cultivada en años de lectura y aprendizaje, podría fácilmente tejer palabras en debates sobre filosofía, literatura o los asuntos políticos del momento, pero opto por escuchar, sumergiéndome en los matices de las interacciones a mi alrededor.

Como bien dice Fenella a nadie le gusta una sabionda sin gracia.

La magnificencia del banquete se despliega ante mis ojos como una escena de un cuento de hadas. La mesa, adornada con manteles de fino lino y centelleantes candelabros de plata, brilla bajo la luz suave de las velas. Los platos, uno tras otro, son verdaderas obras de arte: desde el delicado consomé que abre el banquete hasta el asado de venado, jugoso y perfectamente cocido, cada bocado es una celebración de los sabores.

El servicio, elegantemente vestido, se mueve entre nosotros con una gracia que roza lo coreográfico, sirviendo los manjares y llenando las copas de cristal con vino añejo sin perder el compás. Los frutos del mar, frescos y preparados con una precisión exquisita, los vegetales de temporada cocinados al punto justo de ternura, y los postres, dulces creaciones que prometen ser el perfecto colofón a la velada, se suceden en un desfile.

La presencia de Arthur Campbell, cuya atención ocasionalmente se posa sobre mí con un interés que no logro descifrar del todo, añade una capa de complejidad a la velada. Aunque su trato hacia mí es cortés, no puedo evitar sentirme como una pieza en un juego más grande, uno cuyas reglas no están del todo claras para mí.

En este entorno de opulencia y conversaciones encendidas, me mantengo como una observadora silenciosa, consciente de mi lugar en el tejido social que se desmadeja alrededor de la mesa. Sin embargo, en mi silencio, hay una fortaleza no reconocida, un cúmulo de conocimiento y entendimiento que, aunque no comparto abiertamente, me da una perspectiva única sobre el espectáculo de poder y prestigio que se despliega ante mí.

El caballero mayor de ojos astutos que se sienta frente a mí rompe el silencio con su pregunta.

—¿Qué opina usted sobre eso, señorita MacIntyre?

La conversación ha derivado hacia la posibilidad de que haya minas de carbón en áreas aún no explotadas de Escocia, un tema de gran relevancia dada la creciente demanda de carbón para alimentar la maquinaria de la industrialización.

Me tomo un momento antes de responder, consciente de todas las miradas puestas en mí.

—Las minas de carbón, junto con las de hierro, han sido el motor de la economía escocesa, especialmente durante este periodo de industrialización —comienzo, sintiendo cómo la confianza crece en mí con cada palabra—. No solo han proporcionado el combustible esencial para nuestras fábricas y ferrocarriles, sino que también han impulsado avances tecnológicos y mejoras en la infraestructura.

Hago una pausa, buscando en la mente los detalles de mis lecturas.

—Además, la explotación de estos recursos naturales ha creado un considerable número de empleos, aunque no sin sus propios desafíos, especialmente en términos de las condiciones laborales en las minas.

El caballero asiente, claramente impresionado.

—Y, ¿qué piensa de la inversión en estas explotaciones? ¿Cree que aún hay potencial para descubrir nuevas vetas?

—Absolutamente —respondo con convicción—. Aunque la inversión inicial puede ser significativa y los riesgos asociados no son insignificantes, el potencial de descubrir nuevas vetas de carbón o hierro podría ofrecer retornos significativos. Además, con los avances tecnológicos en técnicas de minería y seguridad, podríamos mejorar las condiciones de trabajo y hacer estas explotaciones más rentables y sostenibles a largo plazo.

El intercambio me deja con una sensación de satisfacción. Aunque rara vez participo en las conversaciones, mi conocimiento sobre la situación económica de Escocia y la importancia de la minería durante la industrialización me ha permitido contribuir de manera significativa, demostrando que, a pesar de lo que otros puedan pensar de mí, tengo un entendimiento profundo y valioso sobre temas cruciales para nuestro país.

Arthur se une a la conversación con un interés renovado.

—Se rumorea que la región de Awe alberga minas inexploradas. Hay numerosas historias al respecto, aunque su padre, Russell MacIntyre, se niega a considerar la idea. Prefiere aferrarse a las tradiciones de su clan en lugar de abrazar la industrialización.

Sin entender completamente mi impulso de defender a mi padre, respondo:

—Mi padre lucha por mantenernos a flote con lo que obtenemos de nuestras tierras y el ganado. Los recursos para emprender tales exploraciones están más allá de nuestro alcance.

—¿No sería ese un incentivo para buscar alternativas más lucrativas? —cuestiona otro invitado, un caballero de mirada perspicaz.

—La evolución es tan crucial como la preservación de nuestras tradiciones. No veo por qué no podemos buscar un equilibrio, avanzar sin renunciar a nuestra identidad o nuestros orígenes —argumento, convencida de que el progreso no debe suponer la pérdida de lo que nos define.

El duque de Argyll lanza una mirada calculadora en mi dirección.

—Esa intransigencia podría llevar a su padre a la perdición. Y cuando finalmente se vea obligado a abandonar sus tierras, los Campbell estarán listos para tomarlas y explorar esas supuestas minas.

—Debe considerar que tal inversión, de no rendir frutos, podría resultar en una catástrofe financiera, Lord Campbell —interviene otro distinguido invitado—. Después de todo, esas supuestas vetas no son más que mitos y especulaciones. Nunca se han encontrado.

La cena se desarrolla en un juego de palabras y opiniones entrelazadas, donde cada comentario añade capas a un debate que va más allá de la simple exploración minera, tocando

temas de tradición, progreso y la tensión entre ambos. A pesar de mi reticencia inicial, encuentro mi voz en este mar de discusiones, defendiendo la idea de que el futuro y el pasado pueden, y quizás deben, coexistir en armonía.



Durante la cena, un hombre adusto del servicio se acerca discretamente a Arthur Campbell y le susurra algo al oído. La escena podría haber pasado desapercibida para los demás, pero la mirada fija de Arthur sobre mí en el momento posterior a la conversación captura toda mi atención, sembrando una semilla de inquietud en mi estómago.

Hay algo en su expresión, una mezcla de curiosidad y calculación, que me hace temer que la conversación tiene que ver conmigo.

La velada continúa sin Arthur que ha salido tras ese hombre, pero mi mente está en otro lugar, atrapada en un torbellino de especulaciones sobre lo que podría haber sido tan urgente.

Mis peores temores se confirman cuando, al terminar la cena, la doncella me informa que Avery ha sido retenido por orden de Arthur Campbell. La noticia cae sobre mí como un golpe, dejándome aturdida y luchando por asimilarla.

El motivo de su retención no tarda en revelarse: la mujer que me asistió más temprano ha compartido sus observaciones sobre los moratones en mi cuerpo, y las sospechas han recaído directamente en Avery.

La idea de que pueda ser acusado injustamente por un acto de violencia que nunca cometió me llena de una mezcla de ira y desesperación.

Avery está siendo sometido a un interrogatorio riguroso, probablemente en alguna habitación apartada del castillo, lejos de miradas indiscretas.

La situación me parece surrealista; la persona, que me ha protegido y acompañado para que me sintiera segura, ahora está siendo tratada como un criminal, todo por unas sospechas infundadas.

Salgo abruptamente de mi habitación, excusándome con una prisa que no intento disimular.

Capítulo 12



La noticia de que Avery ha sido retenido me llena de una desesperación que borra cualquier vestigio de etiqueta o decoro que la situación pudiera exigir. Mi única preocupación en ese momento es encontrarlo, asegurarme de que está bien y, de alguna manera, liberarlo de las acusaciones que pesan sobre él.

Recorro los pasillos del castillo, deteniendo a cada miembro del servicio que encuentro.

—¿Dónde está retenido mi sirviente? —pregunto con una urgencia que hace eco en las paredes de piedra. Algunos sirvientes me miran con confusión, otros con una mezcla de simpatía

y temor, pero ninguno parece tener una respuesta definitiva.

La frustración crece dentro de mí con cada paso que doy. Puedo sentir cómo el tiempo se desliza entre mis dedos mientras busco desesperadamente en cada rincón, cada habitación apartada que el castillo pueda esconder. La idea de Avery siendo interrogado, a saber en qué condiciones, enciende un fuego de determinación dentro de mí.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, una voz vacilante me detiene.

—Creo que lo han llevado a las calabozos, abajo, señorita —murmura un joven sirviente, su mirada esquivando la mía. No necesito más indicación.

Mis pies ya se están moviendo, llevándome hacia las profundidades del castillo, donde la fría humedad de las mazmorras se mezcla con el eco de mis propios pasos apresurados.

Unos gruñidos doloridos llegan a mis oídos, aumentando mi horror. Me dirijo hacia ellos sin dudarlo, encontrando a Avery en una celda, atado por unas argollas a la pared por las muñecas. Su rostro magullado y su ropa rasgada mientras dos hombres bajo la supervisión de Arthur le golpean.

—¡Avery! —grito con un terror que desgarra mi garganta.

En ese momento, Arthur se interpone entre nosotros.

—Señorita MacIntyre, ya está a salvo —me dice con voz calmada—. Ese hombre no la hará nada más ni podrá coaccionarla para que guarde silencio. He entendido lo que ocurrió desde el primer momento en que llegó, aunque ese hombre —continúa Arthur— no ha querido colaborar. No ha habido manera de que abra la boca para revelar la verdad.

Un rugido de furia brota de mi garganta.

—¡No! —le grito, horrorizada—. ¡Está equivocado! Avery me salvó de las garras de otro hombre que trató de forzarme. ¡Él es inocente! ¡Suéltalo ahora mismo!

Arthur me mira con una mezcla de sorpresa y confusión.

—Kenna, por favor, cálmese —me pide, tomando mis manos entre las suyas—. ¿Otro hombre?

—Sí, fue Ray, otro de los hombres comprados por mi padre. No son jornaleros contratados. Él… él los compró en una subasta y él… Ray me utilizó para escapar, se ocultó en mi carreta e intentó tomar venganza. Trató de… Si no llega a ser por Avery que nos siguió cuando se dio cuenta de su desaparición, yo… bueno. ¡Avery es inocente! ¡Él no ha hecho nada!

Arthur se queda inmóvil por un momento, procesando la avalancha de información que acabo de revelarle. Luego, con una rapidez que me sorprende, se gira hacia uno de los hombres que custodian a Avery y le da órdenes en voz baja. El hombre asiente antes de salir corriendo, presumiblemente para iniciar la búsqueda de Ray por todo Glen Noe.

Mientras tanto, Arthur se dirige al otro y le ordena que libere a Avery inmediatamente. Se acerca a mí, su expresión mezcla de preocupación y disculpa.

—Lamento profundamente este malentendido. Si él hubiera hablado desde el principio, si hubiera defendido su inocencia en vez de guardar silencio, todo esto se podría haber evitado —dice, su voz cargada de una frustración que parece dirigida tanto a Avery como a la situación en general.

Con cuidado, ayudo a Avery a mantenerse de pie cuando lo sueltan, sintiendo cómo se apoya en mí, su cuerpo marcado por el reciente calvario. Su fuerza flaquea, pero su espíritu parece incólume.

—¿Dónde puedo curarle? —pregunto, mi voz firme pese al torbellino de emociones que me asalta.

Arthur responde con una eficiencia que denota su acostumbrada autoridad.

—Hay un dispensario justo encima de este lugar. Encontrarán todo lo necesario allí para tratar sus heridas —indica, aunque su oferta viene con una advertencia velada—. Pero, señorita MacIntyre, puedo enviar a alguien para que se encargue de ello.

—No —replico rápidamente—. Me ocuparé personalmente. Ya han hecho suficiente aquí para empeorar las cosas.

Mi tono es más cortante de lo que había pretendido, pero la situación me ha dejado poco espacio para las cortesías.

Arthur me mira, su expresión endureciéndose con mis palabras.

—Puedo pasar por alto ciertas actitudes en el calor del momento —comenta, su voz baja, pero firme—, pero si en el futuro se concreta una unión entre nosotros, tendrá que ajustarse a las normas de este hogar. No toleraré situaciones comprometidas ni un apego inapropiado por el personal de servicio… o lo que sea él.

Sus palabras me golpean con la fuerza de una bofetada. Con una mezcla de indignación y determinación, enfrento a Arthur.

—Su presencia aquí es el resultado de circunstancias injustas que, confío, serán rectificadas pronto. Él volverá a reunirse con su familia —afirmo con solidez.

Avery, a mi lado, permanece en silencio clavando sus ojos en él.

Campbell contempla la escena, su mirada alternando entre Avery y yo. Después de un momento, asiente lentamente.

—Entiendo —dice finalmente.



Encuentro el dispensario sin problemas, pero el camino hasta allí, guiando a Avery suavemente, es una prueba de resistencia y voluntad.

Cada paso es un recordatorio de su reciente sufrimiento, y la determinación de llevarlo a un lugar seguro se convierte en mi único foco.

Al llegar, coloco a Avery sobre un sillón con cuidado, asegurándome de que esté lo más cómodo posible dadas las circunstancias. Me doy la vuelta para enfrentarlo, con los brazos en jarras y una frustración burbujeando dentro de mí que no puedo contener.

—¡Tú! —le señalo, mi voz vibrando con una mezcla de ira y preocupación—. ¡Eres un grandísimo idiota! ¿Por qué no dijiste nada? ¿Por qué? Te quedaste callado mientras te golpeaban en vez de defender tu inocencia. Deberías haber dicho lo que pasó. ¿Quién se queda callado en una situación así? ¿Estás loco?

Mi torrente de palabras es interrumpido por su risa, una risa que rápidamente se convierte en una queja cuando la sonrisa tira de su labio magullado.

—Te prometí guardar silencio sobre lo ocurrido con Ray —me responde él con la voz ronca y baja.

—Sí, supongo que debería darte las gracias. Muchas gracias por estar loco —concluyo, aún enfadada, pero con un tono que revela mi preocupación subyacente por él.

Avery me mira, un destello de humor pasando por su ojo sano.

—Te ves como un erizo enfadado —dice, su comentario, sumando incredulidad a mi frustración.

—Es que estoy furiosa, Avery. ¿Cuántas más injusticias debes soportar? —Mi pregunta es más un lamento, una expresión de la impotencia que siento ante la cadena de eventos que nos ha llevado hasta aquí.

Él intenta alzar una mano, que se detiene a medio camino, pero su intención es clara: apaciguar mi ira.

—Kenna fue mi decisión. No eres responsable de ella —afirma con una voz que, a pesar de la ronquera, transmite una calma deliberada.

Respiro hondo, tratando de enfocar mi energía en ayudarlo en lugar de continuar con mi frustración. Me aproximo al dispensario, cuyos estantes están meticulosamente organizados con frascos, vendas y diversas pomadas. Mis dedos seleccionan con cuidado un frasco con brandy, un tubo de ungüento para los moretones y varias vendas limpias y suaves.

Vuelvo hacia Avery, quien me observa con una expresión cerrada.

—Esto podría picar un poco —le advierto, antes de empapar un paño limpio con el alcohol.

Tras advertir a Avery sobre el posible ardor que causará, comienzo el meticuloso proceso de tratar sus heridas. Primero, es necesario retirar los restos de su camisa, que ya está parcialmente desgarrada y manchada de sangre. Con movimientos cuidadosos y respetuosos, corto la tela con unas tijeras que encuentro en el dispensario, evitando causarle más dolor.

Bajo la tela rasgada, las heridas en su torso quedan expuestas: cortes superficiales que aún sangran ligeramente y golpes en diversos estados de curación Algunas de las heridas más graves se encuentran en sus costillas y hombros, evidencia del brutal interrogatorio al que ha sido sometido.

Aplico el paño con sumo cuidado, limpiando cada corte con un movimiento suave. Avery tensa su cuerpo ante el contacto, un suspiro escapando de sus labios mientras soporta el dolor.

—No es tan grave como parece —susurra observándome—. Estoy bien, Kenna.

En su cuerpo hay más cicatrices, más heridas antiguas y profundas que pintan un crudo mosaico de sufrimiento sobre su piel.

Procedo a aplicar el ungüento sobre los moretones, masajeando suavemente la zona en un intento de aliviar algo de su malestar.

Al vendar sus heridas, me aseguro de que cada venda esté colocada correctamente, ofreciendo soporte sin apretar demasiado. Avery me observa durante todo el proceso con atención.

Mientras limpio la herida de su ceja, noto cómo tensa su cuerpo, intentando disimular el escozor.

Al ver su reacción, suavemente soplo sobre la herida, un gesto pequeño pero íntimo, buscando aliviar la quemazón que el líquido provoca.

—Serías una excelente ayudante —dice, su voz apenas un susurro—. Ya me di cuenta durante la operación de Jacob que no te asustas fácilmente y eres diestra en esto.

—Eso sí que sería interesante —pienso en voz alta—. Me encantaría sentirme útil de esa forma, pero para eso debería encontrar a un médico que aceptara la ayuda de una mujer.

—Yo lo haría sin dudar —responde él con seriedad.

—¿Y a qué esperas para sacarte la licencia? —le pregunto, media en broma, media en serio.

—Bueno, a que me caiga dinero del cielo para saldar una deuda invisible y para poder pagar esa licencia —dice él, con un toque de humor que no logra ocultar la realidad de su situación.

—Me temo que no puedo ayudar con lo último, pero sí con lo primero. Hay un invitado

ahora mismo en el castillo que es abogado y... podemos hacerle una consulta sobre la legalidad de los contratos que te unen a mi padre —le explico, ya formulando en voz alta un plan que lleva tiempo en mi mente.

—¿Y me llamas a mí loco? ¿Sabes en qué situación te pondrá eso con tu familia? ¿Lo que te hará ella? —dice él, su voz teñida de preocupación y algo de incredulidad, mientras observa cada movimiento mío.

—Quizás, pero a veces hay que correr riesgos por lo que es justo —respondo, con una determinación que siento resonar en mi pecho—. Además, si eso me da la oportunidad de corregir algunas injusticias y ayudarte a conseguir tu libertad, entonces valdrá la pena.

Su comentario siguiente me toma por sorpresa.

—Estás pensando en casarte con él —afirma, no como una pregunta sino como una constatación.

—Lo solucionaría todo —le respondo, mientras continúo con el cuidado de su rostro, mi concentración dividida entre la tarea y la gravedad de nuestra conversación.

—¿Te sientes atraída por él? —Su pregunta es directa, y su mirada intensa busca en mi rostro una verdad que ni yo misma he querido enfrentar.

—No más de lo que él se siente atraído por mí —contesto, intentando mantener mi voz neutra.

Su risa ante mi respuesta es corta, detenida por el dolor de su labio magullado.

—El único motivo por el que Arthur Campbell considera casarse conmigo es porque cree que hay minas de carbón y hierro en Awe —continúo, revelando mis sospechas y miedos.

—¿Y para qué necesita que seas su esposa para explotar esas minas, Kenna? Podría simplemente echaros y ya tendría acceso —plantea él, desafiando mi lógica.

—Tal vez crea que sé dónde están y que puedo facilitarle el trabajo o sospeche que están en el único pedazo de tierra que nos pertenece —sugiero, aplicando ahora el paño mojado en su labio.

—Sopla —me pide con gesto adusto.

Con cuidado, acerco mis labios a la herida en el suyo y soplo suavemente, intentando aliviar el ardor que he provocado. Es un gesto íntimo, uno que me hace consciente de la proximidad entre nosotros.

—Arthur te desea —dice Avery con voz ronca, sus ojos clavados en los míos.

—¿Qué? —pregunto, atónita e incrédula—. No digas tonterías.

—No son tonterías —insiste él con una sonrisa cansada—. Lo he visto en la forma en que te

mira, en la forma en que te toca.

—No hay nada en mí que despierte los deseos de un hombre —le respondo con una voz que apenas me pertenece.

—Despiertas los míos, Kenna, por mucho que me resista —admite, su voz ronca tejiendo una confesión inesperada en el espacio que nos separa.

Me quedo sin aliento, quieta, incapaz de responder. Sus palabras me han dejado atónita, confundida. No sé qué pensar, no sé qué sentir.

—Sopla —me pide de nuevo Avery, su voz apenas un susurro ronco.

Acerco mi rostro al suyo, con la intención de cumplir su petición. La proximidad es inevitable, nuestros alientos se mezclan en el aire cargado de la tensión del momento.

Al soplar sobre la herida de su labio, un suspiro cálido escapa de su boca mientras Avery se inclina hacia mí. Sus ojos, como dos pozos de zafiro líquido, me atrapan y me sumergen en un mar de deseo. Su aliento, mezclado con el aroma a menta del antiséptico que ha aplicado en su labio herido, roza mi mejilla como una caricia invisible.

Avery cierra los ojos y se acerca un poco más a mí.

Sus labios rozan los míos con la suavidad de una pluma, una caricia tan delicada que eriza mi piel. Un escalofrío recorre mi cuerpo y mi corazón comienza a latir con fuerza en mi pecho. Por un instante, nuestros labios se quedan unidos, creando una conexión inesperada

—No te alejes, Kenna —susurra, su voz ronca y llena de una pasión que me hace temblar.

Capítulo 13



Me acerco más a él, esta vez con la intención de que nuestros labios se encuentren en un beso deliberado. Sus labios son suaves y carnosos bajo los míos y juegan con los míos: un ligero roce de sus dientes atrapa mi labio inferior entre los suyos y los roza con suaves caricias que añaden un toque de sensualidad al beso.

La rugosidad de su barba contrasta con la delicadeza de su tacto, enviando escalofríos por mi barbilla y a lo largo de mi cuello.

Con una paciencia que bordea el tormento, Avery profundiza el beso, sus labios partidos

sobre los míos en una invitación abierta. Su lengua, osada y exploradora, traza los contornos de mis labios antes de demandar entrada, una solicitud a la que cedo sin resistencia. El estremecimiento que me recorre cuando nuestras lenguas se encuentran es una revelación de deseo puro, una unión que trasciende lo físico.

La sorpresa me hace jadear y es lo único que se oye aparte de nuestras respiraciones y los roces de nuestra piel y ropa.

Su boca es cálida y suave, y su sabor increíble. Sus manos se posan en mi cintura, acercándome más a él, sentándome sobre sus muslos.

El beso lento, en un principio, se intensifica, se vuelve más apasionado y salvaje. En ese momento, no hay dudas, no hay miedos, solo la certeza de que lo que sentimos al besarnos es increíble. La herida de Avery parece haber desaparecido, olvidada en la intensidad de la pasión que nos consume.

La forma en que me besa, como si quisiera devorarme por completo, me llena de una deliciosa sensación de entrega.

Sus manos me aprietan contra él, y puedo sentir cómo su deseo aumenta con cada roce, con cada beso.

Un gemido ahogado escapa de mis labios, y Avery sonríe contra mi boca, una sonrisa traviesa y llena de satisfacción. Su mano se desliza por mi espalda, acariciando mi piel por encima de la tela del vestido con una suavidad que me hace estremecer.

Me aferro a sus hombros, buscando apoyo en la vorágine de sensaciones que me invade. Sus manos se posan en mi nuca, atrayéndome aún más hacia él, su lengua explorando mi boca con una avidez que me deja sin aliento.

Un suave jadeo sale de mis labios mientras él parece suspirar. Sus ojos se encuentran con los míos, y en ellos veo una mezcla de deseo, satisfacción y una vulnerabilidad que me conmueve.

—¿Lo ves, Kenna? No solo es deseo, enciendes en mí una necesidad visceral que ni siquiera sabía que tenía.

Sus manos me aprietan contra él, con una intensidad que refleja la urgencia que lo consume. Puedo sentir su corazón latiendo con fuerza contra el mío, un ritmo frenético que marca el compás de nuestra pasión.

—¿Es este tu primer beso, Kenna?

—¡Por supuesto que no! —exclamo, un poco demasiado rápido, tal vez con un dejo de desafío—. Bueno, sí, en realidad... lo es. —Mi confesión es un susurro, casi perdido en el espacio entre nosotros—. Mi vida... ha sido bastante aislada y las oportunidades de socializar, especialmente de una manera romántica, han sido... escasas.

Avery escucha, un atisbo de una sonrisa suave y comprensiva se dibuja en sus labios mientras continúo.

—No pensé que un beso pudiera ser tan... intenso.

Su risa es suave, no burlona, sino llena de un calor que me envuelve.

—Entonces, ¿esperabas menos de un beso?

—Supongo que no sabía qué esperar. Pero definitivamente, esto no. —Mi mano se levanta instintivamente hacia mi boca, aún sintiendo el eco de su presión—. ¿Aprendiste a besar de esta manera en Francia?

Avery responde con la gracia de un caballero, su sonrisa ampliándose un poco más.

—Lo importante no son las técnicas o la experiencia, sino lo que despierta la persona a quién se besa.

—Ah, pues me doy cuenta de que me he perdido algo increíble. Me gustan los besos —digo, sorprendida por mi propia confesión.

—¿Me gustan los besos o me gusta que me beses, Avery? —intenta profundizar, su tono insinuante, tratando de descifrar mi reacción.

—Me gustan tus besos, Avery —respondo, sintiendo cómo el calor se acumula en mis mejillas. Mi respuesta es tan directa que por un momento, el aire entre nosotros se carga de una nueva tensión, dulce y reveladora.

—Dime cómo escribirías esta situación en verso —me pide, con una sonrisa traviesa en sus labios.

Su mirada, intensa y penetrante, me atrapa, y me siento incapaz de negarme. Un rubor se apodera de mis mejillas mientras niego con la cabeza.

—¿Ahora? No, no podría —murmuro, mi voz apenas un susurro.

—Claro que puedes —insiste, acercándose un paso más—. Vamos, Kenna. Desafíate a ti misma.

Sus ojos, como dos pozos de deseo líquido, me retan, y un cosquilleo de emoción recorre mi cuerpo.

—Está bien —acepto, con la voz aún temblorosa—. Lo intentaré.

Cierro los ojos, concentrándome en las sensaciones que aún me recorren. El calor de su cuerpo, la presión de sus manos, la suavidad de sus labios...

—Empieza por el principio —me sugiere, su voz suave y ronca en mi oído.

Recuerdo el roce de nuestros labios, la forma en que se fusionaron en un beso ardiente.

—Labios que se rozan, fuego que se enciende —recito, con los ojos aún cerrados.

—Manos que exploran, cuerpos que se funden —continúa él, su voz tan cerca que puedo sentir su aliento en mi rostro.

Abro los ojos y lo miro, perdiéndome en la intensidad de su mirada.

—Lenguas que se buscan, deseos que se confunden —susurro.

Mis dedos se deslizan por su pecho descubierto. Parecen moverse con voluntad propia, trazando caminos sobre su piel, explorando la calidez y la vida que palpita bajo ella.

Avery baja los ojos y sigue el movimiento de mis dedos con la mirada, un gesto que parece contener todo el universo en su profundidad.

Exhala profundamente.

—Gemidos que escapan, almas que se desnudan —murmura con esa voz que hace vibrar algo en lo más profundo de mí. Su mano, grande y firme, se desliza por mi espalda provocándome un deseo tan intenso que duele.

—Corazones en pleno auge, ritmo que se acelera —digo, jadeando levemente.

—Una necesidad que ruge, pasión que se libera —añade él, su voz ronca llenando mis oídos.

Nos miramos fijamente, y en ese instante, las palabras son insuficientes para describir la intensidad de lo que siento. De repente, Avery rompe el silencio con un bufido que parece sacarlo de su ensimismamiento.

—¡Oh! Mierda —exclama, su voz teñida de una sorpresa amarga.

Arqueo una ceja y le respondo, tratando de aligerar el momento.

—¿Un nuevo verso? —pregunto, mi tono es burlón, pero detrás de la fachada, una corriente de tensión palpita.

Una risa nerviosa escapa de sus labios, y por un instante, desvía la mirada, como buscando refugio en algún punto invisible detrás de mí. Su mano, todavía posada en la nuca, con sus dedos en mi cuello, mantiene una presión suave, un recordatorio físico de la proximidad entre nosotros.

—Me prometí no acercarme a ti. No dejar que me afectaras —confiesa, su voz ronca cargada de un anhelo que parece luchar por dominar.

—Pues ahora estás muy cerca —le señalo, mi voz baja, teñida de desafío.

Avery se inclina, reduciendo aún más el espacio entre nosotros, hasta que nuestras frentes

casi se tocan. Sus ojos, intensos y turbados, buscan los míos en una súplica silenciosa.

—Y sin embargo, no me parece suficiente… —susurra, cada palabra vibrando con el peso de una promesa no pronunciada.

Sus labios encuentran los míos en un roce efímero, dulce y torturante, como el aleteo de una mariposa contra una flor. Un gesto tan fugaz que deja un eco de anhelo en su ausencia.

—¿Y qué vas a hacer ahora que has fallado en tu promesa? —inquiero, mi curiosidad entremezclada con una ansiedad que no logro ocultar.

Con una sonrisa ladeada, que intenta ocultar la complejidad de sus emociones, responde:

—Por ahora voy a rendirme.

Mi corazón se acelera ante su declaración con una mezcla de miedo y deseo.

—¿Y si te rechazo? —susurro, mi voz apenas audible, revelando mi propia inseguridad.

—No lo harás —afirma con una confianza que parece inquebrantable—. He leído tus poemas. Sé lo que sientes.

Esa afirmación me golpea.

—Te he dicho que no eras tú —replico, una defensa débil que apenas logra esconder la verdad de mis propios sentimientos.

Avery se acerca aún más, si es que eso es posible, su aliento mezclándose con el mío su barbilla rozando mi mandíbula y su mejilla acariciando la mía. Su mano en mi nuca me mantiene fija, un ancla en la tormenta de emociones que me consume.

—Entonces, ¿ese hombre que despierta tu deseo podría ser cualquiera?

Mis ojos cerrados evitan la mirada de Avery. Mis pensamientos están dispersos.

«¿Cómo puede ser? ¿Cómo alguien tan valiente, tan inquebrantable, podría ver algo en mí?».

La idea de ser el foco de alguien tan formidable como Avery me abruma y me seduce a partes iguales.

—¿Por qué me besas? ¿Es solo por la adrenalina del momento, por el alivio de haber escapado de la muerte o por agradecimiento? —Mi pregunta no es solo para él; es una interrogación a su propio corazón, buscando respuestas en la oscuridad.

—Yo he preguntado primero, Kenna. Aún espero mi respuesta —dice con una voz más baja y autoritaria, lleva un peso que trasciende la simple curiosidad, buscando en ella una verdad que ambos necesitamos enfrentar.

—No, no es cualquiera —murmuro, permitiéndome por un momento la vulnerabilidad y la sinceridad—. Es específicamente tú, Avery. Solo tú.

Mis palabras, un susurro en la vastedad de nuestro silencio compartido, llevan consigo la esencia de mis anhelos más profundos, revelándome ante él de manera que nunca había previsto.

Él se detiene y esboza una sonrisa misteriosa. Sus ojos, un espejo del tumulto que debe estar asolando su interior, buscan los míos con una intensidad que amenaza con desarmarme.

—Te beso —comienza, su voz un hilo de sonido en la quietud— porque eres irresistible, Kenna. Porque hay algo en ti que me tienta de maneras que no puedo contener. Te deseo —me dice con voz áspera, acercándose a mi oído—. Te deseo tanto que no puedo pensar en otra cosa, pero también sé que es lo más peligroso a lo que me he enfrentado nunca y que… debo ponerle fin.

Es una confesión cruda, despojada de cualquier pretensión. Y a pesar de sus palabras sus labios vuelven a encontrarse con los míos de nuevo.

Su mano explora la textura de mi cabello, enredándome en él y ladeando mi cabeza para acomodar mejor mi boca a los movimientos demandantes de los suyos.

Los pequeños detalles se amplifican en este encuentro: el roce de su barba contra mi piel, la suavidad contradictoria de sus labios, la forma en que su respiración se entrecorta cuando profundizo el beso. Cada gesto, cada contacto, es una revelación, desvelando capas de emociones y deseos hasta ahora contenidos.

Me abre y recorre el interior de mi labio con la lengua. La textura es suave y caliente, un contraste que envía oleadas de calor a todo mi cuerpo. El sabor de su boca se convierte en el aire que respiro, llenando un vacío y un anhelo escondido en lo más profundo de mi alma que dolía sin que me diera cuenta.

Gimo, no solo por la sensación física que me abruma sino por el anhelo emocional que despierta en mí. Es un sonido que nace de un lugar primitivo, un llamado a algo que ni siquiera sabía que necesitaba hasta este momento. Avery responde con una profundidad igual de cruda, su agarre en mí se tensa, como si pudiera fundirnos en uno solo, borrando las líneas que nos separan.

Sus dedos se clavan en mis caderas y sus muslos se agitan debajo de mí mientras suspira fuertemente.

—Tenemos que detenernos ahora. —Su voz, un susurro sobre mis labios, corta a través del torbellino de emociones y sensaciones que nos envuelve.

La urgencia en su tono me hace abrir los ojos, encontrando los suyos, que arden con un conflicto interno feroz que se refleja en cada músculo de su cuerpo.

—Tenemos que detenernos ahora —repite, y en su voz hay una mezcla de arrepentimiento y quiebre.

Asiento, todavía aturdida por el torbellino de sensaciones que me dominan. Lentamente, comienzo a levantarme de su cuerpo, pero Avery me detiene, sujetándome por los antebrazos con una fuerza que contrasta con la fragilidad de su voz.

—Espera —susurra, escondiendo su rostro en mi hombro—. Si te levantas ahora... te sorprenderás al encontrarte con... con cierta parte de mi anatomía muy vigorizada.

—Bueno…ya te he visto… Tú… yo… lo vi. No creo que me sorprenda —digo sin sentido y sin dejar de titubear.

—Ya, es cierto que ya has visto mucho de mí, pero la situación no era la misma —argumenta, con una pizca de burla en su voz—. Es probable que todo estuviera encogido de miedo o frío.

Sonrío incrédula.

—No había un solo rastro de miedo en ti —le recuerdo apoyando mis manos en su pecho—. Y tampoco había nada que pareciese encogido, al contrario.

Un rubor se apodera de mis mejillas al darme cuenta de lo que estoy diciendo.

—Veo que te fijaste con atención —dice él, una sonrisa audible en su voz, una mezcla de orgullo y burla—. Pero estás equivocada si crees que eso era todo.

En ese instante, me atrae con más fuerza hacia él, presionando su cadera contra mi muslo hasta que puedo sentir la longitud dura de una enorme erección. Un jadeo involuntario escapa de mis labios mientras una ola de calor recorre mi cuerpo.

—Ahora —me dice con voz ronca—, ¿sigues creyendo que no hay nada de qué sorprenderse?

Trago saliva con dificultad, hipnotizada por la intensidad de su mirada.

—No… —confieso en un susurro apenas audible—. Creo que me he sorprendido bastante.

Al escuchar mis palabras, sus labios se curvan en una sonrisa maliciosa, un destello de maldad juguetona que deja al descubierto sus colmillos característicos.

—Ahora… es cuando huyes del peligro, Kenna —dice, su voz baja y cargada de un humor oscuro.

—Pero… ¿estarás bien? —pregunto, mi voz teñida de genuina preocupación, mientras mis ojos buscan los suyos, buscando alguna señal de dolor o malestar.

Él sonríe de nuevo, un gesto que suaviza las líneas duras de su rostro.

—Yo diría que me siento bastante mejor y tengo un catre por ahí esperándome —confiesa, su tono insinuando una comodidad que la situación difícilmente ofrece—, mucho más acogedor

que esa cuadra en Awe.

—De acuerdo —respondo, mi corazón aún pesado, sabiendo que la distancia, por ahora, es lo más prudente.

Mientras me alejo, no puedo evitar mirar atrás, hacia él, hacia el vínculo incierto que nos une, hacia esa tensión no resuelta que, por ahora, debe quedar en suspenso.

«¡Ay de mí!", grita el ratón, en su huir, veloz,

bajo la luna que ríe, testigo de la acción.

El gato, sonríe con colmillo afilado y ojo feroz,

marca el compás de esta caza, sin compasión.»

Capítulo 14



En la suave penumbra de la tarde, paseamos por los jardines del castillo de Inveraray, donde las sombras de los árboles danzan con la brisa y los rayos del sol se cuelan tímidamente entre las hojas, creando un tapiz de luz y oscuridad sobre el camino.

Los jardines, un espejo del esplendor y la meticulosidad de la nobleza, se extienden majestuosos a nuestro alrededor, con sus flores perfumadas que parecen competir en belleza y colorido. Los setos cuidadosamente podados delinean senderos secretos que invitan a ser descubiertos, mientras que el murmullo del agua de las fuentes añade una melodía serena al entorno.

Arthur Campbell, su semblante grave bajo la sombra del atardecer, rompe el silencio que hemos compartido hasta entonces.

—El sheriff ha dado caza a ese tal Ray —anuncia, su voz resonando con una mezcla de satisfacción y severidad.

—¿Qué significa que le ha dado caza? —inquiero, mi voz teñida de incertidumbre y temor ante la crudeza implícita en sus palabras.

—No esperaría que sobreviviera, ¿verdad? —indaga Arthur, su mirada fija en la mía, buscando algún indicio de mi reacción—. Ya estoy al corriente de que era un desertor. Su padre pagó por su libertad y, aun así, le devuelve el favor atacando a su hija. Los perros se ocuparon de él.

Contengo un gemido horrorizado, un estremecimiento recorre mi cuerpo ante la imagen brutal que sus palabras evocan.

—Nadie merece morir de esa forma —murmuro, mi voz, apenas un susurro cargado de repulsión y piedad.

—Servirá de lección para los demás, incluido ese hombre que ha traído con usted —dice, su tono implacable, como si la crueldad fuese un lenguaje universal en el que todos debemos ser fluidos.

—Avery no es un desertor y estoy segura de que esa deuda contraída con mi padre es del todo ilegal. Si el señor Ferguson o cualquier otro abogado echara un vistazo al contrato o lo forma en que fueron adquiridos, encontraría un buen número de irregularidades —replico con convicción.

Arthur me mira fijamente.

—Le ha engañado de forma vil, ¿verdad? Y usted se ha dejado manipular, señorita MacIntyre. ¿Que no es un desertor? Lo raro sería que lo reconociera. Luego se erige en su salvador y ya está dispuesta a luchar por su libertad. ¿No ve que está jugando con usted?

Sus palabras caen sobre mí como una cascada gélida, cuestionando no solo mis acciones sino mis motivaciones. Sin embargo, algo dentro de mí se rebela contra su visión cínica, contra la idea de que toda acción esconde una agenda oculta.

—Quizás —concedo con cautela, pero también creo en la posibilidad de la redención, en la complejidad del ser humano, más allá de los roles que la sociedad nos impone. Avery ha mostrado más honor en sus acciones que muchos que se pavonean con títulos y distinciones.

El silencio que sigue es tenso, cargado de palabras no dichas y de emociones contenidas. Los jardines de Inveraray, con su belleza serena, parecen retener la respiración ante nuestro conflicto, testigos mudos de un desacuerdo que se siente tan antiguo como los muros que nos rodean.

Arthur me mira, su expresión parece un cuadro de frustración mal disimulada.

—No la creía tan ingenua. Siempre la he tenido en alta estima, pero veo que se ha dejado deslumbrar por un tipo así… Entiendo que se sienta sola, aislada en Awe sin oportunidad de disfrutar de la vida social debido a las… irregularidades que cometió su madre. Con la única compañía de sus progenitores, puedo entender que…

Traga, buscando las palabras adecuadas.

Levanto una ceja, disfrutando del desconcierto de Arthur.

—Oh, por favor, continúe. No todos los días se tiene la oportunidad de ser analizada por tan perspicaz observador social. ¿Se siente también calificado para ofrecer diagnósticos psicológicos o solo se especializa en juicios sumarios?

Arthur aprieta los labios, claramente molesto por la interrupción.

—Señorita MacIntyre, esos hombres que ha traído su padre son truhanes, vividores, tramposos. Y lo que pasó con ese Ray, bueno, puede que las tácticas del otro sean más sutiles, pero la finalidad es la misma. Buscan su libertad y si obtienen por el camino una pequeña satisfacción, así será.

Cada palabra suya es como una daga que busca socavar mi confianza en Avery, en mi propio juicio. Mis manos se cierran en puños a mi lado, la tensión en mis hombros evidencia mi lucha interna por mantenerme ecuánime ante sus acusaciones.

—Fascinante —respondo con un tono deliberadamente pensativo—. Entonces, según su lógica, deberíamos juzgar a todos por las peores acciones de unos pocos. Interesante. ¿Supongo que en ese caso también debería mantenerme alejada de los nobles y los líderes de los clanes? Después de todo, la historia está repleta de sus… irregularidades. Pero claro, ellos jamás buscarían venganza ni libertad o aventuras fuera del matrimonio… Eso sería totalmente inaudito.

Arthur frunce el ceño, mi respuesta, golpeándolo como una bofetada.

—Está jugando con fuego, señorita MacIntyre. Y me temo que puede quemarse.

—Preferiría arder a vivir en un mundo donde el miedo dicta con quién puedo hablar o a quién puedo ofrecer mi amistad. Pero le agradezco su preocupación, señor Campbell. Es reconfortante saber que tiene mi bienestar en mente, aunque sea expresado a través de advertencias veladas y condescendencia.

Arthur parece sorprendido por mi actitud defensiva, pero insiste con esperanza, su voz lleva un tinte de súplica velada:

—Espero que recapacite y podamos alcanzar un entendimiento en un futuro no muy lejano—. Su mirada se suaviza, casi como buscando en mi rostro algún indicio de aquiescencia—. Visitaré Awe pronto, y sinceramente espero que para entonces haya entrado en

razón y se haya desapegado de ese sirviente.

Lo miro fijamente, mi postura erguida, un reflejo de la resolución que siento por dentro.

—Señor Campbell, su esperanza de que entre en razón suena sospechosamente a que me pliegue a sus expectativas. Pero, por supuesto, espero su visita con... interés —digo, mi voz cargada de un sarcasmo elegante, dejando claro que mis pensamientos y los de él juegan en ligas muy distintas.



Más tarde, me reúno con el señor Ferguson. Al final, Arthur ha accedido a tal reunión e incluso ha facilitado el encuentro. El abogado escucha atentamente, inclinándose hacia delante con interés.

—Señor Ferguson, le agradecemos enormemente que nos reciba. Aunque no poseemos el documento físico del contrato, hay aspectos de esta transacción que nos preocupan considerablemente. Por ejemplo, la falta de consentimiento de Avery, tratado más como mercancía que como ser humano—, comienzo, mis manos entrelazadas denotan mi nerviosismo.

El señor Ferguson, con un semblante serio y una mirada que se endurece al escuchar la complejidad del caso, asiente. Echa un vistazo por encima de sus gafas redondas a Avery que permanece sombrío, casi impenetrable.

—No hubo acuerdo de mi parte. Me vi forzado a esta situación sin consideración alguna a mi voluntad o bienestar —dice, su voz baja y cargada de un pesar inconfundible.

—Para abordar esto adecuadamente, necesitaría revisar el contrato en detalle—, comenta el señor Ferguson, sus dedos entrelazados en una muestra de reflexión—. Gran Bretaña se encuentra en un periodo de transición legal respecto a la esclavitud y las prácticas similares. Aunque la esclavitud como tal es ilegal dentro del país, las leyes que rigen las subastas o transacciones de servidumbre forzada son complejas y varían enormemente.

—¿Existe alguna manera de impugnar la validez de la subasta basándonos en esas complejidades legales o demostrando la coacción explícita? —pregunto, inclinándome hacia delante, una chispa de esperanza tiñe mi voz.

El abogado se toma un momento, ponderando las posibilidades antes de responder.

—Si podemos probar la ausencia de consentimiento y la existencia de coacción, así como destacar la naturaleza inmoral de la transacción en el contexto de las leyes británicas actuales podríamos tener un caso. Voy a necesitar investigar más sobre las especificidades legales y cómo se aplicarían a este caso en particular. Además, necesitaría echar un vistazo a ese contrato para demostrar esas irregularidades.

—Haré todo lo que esté en mis manos para conseguirlo —aseguro, sintiendo un renovado

propósito ante la posibilidad de luchar por la justicia para Avery.

El señor Ferguson me mira, su expresión grave.

—Probar eso podría implicar graves acusaciones contra su padre. Si se demuestra su participación, podría enfrentarse a un arresto. Esto no solo pondría en peligro su libertad, sino también su hogar y sus tierras. ¿Está dispuesta a asumir ese riesgo?

Avery, a mi lado, exhala suavemente, un gesto que revela más de lo que quisiera. Puedo sentir la tensión que emana de él, una mezcla de resignación y estoicismo.

La desilusión me golpea con la fuerza de un mazazo.

—¿Hay alguna otra forma? —pregunto con suavidad, sin mirar a Avery, temiendo ver reflejado en sus ojos el eco de mi derrota.

—Pagar la deuda que obliga al señor… —comienza el abogado.

—Harwood, teniente Harwood —añade Avery, su voz firme.

—Pagar la deuda del señor Harwood con su padre, señorita MacIntyre. Además, debe tener en cuenta que si ese contrato es sometido a juicio, saldrá a la palestra su deserción y también él podría tener que enfrentarse a una sentencia.

—Yo no deserté, señor Ferguson —interrumpe Avery, su tono ahora más fuerte, defendiendo su honor.

El abogado, después de un momento de reflexión, ofrece un consejo que parece pesarle tanto como a nosotros escucharlo.

—Si Arthur Campbell llegara con una propuesta, podría ser prudente considerarla. Ustedes siempre han sido vecinos, se conocen muy bien y comparten intereses. Esto no solo podría salvar la situación de su padre, sino también regularizar la situación del teniente Harwood.

Su sugerencia cae entre nosotros con la sutileza de una piedra en un estanque tranquilo, provocando en mí olas de conflicto interno.

Avery y yo intercambiamos una mirada, en la que cada uno sopesa la reacción del otro.

—Supongo que tengo pocas más alternativas —respondo resignada.

—En cualquier caso, hágame llegar ese contrato para que le eche un vistazo.

Capítulo 15



Me despido de Arthur mientras Avery espera en la carreta, sujetando las riendas de los caballos con firmeza. La conversación entre Arthur y yo se torna íntima, un momento delicado que se siente casi fuera del tiempo.

—Kenna, he estado pensando en su situación... y en la nuestra —inicia Arthur, su voz revestida de una solemnidad que apenas había vislumbrado en él. Su mirada, cargada de una intensidad inquietante, se clava en la mía, buscando, quizás, alguna señal de consentimiento o rechazo.

Desde la distancia, siento la mirada penetrante de Avery sobre nosotros, un recordatorio silencioso de las complicadas dinámicas que tejemos. Su presencia, incluso en silencio, habla de turbulencias internas. No le culpo si siente resentimientos hacia Arthur después de lo que le hizo padecer.

Arthur prosigue, cada palabra cuidadosamente medida, revelando una propuesta que ha meditado profundamente, lo que me sorprende y revela un interés que nunca había sospechado.

—He considerado una solución que, si bien requiere cierta inobservancia social por nuestra parte, podría ser el camino hacia un beneficio mutuo. Un compromiso extra oficial entre nosotros dos inmediato que cuando pase el periodo de luto podremos formalizar —anuncia, y el mundo parece detenerse con sus palabras.

La idea de un compromiso forjado bajo tales condiciones me golpea con una mezcla de ansiedad y anticipación. No es tanto el escándalo que podría suscitar tal unión lo que me preocupa, sino la inmediatez del vínculo que sugiere.

—Y como muestra de mi responsabilidad hacia usted y hacia esos hombres que tanto valora, garantizaré su libertad en el futuro. Considérelo un regalo de bodas—, concluye, su oferta teñida de una magnanimidad que no logro descifrar del todo.

Las implicaciones de sus palabras se extienden ante mí, un laberinto de posibilidades, consecuencias y sacrificios personales. La libertad de esos hombres, el bienestar de mi familia y mi propia felicidad se entrelazan en una decisión que se siente demasiado grande para mis hombros.

—De acuerdo—, susurro, mi voz apenas audible, un susurro cargado de resignación.

Con un asentimiento casi imperceptible, sellamos un acuerdo que, de alguna manera, se siente como una rendición tanto como una victoria.

—La visitaré en breve y solicitaré su mano a su padre.

Arthur continúa, su voz se tiñe de un matiz de determinación que marca el peso de sus intenciones.

—Visitaré a su padre en breve y solicitaré formalmente su mano —anuncia, fijando su mirada en la mía, buscando algún indicio de mi reacción.

La gravedad de su propuesta y la rapidez con la que Arthur se mueve para asegurar este futuro compartido me dejan con una sensación de inevitabilidad, como si las piezas de un gran tablero de ajedrez se estuvieran moviendo hacia un fin predeterminado, más allá de mi control.



El carromato comienza a alejarse del castillo de Inveraray, y siento el calor del sol del

mediodía en mi rostro, llevándose consigo los ecos de una decisión que cambiará el curso de mi vida.

La tensión de Avery es casi palpable en el aire, y no pasa mucho tiempo antes de que rompa el silencio que se ha instalado entre nosotros.

—¿Estás segura de lo que acabas de hacer? Su voz lleva un peso de inquietud que me perfora el alma.

Respiro hondo, contemplando el cielo que ahora se pinta de tonos amarillos y claros.

—No, no estoy segura —admito—. Pero algunas veces, la certeza es un lujo que está más allá de nuestro alcance. Arthur me ofrece una salida, no solo para mí, sino para todos.

Avery asiente, aunque su expresión reflexiva no abandona su rostro y tira de las riendas con fuerza hacia atrás, frena en seco, haciendo que los caballos piafen y resoplen.

—Y yo, ¿qué papel desempeño en todo esto?

Busco en los ojos de Avery, intentando derramar en esa sola mirada todas las emociones, temores y esperanzas que se agolpan en mi pecho, palabras que mi voz no logra capturar.

—Esto no es solo por ti —comienzo, la voz temblorosa pero firme, cargada de una determinación melancólica—. Incluso si tú no estuvieras en mi vida, temo que este sería mi camino. Voy a ser duquesa —digo, intentando sonar más alegre de lo que realmente me siento, pero una sombra de tristeza tiñe mis palabras—. Alégrate por mí —añado, aunque un suspiro traicionero escapa de mis labios, revelando la profundidad de mi pesar.

Avery capta el matiz de melancolía en mi voz, su frente se frunce en una expresión de preocupación.

—Eso no te hará feliz —responde, su voz baja, cargada de una intensidad que me hace estremecer—. ¿Y si este matrimonio te convierte en un pájaro enjaulado, atrapado en una prisión dorada?

Me quedo mirándolo, sintiendo cómo las palabras de Avery despiertan temores que había intentado sofocar.

—Quién sabe —respondo después de una pausa, pretendiendo infundir un tono de esperanza—. Tal vez el amor llegue con el tiempo.

—¿Para él o para ti? —insiste Avery, su mirada perforándome, buscando descifrar los secretos de mi corazón—. ¿O… acaso ya albergas sentimientos por él?

Mi corazón se detiene un instante.

—No... no es de tu incumbencia —murmuro, sin querer responderle—. Solo sé que este es el camino que debo seguir, por ahora. Es una oportunidad para mí que no puedo rechazar.

Mírame, estoy marcada por las acciones de mi madre, ya no estoy en edad casadera ni mi aspecto es deseable. Tengo suerte de que Arthur me tenga en consideración.

—Está claro que si merodeas entre lodo, te acabas ensuciando. —Sus palabras, duras y directas, me dejan sin aliento, confundida y herida.

—¿Perdona? —La incredulidad tiñe mi voz, mientras intento comprender a qué se refiere.

—Esa mujer lleva años minando tu autoestima, diciéndote que no vales nada y te lo has acabado creyendo, Kenna. —Su tono es firme, cargado de sinceridad.

Es un recordatorio crudo de cómo las percepciones de los demás, especialmente de aquellos quienes deberían querernos, pueden moldear o destrozar nuestra propia autoestima.

En su mirada encuentro no solo reproche, sino también un desesperado deseo de sacudirme de esa resignación.

—No importa lo que yo piense sobre mí misma. Mis opciones son limitadas —respondo.

—Entonces, tu padre conserva sus tierras, tu madrastra se queda con su hogar, yo recobro mi libertad, y Arthur obtiene lo que desea. Todos ganamos, excepto tú —rebate con cinismo en su voz.

—Tampoco soy completamente feliz ahora — admito, la tristeza se cierne sobre mí—. Quizás mi vida mejore con él. ¿Por qué no consideras esa posibilidad?

El silencio que sigue es tenso, cargado de un deseo no expresado y decisiones pendientes. Avery finalmente lo rompe, su voz un susurro henchido de una intensidad que nunca antes había sentido en él.

—Porque eres una mujer llena de deseos y me pregunto qué pasará con ellos… —Su confesión se siente como un golpe.

—No debías leer mis escritos. Lo que yo pongo ahí es personal —Mi respuesta es impulsiva, un reflejo de la frustración y la confusión que siento ante su actitud.

—Creía que eran escritos al azar —responde él con un sarcasmo que no logra ocultar la punzada de su propia vulnerabilidad. La frialdad habitual de Avery se tiñe de un cinismo que no esperaba, recordándome que estoy tratando con alguien que ha convertido la dureza en su armadura.

—Y lo son, pero siguen siendo de carácter personal, Avery. —Mi voz se endurece, intentando recobrar algo del terreno perdido, mientras un remolino de emociones lucha dentro de mí. La facilidad con la que él maneja el sarcasmo, incluso en momentos tan crudos, me hace dudar de la proximidad que creía que habíamos alcanzado.

Avery me observa con una intensidad que parece intentar descifrar los secretos de mi alma, y por un momento, su fachada implacable parece vacilar.

—Para obtener lo que quiero, no me importaría hacer lo que deseas —dice, finalmente, su declaración resuena entre nosotros con un peso inesperado.

—¿Y qué… qué es exactamente lo que quieres, Avery? —le pregunto atragantándome con mis propias palabras.

—Lo sabes —responde, su mirada fija en la mía, un destello de determinación endureciendo sus rasgos. La sinceridad bruta de Avery envía ondas a través del ya tenso aire entre nosotros.

—Haré lo posible para que consigas tu libertad. Nunca te pediría nada a cambio.

—He aprendido que todo tiene un precio —responde él con escepticismo—. Y si te vas a casar con ese hombre, prefiero obtener méritos para romper mis cadenas antes de que cambies de opinión o él te influya para ello.

—¿Por eso me besaste entonces? —La pregunta escapa de mis labios antes de que pueda contenerla, un susurro cargado de toda la confusión y el anhelo que he intentado suprimir.

—No, te besé porque en ese momento me apetecía. Ya te lo dije. —Su respuesta es directa, pero casi dicha con un tono de fastidio.

—¿ Y a qué viene esto ahora? —insisto, incapaz de dejar de buscar alguna señal, algún indicio de lo que realmente yace detrás de sus palabras, detrás de sus acciones.

Avery me mira, y por un instante, veo la chispa de algo complejo en sus ojos, un destello de emoción cruda que rápidamente enmascara bajo una capa de indiferencia.

—A que las decisiones que tomamos tienen consecuencias, Kenna, y si esa va a ser la tuya. Entonces yo debo tomar las mías. Aunque mis acciones puedan parecerte impulsivas, siempre hay un motivo detrás de ellas.

El silencio que nos envuelve tras sus palabras es denso, lleno de los ecos de revelaciones no dichas y sentimientos enterrados.

—No —digo finalmente, mi voz, apenas un susurro en la carga eléctrica que nos rodea—. No puedo creer que estés sugiriendo esto. Siempre pensé que lo odiabas, que nunca te rebajarías a... —Mis palabras se ahogan en la incredulidad, en el choque de ver a Avery dispuesto a transgredir sus propios principios.

—Yo soy quien lo propone, Kenna. No estás imponiendo nada. Yo tampoco estoy aquí para obligarte a hacer cosas que no quieras hacer —Su réplica es fría, cortante.

—Pues no lo repitas —insisto, una súplica enmascarada en firmeza, intentando desesperadamente encontrar un terreno común en este laberinto de malentendidos y deseos contrapuestos—. Yo... pronto estaré prometida y...

—¿Y? —Avery me interrumpe, una ceja alzada en un gesto de desafío, sus ojos

entrecerrados escudriñándome, empujándome a decir lo que ambos sabemos.

—Y... Yo... Yo... —balbuceo, luchando por encontrar las palabras que se sienten como una traición a todo lo que he sentido y pienso y a todo lo que he querido ignorar—. A mi futuro marido le honrará mi falta de experiencia —logro decir, finalmente, la frase saliendo torpemente, una admisión que me hace vomitar.

La reacción de Avery es inmediata, un destello de emoción indescifrable cruzando su rostro antes de que su máscara de frialdad caiga nuevamente en su lugar.

—Qué noble, de verdad —dice, sus palabras teñidas de un cinismo que corta como un cuchillo—. Pero dime, ¿es la honorabilidad lo que realmente os unirá?

—Sabes que no —confieso, la admisión arrancándome el alma.

Avery no se da por satisfecho; hay una intensidad en su mirada, una necesidad de escarbar más profundo.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué resignarte a una vida de mediocridad, a un matrimonio sin pasión? ¿Por qué negarte la posibilidad de algo más... algo que deseas realmente?

—¡Porque no! —La defensa surge de mí, débil, casi infantil ante la presión de su lógica.

—Tienes miedo —resuelve él con frialdad.

—¿Y qué si lo tengo? —replico, la frustración creciendo dentro de mí.

—Yo que creía que eras alguien valiente. El miedo es una prisión, Kenna. Yo te saco de ella y a cambio tú me sacas de la mía—. Su oferta, pronunciada con una sinceridad cruda, me deja sin aliento.

—¿A qué estás jugando? ¡Hace unos días ni siquiera soportabas mi presencia cerca de ti! —Lo acuso, mi voz elevándose en un pico de incredulidad y dolor—. ¿Esto es una especie de venganza hacia Arthur por lo que te hizo? ¿Es eso?

Avery mantiene su postura, inquebrantable, su mirada fija en la mía con una intensidad que casi me hace retroceder.

—Solo afilo mis dientes —responde, su voz baja, teñida de un peligro sutil—. Prefiero morder a ser mordido.

Sus palabras cuelgan en el aire entre nosotros, un recordatorio escalofriante de la ferocidad que yace bajo su aparente control. No es solo venganza lo que motiva a Avery; es una cuestión de supervivencia, de nunca volver a ser vulnerable.

En ese momento, algo cambia, una tensión eléctrica se cierne, cargada de un deseo prohibido y palabras no dichas. A pesar de la frialdad de sus palabras, la proximidad entre nosotros arde con una intensidad que ni la más profunda de las enemistades podría enfriar.

La tensión en el aire es palpable, cargada de emociones encontradas. Sus ojos, tan azules como el cielo después de una tormenta, se clavan en los míos.

Una sonrisa sensual se dibuja en sus labios, una sonrisa que no he visto antes, una que me hace sentir vulnerable y excitada al mismo tiempo.

Comienza a recitar versos de mi poema, su voz profunda y ronca enviando escalofríos por mi cuerpo:

«He imaginado tus manos sobre mí,
dibujando senderos de fuego en mi piel.
He sentido el roce de tus labios en los míos,
consumiéndonos en un beso, intenso, eterno.
He soñado con tu cuerpo junto al mío,
entregados a un baile de pasión sin fin.

No puedo escapar de este deseo que me consume,
una ola de calor que recorre mi cuerpo.
Anhelo sentir tu fuerza sobre mí,
ser sometida a la intensidad de tu ser.

Quiero perderme en el abismo de tus ojos,
ahogarme en la profundidad de tu mirada.
Quiero saborear la miel de tus labios,
fundirme en el fuego de tu beso.

Quiero ser completamente tuya,
entregarme a ti sin reservas en cuerpo y alma
Quiero que me lleves a un mundo de placer,
donde la pasión sea la única ley».

Su mirada recorre mi cuerpo, deteniéndose en mis labios, en mis pechos, en mis caderas. Sus palabras son como un fuego que consume mis inhibiciones.

—He leído tus escritos, Kenna. He sentido la pasión que escondes en tu interior.

Se acerca a mí, su aroma masculino envolviéndome. Su mano roza mi mejilla, acariciando mi piel con una suavidad inesperada.

—¿Lo sabes de memoria?

—Los he leído mil veces, Kenna. Leer tus versos se volvió... entretenido, y más tarde tus poemas se hicieron más atrevidos y... yo imaginaba lo que sería hacerte mía, poseerte en cuerpo y alma.

Su confesión me sacude.

Se acerca aún más, sus labios a punto de rozar los míos. La tensión es casi insoportable, me hace temblar.

—No te resignes a una vida sin pasión. Elige la libertad, elige el deseo. Elígeme a mí.

Su voz es un susurro en mi oído, una súplica que me hace temblar. Mi corazón late con fuerza, indeciso entre la razón y el deseo.

En ese momento, un ruido lejano nos distrae. Un carruaje se aproxima por el camino.

Avery se aleja de mí, la mirada llena de frustración y deseo.

—No es el momento —dice con voz áspera—, pero continuaremos esta conversación más tarde.

Me mira una última vez, sus ojos llenos de una intensidad que me deja sin aliento. Luego, se da la vuelta y toma las riendas de nuevo.

Los caballos reanudan la marcha, y yo me quedo, con el corazón palpitando y la mente en un torbellino de emociones.

«¿Tentada? Eso sería subestimar el revuelo que Avery ha desatado dentro de mí. Más bien, me siento como si estuviera en medio de un huracán, con la única diferencia de que, en este caso, el huracán tiene un par de ojos intensos y una sonrisa que podría hacer que incluso la más devota de las monjas reconsiderara sus votos».

Deseo a Avery, pero sería más sencillo enumerar las razones por las cuales la señorita Bennet encontraría al señor Darcy tolerable a primera vista.

«Elígeme a mí» dice.

Como si no hubiera estado haciendo precisamente eso en cada página de mis poemas, en cada latido acelerado de mi corazón. Como si pudiera elegir no hacerlo.

Pero ¿qué hago con este deseo? ¿Lo enmarco y lo cuelgo en la pared de mis decisiones no tomadas? ¿O lo persigo como un ratón juega con el queso de una trampa sabiendo que puede ser su perdición?

Y ahí va él, sobre el pescante sacudiendo las riendas como si fuera el héroe de una de las novelas de la señora Radcliffe, si es que dicho héroe fuera realmente complicado y tuviese un talento excepcional para el sarcasmo y el arte de desestabilizar mi equilibrio emocional con solo unas palabras.

«¿A quién intento engañar?».

En lo más profundo de mí ser, ya he tomado mi decisión. Avery ha despertado algo, un fuego que se niega a extinguirse... Él, con su mezcla de misterio, deseo y frustración, es la llama más tentadora de todas.

Avery, oh, Avery, has logrado lo imposible: has hecho que desee lo inalcanzable, que sueñe con lo improbable.

«¿Quién podría atreverse a juzgarme por ser débil?».

Capítulo 16



Cuando Avery y yo alcanzamos la Torre Awe, nuestra llegada no pasa desapercibida. Allí, plantado en la entrada como si fuera el guardián de algún secreto ancestral, se encuentra Bramwell, mi hermanastro.

Hijo de Fenella, es dos años más joven que yo y, con toda justicia, puede ser descrito como un grano en el culo.

Su presencia, de forma habitual acompañada de una sonrisa petulante y una actitud que desafía constantemente los límites de la paciencia, es la última cosa que deseo enfrentar después

de un viaje tan tenso y revelador.

Bramwell nos recibe con una sonrisa amplia, demasiado amplia, que no llega a sus ojos.

—Vaya, vaya, si no es la desaparecida Kenna y su... ¿caballero acompañante? —Su tono es insoportablemente condescendiente, y el modo en que arrastra las palabras "caballero acompañante" es suficiente para hacerme rodar los ojos hacia el cielo.

Suspiro, preparándome para manejar la última complicación en un día ya de por sí complicado. —Bramwell —lo saludo, mi voz teñida de una paciencia forzada—. ¿A qué debemos el... placer de tu compañía?

—Oh, simplemente me aseguraba de que todo está bien por aquí, querida hermana. Parece que has encontrado una... interesante compañía. —Bramwell lanza una mirada evaluadora a Avery, su curiosidad apenas velada por la cortesía fingida—. ¿Habéis viajado solos?

Avery mide a Bramwell con una mirada fría y calculadora.

—Mi labor ha sido garantizar la seguridad de la señorita MacIntyre —responde, y en su voz hay ecos de bosques inexplorados y sombríos, llenos de secretos y peligros.

—¿Eres uno de los nuevos esclavos de Russell? ¿No te habías fugado?

Bramwell suelta la pregunta con una falta de tacto que me hace hervir la sangre.

—El teniente Harwood no es un esclavo, Bramwell. Te agradecería que moderaras tu lenguaje —le recrimino, incapaz de contener mi indignación.

Él, sin embargo, parece disfrutar del desconcierto que sus palabras provocan. Se acerca demasiado, reduciendo el espacio personal a un susurro.

—Solo me preocupo por tu bienestar, hermana.

—Realmente no necesitas acercarte tanto para hablar. Mantén la distancia, por favor —le digo, retrocediendo, instintivamente.

La sonrisa astuta que juega en sus labios mientras recalcitra ligeramente no me pasa desapercibida.

—Como desees. Solo es que es difícil no notar lo bien que siempre hueles, especialmente si sigues escondiéndote entre las rosas para leer.

Me pregunto cómo un día que ya era lo suficientemente difícil ha encontrado la forma de volverse aún más complejo.

Bramwell, sin disminuir su actitud provocadora, vuelve su atención hacia Avery, su sonrisa astuta se ensancha con malicia.

—Realmente, no hace falta que permanezcas aquí, cuidando de ella. Puedes irte, a menos

que quieras terminar como tu compañero, el amigo de los perros. —Su tono, cargado de ironía, hace referencia al trágico destino de Ray, y el comentario se siente como una puñalada, tanto por su crueldad como por la insensibilidad.

Avery, cuyo rostro hasta ahora había sido una máscara de indiferencia fría, endurece su mirada. Aunque su expresión no cambia drásticamente, hay una tensión en su mandíbula, un brillo peligroso en sus ojos que no estaba allí antes.

—Mis obligaciones con la señorita acabarán solo cuando ella me lo indique —responde con un tono que corta como el acero.

—No sé qué podrías tener pendiente, pero te aseguro, no es nada que no pueda manejar yo mismo —replica Bramwell, claramente disfrutando del juego de poder que está intentando ganar—. Después de todo, ¿quién mejor para cuidar de Kenna que su propia familia?

La palabra "familia" en boca de Bramwell suena hueca, casi burlona, y me pregunto cómo hemos llegado a este punto, en el que la presencia de Avery, un hombre que he conocido por circunstancias extraordinarias, me ofrece más seguridad y entendimiento que la de mi propio hermanastro.

—Creo que la señorita MacIntyre puede hablar por sí misma —interviene Avery, mirándome directamente, como buscando una confirmación de mis propios deseos.

—De hecho, puedo —reafirmo, mi voz resuena con una claridad que sorprende incluso a mí misma—. El señor Harwood es libre ahora de hacer lo que considere necesario. Puede ir a descansar o tomarse el tiempo que necesite. Yo haré lo mismo. —Mis palabras no solo marcan una distinción entre lo que se espera de mí y lo que elijo, sino también una afirmación de independencia, una línea que ni Bramwell ni las convenciones de nuestra sociedad pueden cruzar sin mi permiso.

Bramwell parece momentáneamente descolocado por mi firmeza, a la que no está acostumbrado, pero recupera rápidamente su compostura, su sonrisa petulante vuelve a jugar en sus labios.

—Mi madre quiere verte. Está ansiosa por saber cómo te ha ido con Arthur —dice, su tono insinuando que hay mucho más detrás de la solicitud de Fenella que un mero interés materno.

La mención de mi madrastra trae consigo un remolino de emociones conflictivas. La expectativa de Fenella, siempre aguda, siempre calculadora, me recuerda que el juego de poder en la Torre Awe es un tablero de ajedrez en el que cada movimiento, cada decisión, tiene repercusiones.

—Le diré que he llegado —respondo, manteniendo la compostura—. Pero primero, me tomaré un momento para mí. Este viaje... ha sido largo y revelador. Nos veremos más tarde —concluyo, dirigiéndome hacia la imponente puerta de la Torre Awe, sintiendo los ojos de Bramwell clavados en mi espalda.

Pero algo ha cambiado; aunque su escrutinio una vez me hubiera hecho dudar de mí misma,

ahora solo refuerza mi determinación de seguir mi propio camino.

Mientras subo las escaleras hacia mi habitación, no puedo evitar reflexionar sobre las complejidades de la familia, el deseo y la libertad.

Este encuentro con Bramwell no ha sido más que un preludio de las pruebas que seguramente vendrán, y me pregunto si tendré la fortaleza para enfrentarlas, para redefinir mi lugar en este mundo en mis propios términos.

Por ahora, sin embargo, todo lo que quiero es un momento de paz, un breve respiro antes de enfrentar las expectativas de Fenella y las complicaciones que seguramente traerá nuestra conversación.



Decido no entregarme al cansancio ni a la frustración que amenaza con apoderarse de mí. La necesidad de explorar, de descubrir los secretos ocultos dentro de la Torre Awe, es más fuerte.

Con una determinación renovada, me dirijo hacia el pasadizo secreto que Avery y yo descubrimos juntos, aquel que alberga la entrada a la habitación secreta donde, donde pude tener un ligero atisbo del libro negro de Glen Noe, esa pieza de nuestra historia que ha estado perdida durante siglos.

El último en tenerlo en sus manos fue el capitán Duncan MacIntyre en 1745, justo antes de que desapareciera en el caos de las rebeliones jacobitas.

La idea de que ese libro, un objeto tan cargado de historia y misterio, pueda estar al alcance de mi mano, me llena de una emoción casi sobrenatural.

Siguiendo las instrucciones del ajedrez encuentro nuevamente la entrada oculta.

La habitación me recibe con su aire viciado lleno del olor a papel antiguo y tinta, un aroma que a cualquier otra persona podría resultarle abrumador, pero para mí es el perfume más exquisito, el olor de los secretos y las historias olvidadas.

Me muevo con la luz de una vela entre los manuscritos y papeles antiguos, buscando con voracidad el libro que podría cambiarlo todo.

Mis dedos acarician los lomos de los libros con reverencia, cada uno un tesoro de conocimiento y poder que espera ser descubierto.

Y entonces, lo encuentro ahí donde lo dejé.

Su cubierta es más oscura que una noche sin luna, y al tocarla, siento una conexión, como si

el libro me reconociera y me invitara a explorar sus secretos.

Con el corazón en la garganta, abro el libro con cuidado. Las páginas crujen bajo mis dedos, cada una revelando conocimientos ocultos durante generaciones y me sumerjo en la historia de mi clan.

Descubro cómo los MacGregor, una vez custodios del castillo de Kilchurn, fueron desplazados por los Campbell, y cómo los MacIntyre descienden del bardo a quien William, decimotercero de Mackintosh, tomó bajo su protección en 1496.

El libro habla de ceremonias antiguas realizadas en la sombra de Ben Cruachan, cerca de una gran roca partida, un lugar de reunión para los MacIntyre donde se rendía homenaje a la tutela y protección que el color blanco simbolizaba para nuestro clan.

La conexión de nuestro clan con la naturaleza, la tierra, y los antiguos poderes que la habitan, se revela en cada línea del libro.

Estas historias, entrelazadas con leyendas de espectros y antiguos pactos, me hace sentir una conexión profunda con mi herencia, una sensación de pertenencia a esta tierra y a su historia que nunca antes había experimentado.

Y entonces me detengo en la mención de las minas, un lugar que fue refugio de muchos MacIntyre e incluso otros clanes en épocas tumultuosas y llenas de rencillas.

Sin embargo, la ubicación exacta se me escapa, oculta detrás de enigmas y símbolos que no alcanzo a descifrar.

Mi decepción es palpable, pero mi determinación no flaquea. Si las minas existen, entonces debe haber una manera de encontrarlas.

De repente, una necesidad de aire fresco me invade. Dejo el libro a un lado y me dirijo hacia el pasadizo que sé que conduce al lago, buscando un momento de paz para ordenar mis pensamientos. Al salir, el atardecer me recibe con sus últimos rayos de sol, y el lago brilla con un esplendor tranquilo.

Y ahí, saliendo del agua, lo veo a él, completamente desnudo.

En este instante, Avery parece un dios griego emergiendo de las aguas. Su cuerpo, esculpido por el trabajo duro y la vida al aire libre, irradia una energía vibrante que cautiva la mirada. Es una imagen que despierta la imaginación y enciende los sentidos, una prueba de belleza masculina que se graba en la memoria.

La visión me roba el aliento, y por un momento, todo lo demás desaparece, dejándonos solo a él y a mí en este instante suspendido en el tiempo.

Sus ojos se encuentran con los míos, y un escalofrío recorre mi cuerpo. No es solo la desnudez de Avery lo que me deja sin aliento, es la intensidad de su mirada, la mezcla de desafío y deseo que arde en sus ojos color zafiro.

Su cuerpo, brilla con las últimas gotas de agua del lago. Sus músculos se tensan mientras camina hacia mí con paso lento y deliberado, cada movimiento lleno de una gracia salvaje.

Su piel, bronceada por el sol, es tersa y suave, y puedo imaginar la textura bajo mis dedos. Sus hombros anchos y pecho musculoso dan paso a una cintura estrecha y unas caderas firmes. Sus piernas largas y fuertes parecen de piedra y cada paso que da le acerca más a mí.

No puedo evitar que mi mirada recorra cada pulgada de él. Mis ojos bajan por su abdomen, siguiendo la línea definida de su ombligo hasta la línea púbica, donde un vello oscuro y rizado enmarca su sexo.

Su miembro se balancea ligeramente con su movimiento de forma descarada.

Su cabeza está coronada por un glande que pese a estar cubierto de piel, se adivina más prominente y sobresaliente que el resto sobre esas dos esferas perfectas que cuelgan tersas y oscilantes entre sus muslos al ritmo de sus pasos.

Sé que me está observando, que sus ojos están clavados en los míos, y una ola de calor me recorre el cuerpo.

Esta es la primera vez, «la segunda», que mis ojos ven algo tan increíblemente hermoso tan cerca, tan al alcance de mi mano.

Llega frente a mí, y su mirada se posa en mis labios abiertos por la sorpresa. Una sonrisa ladeada se dibuja en su rostro, una sonrisa que es a la vez traviesa y seductora.

Su voz, profunda y ronca, me envuelve como una caricia.

—Si deseas mirar más de cerca —dice su voz profunda, ronca por el agua—, solo tienes que pedírmelo.

Trago saliva, incapaz de apartar la vista de sus ojos. Su mirada se intensifica, y un cosquilleo recorre mi vientre.

—También puedes tocar —añade, con una sonrisa que me hace perder el aliento.

Mis dedos hormiguean con la necesidad de rozar su piel, de sentir la textura de su cuerpo bajo mis manos. La tentación es casi irresistible, Quiero tocarlo, quiero sentirlo bajo mis manos, quiero recorrer su cuerpo con mis dedos.

—Kenna —susurra, su voz apenas un suspiro—. ¿Quieres? Podrás hacerlo sin que te pida nada a cambio.

Su mano se extiende hacia mí, rozando mi mejilla con una suavidad inesperada.

—¿Sería ese un trato razonable? —consigo balbucear.

—Ah, claro, la Kenna defensora de la justicia y la ecuanimidad. ¿Quieres que formalicemos

las disposiciones? ¿Qué redactemos un contrato equitativo?

—¿Un contrato? —pregunto, mi voz apenas un susurro—. ¿Un contrato para… esto?

Su mirada se intensifica, sus ojos azules brillan con una luz que me atrapa.

—Para esto, y para más —responde, su voz ronca y sensual—. Un acuerdo donde el placer sea mutuo, donde la exploración no tenga límites.

Trago saliva, luchando contra la timidez que me invade. La idea de formalizar un contrato para algo tan íntimo me parece a la vez excitante y aterradora.

—¿Y qué implicaría? —pregunto, con la voz temblorosa.

Su mano se desliza por mi mejilla hasta llegar a mi cuello, donde sus dedos rozan mi piel con una suavidad que me hace estremecer, rodeándolo mientras su pulgar se mueve arriba y abajo por mi clavícula.

—Implicaría que tú puedes empezar, tocarme, acariciarme, hacerme lo que quieras —susurra—. Y yo, a cambio, tendré el derecho de hacer lo mismo contigo. En la misma medida, en el mismo lugar. Un juego de espejos.

Su mirada se clava en la mía, y una ola de calor me recorre el cuerpo. Imagino sus manos sobre mí, explorando cada centímetro de mi piel, recorriendo mis curvas, despertando sensaciones que nunca antes he experimentado.

—¿Y si… si me arrepiento? —murmuro, con la voz apenas audible.

Su sonrisa se ensancha, una sonrisa traviesa que me hace perder el aliento.

—Sin ataduras, sin obligaciones. Solo la libertad de explorar nuestros deseos hasta donde ambos queramos. Cualquier cosa que deseemos, cualquier fantasía que anhelemos explorar, será posible dentro de los confines de nuestro acuerdo.

Trago saliva, luchando contra la oleada de calor que me invade. La idea de tener el control sobre su cuerpo, de explorar cada centímetro de su piel con mis manos, me excita de una manera que nunca antes había experimentado.

—Confía en mí, Kenna —dice, su voz suave y tranquilizadora—. Podrás detenerme cuando quieras. Juntos exploraremos nuestros límites, descubriremos nuevos placeres, y crearemos una experiencia única e irrepetible.

Respiro hondo, luchando contra las dudas que aún me atormentan. La mirada de Avery, llena de intensidad y deseo, me atrapa y me seduce.

Mi mirada se desliza por su pecho, admirando la forma en que sus pectorales se elevan con cada respiración. Sus pezones, pequeños y oscuros, se erizan bajo la brisa fresca que se mueve a nuestro alrededor.

Un cosquilleo recorre mi vientre al imaginar mis dedos acariciando su piel, rozando esos puntos sensibles hasta que jadee de placer.

Y entonces mis ojos bajan de nuevo a su abdomen plano y marcado y allí algo ha cambiado significativamente. Su sexo ahora duro y palpitante, se alza desafiante.

Es un detalle tan íntimo y revelador que me roba el aliento. Allí, ante mi vista inexperta, descubro una manifestación de su virilidad, tan imponente y desafiante que me deja sin palabras. Es una visión que, por su naturaleza y tamaño, despierta en mí una mezcla de asombro y una inquietante conciencia de mi propia inocencia.

En ese instante, la realidad de su masculinidad, en toda su cruda y palpable verdad, se impone ante mí, ofreciendo una lección silenciosa sobre el deseo.

Pero es al elevar mi mirada una vez más hacia su rostro donde encuentro la verdadera revelación: sus ojos, profundos y luminosos a la vez, me envuelven en una intensidad que corta la respiración, comunicando un deseo, una expectativa y una vulnerabilidad que me llega hasta el alma.

En ese instante, lo sé. Lo que siento es real, una conexión profunda e irresistible. Mi cuerpo anhela el suyo, y no hay nada que pueda hacer para evitarlo. La rendición es inevitable, y la entrega a la pasión, un destino ineludible.

Lentamente, extiendo mi mano, rozando la piel de su pecho con la yema de mis dedos.

Su cuerpo se tensa ligeramente ante mi contacto, y una sonrisa traviesa se dibuja en sus labios.

Mientras doy la vuelta alrededor de él, mis dedos trazan un viaje exploratorio sobre su piel, iniciando por los hombros donde cada músculo se tensa bajo mi toque ligero.

Las venas de sus antebrazos, marcadas y prominentes, hablan de su fuerza y resistencia. Al alcanzar su espalda, encuentro las cicatrices de un castigo injusto, líneas que se entrecruzan y brillan sutilmente bajo el plateado resplandor lunar, testimonios silenciosos de dolor y supervivencia.

Y a pesar de las contusiones moradas, también vestigios de la crueldad de Arthur, su postura no flaquea; se mantiene erguido y firme, como desafiando cualquier intento de doblegar su espíritu.

Continúo mi contemplación, y mis manos, guiadas por una mezcla de temor y fascinación, descienden hasta encontrar la curvatura de sus nalgas.

Son dos esferas perfectas, redondas y firmes, que se ajustan con precisión a la palma de mis manos.

Es un descubrimiento que me llena de una sensación desconocida, un terreno no mapeado

que mis dedos recorren con reverencia y una curiosidad cautelosa.

Cada contacto es un diálogo silencioso entre su cuerpo y el mío, una conversación de piel a piel que se desarrolla en el tranquilo santuario de la noche, iluminados solo por la luna y las estrellas que, testigos silenciosos, guardan los secretos de este momento etéreo.

Con una delicadeza casi reverencial, mis dedos trazan el contorno de su garganta, palpando la prominencia de su nuez de Adán que se mueve suavemente con cada trago de saliva. Es un gesto íntimo, un reconocimiento de su vulnerabilidad y fuerza a la vez.

Mis caricias descienden, delineando la elegante estructura de sus clavículas, esos puentes óseos que se tensan bajo su piel bronceada. Los huecos sombreados bajo ellas, marcados por la luz de la luna, me invitan a explorar las cavidades y contornos que definen su físico. Cada toque es una conversación silenciosa, un aprendizaje de la geografía personal y única que es Avery, revelada bajo el tacto tentativo de mis dedos.

Y luego desciendo por su abdomen, sigo la línea de vello de su vientre bajo su ombligo y toco la piel de su sexo, tersa y sensible, me recuerda la textura de sus labios cuando los besé por primera vez, la forma en que se hinchaban y se separaban bajo la presión de mi lengua.

Una erección masculina es un espectáculo de la naturaleza, una transformación que desafía la lógica y la razón.

Un miembro flácido, dócil y cotidiano, se convierte en un mástil erguido, palpitante y orgulloso. La piel se tensa, las venas se marcan como ríos de lava bajo la superficie, y la cabeza se corona como una perla sensible y vibrante.

Un jadeo ahogado escapa de sus labios, un sonido ronco y gutural que vibra en mi pecho. Es un gemido involuntario, nacido de la pura necesidad, del placer crudo que recorre su cuerpo. Sus ojos se cierran con fuerza, las pestañas oscuras revoloteando contra la piel de su rostro.

Su cabeza se echa hacia atrás, exponiendo su garganta vulnerable, mientras su cuerpo se arquea hacia mí, buscando más, anhelando más.

Es un sonido que me invita, que me seduce. Me hace querer acercarme, lamer sus labios entreabiertos, saborear ese jadeo que huele a deseo y a entrega.

Quiero recorrer su cuerpo con mis manos, explorar cada pulgada de su piel, descubrir todos sus secretos.

Su jadeo es una súplica, una súplica de más. Más caricias, más pasión. Es un sonido que me llena de poder, que me hace sentir irresistible. Quiero darle lo que necesita, quiero que se pierda en el placer hasta que no pueda distinguir entre el cielo y la tierra.

Trazo su longitud con una delicadeza que contrasta con el palpitar frenético de mi corazón. La piel bajo mi tacto es suave, cálida, invitándome a explorar más. La deslizo sin esfuerzo bajo la exploración de mis dedos. Sin embargo, debajo de esa suavidad, se encuentra una dureza ineludible .

Un despliegue de virilidad y masculinidad muy por encima de lo que había imaginado.

Mis yemas se aventuran luego hacia abajo, a ese espacio entre sus muslos, a su parte más blanda y vulnerable.

Él respira hondo y observa, su rostro una máscara de estoicismo que apenas disimula el torbellino de sensaciones que nuestro contacto despierta.

Mientras mis dedos exploran la textura suave, casi invitando a un apretón gentil de esas bolas. Las manejo entre mis manos, las subo impresionada por la forma en que se mueven y luego regresan lentamente a su posición original.

Es una sensación extrañamente terapéutica, presionarlas suavemente, sentir cómo se adaptan a mi toque, su esponjosidad cómo se balancean y ajustan en mis manos. Me fascinan, ofreciendo un momento de distracción pura en medio de la complejidad de nuestras circunstancias.

En un gesto de guía silenciosa, Avery envuelve su mano alrededor de la mía, instándome a rodear su sexo con mis dedos. Su piel contra la mía, contrastes de fuerza y suavidad, crea una conexión que trasciende el mero contacto físico.

Me enseña, con una paciencia que roza lo sensual, cómo mover mis dedos, cómo subirlos y bajarlos sobre él y deslizar la piel de su sexo hacia atrás dejando al descubierto su punta reluciente y más oscura.

En ese momento, no somos solo dos seres buscando consuelo en el tacto, sino dos almas aprendiendo el lenguaje silencioso del deseo y la conexión.

Avery, con su guía, no solo me muestra cómo explorar la textura de su piel, sino que me invita a adentrarme en las profundidades de su ser, a conocerlo más allá de las palabras.

Gime un sonido suave pero cargado de emoción, que se cuela en el silencio que nos rodea. Es un susurro de aire, una confesión involuntaria de la intensidad del momento.

Con un movimiento lento, casi reverencial, inclina su cabeza hacia mi hombro, buscando un refugio, un anclaje en la tormenta de sensaciones que lo embarga. Su respiración caliente roza mi piel, enviando escalofríos que se multiplican, resonando con cada latido de mi corazón.

Al apoyarse en mí, siento la tensión en su cuerpo, un arco listo para ser lanzado, una energía contenida que vibra entre nosotros. Es una tensión que habla de necesidad, de deseo reprimido, una señal palpable de su lucha interna entre mantener el control y rendirse al torbellino de emociones que ambos estamos experimentando.

Un gruñido gutural brota de lo más profundo de su ser, mientras su cuerpo se estremece, una ola de placer recorriéndolo de pies a cabeza. Sus músculos se contraen y se relajan en un ritmo involuntario, como si bailaran al son de una melodía interna. Su mano libre se aferra a mi espalda con una intensidad repentina, buscando un asidero en medio del torrente que lo consume

mientras la otra no deja de guiarme sobre él cada vez más deprisa y de forma más profunda, luego me suelta y deja que sea yo la continue sola mientras él me sujeta por la nuca contra él.

Las contracciones se intensifican, cada una más poderosa que la anterior. Su cuerpo se arquea hacia mí, buscando un contacto aún más profundo. Un último y poderoso temblor lo recorre, seguido por un suspiro tembloroso que indica el final de la tormenta.

Un chorro de crema blanca sale disparado. Mi mano queda empapada, cubierta por una capa uniforme de ella. Un aroma dulce y persistente impregna mi piel, recordándome la experiencia sensorial que estoy viviendo.

Observo la mancha blanca fascinada. Muevo los dedos lentamente, explorando la cremosa masa, deleitándome en su suave caricia mientras se pega entre ellos.

Avery se queda apoyado en mí durante unos minutos, respirando con dificultad, recuperando el aliento y la compostura. Su cuerpo aún está tenso, pero ahora es una tensión de satisfacción, de plenitud.

Finalmente, abre los ojos y me mira con una intensidad que me deja sin aliento.

—Quiero más —dejo escapar sin poder contenerme.

Eso le hace esbozar una sonrisa ladeada de depredador donde sus caninos le dan un aspecto más amenazante aún.

—Me toca a mí —murmura, su voz apenas un susurro. Sus ojos se desvían de los míos, explorando el vasto lienzo del lago ahora sumido en penumbras bajo el manto de la luna—. Pero no aquí y ahora.

Él vuelve a mirarme, y en sus ojos encuentro un mar de preguntas sin respuesta.

Asiento, todavía aturdida por la experiencia.

Su semen se ha deslizado por mi mano, dejando un rastro de humedad y deseo.

Bajo la mirada y me encuentro con su sexo perdiendo firmeza sin llegar a su flacidez original.

No llego a entender bien del todo lo que ha pasado. Solo sé que ha sido increíble, revelador y muy estimulante.

—Deberías irte ahora —me sugiere ladeando la cabeza para observar alrededor como si detectara algo—. Te buscaré, Kenna.

Asiento, todavía aturdida por la rapidez con que los acontecimientos se han desarrollado. Un torrente de emociones me invade: deseo, sorpresa, incertidumbre. Mi corazón palpita con fuerza en mi pecho, y un rubor se extiende por mis mejillas.

Me muerdo el labio, indecisa. Una parte de mí quiere correr a mi habitación y encerrarme

bajo llave, aterrorizada por lo que pueda suceder. La otra parte, la más salvaje y apasionada, anhela con fervor la continuación de este encuentro inesperado.

Capítulo 17



Después del intenso intercambio de emociones junto al lago, Avery siente la urgencia imperiosa de sumergirse nuevamente en sus aguas frías. La decisión no es solo por el deseo de limpieza física, sino también como un intento de traer claridad a su mente, turbada por la reciente cercanía con Kenna.

El agua fría lo envuelve, ofreciendo un shock momentáneo que corta a través de la maraña de sus pensamientos. Es un acto de purificación, no solo de la piel sino del tumulto interior que se ha agitado dentro de él. Avery es consciente de la ironía de buscar la frialdad del lago para enfriar el calor que Kenna ha encendido en su interior, una batalla entre el deseo y la necesidad de mantenerse distante.

La curiosidad de Kenna, su inhibición tímida y su franca admiración, le generan un torbellino de emociones que rara vez permite aflorar. Se siente desafiado, no solo por sus propias barreras emocionales sino por la dificultad de mantener a raya la atracción que siente. Hay algo gratificante, casi revitalizante, en la manera en que ella lo desea, una prueba a su autocontrol que no esperaba enfrentar.

Avery sale del agua, sintiéndose renovado pero no completamente aliviado. La frescura del lago le ha dado, al menos, un semblante de calma exterior, una armadura contra la vulnerabilidad que Kenna ha empezado a desentrañar. A pesar de su fachada de indiferencia, la experiencia ha sido intensa y no puede negar el placer que le ha provocado.

Un placer que le perseguirá de día y de noche.



Al salir, se viste rápidamente y se dirige hacia donde espera encontrar a Thomas y a Jacob.

Al llegar a las cuadras, el olor a heno fresco y el sonido tranquilo de los caballos masticando llenan el aire. Thomas está allí, arreglando uno de los puestos, mientras que Jacob yace en un improvisado lecho de paja, recuperándose aún de la operación.

Avery se acerca a él, examinándolo con ojos expertos.

—¿Cómo te sientes? —pregunta, palpando suavemente el área donde realizó la incisión, asegurándose de que la curación vaya por buen camino.

Jacob, todavía pálido pero visiblemente mejor, asiente con debilidad.

—Mejor, gracias a ti —responde, su voz todavía un susurro.

Es entonces cuando, con una curiosidad sombría, rompe el silencio que sigue.

—¿Es cierto lo que ha dicho Douglas, que a Ray lo despedazaron los perros? —La pregunta cuelga en el aire, pesada y cargada de temor.

Avery se endereza, su expresión endureciéndose al recordar lo ocurrido.

—No siento lástima por él —responde con frialdad—. Fue violento con la señorita MacIntyre. Se ganó su destino.

Thomas, quien ha estado escuchando en silencio hasta ahora, levanta una ceja, su interés picado.

—¿Por qué ese interés por el bienestar de ella? ¿Eh? —Su tono es inquisitivo, casi burlón, pero hay una verdadera curiosidad detrás de sus palabras.

Avery le lanza una mirada aguda, pero se encoge de hombros con una indiferencia fingida.

—No es cuestión de interés. Es una cuestión de justicia y respeto. Le dije advertí que no se acercara a ella. Mi actitud no ha cambiado.

Thomas asiente, aunque no parece del todo convencido.

—Si tú lo dices —murmura, volviendo mientras mordisquea un pajita larga entre sus dientes.—. ¿Y cómo os ha ido? ¿Habéis podido llegaros a entender?

—Algo así —contenta Avery lacónico.

Thomas, sin perder su expresión juguetona, se burla ligeramente de Avery.

—¿Algo así dices? Vaya, nunca pensé que vería el día en que Avery «el estoico» se embrollaría en asuntos de faldas. Pensé que eras de madera y piedra, pero creo que me equivoqué. ¿Qué sigue? ¿Te vas a convertir en su mayor defensor?

Avery lanza una mirada que mezcla irritación y resignación hacia Thomas.

—Guarda tus comentarios, Thomas. No estoy de humor para tus burlas.

Jacob, que había estado observando el intercambio con interés, interviene con una sonrisa débil.

—Entre la señorita y Avery siempre habrá una lucha, un constante tira y afloja. Es el encanto de su... ¿cómo lo llamaríamos? ¿Relación?

—¿Relación? Eso es un término bastante generoso para lo que tienen —dice Thomas, aún mordisqueando la paja, su tono claramente divertido—. Parece más un baile entre dos personas que no pueden decidir si quieren pisarse los pies o realmente moverse al mismo ritmo.

Avery apenas disimula un gruñido.

—Vuestras opiniones sobre mi... interacción con la señorita MacIntyre no son necesarias —responde, aunque la conversación claramente le afecta más de lo que admite.

—Por cierto, se acercó un tipo preguntando por ti. Alguien que decía trabajar para un tal Balthair Chisholm. Pero tranquilo, no he soltado prenda ni te he delatado.

Avery se tensa, el nombre resonando con una nota de alarma.

—No tengo cuentas pendientes con ningún Balthair Chisholm. Debe estar equivocado —afirma, aunque la semilla de la duda ya está plantada.

—Quizás no lo recuerdes, Avery. Con todas tus aventuras, ¿quién puede llevar la cuenta? —bromea Jacob, intentando aligerar la atmósfera.

—O quizás es solo un malentendido, ¿no? A menos que hayas olvidado algún oscuro secreto de tu pasado —agrega Thomas, claramente disfrutando del momento.

Avery, sin embargo, no puede sacudirse la sensación de intranquilidad que la mención de Balthair Chisholm le provoca.



Todos se quedan en silencio al escuchar pasos que se acercan a las cuadras. Con un movimiento fluido, Avery se levanta y se dirige hacia un pequeño ventanuco para echar un vistazo al exterior. Su postura se tensa ligeramente al identificar a la figura que merodea en la oscuridad.

—Es ese tipo —murmura, volteándose hacia Thomas y Jacob—. Bramwell, el hijo de la señora MacIntyre. ¿Qué demonios hace aquí?

Thomas frunce el ceño, claramente intrigado.

—Lleva un rato merodeando por todos lados. Creí que te habrías cruzado con él, porque venía del lago poco antes que tú.

Esa información hace que Avery se ponga alerta de inmediato. La preocupación se dibuja en su rostro, recordando su reciente encuentro con Kenna

—Eso no es buena señal —comenta, más para sí mismo que para los demás.

Jacob, todavía recostado pero atento a la conversación, añade con un tono de preocupación:

—¿Crees que podría causarnos problemas? He notado una constante necesidad de impresionar a su madre.

—Y a su hermana. Es a ella a la que seguía desde el lago —suelta Thomas.

Avery se gira bruscamente hacia el hombre, la alarma evidente en su voz.

—¿Qué has dicho?

Thomas, consciente de haber captado por completo la atención de Avery, se encoge de hombros, pero su expresión es seria.

—Lo he visto, Avery. Bramwell seguía a Kenna desde el lago. No parecía casualidad. Más bien, como si tuviera algún motivo para espiar.

Avery se apoya contra la pared, soltando un suspiro profundo. Traga saliva, su nuez subiendo y bajando visiblemente por la tensión que lo embarga. La revelación de Thomas ha encendido una alarma en su interior, una preocupación profunda por la seguridad de Kenna. La

posibilidad de que Bramwell los haya espiado juntos podría exponerla a ella a represalias dentro de su propia familia y resulta bastante retorcido.

Avery siente en sus entrañas que la presencia de Bramwell en este lugar y momento no es casualidad. Deja caer la cabeza contra la pared, un gesto de frustración y conflicto interior.

Con un movimiento brusco, su puño golpea la muro, un desahogo físico de su tormento interno. Está dispuesto a todo por oírla gemir de nuevo. Sin embargo, la idea de ponerla en peligro es intolerable, un precio demasiado alto que no está dispuesto a pagar.

Avery sale con paso decidido hacia la puerta y se apoya contra el dintel, cruzándose de brazos, su figura imponiendo una barrera silenciosa en la entrada.

Bramwell está allí, como si de alguna manera supiera que este enfrentamiento era inevitable, como si el destino los hubiera colocado en este preciso momento para un duelo no pronunciado pero palpable.

—Señor MacIntyre —lo saluda Avery con una voz que no denota sorpresa, sino una calma cargada de advertencia.

Él lo mira, una sonrisa engreída asomándose en sus labios,

—Oh, nunca tomé el apellido de mi padrastro. Soy un Kerr —responde con un tono que intenta ser despreocupado, pero la tensión entre ellos es tan densa que podría cortarse con un cuchillo.

Avery mantiene su postura, analizando al joven frente a él.

—Parece que ha estado ocupado esta noche, señor Kerr —comenta, su voz baja, cada palabra medida.

Bramwell se encoge de hombros, tratando de mantener su fachada de indiferencia.

—La Torre Awe siempre es un lugar interesante para dar un paseo nocturno —dice, intentando desviar la conversación. Sin embargo, sus ojos revelan una curiosidad mal disimulada, una necesidad de sondear, de descubrir.

—Si busca entretenimiento, hay mejores maneras que espiar a las personas —advierte Avery, su tono firme, dejando claro que está al tanto de las acciones de Bramwell.

Un destello de desafío cruza la mirada del hombre.

—Quizás solo me preocupe por el bienestar de mi hermana. Después de todo, es mi familia.

—Acaba de decir que es un Kerr, no un MacIntyre —le recuerda Avery.

—Y eso hace todo más interesante ¿no cree? Sobre todo porque desconocía los talentos que oculta Kenna. Siempre la he tenido por un mojigata.

La ira de Avery se enciende como una llamarada ante las palabras de Bramwell. Sus ojos se entrecierran fulminándolo con una mirada gélida.

—Claro que ese toque de ingenuidad también resulta sugestivo. Creía que eras el entretenimiento de mi madre, pero has sido más listo de lo previsto. Tienes razón al creer que Kenna tiene más influencia aquí de lo que parece y es más maleable ¿verdad? Uno tiene la sensación de poner moldearla a su gusto entre sus manos, pero… creo que en tu caso ha sido al revés.

Avery, consciente de su posición como siervo encara la situación con una frialdad calculada, asegurándose de no revelar demasiado ni dejar que su ira tome el control.

Su entrenamiento y experiencia lo han preparado para manejar situaciones delicadas, y aunque la provocación de Bramwell enciende una llama de furia en su interior, sabe que debe responder con inteligencia y no con impulsividad.

—Pero no temas, me importa muy poco lo que hagáis —continúa Bramwell al no obtener ninguna reacción por parte de Avery—. Mi única aspiración es que se case con Campbell y nos saque a todos de esta inmundicia, aunque… me ha agradado mirar. Podéis contar conmigo si os gustan esa clase de estímulos.

—No, gracias —le responde frunciendo el ceño, con un tono tajante.

La sonrisa de Bramwell se vuelve lasciva.

—Lástima. A Arthur sí que le atrae ser observado. En realidad, le gustan ciertas experiencias bastante peculiares.

La mirada de Avery se oscurece como una tormenta en ciernes, sus labios se aprietan en una línea tensa

—¿Qué quiere decir?

— Campbell no es como la mayoría de los hombres. Le gusta la sensación de poder, dominar, incluso... humillar. —Su voz baja a un susurro, cargado de malicia—. Creo que has estado en sus calabozos. Supongo que pudiste ver parte de sus escenarios, las cadenas que atan la voluntad, los látigos que laceran la carne, el potro que doblega el cuerpo… Dicen que se le fue la mano con su mujer y por eso ella perdió su aliento. —Su mirada se clava en Avery como un aguijón, buscando una reacción.

Los puños de Avery se aprietan hasta que las venas parecen a punto de estallar.

—Creo que ya he escuchado suficiente.

Bramwell se encoge de hombros con indiferencia, una sonrisa burlona se dibuja en sus labios.

—Como quieras.

Avery hierve de furia, sus ojos fulminan a Bramwell con un odio visceral. La imagen de las mazmorras de Campbell ahora lo atormenta, las palabras de Bramwell resuenan en su mente como un eco macabro.

Él, por otro lado, se deleita con la incomodidad de Avery, su mirada brilla con una crueldad sádica.



Cuando Avery regresa al interior tras el tenso encuentro, se encuentra con las miradas expectantes de Thomas y Jacob.

Es evidente por sus expresiones que han oído toda la conversación. El silencio que los rodea habla por sí solo, cargado de preguntas no formuladas y una curiosidad palpable, que busca respuestas que él mismo no tiene.

Avery sostiene sus miradas, dejando escapar un suspiro tenue, un gesto de resignación ante lo inevitable, sabe que ciertas confrontaciones son ineludibles.

Jacob rompe el silencio primero.

—Y aquí estábamos nosotros, pensando que tu única preocupación era mantenernos a todos fuera de problemas y resulta que tú… y ella…

Apoyando su espalda contra una viga robusta, Avery encara el peso de la conversación. Su postura, aunque rígida, es la de un hombre acostumbrado a soportar la presión.

—Estoy intentando manejarlo de la mejor manera posible —admite con una voz baja y firme.

—Espero que seas listo y solo se trate de un simple desahogo. Ella no es para ti —le advierte Thomas con severidad.

—Lo sé —responde, con un tono más firme clavando su mirada en el suelo—. Y no pasará de eso.

—¿Y qué pasa con ella? —presiona Thomas—. ¿También es así para ella?

—Será la esposa de Arthur Campbell, una duquesa con el tiempo, y se irá a vivir a su castillo —responde Avery con voz queda, llena de amargura—. Y de paso tratará de procurarnos la libertad a los tres.

Un silencio sepulcral se apodera de la habitación. Thomas y Jacob procesan la información, sus rostros sombríos bajo la tenue luz de las velas.

—Pero ese tipo… —empieza a decir Jacob, con un tono de repugnancia en su voz.

Un escalofrío recorre la espalda de Avery.

—Es un sádico —completa, su mirada sombría como la noche—. Lo he vivido en primera persona. Disfruta de los golpes y el sometimiento.

Un silencio aún más profundo se adueña de la habitación. La máscara de hielo que Avery se esfuerza en mantener se agrieta aún más, dejando al descubierto la vulnerabilidad que intenta ocultar.

Thomas se acerca a él y le coloca una mano en el hombro.

—Espero que sepas lo que estás haciendo. —Avery se gira hacia Thomas, sus ojos llenos de una mezcla de tristeza y determinación—. Si esa es la decisión de ella, no le debes nada —le dice con voz grave.

Se queda en silencio, buscando las palabras adecuadas. Su mente es un torbellino de emociones: deseo, dolor, ira, resignación.

—¿Qué te hace pensar que no soy yo el que la estoy utilizando en mi beneficio?

—Mírate a los ojos —le dice Thomas, su mirada penetrante taladrando el alma de Avery—. Mírate en el espejo. Y verás lo que yo veo. A un hombre que ha pasado por demasiado, que ha sido tratado como un animal. Pero también a un hombre que valora el honor y la justicia por encima de todo. Un hombre honesto al que aún le queda fuerza para seguir adelante, para luchar por una vida mejor y preocuparse por los demás, pero… las mujeres… son armas de doble filo —continúa Thomas—. Con ellas se puede construir algo hermoso o te empujan a la autodestrucción.

Avery traga saliva, sintiendo el peso de las palabras de Thomas en su alma. Sabe que tiene razón. El deseo lo ha convertido en un hombre vulnerable, lo ha hecho susceptible al dolor.

Pero también es lo único que lo impulsa ahora mismo. La esperanza de una vida mejor, de un futuro libre y de una mujer que pueda ser suya, aunque solo sea por un tiempo.

—Ya no puedo evitarlo —dice Avery, con un tono de desafío en su voz, irguiéndose de nuevo.

Se da la vuelta y se aleja. La máscara de hielo se ha roto, dejando al descubierto un alma compleja, un hombre que lucha por encontrar su lugar en un mundo cruel.

Las palabras de Thomas vibran en el aire a su espalda, cargadas de significado, dejando tras de sí un eco en la quietud de la estancia.

—Supe que estaba perdido en el momento en que lo vi lanzarse, consumido por la furia y la preocupación tras ella, al percatarse del peligro que corría con Ray desaparecido.

Capítulo 18



Mientras nos sentamos alrededor de la mesa, Bramwell, con esa sonrisa astuta que tanto detesto, se inclina ligeramente hacia mí y dice, cargado de sarcasmo:

—Espero que te hayas lavado las manos para cenar, Kenna.

Su comentario me toma por sorpresa y no puedo evitar mirarlo atónita.

—¿Qué? —le respondo, aún intentando descifrar si su burla tiene algún otro propósito oculto.

—No has escuchado entonces. El regente Jorge tiene a ese médico, diciendo que lavarse las manos es clave para evitar enfermedades —comenta, como si estuviera compartiendo un secreto de Estado, aunque su tono sugiere que solo busca ridiculizarme.

Antes de que pueda argumentar, Fenella interviene con su habitual desdén,

—Vaya tontería. Como si unas manos limpias fueran a detener una enfermedad. Ese regente y sus excentricidades, por Dios.

Aprovecho el momento para desviar la conversación hacia un tema más sustancial.

—Con todas las tensiones en Europa tras las campañas de Napoleón, hay temas más preocupantes que las manos limpias.

—Sí, aunque Napoleón está exiliado en Elba. Pensar en la suerte que tuvimos con hombres valientes en el frente, a diferencia de ciertos desertores como ese tal… Avery —dice, lanzándome una mirada significativa.

El comentario me golpea como un balde de agua fría, pero no me dejo intimidar.

—Curioso, Bramwell, no recuerdo haberte visto correr hacia el peligro valientemente. Es fácil juzgar desde la comodidad de tu hogar.

Fenella observa a su hijo con una sonrisa enigmática en sus labios. Sus ojos, llenos de una luz glacial, brillan con una mezcla de astucia y desafío.

—Ese hombre no ha resultado tan obediente y complaciente como imaginaba —comenta con voz resignada.

Bramwell levanta una ceja, una sonrisa burlona curvando sus labios.

—Tal vez no has sabido tocar las teclas adecuadas, madre —responde con un tono arrogante—. ¿Qué opinas tú, Kenna? ¿Es Avery complaciente o igual es de los que prefieren dejarse consentir?

Siento el peso de sus palabras colgando en el aire, cargado de insinuaciones que me hacen hervir por dentro. Fenella, con su comentario despectivo, intenta menospreciar a Avery, tratándolo como si fuera una simple pieza en su juego de poder.

Respiro hondo, intentando mantener la calma ante el comentario cargado de implicaciones.

—Creo que subestimas al señor Harwood —respondo con firmeza, mirándolos directamente a los ojos—. No es alguien que se deje manipular con facilidad, ni por complacencia, ni por deseo de ser manipulado.

Fenella me mira con una curiosidad que no me gusta, como si de repente encontrara un nuevo juego en el que participar.

—¿No te habrás prendado de él? —Su voz es una mezcla de sorpresa y desdén—. Dios santo, Kenna, qué niña eres. Un hombre como él nunca se fijaría en ti, excepto para aprovecharse de tu ingenuidad. No seas boba y pon los pies en la tierra.

Siento cómo mi corazón se encoge con cada palabra, cada sílaba es igual que una gota de veneno destinada a minar mi autoestima.

—Ya estamos cerca de conseguir tu matrimonio con Arthur —continúa, su tono lleno de una especie de triunfo amargo—. Con lo orgullosa que estaba cuando me dijiste que vendría a formalizar el compromiso. No me decepciones ahora con cuentos de hadas absurdos, Kenna. Dios sabe que debemos dar gracias porque Arthur está interesado en este arreglo.

Las palabras de Fenella me golpean con la fuerza de una tormenta, dejándome luchar por encontrar mi equilibrio en medio de la embestida. Me recuerdan cruelmente mi posición en este mundo, donde las expectativas y los deseos de otros dictan mi destino, un destino que Fenella está más que dispuesta a recordarme que debo aceptar sin cuestionar.

Un silencio tenso se apodera de la habitación, cargado de una opresión sofocante. La mirada de Fenella, fría y penetrante, se clava en mí como un cuchillo, mientras que Bramwell observa la escena con una expresión indescifrable.

De repente, él interviene, su voz rompiendo el silencio, su tono casual ocultando mal sus verdaderas intenciones.

—Pero Arthur siempre ha sentido interés por Kenna —dice, sus ojos clavados en mí con una intensidad que me desconcierta—. No es solo un acuerdo conveniente. Me parece que te considera la pareja ideal, sumisa y obediente.

Sus palabras me sorprenden, dejando una sensación de confusión en mi mente. Fenella suelta una risita, como si encontrara la situación entretenida, mientras que Bramwell simplemente sonríe, muy complacido con el efecto de sus palabras.

Echo la silla hacia atrás, de forma abrupta, y me levanto de la mesa, dejando mi servilleta desordenada a un lado y el plato de sopa prácticamente intacto. Con mi voz cargada de una frialdad que apenas puedo contener, anuncio:

—Si me disculpáis, he perdido el apetito.

Sin esperar respuesta alguna, me giro y abandono la sala, cada paso resonando con la determinación de alejarme de una situación que ya no puedo tolerar.



Mi camino, impulsado por un deseo desconocido, me guía una vez más hacia la pared adornada con el cuadro del caballo. Casi como movida por un instinto más allá de mi comprensión, me encuentro frente a la obra, contemplándola brevemente antes de accionar el

mecanismo secreto que conozco ya tan bien.

En un instante, la pared se desliza silenciosamente, revelando la entrada oculta, ese espacio envuelto en misterio y lleno de historias del pasado. Sin siquiera darme cuenta plenamente de mis acciones, abro la trampilla del suelo y me sujeto a la escalera que he puesto, sumergiéndome de nuevo en el refugio oculto.

El aire está impregnado de un silencio que habla de siglos, y a medida que mis ojos se acostumbran a la penumbra, la familiar sensación de asombro se apodera de mí. Estoy aquí otra vez, rodeada de los secretos y las historias que las paredes de esta habitación han guardado celosamente durante tanto tiempo.

Enciendo una vela y la luz titilante ilumina suavemente el espacio, revelando el sofá de terciopelo desgastado, su color alguna vez vibrante ahora es una sombra apagada de su antigua gloria.

A pesar de su estado, el sofá emana un aire de dignidad, como si las historias que ha presenciado le otorgaran un carácter inmutable.

Con movimientos deliberados, me envuelvo en una manta tejida con patrones complejos, el paño es algo áspero contra mi piel, pero reconfortante en su calidez.

Dejo el libro negro a un lado, su presencia, una constante tentación de secretos aún por descubrir. Pero antes de sumergirme de nuevo en sus páginas, la inspiración me golpea con una fuerza inesperada.

Sobre una pequeña mesita de madera, que sobrevive como un testigo silencioso del tiempo, tomo papel y una pluma con cuidado. La tinta fluye, casi con vida propia, mientras mis palabras toman forma en el papel:

«Fenella, con gesto y garbo de espantapájaros viste,
Bramwell a su lado, cual zorro en gallinero, insiste.
Ella, de la hipocresía tejedora sin par,
él, bufón sin gracia, en su arte de molestar».

Una sonrisa traviesa se dibuja en mis labios al leer las líneas, un destello de rebeldía en la tranquilidad de esta habitación oculta.

De repente, el eco de pasos se aproxima, seguido por el crujido distintivo de la trampilla al abrirse. Con la agilidad y la destreza propias de un felino, Avery aterriza suavemente en el suelo, su figura se recorta contra la tenue iluminación que ofrece la única vela encendida.

Sorprendida, apenas logro reprimir un grito. Mi corazón late aceleradamente, no solo por la súbita aparición sino por la forma en que su presencia altera el aire de la habitación, cargándolo de una tensión inesperada pero no indeseada.

Se endereza lentamente y, al notar mi sorpresa, una sonrisa leve asoma en sus labios.

—Te encontré —comenta, su voz, un susurro en la penumbra.

Se acerca a mí, su mirada recorriendo mi rostro con una intensidad que me hace ruborizar.

—¿Puedo ver lo que escribes? —pregunta, su voz apenas un susurro.

—¿Ahora pides permiso? —le respondo con sarcasmo mientras le tiendo la hoja.

Comienza a leer, sus ojos se deslizan por las palabras con una atención que me halaga. Un pequeño gesto de decepción se dibuja en su rostro cuando llega al final.

—No hay nada sobre lo ocurrido en el lago —comenta con un tono de voz neutro. Sus ojos se encuentran con los míos, y una chispa de complicidad se enciende en ellos—. ¿No fue suficiente para inspirarte?

Se acerca aún más, su aroma masculino envolviéndome como una ola.

—No importa —dice, su voz suave y ronca a la vez—. Yo lo haré.

Se sienta en el sofá junto a mí apoyando un brazo en su respaldo detrás de mí.

—Cierra los ojos —susurra.

Obedezco con una sonrisa, y de inmediato siento sus labios rozando mi oído.

«Sus manos se deslizan, con ritmo inquieto, explorando mi… con ardiente deseo.
Un juego de espejos, un pacto secreto,
lo que ella me haga, yo le devolveré… ahora mismo».

—No estoy segura de que eso rime del todo —le digo, permitiendo que mis ojos se abran para encontrarse con los suyos, brillando con una mezcla de desafío y diversión.

—Tienes razón —replica, su sonrisa fácil y su mirada clavada en la mía. Su voz baja y un poco áspera, sumando un aire de inmediatez a sus palabras—. Lo que cuenta es lo que hay detrás de ellas, la intención.

El espacio entre nosotros parece vibrar, lleno de una tensión que promete desbordarse. Se inclina, acortando la distancia hasta casi nada, su presencia abrumadora y magnética.

—Lo importante es —susurra, casi tocándome— si sientes lo que hay detrás de mis palabras, el deseo profundo que las motiva.

Respiro con dificultad, cada movimiento suyo aumenta la anticipación, creando un silencio lleno de posibilidades. La cercanía de Avery envía olas de calor a través de la fría distancia, insinuando un fuego que lo consume todo.

—Porque si lo sientes —continúa, su aliento rozando mi piel con un susurro lleno de promesas—, entonces entenderás que he venido con la intención de hacerte cumplir nuestro trato.

—¿Ahora? —Mi voz es apenas un susurro, tembloroso ante la promesa implícita en sus palabras.

Avery sonríe de nuevo, una curva suave que lleva un nuevo tipo de calidez a la habitación.

—Kenna —dice, su tono serio pero suave—, no voy a presionarte a hacer algo que no quieras…

Le interrumpo, impulsada por un valor que no sabía que tenía.

—Soy una persona de palabra, Avery. Cumpliré con nuestro trato. —Mi voz es firme, aunque mi corazón late con fuerza contra mi pecho.

La tensión entre nosotros crece, tangible, casi un ente propio, alimentado por nuestras palabras y lo no dicho. Avery me observa, evaluando, y luego asiente.

—Entonces —dice él—, para estar en igualdad de condiciones, deberías desnudarte —sugiere, voz es baja, un susurro cargado de promesas, y su mirada intensa sugiere una danza de dar y tomar inolvidable.

Al escucharlo, una oleada de emociones me atraviesa. Hay un momento de vacilación, un segundo donde el tiempo parece detenerse. Pero hay algo en su mirada, no una demanda, sino una invitación, que enciende un fuego de audacia dentro de mí.

Me levanto del sofá, mis movimientos cargados de una determinación temblorosa. Mis manos, aunque titubeantes, encuentran el borde de mi vestido, la tela sencilla que me cubre. La habitación queda en un silencio expectante mientras deslizo la prenda por encima de mi cabeza, dejando que caiga suavemente al suelo, un acto de vulnerabilidad y confianza.

Mis manos, temblorosas, pero resueltas, comienzan después por el corsé, ese armazón de lino y ballenas que moldea mi figura. Mis dedos trabajan los lazos, aflojando el nudo con movimientos metódicos, sintiendo cómo cada hebra liberada me acerca más a una vulnerabilidad escogida.

Él observa, su mirada no invasiva, sino profundamente atenta, como si cada uno de mis gestos fuera un verso en una poesía que solo él puede leer.

Cada prenda que desecho, desde las enaguas hasta los lazos de mis zapatos, se convierte en un susurro en la conversación silenciosa entre Avery y yo. Es un diálogo hecho de miradas y gestos, una danza de anticipación y promesas no pronunciadas.

Él no se mueve, pero sus ojos siguen mis manos cuando desato las ligas que sujetan las medias a mis muslos.

La camisa, sencilla pero esencial bajo el corsé, sigue después. Mis manos se deslizan bajo el dobladillo, elevándola lentamente por encima de mi cabeza y haciéndola caer con suavidad al suelo, sumándose al montón de tela que simboliza mi caparazón dejado atrás.

La tensión entre nosotros se construye como una melodía, cada pieza de ropa que dejo caer es una nota en el crescendo.

Y, aunque, hay respeto en su contemplación, un entendimiento tácito de que este es un acto de confianza, no solo de deseo, el peso de su mirada es tangible, como si pudiera sentir el tacto de sus ojos recorriendo mi figura, explorando la realidad de mi cuerpo.

En este momento, cada respiración parece amplificar la tensión entre nosotros, una conexión palpable que va más allá de lo físico.

A pesar de la vulnerabilidad, hay una fortaleza en este acto de desvelarme, una declaración silenciosa de mi voluntad y deseo. El aire frío roza mi piel, enviando un escalofrío que tiene menos que ver con el frío y más con la anticipación de lo desconocido.

Avery rompe el silencio con una voz baja y ronca.

—Eres preciosa, Kenna.

—No me mientas —le suplico—. No cuando me siento vulnerable.

Por un momento, una sombra de enfado cruza su rostro.

—Kenna —dice él, y su voz es un trueno suave, lleno de una intensidad que me obliga a mirarlo a los ojos—. Veo no solo tu belleza, que es innegable, sino tu inteligencia, tu valentía, tu generosidad. Todo lo que te hace ser quién eres. Te veo, Kenna.

—¿Cómo puedes decir eso? —Mis palabras son un susurro, una mezcla de esperanza y miedo.

Se levanta despacio del sofá. Da pasos lentos y se acerca, su presencia firme pero suave, como si cada uno de sus movimientos fuera calculado para no sobrepasar un límite invisible.

—Porque es la verdad, Kenna. Eres increíble, y el hecho de que no puedas verlo no lo hace menos cierto —dice con esa voz que seguro usaba para dar órdenes a sus soldados—. Déjame mostrarte cómo te veo, déjame ser tus ojos hasta que puedas verlo por ti misma.

Sus palabras chocan contra las viejas cicatrices dejadas por los desprecios de mi madrastra, el desinterés de mi padre, el abandono de mi madre y el ostracismo social. Heridas que me han enseñado a creer que no valgo nada, pero que se cierran en su mirada.

Con una delicadeza que contrasta con la firmeza de sus palabras, extiende su mano hacia mi moño cuidadosamente arreglado en la nuca.

Sus dedos encuentran las horquillas ocultas entre los mechones de cabello, extrayéndolas

una a una con movimientos precisos y considerados. Cada pieza metálica retirada es como un eslabón menos en una cadena invisible.

A medida que mi cabello cae en cascada sobre mis hombros y espalda, largo, espeso y ondulado, un sentido de libertad me inunda. La transformación se siente instantánea.

Avery da un paso atrás para admirar el efecto, sus ojos brillando con aprecio por la visión ante él.

—Así —dice él suavemente—, eres aún más hermosa, Kenna. Libre y sin ataduras.

Avery roza mi mejilla y desciende suavemente hacia mi cuello, cada toque preciso desencadenando una cascada de sensaciones que recorren mi cuerpo, un lenguaje sin palabras que habla directamente a mis sentidos.

Al encontrar mi clavícula, el roce ligero es suficiente para desatar una corriente subterránea de sensaciones, un diálogo mudo pero elocuente que transcurre bajo la superficie de mi piel.

—Solo exigiré lo mismo que tú tomaste de mí, nada más —murmura, su voz baja y cargada de un significado que va más allá de la superficie.

Asiento, confiando plenamente en la promesa silenciosa que flota entre nosotros.

Su mano prosigue el descenso con una seguridad que aviva mis sentidos, prometiendo y exigiendo a partes iguales. Bajo su caricia, cada pulgada de mi piel se siente vivo, vibrante.

Cuando sus dedos rozan mi pecho, la suavidad de su tacto contrasta con la electricidad que se dispara dentro de mí, una mezcla de anticipación y respuesta instintiva.

La aspereza de sus manos es un recordatorio tangible de su mundo, de los trabajos y desafíos que ha enfrentado, marcados en la textura de su piel que contrasta con la delicadeza de mi cuerpo. Un gemido involuntario se me escapa, traduciendo el lenguaje del tacto en deseo puro.

Luego, con un movimiento lento y deliberado, se mueve a mi alrededor y se pone a mi espalda. Envuelve mi cuerpo con su presencia, sus manos sujetan mis pechos con una suavidad que me hace estremecer.

Cada caricia suya, ahora velada por la invisibilidad de su posición, intensifica la anticipación. Su pulgar roza uno de mis pezones y un escalofrío de placer recorre mi cuerpo haciéndome arquear la espalda y jadear de nuevo.

Su aliento calienta mi nuca, un recordatorio suave pero constante de su cercanía. La sensación de sus manos, fuertes y seguras, deslizándose con una delicadeza inesperada, me hace cerrar los ojos y entregarme al momento. La presión de su cuerpo contra mi espalda es un ancla en el torbellino de emociones que sus toques desatan.

Me encuentro inclinándome hacia atrás, buscando su calor, su apoyo, mientras una mano

continúa su descenso por mi cuerpo, trazando un camino de fuego a través de mi piel. Sus dedos se deslizan por mi abdomen, rozando mi ombligo con una precisión que me hace jadear de nuevo.

Y entonces cuando siento que me besa ligeramente sobre el hombro, sobre esa marca dejada por la fusta de Fenella que él mismo curó.

Y luego una mano se envuelve alrededor de mis nalgas, ahuecándolas y apretándolas con una firmeza que me deja sin aliento. Hay una intención deliberada en cada movimiento, una cuidadosa atención por su forma y textura.

Comienza a mover sus manos en un movimiento circular, amasándolas con una intensidad que me hace jadear. La presión aumenta gradualmente, y te entregas al placer, dejando que las olas de sensaciones te envuelvan.

De repente, sus dedos se deslizan entre ellas, sus pulgares rozan la parte superior de mi culo, mientras el resto de desliza había abajo, creando una deliciosa fricción que me hace arquear la espalda. La presión aumenta gradualmente, y me entrego al placer, dejando que las olas de sensaciones me envuelvan.

Lentamente, su otra mano deja mi vientre y se acerca a mi sexo, y la anticipación me hace contener la respiración.

Puedo sentir el calor de su mano ardiendo contra mi piel, su respiración agitada en mi oído, el latido de su corazón, fuerte y constante, resonando contra mi espalda, un recordatorio palpable de la vida que fluye en su cuerpo, de las emociones que quizás él mismo lucha por comprender y luego está la intensidad de su silencio.

Es una conversación sin voces, donde todo se dice en el simple contacto, en el compartir un espacio, un momento.

—Espera —le digo abriendo los ojos y girándome para mirarle. Lo suyos que estaban bajos suben hasta los míos con lentitud como si volvieran de otro tiempo y lugar—. Quiero… quiero… que me beses de nuevo —le digo con voz ronca, mi cuerpo ansioso por sentirlo yo a él.

Pero él niega con la cabeza.

—No —dice con una sonrisa perezosa—. Tú no lo hiciste. Si quieres un beso, tendrás que hacerlo tú misma en tu turno.

La mano de Avery vuelve a mi cuerpo y continúa su descenso por el vello de mi pubis y luego sus dedos rozan la piel entre mis muslos con una suavidad casi reverencial tocando levemente con su dedo corazón, deslizándose entre los pliegues de mi sexo para hacerse sitio, hundiéndose en él y hundiéndolo con los jugos que él mismo ha despertado.

Mi respiración se vuelve errática y tengo que inclinar mi cabeza para apoyarla en su pecho.

Jadeos involuntarios escapan de mis labios mientras mis caderas se arquean

involuntariamente buscando más de su toque.

—Abre más las piernas, Kenna —me ordena.

Obedezco sin dudarlo, cediendo al control que ha tomado sobre mi cuerpo. Más dedos se unen a la danza, una caricia multifacética que recorre mi piel con una precisión que eriza mi vello. Su pulgar se demora en un punto especialmente sensible, realizando un pequeño círculo que me hace gemir con renovada intensidad.

Sus dedos trazan cada curva y hendidura, explorando cada pulgada de sexo, haciéndome gimotear y perderme en algún tipo de locura que toma el mando en mi cuerpo y me hace perder todo el control sobre él. Me pierdo en la sensación, en la deliciosa tortura de su toque, olvidándome de todo lo demás, de quién soy y dónde estoy mientras él no deja de observarme con intensa atención.

Soy arcilla en sus manos, moldeable a su voluntad. Me entrego al placer que me proporciona sin ningún tipo de restricción, sin una pizca de vergüenza. Sus manos son las únicas dueñas de mi cuerpo, las únicas que importan en este momento.

Entierro mis dedos en su camisa, buscando un punto de apoyo, un contacto que me ayude a mantenerme a tierra mientras las olas de placer me amenazan con llevarme. Siento la firmeza de sus músculos bajo mis manos, la calidez de su cuerpo contra el mío. Su respiración en mi oído es profunda y agitada, un indicio de que él también está sucumbiendo a la intensidad del momento.

En este baile de piel contra piel, no hay palabras, solo gemidos y jadeos que conforman una sinfonía de deseo. Sus manos son las únicas voces que importan, las únicas que necesitan ser escuchadas. Y yo, me dejo llevar por la melodía, por el ritmo que marca su toque, por la pasión que fluye entre nosotros.

Capítulo 19



Se mueve y con él a mí. Sus pasos firmes avanzan y me guían hacia atrás, mis talones golpean suavemente contra la pared y mi espalda se apoya en ella sin más espacio para retroceder.

Su presencia se cierne sobre mí, envolviéndome en una atmósfera de tensión y deseo. Un escalofrío me recorre la piel cuando se arrodilla frente a mí, su mirada intensa clavada en la mía.

Con un movimiento lento y deliberado, alza su mano y la posa sobre la cara interna de mi rodilla. Su toque es cálido y firme, enviando un cosquilleo por toda mi pierna. Sus dedos se

deslizan suavemente hacia arriba, rozando la piel sensible de mi muslo.

—Sube la pierna —ordena, su voz ronca y llena de deseo—. Apóyala sobre mi hombro.

Él mismo me ayuda a hacerlo. La tela de su camisa se desliza bajo mi piel, dejando una estela de calor a su paso. Su mano se ajusta a mi muslo, sosteniéndome con firmeza.

En esta posición vulnerable, me siento completamente a su merced. Su mirada devora cada pulgada de mi sexo expuesto ante él, y un deseo ardiente se apodera de mí.

Me miro en sus ojos, que brillan con una intensidad que me deja sin aliento. En ese momento, sé que estoy a punto de vivir algo que jamás olvidaré.

Desliza un dedo suavemente. Noto la humedad que proviene de mi cuerpo y él extiende por mi piel, con la otra mano abre mi sexo separando los labios y luego ese mismo dedo alcanza un punto sensible y se mueve alrededor ejerciendo una pequeña presión de vez en cuando que logra que el dedo avance lentamente hacia el interior, creando una sensación de calidez y humedad.

Un gemido ahogado escapa de mis labios cuando el dedo me penetra más profundamente. Mi cuerpo se tensa en respuesta al estímulo, los músculos de mi vientre se contraen y se relajan en un delicioso espasmo.

Avery acelera el ritmo con el que me penetra, el envite aumenta y el placer es tan intenso que me recorre todo el cuerpo.

Cuando apoya su frente sobre mi pubis y su barba roza mi vello y a ese dedo se le une el pulgar de la otra mano haciendo movimientos circulares sobre esa zona que parece que va a estallar, sé que estoy a punto de alcanzar algo inevitable.

Algo que va más allá de mi control consciente. Las sensaciones se multiplican, olas de placer me inundan, empujándome hacia el borde. Cierro los ojos, todo mi ser se enfoca en esa exquisita tortura que recorre cada terminación nerviosa.

De repente, llega. Un gemido escapa de mis labios mientras el clímax me golpea, haciéndome arquear y temblar en espasmos deliciosos. El mundo desaparece a mí alrededor, todo se convierte en un remolino de sensaciones puras, de éxtasis desbordante.

Las olas de placer me golpean como una tormenta, una y otra vez, sin darme tregua. Mi cuerpo se retuerce y se arquea, buscando escapar de esta deliciosa tortura. Gimo y jadeo, incapaz de contener la intensidad de las sensaciones que me recorren.

Es como si mi cuerpo se incendiara, como si cada célula de mi ser vibrara con un placer inimaginable. He perdido la noción del tiempo, del espacio, de todo lo que no sea este torbellino de emociones mientras él sigue sin descanso hundiéndose en mí, amasando con su pulgar el centro de mi placer.

Finalmente, la tormenta comienza a amainar. Me hundo en una profunda y placentera relajación, exhausta pero radiante. He experimentado algo único, algo que jamás olvidaré.

No es la primera vez que experimento un clímax, la primera vez ocurrió durante un sueño que me hizo despertar con un movimiento incontenible de mis caderas, y la segunda fue gracias al movimiento de un carruaje sobre un camino con demasiados altibajos. Pero nunca antes había sentido algo tan escandalosamente intenso.

Algo que me fortalece y me debilita a partes iguales.

Recobro el sentido poco a poco. Avery, con una lentitud deliberada, retira su dedo de mi interior. La sensación de vacío que deja a su paso es casi tan intensa como la que me produjo su entrada. Una de sus manos se aferra a mi cadera, firme como una garra, pero no se separa ni se mueve. La tensión en el aire es palpable, una electricidad que recorre nuestros cuerpos y nos mantiene en suspenso.

En ese instante, la quietud se vuelve un lenguaje en sí mismo, una comunicación no verbal cargada de significado.

Levanta los ojos y me mira con una intensidad que me deja sin aliento. Sus labios se curvan en una sonrisa apenas perceptible, una sonrisa que promete algo delicioso e inminente.

Y entonces, sin previo aviso, se levanta y se inclina hacia mí, cerrando la distancia con un movimiento fluido que deja poco espacio entre nuestros cuerpos.

Por un instante, creo que va a besarme, su mirada de rayos azules clavada en la mía, sus labios abiertos en una promesa no verbalizada. El aire se tensa a nuestro alrededor cargado de expectativa y deseo.

—No, no lo haré —susurra, deteniéndose justo antes de que nuestros labios se encuentren.

Su aliento caliente roza mi piel, un recordatorio tangible de la línea que ha elegido no cruzar. La tensión que nos rodea es palpable, un testimonio silencioso de su promesa, esa que aún no comprendo del todo, pero que resuena con cada latido de mi corazón.

—¿Por qué? —le pregunto, mi voz quebrada por la confusión y el deseo.

—No imaginas lo difícil que es para mí resistirme —confiesa. Su voz lleva un peso de contención y anhelo no expresado, sus músculos tensos bajo la superficie de su piel hablan de una lucha interna—. Pero ese es nuestro acuerdo.

La respuesta me deja anhelante, deseosa de comprender las reglas de este juego que estamos jugando.

—¿Y cuándo será mi turno de nuevo? —La pregunta escapa de mis labios, impulsada por una mezcla de desafío y necesidad.

Me mira, sus ojos de acero esconden tormentas y promesas.

—Cuando el deseo sea tan fuerte que ninguno de los dos pueda negarlo y hasta que

entiendas completamente lo que significan estas pruebas —dice, su tono es un susurro de seda que promete más que palabras.

Creo que lo entiendo. Avery me está invitando a un viaje, no solo hacia él, sino hacia mí misma, hacia el reconocimiento de mis propios deseos y la capacidad de expresarlos sin reservas.

Pero en cambio le respondo:

—Entonces será mejor que no lo entienda —lanzo, desafiante, intentando esquivar las profundidades a las que Avery parece querer llevarnos.

Él inclina la cabeza, un brillo travieso aparece en sus ojos.

—Si eso te hace feliz —contesta con una sonrisa ladeada—. Pero eso sería demasiado fácil, ¿no te parece? Evitar entender, solo para mantener las cosas simples —dice, su voz cargada de un humor que no oculta del todo el desafío.

Su respuesta me deja pensando, no solo en las palabras no dichas y en los secretos que aún están por descubrir, sino también en la forma en que Avery maneja este juego entre nosotros. Con inteligencia y una sonrisa que no promete nada pero insinúa todo, me hace dudar de mis propias resoluciones.

Avery da un paso atrás, y por un momento, sus ojos recorren mi desnudez de nuevo, cada mirada como una caricia que no necesita contacto físico para hacerse sentir.

Es un gesto lleno de deseo no satisfecho, un reconocimiento silencioso a la tentación que trata de evitar y que se revela más que en ningún otro lugar bajo sus pantalones tensos sobre una forma abultada.

Luego, con una deliberación que parece costarle cada fibra de su ser, cierra los ojos despacio, como si intentara grabar la imagen en su memoria.

Con un suspiro casi inaudible, se pasa la mano por la cara, un gesto de frustración y contención que habla más que mil palabras sobre la lucha interna que enfrenta.

Después de un momento que parece una eternidad, se gira y recoge mi ropa dispersa por el suelo con una lentitud que sugiere un último esfuerzo por mantener el control.

Al volverse hacia mí, me la tiende con un gesto que es tanto una oferta de modestia como una admisión de su vulnerabilidad.

—Deberías vestirte —me dice, su voz ronca, reflejo del esfuerzo que le cuesta mantener la distancia, mantenerse en control. Sin esperar mi reacción, se retira rápidamente hacia el sofá y toma asiento, buscando algo en lo que centrar su atención mientras me visto.

Su mirada se posa en el libro que he dejado a un lado al llegar. Lo recoge y comienza a hojearlo con curiosidad, como buscando entender su contenido.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—Ese libro —comienzo, asegurándome de captar su atención— lleva siglos desaparecido. Contiene todos los secretos y leyendas de mi clan. Y todo este tiempo, estaba escondido aquí, justo bajo nuestras narices.

Avery me mira, ahora claramente intrigado, consciente de la importancia de lo que sostiene y sus ojos se detienen en mis muslos mientras me ato las ligas a ellos.

—No es solo un registro cualquiera —continúo—. Hace mención específica a las minas en esta región. Y no hablamos de cualquier mina; si las leyendas son ciertas y estas minas contienen minerales valiosos, podrían ser la solución a nuestra difícil situación financiera.

Avery hojea el libro con renovado interés, sus ojos moviéndose rápidamente por las páginas.

—Interesante —murmura, claramente cautivado por la información que el libro podría contener.

A pesar de la situación tensa de momentos antes, este nuevo tema de conversación nos ofrece un terreno neutral, una distracción de la intensidad emocional que aún cuelga en el aire entre nosotros.

—¿Interesante? Es increíble, Avery. Para empezar no tendría que casarme con Arthur Campbell si encuentro esas minas. Sé que no tenemos el dinero para explotarlas, pero podría llegar a un acuerdo con él que no implicara un matrimonio. Y no solo eso —continúo— sería la salvación para mi gente. Podríamos mejorar las condiciones de vida aquí, asegurar un futuro más prometedor para todos y ni tú ni Thomas ni Jacob estaríais obligados a cumplir ese contrato.

El ceño de él se frunce en cuanto pronuncio el nombre de Arthur. Me mira, un escepticismo velado cruzando su rostro mientras cierra lentamente el libro.

—Kenna —empieza, su tono mezcla de cautela y pragmatismo—, tienes que admitir que suena más a un cuento de hadas que a un plan realista. ¿Minas perdidas llenas de riqueza? Es tentador, sí, pero ¿cuántas veces estas historias han resultado ser solo eso, historias?

Sus palabras me golpean como un balde de agua fría. La esperanza y el entusiasmo que había sentido al hablar del libro y sus secretos se encuentran ahora con la dura realidad de la duda.

—Vaya —respondo, inyectando un tono cargado de sarcasmo en mis palabras—, aquí tenemos al caballero inglés, despreciando las creencias en las leyendas sobre magia de los escoceses paletos de las Tierras Altas.

Mi mirada se clava en la suya, desafiante, negándome a ceder ante su escepticismo.

—Avery, nuestro mundo está construido sobre historias que tú llamarías fantásticas e irreales. Estas leyendas han sostenido a mi gente desde siempre, nos han dado esperanza en

tiempos de desesperación. No puedes simplemente descartarlas porque no encajan con tu visión del mundo. —Mi voz es firme, en defensa de lo mío.

Avery suspira, pasándose una mano por el cabello en un gesto de frustración contenida.

—No digo que no debamos investigarlo, pero no pongas todas tus esperanzas en una leyenda. Las cosas reales, tangibles, son en las que debes pensar, no en los sueños de riquezas enterradas. He visto bastante más mundo que tú, Kenna, y créeme, sé muy bien que nada se soluciona con esperanzas fantasiosas y sueños. Eres la única con poder para rechazar a Campbell y elegir no casarte con él.

Su confesión me golpea con fuerza, recordándome que Avery no solo ha sufrido injusticias, sino que ha vivido bajo el peso de experiencias que yo apenas puedo imaginar.

—Sé que tus experiencias te han enseñado a desconfiar de todo lo que no comprendes o no puedes tocar, pero…

—No se trata de desconfianza —replica—, sino de protegerte de la desilusión. Quiero que estés segura, que tengas una salida real a tus problemas, no una fantasía.

—Yo no te he pedido que me protejas, Avery.

Él se queda mirándome, quizás sorprendido por mi firmeza, o quizás por la verdad detrás de mis palabras. Por un momento, el aire entre nosotros se llena de palabras no dichas, de argumentos y contraargumentos suspendidos en el silencio.

—Tienes razón —dice, finalmente, su voz suavizándose y volviendo a su tono neutro y frío—. No me lo has pedido y no tengo derecho a inmiscuirme en… tus cruzadas.

Su admisión es seca, desprovista de la empatía momentánea que había asomado entre sus palabras. La distancia emocional que prefiere mantener, ese escudo de frialdad y dureza, vuelve a erigirse entre nosotros, un recordatorio de su intento constante por mantener sus emociones a raya.

—Avery, aprecio lo que pretendes hacer, pero parte de creer en las leyendas, en las posibilidades, es aprender a enfrentar nuestras propias batallas, a tomar nuestros propios riesgos. Si no lo hago, si no sigo esta pista, siempre me preguntaré qué podría haber encontrado, qué podría haber salvado.

—Tal vez solo deberías preocuparte por salvarte a ti misma. Arthur… ese hombre… no es un buen tipo.

Mis dedos rozan la suave tela del pantalón de Avery mientras me acomodo junto a él en el sofá. Un contacto inesperado, una caricia involuntaria en su muslo que rompe el silencio y la tensión que nos envuelve.

El contacto le hace jadear, una reacción visceral que corta a través de la tensión y el control que ha mantenido férreamente.

—Kenna... —susurra con voz temblorosa, un hilo de advertencia y deseo contenido—. Me estoy conteniendo a duras penas.

Sus palabras me sacuden con fuerza. En ese jadear, en esa admisión, yace toda la complejidad de Avery: el guerrero endurecido por las batallas, el hombre marcado por las injusticias, luchando contra el torrente de emociones que nuestra proximidad despierta.

Es un recordatorio crudo de su humanidad, de la lucha interna entre la necesidad de mantenerse distante y el deseo profundo que ni siquiera su frialdad puede ocultar completamente.

—Yo… lo siento. ¿Es porque está en ese estado? —pregunto con timidez, señalando su evidente estado de excitación.

—No, Kenna —responde con voz ronca—. Es porque no puedo dejar de pensar en tu imagen gimiendo y moviendo las caderas excitada. Eso es lo que lo pone en ese estado.

Un rubor caliente me sube a las mejillas.

—Oh… ¿Y la única manera en que vuelve a su estado natural es… liberando el esperma?

Carraspea.

—No siempre es necesario llegar a eso. En realidad, tengo un gran autocontrol y esto... esto es algo que domino a la perfección, pero... me has puesto las cosas un poco difíciles.

—Y... ¿son todos así? —pregunto con una mezcla de curiosidad y timidez.

Una sonrisa se dibuja en sus labios ante mi pregunta.

—¿A qué te refieres?

—Al tamaño. Yo... tengo la sensación de que es considerablemente grande.

Su risa llena la habitación.

—No, no todos son iguales. De hecho, las hay más pequeñas y más grandes, más delgadas, más gruesas, curvadas... Hay una gran variedad. Espera... ¿por qué hablamos de ella en femenino? ¿Cómo la llamas tú en esa mente tan curiosa?

—¿Yo?... tú eres el que lo ha hecho.

Se queda pensativo unos segundos antes de asentir.

—Sí, tienes razón.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—Entonces, ¿cómo la llamas?

Su mirada se encuentra con la mía, y una sonrisa enigmática se dibuja en sus labios.

—No insistas, Kenna. No es un término adecuado para una conversación formal. —Su voz, ronca por la tensión, apenas roza mis oídos.

Lo miro a los ojos, desafiándolo. La curiosidad pugna por salir a la luz, pero una chispa de algo más, de deseo tal vez, también arde en mi interior.

—¿Esto te parece una conversación formal? —pregunto, arqueando una ceja.

Su mirada se desliza por mi rostro, deteniéndose en mis labios por un instante antes de volver a encontrar la mía. Un rubor se extiende por sus mejillas.

—No, la verdad es que no. Y he de admitir que me está poniendo bastante nervioso. —Traga saliva, visiblemente incómodo—. Así que... creo que es el mejor momento para que te acompañe y te deje en tu habitación.



Salimos del escondrijo, ascendiendo por las escaleras hasta la pared con el cuadro del caballo. Desde allí, emergemos al pasillo que conduce a mis habitaciones.

Él se detiene en el umbral de la puerta, sin atreverse a entrar. La tenue luz de la luna se filtra por la ventana, bañando la habitación en una penumbra azulada.

—Kenna… —murmura Avery, su voz apenas un susurro ronco que roza mi oído—. ¿Escribirás versos sobre lo que ha pasado hoy?

Sus ojos, brillantes como estrellas en la oscuridad, se clavan en los míos, buscando una respuesta. Un escalofrío recorre mi cuerpo al sentir su cálido aliento cerca de mi rostro.

—No lo sé —respondo con timidez, mis dedos jugueteando nerviosamente con el borde de mi vestido.

—Tienes mucho talento. Tus palabras son como fuego, capaces de incendiar el corazón más frío —afirma con convicción, su mano rozando la mía con una suave caricia.

Un rubor se extiende por mis mejillas ante sus palabras. Me muerdo el labio inferior, tratando de contener la oleada de emociones que me invade.

—No estoy segura de ser tan talentosa como dices —murmuro, bajando la mirada.

—Te equivocas, Kenna —insiste, su voz llena de pasión—. Tienes un don, y el mundo debería conocerlo. Deberías publicar tus versos, compartir tu talento con todos.

—Pero… ¿una mujer? —pregunto con incredulidad—. ¿Escribiendo versos picantes y sátiros? Nadie los leería.

Una sonrisa traviesa se dibuja en los labios de Avery.

—Yo sí —asegura con voz firme, sus ojos llenos de una intensidad que me deja sin aliento.

—Eso es porque tu ego se ve recompensado en cada uno de ellos —bromeo, tratando de ocultar la emoción que siento.

Su risa queda llena mis oídos y por un momento, olvido la oscuridad que nos rodea.

—Tal vez tengas razón —admite con un guiño—. Pero también es porque creo en tu talento, Kenna. Y estoy seguro de que el mundo también lo hará.

Me quedo mirándolo, sin palabras. Su discurso ha tocado una fibra sensible en mi interior, encendiendo una llama de ambición que no puedo apagar.

—Lo pensaré —prometo, con una sonrisa tímida.

Y en ese instante, bajo la tenue luz de la luna, sé que algo ha cambiado. No solo he vivido una experiencia apasionante, sino que también he encontrado un aliado inesperado en mi camino hacia el sueño de convertirme en otro bardo relevante dentro de mi clan.

FUEGO SIN BESOS

Sus dedos, como exploradores incansables,
trazan un mapa de placer en mi ser,
cada curva, cada valle, cada cima,
se rinden al toque que me hace estremecer.

Sus labios, tan cerca y tan lejos,
susurran promesas que no se cumplen,
un roce fugaz, una caricia esquiva,
que alimenta la llama que me consume.

Avery, con su toque ardiente y cruel,
ha convertido mi vida en un tormento,
una danza macabra de pasión sin miel,
un deseo sin alas, un amor sin aliento.

En sus brazos me siento cautiva y frustrada,
una reina sin corona, un alma en pena,
una diosa encadenada a la duda,
un ser que solo él puede condenar.

Oh, Avery, por qué me atormentas así,
por qué me ofreces fuego y me niegas la luz,
por qué me haces vivir en esta agonía,
en este limbo de deseo sin frutos.

Soy un volcán a punto de entrar en erupción,
una tormenta a punto de estallar,
una presa acorralada por la pasión,
que busca saciar su sed en tu piel.

Avery, dime qué quieres de mí,
dime cómo puedo aplacar este fuego,
dime cómo puedo alcanzar la cima,
de este deseo que me nubla el sosiego.

Gracias por este fuego sin nombre,
por despertar en mí una furia por satisfacer,
por convertir mi vida en un torrente de hombre,
lleno de sensualidad y placer.

Capítulo 20



El aroma a pan recién horneado invade mis fosas nasales, atrayéndome como una polilla a la llama. Feenat, la cocinera, reina indiscutible del calor y las masas, me recibe con una sonrisa radiante. Sus ojos, siempre llenos de calidez, hoy parecen brillar con un fulgor especial.

—Buenos días, Kenna —me saluda con su voz melodiosa—. ¿Vienes a tentar a tu paladar con mis creaciones?

Le guiño un ojo y tomo un pedazo de pan aún caliente, devorándolo con deleite.

—Feenat, este pan está celestial —exclamo con la boca llena—. Como siempre, superando las expectativas.

Ella se ríe con una alegría contagiosa.

—Es Lammas, querida —me dice—. Un día para celebrar la abundancia que no tenemos y compartir con los demás lo poco que nos dejan. Y no hay mejor manera de hacerlo que con un buen pan caliente.

—¿Vas a ir al pueblo? —le pregunto con curiosidad—. A Cladich, a ver la celebración.

Feenat asiente con entusiasmo.

—Sí, Douglas, el capataz, ha decidido conceder un día libre a los hombres... ya sabes, los comprados —dice con un susurro culpable—. Quiere llevarlos al pueblo para que se aireen un poco. Aprovechando que tu padre no está, claro —añade con un tono pícaro—. Y también para apaciguar los ánimos después de lo ocurrido con Ray —susurra, bajando la voz.

Me estremezco involuntariamente al recordar el incidente con Ray. Su rostro, lleno de furia y odio, aún me persigue en mis pesadillas.

—Una muerte justa para un hombre cruel —dice con severidad—. Pero no debemos olvidar lo que pasó, Kenna. El peligro acecha en cualquier parte y he estado observando a Avery —me dice Feenat en voz baja, como si temiera que las paredes pudieran escucharla—. Reconozco que tiene un aura especial, una fuerza que no se puede negar. Pero hay algo en sus ojos, una oscuridad que me hiela la sangre. A veces, cuando lo miro, siento como si estuviera mirando a un depredador y… ese talento para cortar a un hombre y sacarle sus vísceras… Eso fue aterrador, Kenna.

—No lo sé, Feenat —le digo con incertidumbre—. Avery es….

—Atractivo. Lo sé. Estoy mayor, pero no ciega. Y te he visto mirarlo, más de lo que deberías y… no, Kenna, ese hombre representa un peligro para ti. —Me mira con una expresión seria—. No estoy diciendo que sea un hombre malo —me explica—. Pero hay algo en él que me inquieta. Un lado sombrío que no puedo comprender.

Mis ojos se abren con sorpresa. Nunca había visto a Feenat tan asustada.

—Él me protegió de Ray —le digo defendiéndolo.

—Sí, lo sé —dice con un tono melancólico—. Y le estaré eternamente agradecida por eso. Pero no podemos olvidar que Avery también es un hombre peligroso. No debemos bajar la guardia. Mantente alejada de él.

Frunzo el ceño. Todo el mundo trata de prevenirme contra Avery, me empujan a alejarme de él y mi corazón y mi cabeza solo persiguen lo contrario.



Lammas... la fiesta de la primera cosecha, el solsticio de verano agonizante, el ecuador del año. Un día para celebrar la abundancia, la fertilidad y, por supuesto, ¡el pan bendito! Sí, pan bendito. Porque en Lammas, hasta el alimento más básico se convierte en un símbolo sagrado.

Y no nos olvidemos de las hogueras, querida. La danza alrededor del fuego purifica el espíritu y ahuyenta a los malos espíritus... o al menos a los mosquitos.

Si el viento sopla a tu favor puedes deleitarte con diversos aromas: pan recién horneado, el sudor masculino que proviene de los bailarines y, sí, un toque de estiércol de caballo.

Las actividades son variadas, para todos los gustos. Puedes participar en concursos de horneado, donde la abuela Margaret, con sus manos artríticas y su receta secreta, siempre se lleva el primer premio. O puedes observar las carreras de fardos donde los hombres, con más entusiasmo que gracia, se esfuerzan por llegar a la meta sin caer de bruces por una gran cuesta, puedes tejer coronas de flores, realizar ofrendas a la Madre Tierra o contar historias y leyendas sobre duendes traviesos y otras criaturas mágicas.

«Y, por supuesto, cotillear sobre los últimos romances y escándalos del pueblo».

—Esto ya está listo —anuncia Feenat con una sonrisa radiante, colocando la última hogaza horneada en un saco de arpillera que golpea con el puño para acomodar el pan.— ¿Vienes con nosotros?

—Iré más tarde —le digo mientras me levanto del banco y me estiro, arqueando la espalda con un leve crujido. No quiero cruzarme con Fenella y Bramwell por el camino. Ni con sus miradas de desprecio ni con sus comentarios sarcásticos.

—No aproveches a montar a caballo como un muchacho en tu viaje al pueblo, Kenna —me advierte Feenat, cruzando los brazos sobre su pecho y mirándome con severidad.

—Vamos, Feenat —protesto, rodando los ojos.— No puedes pretender que vaya cabalgando de lado por esos caminos rocosos e incómodos. Es tan práctico como ir arrastrando el culo por el suelo. Y además, tardo el doble.

—¡Ay, Kenna! —exclama Feenat, llevándose las manos a la cabeza.— Si tu madre te oyera actuar y hablar así con la dama tan correcta que era…

—Mi madre, con sus formas correctísimas, se largó con el administrador y nunca más se interesó por su hija —espeto con amargura, sintiendo un nudo en la garganta.— Se fue sin mirar atrás, sin importarle nada.

—No deberías hablar así de ella —me reprende Feenat, con un tono más suave.— La amargura hace que salgan antes las arrugas.

Me encojo de hombros y me dirijo hacia la puerta, sin ganas de seguir discutiendo.

—Ya me iré cuando me apetezca —murmuro antes de abandonar la cocina.

Salgo al exterior y el sol de la mañana me golpea con fuerza, obligándome a entrecerrar los ojos.

A lo lejos, distingo a Douglas, que me saluda con una sonrisa y un gesto de la mano. Junto a él, Avery, Thomas y Jacob se preparan para partir en la carreta más destartalada que nos queda. La madera cruje y las ruedas parecen a punto de salirse de su eje, pero es lo que hay.

Avery, que hasta ahora había intentado mantener los ojos lejos de mí, levanta la mirada con el ceño fruncido. Sus ojos helados, tan intensos como siempre, me escudriñan en silencio. No dice nada, pero puedo sentir la desaprobación en el aire.

Me dirijo hacia la carreta y le pregunto a Jacob cómo está.

—Todavía no puedo bailar —responde con un suspiro—, pero al menos podré comer hasta reventar.

Sonrío y le doy un golpecito en el hombro.

—No te preocupes, Jacob, la comida es la mejor parte de esta festividad.

Me despido de ellos con un gesto de la mano y me alejo, sintiendo la mirada de Avery clavada en mi espalda.



Unos minutos después, oigo el chirrido familiar de la puerta principal al abrirse y cerrarse. Me asomo con cautela a la ventana de la biblioteca, entreabriendo las cortinas para observar sin ser vista. Fenella y su insufrible vástago Bramwell suben a la calesa con aire arrogante, despidiéndose con gestos exagerados. Una vez que el carruaje se aleja por el camino polvoriento, un silencio sepulcral se apodera de la casa.

Respiro hondo, sintiendo una mezcla de alivio y aprensión. La casa está en silencio, finalmente sola. Es mi oportunidad. Dirigiéndome con paso decidido hacia el ala oeste de la casa, me dirijo al despacho de mi padre. La puerta está entreabierta, como siempre. Empujo la madera con cuidado y entro en la habitación, empapándome de la familiaridad del espacio.

El despacho es un reflejo fiel de mi padre: ordenado, austero y con un toque de excentricidad. Los estantes repletos de libros antiguos, el escritorio de madera oscura, el mapa del mundo colgado en la pared... Todo me recuerda a él, a su presencia imponente, a su voz grave.

Me acerco al escritorio y me siento en la silla giratoria, que cruje bajo mi peso. Mis manos

rozan la superficie de madera, desgastada por años de uso. Un ligero temblor me recorre el cuerpo. Estoy nerviosa, insegura. ¿Qué estoy haciendo? ¿Es esto correcto?

Sin embargo, una fuerza interior me impulsa a seguir adelante. Abro el cajón superior del escritorio y rebusco entre los papeles y documentos. Encuentro lo que buscaba: un cuaderno de cuero negro, con las iniciales de mi padre grabadas en la portada.

Las páginas del cuaderno están llenas de anotaciones, dibujos y bocetos. La letra de mi padre es pequeña y apretada, difícil de descifrar. Pero poco a poco, voy sumergiéndome en sus palabras, en las cuentas siempre negativas de su administración, en las cifras que siempre apunta porque no puede recordar.

Con el cuaderno de mi padre aún entre mis manos, me dirijo hacia la caja fuerte ubicada en un rincón del despacho. Es una caja fuerte antigua, de metal pesado y con una cerradura de combinación. Recuerdo haber visto a mi padre abrirla en contadas ocasiones, siempre con una expresión seria y concentrada en su rostro.

Respiro hondo y me enfrento al desafío. Tengo que abrirla, encontrar los contratos ilegales de Avery y los demás, que mi padre guarda en su interior.

Tras encontrar la combinación en el cuaderno, como una cifra más escrita al azar, sin explicación ni acompañamiento, pero sabiendo que es esa porque vi cómo la apuntaba allí cuando le trajeron el chisme, me enfrento a la caja fuerte con determinación. El metal frío bajo mis dedos se siente como el último obstáculo entre Avery y su libertad.

Coloco mis manos sobre el dial y empiezo a girarlo lentamente, siguiendo la secuencia de números que memoricé del cuaderno. 21 hacia la derecha, un pequeño clic apenas audible marca el inicio. Luego, 36 hacia la izquierda, sintiendo cómo cada número pasa bajo la yema de mis dedos, con una importancia que nunca antes había percibido en los simples giros de una cerradura. Finalmente, 29 hacia la derecha, y ahí, el último número, el último suspiro antes del momento de la verdad.

Respiro hondo y tiro de la manija. Un sonido metálico, un clic liberador, y la puerta de la caja fuerte se abre ante mí, revelando su contenido oculto. Por un momento, solo puedo mirar, sorprendida por mi propio éxito, por la facilidad con la que el último obstáculo entre Avery y su libertad comienza a desmoronarse.

Dentro de la caja fuerte, los documentos están ordenados meticulosamente en pilas. Mi mirada se dirige inmediatamente hacia una carpeta gruesa, con una etiqueta que simplemente dice «Contratos».

Mi corazón late con fuerza mientras la tomo entre mis manos, consciente del peso de las páginas, de la historia y las vidas que están escritas en ellas.

Abro la carpeta con cuidado, mis dedos temblorosos pasan las páginas llenas de términos legales y cifras. Ahí están, los contratos de compra, cada uno con el nombre de un hombre, incluido Avery, tratados como meras propiedades en un mercado de almas.

Siento una mezcla de rabia y tristeza al pensar en cómo estos documentos han encadenado sus vidas, reduciéndolas a transacciones y deudas.

Comienzo a copiar el documento palabra por palabra en unas nuevas hojas, mi mano se mueve con una determinación firme pero cuidadosa. Cada letra, cada coma, cada término legal es trazado con precisión, como si estuviera esculpiendo la llave de la libertad de Avery y los otros hombres.

La tarea es meticulosa y consume tiempo, pero la importancia de lo que estoy haciendo alimenta mi concentración.

Con cada palabra que transcribo, siento una mezcla de indignación y esperanza. Es casi surrealista pensar que la vida de una persona pueda ser reducida a términos y condiciones en un pedazo de papel.

A medida que las páginas se llenan, mi mente divaga hacia Avery. Recuerdo la profundidad de su mirada, la fuerza tranquila en su voz, y la determinación inquebrantable en su espíritu.

A pesar de todo lo que ha pasado, él ha mantenido su dignidad, su humanidad. Es esa fuerza, esa resiliencia, lo que me motiva a seguir adelante, a terminar esta tarea por él, por todos ellos.

Cuando finalmente finalizo, las hojas ante mí son un espejo de los contratos originales.

Cierro la carpeta con los originales y me levanto, estirando mis músculos cansados. Devuelvo todos a su sitio con precisión.

La habitación parece más pequeña de repente, como si las paredes se hubieran cerrado sobre mí durante el tiempo que estuve concentrada en mi tarea.

Ahora viene la parte más desafiante: utilizar estos documentos para negociar su libertad, para deshacer los lazos que los atan a mi padre y a la Torre Awe. Por ahora esto será suficiente para que el abogado puede echarles un vistazo sin que mi padre note su falta.

Con los contratos copiados bajo el brazo, salgo del despacho, cerrando la puerta con suavidad detrás de mí.

Capítulo 21



Llego a Cladich, donde la fiesta de Lammas está en todo su esplendor. A medida que mi caballo avanza a través de la multitud, me siento envuelta por una atmósfera de alegría y celebración que parece invadir cada rincón del pueblo. Los bailarines danzan alrededor del mástil, entrelazando cintas de colores en una coreografía que parece tan antigua como el tiempo, sus movimientos un reflejo de la unidad y la continuidad de la comunidad.

Las mesas están repletas de panes de todas las formas y tamaños, cada uno ofrecido con

generosidad, un recordatorio de la importancia de compartir y agradecer por la abundancia recibida. La risa y las charlas llenan el aire, creando un tapiz sonoro que acompaña perfectamente el olor tentador del pan recién horneado.

Los barriles de cerveza, colocados estratégicamente por todo el lugar, son un punto de encuentro para los asistentes. Aunque parecen vaciarse a una velocidad alarmante, siempre hay alguien dispuesto a rellenarlos, asegurando que la bebida fluya tan libremente como las conversaciones.

Mientras me adentro más en la festividad, percibo una figura conocida aproximándose. Es Bramwell, quien, con una sonrisa astuta que no llega a sus ojos, se acerca a mí con una caballerosidad forzada.

Me ayuda a bajar del caballo, su mano rozando la mía con una familiaridad no deseada.

Aunque su gesto podría parecer cortés a ojos de cualquiera, la confianza con la que su brazo rodea mi cintura me llena de fastidio. Su proximidad no es bienvenida, y menos aún su toque, que se siente más como una invasión que como un acto de ayuda.

—Gracias, Bramwell, pero puedo cuidar de mí misma —digo, intentando liberarme de su agarre sin parecer demasiado brusca.

—Oh, pero, querida hermana, no querrás perderte esto —responde él, ignorando mi intento de distanciamiento. Su voz lleva un tono que me hace sospechar que lo que sea que quiera mostrarme no será de mi agrado.

A pesar de mis reticencias, Bramwell me guía, o más bien me empuja suavemente, a través de la multitud. La sensación de su mano en mi espalda, dirigiéndome hacia un destino desconocido, hace que me sienta aún más incómoda.

—¿Qué es tan importante que no puede esperar? —pregunto, intentando disimular el creciente nerviosismo en mi voz.

—Ah, ya lo verás. Es una... sorpresa —dice, su sonrisa ahora cargada de malicia.

Al llegar a un rincón más apartado y oculto de la celebración, lo que veo me golpea como un puñetazo en el estómago.

Avery está allí, con Fenella en sus brazos. La escena es íntima, demasiado íntima, y un torbellino de emociones me asalta. Confusión, celos, ira... es difícil discernir un sentimiento de otro.

Bramwell suelta una risita, claramente complacido con mi reacción.

—Oh, pensé que te gustaría saber con quién realmente pasa su tiempo tu preciado señor Harwood. Parece que no es tan leal después de todo, ¿eh?

Intento procesar la escena ante mí, luchando por comprender la situación y lo que implica.

Avery y Fenella... es una combinación que nunca habría imaginado y que despierta en mí un torbellino de emociones contradictorias.

Y Avery, al notarnos, reacciona de inmediato. Sus ojos, una mezcla de sorpresa y urgencia, se encuentran con los míos a través de la distancia que nos separa. En ese momento, todo en él se tensa, como un depredador preparado para la acción.

Con un movimiento ágil y decidido, desplaza suavemente a Fenella, colocándola a un lado con una firmeza que no admite réplica.

Ella, sorprendida por la abrupta interrupción, se queda parada con una expresión de ofuscación, como si no pudiera creer que su acercamiento no haya tenido el efecto deseado.

Tomo una profunda inhalación, intentando calmar el torbellino de emociones que me asaltan.

—Bramwell, no eres más que un niño jugando a ser malvado —le digo con la mayor calma que puedo reunir—. Y lo que acabas de intentar hacer no solo es despreciable, sino patético. No me importa con quien pasé el tiempo el señor Harwood.

Justo cuando estoy a punto de dar marcha atrás, una conocida me toma desprevenida. Se lanza hacia mí con una efusividad que corta el aire tenso como un cuchillo. Sus manos enganchan las mías antes de envolverme en un abrazo que me deja sin aliento.

—¡Kenna! ¡Cuánto tiempo sin verte! —exclama, su voz una mezcla de sorpresa y alegría genuina. Al separarse, puedo ver su rostro iluminado por una sonrisa que alcanza sus ojos, un contraste marcado con la tensión de hace un momento.

Mientras Elspeth me abraza echo un vistazo rápido sobre mi hombro.

—Ocúpese usted de su madre, señor Kerr —le está diciendo a Bramwell y es cuando me doy cuenta de que el estado de Fenella parece haberse visto afectado por un exceso de celebración… y cerveza.

Bramwell la mira con fastidio. Aunque parte de mí siente un atisbo de simpatía por él en este momento, no puedo evitar sentir un leve alivio al verlo ocupado con algo que no sea molestarme.

Intento ignorar la presencia de Avery a mi espalda, sin embargo, él se mantiene a una distancia respetable, su silueta recortada contra el bullicio de la celebración de Lammas, una isla de calma en un mar de caos.

Elspeth, ajena a todo, continúa hablando de su vida, de cómo ha cambiado desde que se casó y tuvo a sus hijos.

Con un entusiasmo que parece inagotable, me presenta a cuatro de sus retoños, cada uno más enérgico que el anterior, que revolotean a nuestro alrededor con una brío incontenible.

—¡Ay, Kenna! Perdona que no nos hayamos visto en tanto tiempo, pero entre los niños y mi marido, apenas tengo un momento para respirar —se disculpa, aunque su tono sugiere que no cambiaría su caótica vida por nada del mundo.

Observo la escena, los niños riendo y jugando, Elspeth hablando con cariño de su vida familiar, y siento cómo una ola de tristeza me envuelve.

La historia de Elspeth, con sus compromisos y sus alegrías domésticas, es un universo aparte del mío. La diferencia entre nuestras existencias, una casada con hijos y la otra atrapada en juegos de poder y decisiones que se le escapan, nunca ha sido más evidente.

—Deben ser un puñado —comento, intentando imaginar mi vida en un entorno tan diferente.

—Lo son, cinco en total. Son agotadores, pero también son mi mundo —responde Elspeth con una sonrisa que habla de amor incondicional.

—Realmente lo siento, Elspeth, por haber perdido el contacto. La vida en Awe puede ser muy absorbente —me disculpo, intentando puentear el abismo que los años y las decisiones han creado entre nosotras.

Ella me aprieta el hombro con comprensión, y me lanza a sus brazos cuando una lágrima descarada e improcedente cae desde mis ojos.

—No te preocupes, Kenna. La vida nos lleva por caminos inesperados. Lo importante es que nos hemos reencontrado ahora —me consuela ella creyendo que esa lágrima le pertenece.

Sus niños, en un remolino de energía, me arrastran hacia un juego improvisado, alejándome de los adultos y sus complicaciones por un momento.

Participar en su mundo simple, donde la mayor preocupación es si seré capaz de atraparlos, me brinda un alivio momentáneo de mis propios problemas.

—Hubieras sido una madre excepcional —deja escapar Elspeth cuando me reúno con ella, sus palabras flotando entre nosotros antes de que la comprensión de lo dicho tiña su rostro de horror. Rápidamente se corrige—. No quiero decir que aún no tengas la oportunidad, Kenna, es solo que...

—Es que no hay pretendientes a mi puerta esperando convertirme en su esposa —interrumpo, con una sonrisa triste. Elspeth me mira, sus ojos llenos de una mezcla de disculpa y cariño.

—Lo siento, Kenna. Es tan injusto. Siempre has sido tan hermosa, tan inteligente. Pero después de todo lo que pasó con tu madre... —Su voz se desvanece en un suspiro de simpatía.

Decido cambiar el rumbo de la conversación,

—Me voy a casar con Arthur Campbell —anuncio, intentando infundir un tono de decisión

en mi voz, una barricada contra la compasión.

—¿Arthur Campbell? —pregunta, asegurándose de haber oído correctamente—. Eso es... inesperado.

—Lo es —admito, forzando una sonrisa que espero parezca convincente—. Pero es una decisión pensada. Beneficiará a ambas familias.

Elspeth asiente, aún con esa mezcla de sorpresa y algo que podría ser admiración.

—Bueno, si alguien puede manejar a Arthur Campbell, esa eres tú, Kenna. Solo espero que te haga feliz.

—¿Eso crees? ¿Así me ves?

—Sí, eso creo. Siempre te he visto como alguien increíblemente fuerte y decidida. Recuerdo cuando éramos niñas; nadie podía imponerte nada. Siempre tenías esa chispa, esa capacidad para defenderte y hacer valer tu opinión —Elspeth me mira con una mezcla de admiración y nostalgia.— Después de... ya sabes, todo lo de tu madrastra y los cambios en la torre, bueno, te replegaste un poco, pero esa esencia tuya, Kenna, esa fortaleza aún debe estar en ti y es algo que Arthur necesitará a su lado. No tengo dudas de que podrás manejar cualquier desafío que venga.

—¿Hay algo sobre Arthur que me he perdido?

Elspeth me mira con sorpresa, como si no esperara esa pregunta. Luego, tras una breve pausa, suspira y dice:

—No es que haya algo específico que debas saber sobre Arthur... Es solo que, bueno, él tiene su reputación. Es un hombre de carácter fuerte y manías. Y la gente habla, sabes cómo es. Dicen que puede ser... exigente y un poco autoritario en sus relaciones.

No había considerado realmente cómo sería mi vida junto a Arthur, más allá de las necesidades prácticas y las presiones externas.

Elspeth asiente con una mezcla de preocupación y esperanza antes de desvanecerse entre la multitud, dejándome sumida en reflexiones sobre Arthur y lo que el futuro podría depararnos. Mientras la música y las risas envuelven el ambiente, me dejo arrastrar por la festividad, bailando alrededor de la hoguera. Los jóvenes, desbordantes de valor, saltan sobre las llamas, y uno de ellos, en un gesto de camaradería, me extiende una jarra de cerveza. Con una sonrisa, la acepto; es la cuarta esta noche, y siento cómo su calor dorado empieza a nublar mis sentidos, sumiéndome en una dulce euforia.

De repente, mi mirada se ve capturada por una silueta entre el caos de colores y caras, un rostro que me resulta extrañamente familiar, aunque los años hayan borrado su claridad. Mi corazón se acelera al pensar que podría ser él: el antiguo administrador de mi padre, aquel cuya desaparición con mi madre marcó nuestras vidas. Impulsada por una curiosidad irrefrenable, intento seguirle el rastro a través de la multitud, pero es como perseguir una sombra que se mezcla con la danza de las llamas y el crepúsculo.

Cuando la desesperanza amenaza con apoderarse de mí, una presencia inesperada irrumpe en mi soledad. Siento una mano decidida sobre mi brazo, un tirón que me arranca del laberinto humano. Al girarme, me encuentro con la mirada intensa de Avery. Su semblante es serio, sus ojos reflejan una urgencia que envía un escalofrío por mi espina dorsal.

—Tenemos que hablar. —Su voz es un susurro cargado de gravedad, pero yo ya estoy harta, cansada de sus misterios.

Sin lugar a duda, su agarre en mi brazo es dominante, no es una petición muda de atención, es una orden. Con un tirón, intento liberarme de su agarre.

—Espera. He visto a alguien que necesito encontrar.

Avery me sostiene firme, su mirada se endurece, una tormenta oscura formándose en sus ojos.

—Esto es más importante —insiste, y hay algo en su tono que hace temblar mis defensas, aunque me niego a mostrarlo.

Capítulo 22



Me conduce a un lugar apartado, donde la música y las risas de la fiesta se convierten en un eco distante y allí mi resistencia se quiebra bajo la intensidad de su mirada.

—¡No puedes saber lo que es más importante para mí! —estallo, el desafío en mi voz es tan palpable como el batir de mi corazón.

Su respuesta es fría, calculada.

—Kenna, estás ebria —me acusa, sus palabras, un golpe bajo que me hace temblar de

rabia—. Parece que divertir a las damas de la torre con alcohol se ha convertido en el pasatiempo favorito de los muchachos del pueblo. Incluso a tu madrastra...

El sarcasmo es mi escudo, mi arma.

—¿Oh, y por eso la arrastraste a un rincón oscuro? Qué considerado de tu parte, Avery —escupo las palabras, cada sílaba impregnada de veneno.

Él se tensa, su expresión se cierra, un muro levantado entre nosotros.

—Yo no la arrastré a ningún lado. Fue Bramwell quien me lo pidió, para evitar que hiciera el ridículo en público.

La indiferencia es mi defensa, pero cada palabra que digo agrava la brecha entre nosotros.

—No te he pedido explicaciones. Lo que hagas por supervivencia no me incumbe.

La sorpresa se dibuja en su rostro, un reflejo del dolor que mi indiferencia ha causado.

—¿Así que eso es lo que piensas? ¿Que me muevo entre tú y ella para mi propio beneficio?

Mis propias palabras me asfixian, pero no puedo detenerlas. Aunque la visión de Avery con Fenella en brazos fuese un espejismo malinterpretado, el incidente revela cuán rápidamente puedo saltar a conclusiones cuando se trata de él. La advertencia de Feenat sobre su lado oscuro y la recomendación de mantenerme alejada resuenan en mi mente, añadiendo capas de conflicto a mis sentimientos ya complicados hacia Avery.

—No he dicho eso. Solo que no te juzgaría,

Un silencio tenso se cierne sobre nosotros, una pausa cargada de palabras no dichas y heridas abiertas.

—Nunca fue mi intención aceptar nada de ella, pero ahora tengo curiosidad, ¿entonces no te importaría si aceptara sus avances? —Las palabras de Avery son un desafío, lanzadas como dardos envueltos en la demanda de una claridad que ambos hemos evitado.

—Puedes hacer lo que quieras —digo, y aunque intento que suene indiferente, mi voz tiembla ligeramente al borde de la traición.

—Porque pronto serás la esposa de Arthur Campbell. Al parecer la noticia ya se ha extendido entre los asistentes. Su voz es un reproche amargo que no puede ocultar.

—Exacto. Nosotros solo… jugamos. Eso decidimos. —Mi respuesta es automática, una defensa contra el dolor que sus palabras provocan. Pero cada sílaba duele, como si arrancara pedazos de mi propio corazón.

El aire se carga de un dolor sordo, un duelo silencioso por lo que podría haber sido y nunca será.

Avery aparta la mirada, un gesto de vulnerabilidad que raramente muestra. Sus puños se cierran con fuerza, los nudillos blanqueando bajo la tensión.

Mis manos tiemblan ligeramente a mi lado, una manifestación física del tumulto interno que su pregunta ha desencadenado. Un nudo se forma en mi garganta, dificultando cada respiración.

Por un momento, todo lo demás se desvanece: la música, las risas, el calor de la hoguera. Solo somos Avery y yo, atrapados en una burbuja de dolor y malentendidos.

Quiero decir algo, cualquier cosa que pueda reparar el abismo que se ha abierto entre nosotros, pero las palabras se me escapan, escurridizas como peces entre los dedos.

Avery, con un gesto abrupto pero cargado de un desesperado anhelo de conexión, sujeta mi rostro entre sus manos. Sus ojos buscan los míos, una tormenta de emociones contradictorias reflejadas en su mirada. Nos miramos, dos almas heridas en el borde de algo inmenso y aterrador, y por un momento, el mundo entero parece contener la respiración con nosotros.

—¿Qué haces? —le susurro, mi voz temblorosa bajo la intensidad de su escrutinio, luchando por mantener la fachada de indiferencia que se ha vuelto tan frágil entre nosotros.

—Has dicho que podía hacer lo que quisiera —responde él, su voz ronca, no solo con palabras sino con un peso emocional que me desarma.

—Pero el trato... —Mis palabras se desvanecen, ahogadas por la complejidad de nuestros sentimientos, por todo lo no dicho que se acumula como nieve antes de una avalancha.

—Las reglas han cambiado —afirma, sellando sus palabras con un beso que es un estallido de todas las emociones reprimidas. Es un beso que habla de rabia, de dolor, de posesión, pero también de una desesperada esperanza.

Sus labios, cálidos y firmes, capturan los míos en una tormenta de sensaciones y con una intensidad que hace temblar mis piernas. Es un beso que sabe a dolor y a deseo, a promesas rotas y a anhelos reprimidos.

Sus dientes rozan mi labio inferior, una mordida suave que me hace jadear, un sonido que se ahoga en la pasión del momento.

Sus manos se deslizan por mi cuerpo, acariciando mi espalda con una ternura que contrasta con la ferocidad de su beso. Mis dedos se enredan en su cabello, tirando de él ligeramente mientras lo acerco más a mí.

El sabor de la cerveza se mezcla con el del deseo, creando una experiencia embriagadora que nubla mis sentidos. Sus manos me empujan contra la pared, aprisionándome en un abrazo que me deja sin aliento.

La música y las risas de la fiesta se convierten en un rumor lejano, un eco perdido en la vorágine de emociones que nos consume. Solo existimos nosotros, dos almas desnudas y vulnerables que se encuentran en un beso que lo dice todo.

Un gemido involuntario escapa de mis labios cuando su lengua firme y exigente explora la mía, con una intensidad que me deja sin aliento. Su cuerpo presiona contra el mío, una fuerza implacable que me hace sentir cada parte de él.

El beso es una batalla de voluntades, un tira y afloja entre la pasión y la razón. Sus manos recorren mi cuerpo, acariciando mi espalda, mis hombros, deslizándose por mis brazos hasta llegar a mis manos, entrelazando sus dedos con los míos y subiendo mis brazos por encima de mi cabeza para sujetarlos contra la pared para inmovilizarme contra él.

Presiona su cuerpo contra el mío más fuerte, la tela de nuestra ropa se interpone entre nosotros, pero puedo sentir el calor de su cuerpo, la dureza de su miembro presionando contra mi vientre. Su erección persistente y enorme provocando un calor ardiente en mi cuerpo.

Un gemido ahogado escapa de mi garganta.

—Te haré gemir aún más fuerte —dice con voz ronca mientras sus labios se separan de los míos y se mueven por mi mandíbula y bajan por mi cuello, dejando que sus dientes y su lengua dejen un camino de fuego en él.

Sus palabras son una promesa, una amenaza, una invitación a la locura. Cierro los ojos y me dejo llevar por la oleada de sensaciones que me recorren. Sus manos, fuertes y posesivas, me sujetan contra la pared, mientras sus caderas se mueven con una insistencia que me hace perder la cabeza.

Un jadeo escapa de mis labios cuando sus dientes rozan mi piel, un mordisco suave que deja una marca roja en mi cuello y luego succiona esa piel sobre un pequeño lunar que tengo ahí hasta hacerme sentir un pinchazo de placer. Me arqueo contra él, buscando más, necesitando más de su contacto, de su calor, de su intensidad.

Sus labios vuelven a los míos, esta vez con más fuerza, con más pasión. Su lengua explora mi boca, buscando cada rincón, cada espacio, cada curva. Gimo de nuevo, un sonido gutural que expresa la mezcla de placer y dolor que recorre mi cuerpo.

Sus manos bajan a mis caderas y se detienen en mis nalgas. Las aprieta con fuerza, acercándome aún más a él, hasta que no hay espacio entre nuestros cuerpos.

Mis pechos rozan su pecho duro y musculoso, y puedo sentir su corazón latiendo con fuerza contra el mío.

La pasión me domina, la razón se desvanece. Quiero esto, lo necesito, lo deseo con todas mis fuerzas.

Y entonces, me da la vuelta de forma brusca y me retiene contra la pared con su pecho en mi espalda. Su cuerpo es una jaula de calor y deseo que me aprisiona, y un escalofrío recorre mi cuerpo ante la inesperada rudeza de su gesto.

Sus manos se deslizan por debajo de mi vestido y enaguas y los suben hasta mi cintura,

luego tira de toda la ropa que se interpone en su camino, oigo el sonido de la tela al desgarrarse, pero no me importa.

Sus manos se deslizan por mis caderas desnudas y se posan en mis nalgas, apretándolas con fuerza. Un gemido ahogado escapa de mis labios cuando siento la rigidez de su miembro desnudo presionando contra mi trasero.

Me muevo contra él, buscando más, necesitando más. Quiero sentirlo todo.

—Esto es una locura —murmura Avery, con la voz ronca por la pasión.

—No importa —respondo—. Nadie puede vernos aquí.

—No deberíamos…

—No quiero pensar en lo que deberíamos o no deberíamos —lo interrumpo, acercándome más a él—. Lo deseo.

—Ten cuidado con lo que deseas —advierte—. Puedo contenerme hasta cierto grado, Kenna.

Sus dedos se enredan en mi cabello y se presiona con más fuerza. Puedo sentirlo todo de su virilidad, su piel suave y caliente contra la mía, la protuberancia prominente en su cabeza que la hace parecer aún más imponente.

Puedo sentir la urgencia en su movimiento, un deseo que parece consumirlo por dentro y luego la presión de su cadera cuando encaja su miembro en la hendidura entre mis nalgas.

Gimo sin poder evitarlo y yo misma muevo mi cuerpo contra él mientras su sexo se desliza de arriba abajo por mi carne blanda.

Sus jadeos son profundos y contenidos en mi oído tan discretos como sus propios movimientos detrás de mí.

Puedo sentir el vaivén constante de sexo, el ritmo que va aumentando en intensidad contra mi piel. La proximidad de su cuerpo, el calor que emana de él, y el sonido de su respiración entrecortada.

Y luego se mueve de nuevo y deja que su sexo entre en contacto con el mío entre mis piernas. La sensación es indescriptible. Él respira con fuerza a mi espalda, pero se detiene un segundo, una pausa para meditar lo que está ocurriendo quizá.

Me retuerzo de placer contra él con un gemido.

Sus dos manos vuelan a mis caderas para detenerme en el acto. Nos mantiene así durante un tiempo que se me hace eterno, quietos, pero juntos.

Y entonces la punta de su sexo se desliza por mis pliegues húmedos. Roza el extremo más sensible causándome un escalofrío de placer.

Lo encierro entre mis piernas. Los músculos de su pecho se tensan a mi espalda cuando contiene la respiración y luego aumenta la velocidad con que me roza sin llegar a penetrarme. Se mueve cada vez más rápido, el golpeteo sobre mi sexo asciende y se vuelve más fuerte.

Puedo sentir la proximidad de su clímax, la urgencia con la que busca el alivio. El placer se intensifica también en mí, mi respiración se vuelve errática.

Y entonces, él con un gruñido ahogado y lleno de liberación, llega. Sus sacudidas hacen que la sensibilidad de mi sexo se agudice y el clímax me llega con una intensidad feroz.

Un último jadeo contenido se escapa de sus labios mientras su cuerpo se tensa contra mí, un estremecimiento final que precede a la dulce liberación de su semen. El líquido caliente se derrama entre mis piernas.

Un grito escapa de mis labios, mi cuerpo convulsiona, arqueándose contra el suyo mientras las oleadas de placer me recorren.

Un silencio expectante se instala entre nosotros, mientras cada uno procesa en su interior la tormenta de emociones que acaba de azotarnos: una mezcla de furia, desconcierto y una inesperada necesidad de unión.

Avery, cuya presencia sobre mí es una mezcla de calor y peso reconfortante, rompe el silencio.

Su voz, apenas un susurro, tiembla ligeramente mientras dice:

—No sé qué ha pasado... todo se ha descontrolado. La próxima vez, tú serás quien tome las decisiones. No… No debes dejar que yo tome el control. Estoy perdiendo la capacidad de contenerme contigo.

Me da la vuelta con un movimiento lento y deliberado, y nuestros ojos se encuentran. Luego termina él mismo de abrocharse los pantalones con un gesto descuidado.

Mis ojos se fijan en sus labios, entreabiertos y ligeramente hinchados por el beso.

Un silencio expectante se instala entre nosotros, cargado de una tensión eléctrica.

De repente, se acerca a mí y me toma por la cintura, atrayéndome hacia él.

Su cuerpo es cálido y fuerte, un refugio seguro contra la tormenta que se agita en mi interior. Me siento protegida en sus brazos, como si nada malo pudiera ocurrirme mientras estoy con él.

—La próxima vez iré a tu habitación.

Su voz es ronca y cargada de deseo, una promesa que hace que mi corazón lata con fuerza.

—¿A mi habitación?

Repito sus palabras, todavía incapaz de creer lo que estoy escuchando.

—Ya te he dicho que las reglas han cambiado y… no es justo que esto ocurra para ti de esta forma.

Su mirada es intensa, penetrante, como si pudiera leer mis pensamientos más profundos.

—Puede que no me haya ganado el derecho, pero quiero entrar en tu cama. Contigo.

Las últimas palabras resuenan en mi mente, encendiendo un fuego en mi interior. Un fuego que anhelo apagar en sus brazos.

—Avery… —mi voz flota en el aire, cargada de una mezcla de dudas y anhelo.

—No, ya hablaremos. —Su voz es firme, un ancla en la marea de emociones que nos rodea.

Me mira profundamente a los ojos, buscando una señal de comprensión, de aceptación.

—Vamos, ya es hora de que nos vayamos de aquí. —Su tono no deja espacio para el debate, pero en su firmeza, encuentro un extraño consuelo. Se detiene un momento, como si meditara sus siguientes palabras con cuidado—. Quiero que sepas algo importante, algo que debes llevar contigo: jamás aceptaría los avances de Fenella, ni de ninguna otra. Solo siento deseos de estar contigo, Kenna.

Con esas simples palabras, la incertidumbre que había nublado mi mirada da paso a una luz de alivio, pero también de una vulnerabilidad recién descubierta.



Nos separamos discretamente para mantener las apariencias, cada uno tomando un camino diferente para evitar levantar sospechas. Avery encuentra a Douglas entre la multitud y le informa de su intención de llevarme de regreso a la torre intercambiando unas palabras en voz baja con él. Yo, por mi parte, me dirijo hacia mi caballo, sumida en mis propios pensamientos.

Avery me sigue con la mirada y, al verme acercarme a Azabache, el semental más imponente de nuestras cuadras, su expresión se torna en una mezcla de sorpresa y admiración.

—¿Has venido en Azabache? —me pregunta, su voz reflejando su asombro mientras se acerca—. Nunca te he visto montar en él antes.

Con una sonrisa, respondo, compartiendo un secreto a voces. —Eso es porque mi padre no me deja hacerlo, pero ojos que no ven... Claro que dudo que él tenga corazón.

Avery asiente, su sonrisa ampliándose en comprensión. —No te falta razón.

En un movimiento fluido y seguro, se encarama al lomo del caballo con la gracia de un

guerrero nacido para cabalgar. Luego, se gira hacia mí, su mano extendida en una invitación silenciosa.

Me acerco y se inclina hacia mí, sus manos encontrando mi cintura con una familiaridad que envía un calor a través de mi ser. Me ayuda a subir delante de él, sus movimientos cuidadosos pero decididos.

Sentir su presencia detrás de mí, su cuerpo cerca del mío mientras Azabache nos lleva de regreso a la torre, es un recordatorio silencioso de lo complicadas que se han vuelto las cosas entre nosotros. Sin embargo, en ese momento, con la noche envolviéndonos y el camino despejado por delante, esas complicaciones parecen quedar atrás, dejándonos solo a nosotros y al camino que tenemos que recorrer juntos.

Avery azuza al animal y se pone a galope dejando que la oscuridad nos trague.

Capítulo 23



A medida que nos acercamos a la torre Awe, el contorno familiar de la fortaleza emerge de la oscuridad, recortándose contra el cielo estrellado. La noche envuelve todo en una quietud engañosa, haciendo que el regreso parezca un simple retorno a la normalidad después de un día fuera de lo común.

Sin embargo, la normalidad se ve abruptamente interrumpida por la presencia de dos figuras que no esperábamos encontrar a esta hora. Russell MacIntyre y Arthur Campbell se encuentran

frente a la entrada de la torre, sus siluetas recortadas por la luz tenue que emana de las ventanas.

No está claro si nos han estado esperando o si su llegada es una mera coincidencia temporal, pero lo que sí es evidente es el descontento que se dibuja en sus rostros al vernos llegar juntos, montados en el mismo caballo. La tensión entre nosotros y ellos se puede cortar con un cuchillo.

Arthur, en particular, parece especialmente molesto al verme en compañía de Avery. Su ceño fruncido y la mirada dura que nos lanza no dejan lugar a dudas sobre sus sentimientos. No necesita pronunciar una sola palabra; su desaprobación es palpable en el aire frío de la noche.

Mi padre, por su parte, no tarda en expresar su descontento. Su voz, cuando habla, está cargada de reproche y decepción.

—Kenna —comienza mi padre, su voz resonando con una autoridad que esperaba no tener que enfrentar de nuevo tan pronto—. ¿Cuántas veces te he dicho que no montes a Azabache?

Avery desmonta primero con una elegancia que contrasta con la tensión del momento. Luego, me extiende una mano para ayudarme,, un gesto que, bajo otras circunstancias, habría sido simplemente cortés, pero que ahora se siente como un acto de desafío.

Intento mantener la compostura, consciente de que cualquier reacción mía podría empeorar las cosas. Sin embargo, la frustración burbujea en mi interior, luchando por encontrar una salida.

Arthur se acerca un paso, su mirada se desplaza de mí a Avery y viceversa, como si intentara descifrar el misterio de nuestra relación. Su descontento por nuestra proximidad es palpable.

—No es apropiado para una mujer de su estatus viajar sola con un hombre y menos en estas circunstancias. Creía que ese tema ya estaba claro, señorita MacIntyre. Esperaba más prudencia de su parte después de nuestra conversación.

La noche prometía ser un regreso tranquilo a la torre, un momento para procesar los eventos del día y prepararnos para las conversaciones que Avery y yo teníamos pendientes. En cambio, me encuentro en medio de un campo de batalla inesperado, con mi padre y Arthur Campbell unidos en su crítica hacia mi comportamiento.

Miro a Avery. Él mantiene una postura neutral, aunque la tensión en su mandíbula delata su frustración.

—¿Es preferible que vuelva sola? ¿De noche? —inquiero.

—No se preocupe por él, señor Campbell. No es nadie.

La situación se tensa aún más con las palabras de mi padre, un intento evidente de minimizar la importancia de Avery.

Arthur, cuya mirada hasta ahora había estado fija en mí, se vuelve hacia Avery con una expresión indescifrable.

—Lo sé —responde al fin.

El comentario, dirigido a despreciar y minimizar la importancia de Avery, enciende una llama de ira dentro de mí. No solo es injusto, sino que también es una muestra de la arrogancia y el menosprecio con los que Arthur y mi padre consideran a aquellos que, en su opinión, no están a su nivel.

Avery reacciona al comentario con una dignidad silenciosa, aunque la expresión de su rostro se endurece por un instante, una clara señal de su desagrado. Sin embargo, se mantiene callado, consciente de que cualquier palabra suya solo serviría para exacerbar la tensión.

Tomo una respiración profunda, intentando calmar el torbellino de emociones que amenaza con desbordarme.

—Me retiro, caballeros, ha sido un día largo —digo, manteniendo la voz firme y clara, a pesar del temblor de ira que aún resuena en mi interior.

—Kenna, debemos hablar sobre tu futuro y sobre lo que se espera de ti como la futura esposa de Arthur Campbell —interviene mi padre enseguida impidiendo mi retirada.

Avery, a pesar de la clara señal de que no es bienvenido en esta discusión, no se mueve.

—Lleva el caballo al establo —le ordena mi padre con un movimiento de mano despectivo, como si deseara descartar a Avery de la escena con la misma facilidad que se deshace de un objeto molesto. Su voz, impregnada de desdén, no deja lugar a dudas sobre su percepción de Avery como poco más que una herramienta a su servicio.

Mientras él obedece con reticencia, alejándose lentamente, Arthur aprovecha la oportunidad para expresar su desaprobación.

—No entiendo por qué no se deshaces de él comenta en un tono bajo pero claramente audible, sus cejas fruncidas en una expresión de confusión y ligera irritación—. Se nota en su mirada que solo te dará problemas.

—Al contrario, es muy trabajador y eficiente —rebate, defendiendo a Avery con palabras que suenan más a una valoración práctica de sus habilidades que a un verdadero aprecio por la persona.

—Pues me temo que tendrá que hacerlo tarde o temprano.

Mi padre frunce el ceño, descontento con esa idea, pero guarda silencio para no contrariar a su invitado y las perspectivas que llegan con su visita.

Su mirada severa se posa sobre mí, y aunque el cansancio y la tensión del día pesan sobre mis hombros, me mantengo firme ante él.

—Parece que nos hemos quedado sin sirvientes esta noche.

—Padre, es Lammas. Todos están en Cladich, incluso Feenat. La casa está vacía. —Mi voz intenta transmitir la neutralidad.

Su impaciencia se hace más evidente con su respuesta.

—Entonces, supongo que será tarea tuya ocuparte de la cena. No podemos aguardar por el personal —dice cortante, desviando su mirada hacia la cocina como si esperara que me pusiera en marcha de inmediato.

Asiento, sintiendo una mezcla de resignación y un atisbo de determinación. La relación con mi padre nunca ha sido cálida, pero he aprendido a navegar por sus aguas turbulentas.

Afrontar el desafío de preparar una cena con lo poco disponible se convierte en mi foco. Mientras busco ingredientes y enciendo el fuego, hago una promesa de encontrar esas minas y tratar de escapar de las expectativas opresivas de mi padre y de una vida que no me pertenece.

Él aprovecha para contarle a Arthur Campbell una antigua historia sobre la relación de los MacIntyre con Rob Roy y los MacGregor. Mis manos trabajan automáticamente, cortando pan y sirviendo un poco de queso y fruta, mientras su voz llena el espacio.

—En agosto de 1.722, nuestros antepasados se encontraron también en una situación desesperada —comienza mi padre, su voz adquiriendo un tono narrativo mientras Arthur escucha con interés—. Los MacIntyre, que ocupaban un municipio en Invercarnaig, no habían podido pagar el alquiler debido a un año particularmente malo. Ian Og de Glencarnaig había obtenido una orden del tribunal para desalojarlos y apoderarse de sus bienes.

A pesar del ambiente tenso entre nosotros, no puedo evitar ser arrastrada por la historia. Mi padre sabe cómo captar la atención, y la mención de Rob Roy McGregor añade un matiz de aventura y rebeldía a la cena frugal.

—Ante la amenaza inminente, Donald MacIntyre buscó la ayuda de Rob Roy. Él era consciente de que intervenir implicaría un enfrentamiento directo con la ley, y su condición ya era precaria debido a su estatus de fugitivo, pero Rob no podía ignorar la súplica. Conocía el dolor que un desalojo podía causar a una familia, tanto física como mentalmente porque su clan lo llevaba grabado en su alma —continúa mi padre, su mirada perdida en recuerdos de un pasado que parecía tanto heroico como trágico.

Mientras sirvo la comida en platos que he encontrado, me imagino a Rob Roy, convocando a los suyos, preparándose para enfrentar a las fuerzas de Ian Og. La determinación y valentía de aquellos hombres resuena en el aire, casi tangible incluso después de tantos años.

—Rob tendió una emboscada en las orillas del lago Voil. Con un grupo abrumador de cien hombres, esperó. Al amanecer, Ian Og y sus treinta hombres cayeron en la trampa. Fue una victoria sin derramamiento de sangre; los hombres de la ley se rindieron, y después de mantenerlos como rehenes por un día, Rob los liberó, pero solo después de hacerles jurar que nunca volverían —explica mi padre, su tono lleno de un orgullo que raramente muestra.

Arthur asiente, claramente poco impresionado por la astucia y el honor de Rob Roy en defensa de los MacIntyre.

—Es una pena que ya no queden héroes como él.

—La línea entre héroes y villanos es tenue, MacIntyre —replica con un deje de ironía.

—Tiene razón, los MacGregor jamás vieron con buenos ojos a los Campbell.

—Así es. Alcanzar la cima del éxito conlleva un precio; los adversarios acechan en cada sombra. Por suerte, existen los acuerdos matrimoniales para solventar ciertos desacuerdos.

Mi padre, con un brillo de complicidad en los ojos, eleva su copa de vino en un gesto elegante y conciliador.

—Brindo por eso —dice, su voz teñida de una satisfacción poco disimulada.

La conversación fluye hacia los misterios de antaño, y yo, incapaz de disimular mi creciente interés, me inclino ligeramente hacia adelante, ávida de cada palabra.

—Hablando de leyendas y pactos antiguos, he oído rumores —comienzo, mi voz cargada de una curiosidad insaciable—, sobre que únicamente los MacGregor y los MacIntyre conocían el secreto de las minas de Glen Noe. Dicen que Rob Roy encontraba refugio en sus profundidades y por eso era aliado de los MacIntyre.

Arthur, cuya atención hasta ahora parecía meramente cortés, muestra un súbito destello de interés genuino. Su postura se tensa, como si la mención de las minas hubiera tocado una cuerda profunda y resonante en su ser.

—Curioso que lo mencione, señorita MacIntyre —responde, la mirada fija en un punto distante, como si visualizara las minas en su mente—. Los registros antiguos susurran que solo un MacIntyre descendiente directo de Maurice Mac Neil, el primer MacIntyre que se instaló en Glen Noe es capaz de desentrañar la ubicación exacta de esas minas. Un secreto celosamente guardado, que ha eludido a muchos buscadores a lo largo de los siglos. —Me mira directamente cuando dice—. Y ya quedan pocos MacIntyre que desciendan de él.

Un escalofrío recorre mis venas.

—Yo nunca he creído en esas leyendas —comenta mi padre ajeno a todo—. Si hubiera algo así, yo lo sabría. Conozco cada pulgada de Glen Noe como la palma de mi mano.

—¿Y usted, señorita MacIntyre? ¿Qué opina?

La pregunta de Arthur me golpea como una ráfaga de viento frío. Mi mirada se posa en él, sus ojos expectantes clavados en mí.

—Creo que una mujer tiene pocas alternativas para opinar en un mundo de hombres —respondo de forma evasiva.

—Por eso es importante contar con el respaldo de un marido. Para que sea su voz. —Su tono es suave, casi paternalista. Pero en sus ojos hay algo que me inquieta, una chispa de control que me hace sentir incómoda.

—Y su dueño.

La última palabra sale de mi boca como un susurro amargo. Es la cruda realidad que se esconde detrás de las palabras de Arthur.

—Kenna, recoge y retírate a tu habitación —interviene mi padre con disgusto con voz áspera y cortante—. —El señor Campbell y yo hablaremos ahora de hombre a hombre junto a una copa de whisky.

Su mirada se posa sobre mí, fría y despectiva.

Respiro hondo y me levanto de la mesa. Mi mirada se cruza con la de Arthur Campbell. Hay algo en sus ojos que me inquieta, una mezcla de curiosidad y avaricia.

—Con permiso, caballeros.

Me inclino ligeramente recogiendo todos los platos y las copas y salgo del comedor en dirección a la cocina.

Me remango y me dispongo a fregar y dejar la cocina limpia para que Feenat no se encuentre con faena cuando vuelva de su día de fiesta.

Levanto la mirada cuando me percato de que Arthur está entrando en la cocina y se acerca en pocos pasos a mí.

—He visto que tiene una ligera marca en el cuello. ¿Se ha golpeado o ha tenido algún percance? —me pregunta con fingida inocencia señalando su propio cuello.

Una sonrisa traviesa se dibuja en mis labios mientras respondo a la pregunta de Arthur:

—No, no ha sido nada grave. Solo un pequeño accidente con una de mis horquillas mientras me peinaba esta mañana.

—Ah, ya veo —responde Arthur con una sonrisa que no es absoluto sincera—. Sin duda, una horquilla puede ser un arma peligrosa en las manos equivocadas. —Su mirada se posa en mi cuello por un instante, y puedo sentir la intensidad de su escrutinio sobre la marca que es probable que me haya dejado Avery.

—En realidad, soy bastante diestra con las horquillas, y rara vez me causan daño.

—Me alegra saberlo —responde Arthur con un tono serio que me desconcierta un poco—. No me gustaría que se lastimara, señorita MacIntyre.

Un silencio incómodo se instala entre nosotros. Sin embargo, Arthur rápidamente lo rompe

con una pregunta inesperada:

—¿Puedo preguntarte qué estaba haciendo cuando le ocurrió el accidente con la horquilla?

Me tomo un momento para pensar antes de responder.

—No estaba haciendo nada en particular —le digo finalmente—. Simplemente me estaba preparando para el día.

—Espero que ese tipo de accidentes no vuelvan a ocurrir. Su padre me ha alojado cortésmente en una habitación contigua a la suya. Espero que si de nuevo le ocurre algún contratiempo me llame para que pueda ayudarla… De todas formas, estaré atento a los sonidos que provienen de su habitación… por su seguridad.

Las palabras de Arthur, aunque aparentemente amables, esconden un filo de sospecha. En su tono serio y en la intensidad de su mirada se refleja un claro mensaje: sabe que la marca en tu cuello no es producto de un accidente con una horquilla y estará vigilando.

—Por cierto, señor Campbell, hay algo que me gustaría entregarle. Tengo entendido que el señor Ferguson sigue en su castillo. Tengo una misiva que debe llegarle cuanto antes. ¿Podría hacerme ese favor?

Arthur me mira con una mezcla de curiosidad e intriga.

—Claro, ¿de qué se trata?

Bajo la voz y le digo con solemnidad:

—Es personal y acudo a usted, confiando en que su código de caballero le obligará a mantener la confidencialidad de todo esto.

Arthur se yergue, adoptando una actitud seria.

—Por supuesto, puede confiar en mi discreción y en que se lo entregaré a la mayor brevedad posible.

—Gracias. Luego se lo entregaré.

Él asiente antes de cruzar sus manos a su espalda y hacer el amago de marcharse, pero se lo piensa mejor.

—Señorita MacIntyre, se lo permito ahora, pero en cuento sea mi mujer, no habrá secretos entre nosotros. No vuelve a apelar a mi código de caballero, porque no le funcionará. Primero seré esposo y luego caballero para usted. A cambio, no tendrá que volver a fregar un solo plato ni servir a nadie y puede que incluso le permita montar a caballo como guste. Creo que es un trato justo.

—Lo parece —musito no muy convencida, aunque a él mi respuesta le parece suficiente y se va dejándome sola en la cocina con un nudo en el estómago que no se va ni imaginando que es

la cabeza de ese hombre la que mantengo bajo el agua sucia y no un plato.

« ¿Esposo? ¿Caballero? Más bien un tirano con ínfulas de galán».

Este hombre tiene la sutileza de un elefante en una tienda de porcelana. Su propuesta de matrimonio suena más a que yo fuera un premio ganado en un tómbola. ¿Acaso cree que soy un caballo que necesita ser domado?

Su mirada penetrante me taladra como si quisiera descubrir qué secretos esconde mi piel bajo el vestido. Debería decirle que el único misterio aquí es cómo he logrado mantener mi cordura en esta casa llena de lunáticos.

«Sí, Arthur, un matrimonio sin secretos suena maravilloso. Aunque, en mi caso, deberías prepararte para una avalancha de verdades que te dejarían con la boca abierta. Sobre todo si te dejo bien claro lo que pienso de ti y tu bigote retorcido».

Arthur se pavonea como un pavo real, hablando de su código de caballero. Debería recordar que su armadura está más oxidada que la cubertería de los MacIntyre.

Su idea de un trato justo es una broma. Me ofrece una vida sin fregar platos a cambio de mi libertad y mi alma. ¡Qué magnánimo!

Y ese interés por las leyendas…

«Qué amable de su parte, señor Campbell, interesarse por mis humildes minas. Estoy segura de que su filantrópica curiosidad no tiene nada que ver con la riqueza que albergan».

Si el señor Campbell sigue con esa mirada codiciosa, no me sorprendería que empezara a excavar en mi jardín en busca de pepitas de oro.

Y ahora a soportar que duerma en la habitación de al lado… Podré escuchar sus ronquidos como una dulce melodía mientras me acurruco en la cama, soñando con horquillas mucho más atractivas e interesantes.

Capítulo 24



Por la mañana, Arthur me propone dar un paseo en su calesa por los caminos que serpentean alrededor de Glen Noe.

Anoche, mi padre y él cerraron el trato sobre nuestro compromiso mientras yo dormía. Así que aquí estamos, oficialmente prometidos, aunque con la condición de mantenerlo en secreto por el momento, dada la reciente viudez de Arthur y las expectativas sociales.

Bramwell decide unirse a nosotros, rebosante de una energía que parece no conocer límites. Su interacción con Arthur me toma por sorpresa; hay una familiaridad entre ellos que no había

notado antes.

—Mi enhorabuena, señor Campbell —Bramwell le da una palmada amistosa en el hombro a Arthur con una sonrisa que no sé si catalogar de sincera o irónica—. Parece que pronto seremos familia.

Arthur asiente, su sonrisa no revela nada más que una cortesía superficial.

—Gracias, señor Kerr. Espero que este enlace nos una no solo como familia, sino también como amigos.

Me sorprende el tono cercano casi íntimo, de su conversación. Me doy cuenta de que hay capas en su relación que no había percibido.

—Parece que ustedes se conocen bastante bien —comento, tratando de esconder mi curiosidad.

Bramwell me mira con una chispa de picardía en sus ojos.

—Así es, Kenna. El mundo está lleno de giros inesperados. Y resulta que el señor Campbell y yo tenemos unas cuantas historias compartidas. ¿No es así?

Arthur asiente distraído mirando alrededor.

—Es cierto. Nuestros caminos se han cruzado de formas que ninguno de los dos podría haber anticipado. Pero esa es una historia para otro día.

Entonces, con una mezcla de curiosidad y una pizca de recelo, Bramwell se lanza al ruedo.

—Entonces, ¿la dote incluye esa parcela de tierra que pertenece a los MacIntyre por derecho de conquista

Arthur responde con un tono que no logra esconder su desdén.

—¿Esa tierra que los MacIntyre tanto se empeñan en mantener? —replica con un leve rictus de desprecio en los labios—. No, ya le he mencionado que Russell se aferra a ese pedazo como si le fuera la vida en ello. He intentado comprarlo varias veces sin éxito.

Escuchando esta conversación, no puedo evitar intervenir, mi curiosidad picada por el velado interés que muestra Arthur.

—¿Pero por qué tanto ahínco en esa parcela? Es montañosa y no hay forma de sacar algún provecho de ella —curioseo, intentando sonar lo más neutra posible, aunque por dentro, una tormenta de preguntas empieza a formarse.

Arthur me mira de forma directa, sus ojos buscando transmitir sinceridad.

—Es simplemente una cuestión de territorialidad, Kenna —explica con una calma estudiada —. Quiero reunificar todo el terreno de Glen Noe bajo el estandarte de los Campbell. No es más

que eso, un asunto de recuperar lo que una vez fue nuestro.

Me cruzo de brazos, sintiendo cómo la indignación burbujea dentro de mí.

—Si vamos a hablar de derechos territoriales, todo Awe debería pertenecer a los MacIntyre. Fueron nosotros lo primeros en establecernos aquí. —Hago una pausa—. Si nuestro antepasado MacIntyre hubiera sido más astuto y ambicioso, hubiera previsto que los Campbell cambiarían de parecer.

«El "acuerdo" para quedarnos con esas tierras incluía solo un pago simbólico, pero los Campbell de ahora, renegando de su palabra, elevan la renta de manera desproporcionada».

Arthur, manteniendo su tono condescendiente, replica:

—Los MacIntyre siempre han sido más poetas que estrategas. Vuestra inclinación hacia las artes y la justicia os ha dejado a menudo en desventaja en el juego de poder.

—Lo que ha venido muy bien a los Campbell —replico, mi voz cargada con un matiz de desafío que no logro «ni quiero» ocultar.

Arthur me mira fijamente, evaluando mi respuesta, y por un momento, el aire entre nosotros se carga con una tensión palpable. Hay un brillo en sus ojos que no sé interpretar, ¿es respeto, sorpresa o simplemente el reflejo de su constante calculadora astucia?

—Es cierto —admite finalmente, su tono suavizándose ligeramente, aunque la condescendencia nunca desaparece del todo—. Los MacIntyre, con su honor y su integridad, han facilitado a menudo nuestros... empeños. Pero, querida, el mundo es un tablero de ajedrez, y no todos pueden ser los reyes y reinas. Algunos deben ser peones.

La comparación me molesta, pero también enciende una chispa de desafío dentro de mí.

«¿Peones?».

Puede que los MacIntyre hayan sido subestimados, relegados a un papel secundario en la historia escrita por los vencedores, pero cada pieza en el ajedrez tiene el potencial de cambiar el curso del juego.

—Quizá —respondo, manteniendo la calma pero con firmeza en mi voz—, pero incluso un peón puede cruzar el tablero y convertirse en reina. No subestime a los MacIntyre, señor Campbell. La historia aún está por escribirse.

Arthur sonríe, un gesto que parece mezclar admiración y el reconocimiento de un reto bien planteado.

—He de admitir que usted, señorita MacIntyre, ha captado por completo mi atención. Llevo un tiempo observándola, y puedo afirmar sin temor a equivocarme que representa lo mejor de su linaje en generaciones —me confiesa, dejándome sorprendida por su franqueza—. Sin duda, el futuro es un libro abierto. Veamos entonces cómo se escriben los próximos capítulos.

Bramwell interrumpe con un tono cargado de desdén, ansioso por cambiar el rumbo de la conversación.

—Guardemos las galanterías para otro momento, señor Campbell. Ahora, sugiero que bajemos de la calesa y estiremos las piernas un poco.

Aceptando la propuesta, Arthur detiene el vehículo en las faldas del imponente Ben Cruachan, un paisaje que respira la esencia de leyendas antiguas.

—¿Han explorado alguna vez esa parcela de tierra que les pertenece? —inquiere Arthur, su curiosidad apenas disimulada por la cortesía.

—Varias veces de niña —le respondo—. Luego mi padre comenzó a reprenderme por correr de manera impropia de una dama por allí.

Ese pedazo de tierra es un terreno escarpado, dominado por una roca blanca solitaria que se erige como testigo mudo de la historia y los secretos de mi clan.

Recuerdo haber leído en el libro negro sobre los orígenes míticos del Clan MacIntyre, cómo se dice que surgimos en las Hébridas y, guiados por un espíritu de la montaña, encontramos nuestro hogar en Glen Noe gracias al descanso de una vaca blanca, marcando así el territorio que hasta hoy sigue en manos de los MacIntyre.

Ese pedazo de tierra, custodiado por la roca blanca donde el becerro blanco descansó, se ha convertido en un símbolo de nuestra pertenencia y resistencia ante los intentos de los Campbell por arrebatárnoslo.

El único terreno que no se incluyó en el acuerdo de vasallaje que en un principio obligaba a los MacIntyre a pagar a los Campbell con una bola de nieve en verano y un ternero blanco en invierno que luego era servido para ambos clanes en comunión.

En contra de lo que piensa Arthur, creo que ese singular acuerdo simboliza la sagacidad y la habilidad negociadora de los MacIntyre para mantener su posición dentro una situación de desventaja.

—¿Subimos? —me sugiere Arthur, extendiéndome su mano con una invitación implícita en su gesto.

Kenna se remanga la falda, agarrando con firmeza la mano que Arthur le ofrece. Juntos, inician la ascensión por la empinada ladera de la montaña.

—No se suelte, es fácil perderse por estos senderos poco transitados —le advierte Arthur, asegurándose de que su agarre sea seguro y constante.

—No imaginaba que este paseo se convertiría en una prueba de destreza física —comento, mi voz teñida de un sarcasmo ligero, mientras sigo el paso firme de Arthur sorteando rocas y zarzas.

—Sé que hay una aventurera en usted. De niña, nada la detenía —me dice él, sus palabras evocando recuerdos de una infancia salvaje y libre, mientras seguimos subiendo.

Bramwell nos sigue de cerca, resoplando debido a lo escarpado y el pronunciado desnivel del camino.

A medida que avanzamos, el terreno se vuelve más desafiante, pero la determinación de Arthur no flaquea. Bramwell, aunque claramente molesto por el esfuerzo, no se queda atrás. La vista que se despliega ante nosotros, a medida que ganamos altura, hace que cualquier queja se disuelva en la magnificencia del paisaje.

Arthur, con un conocimiento casi innato del terreno, nos guía por senderos que serpentean entre antiguos árboles y rocas musgosas, revelando vistas cada vez más impresionantes de Glen Noe y sus alrededores. A pesar del esfuerzo físico, hay algo profundamente revitalizante en este ascenso, una sensación de estar conectados no solo con la tierra bajo nuestros pies sino con las historias y leyendas que la pueblan.

—¿Ve? No es solo una cuestión de llegar a la cima, sino de todo lo que observamos y experimentamos en el camino —comenta Arthur, ofreciendo una perspectiva que invita a reflexionar.

Bramwell, por su parte, parece menos interesado en la filosofía del viaje y más enfocado en superar el reto físico que representa. Entre jadeos logra articular:

—¿Seguro que esto no es el camino al mismísimo cielo? Porque siento que mi alma ya se está despidiendo.

Al escuchar el comentario de Bramwell, no puedo contener una risa genuina, liberando la tensión del ascenso.

Arthur, captando el momento con una sonrisa, aprovecha para decir:

—El ejercicio es revitalizante para el cuerpo.

Sin perder el ritmo, Bramwell responde con una insinuación burlona:

—Ah, claro, ahora todo tiene sentido, señor Campbell. Se mantiene en forma para... ciertas actividades recreativas, ¿no es así? Supongo que escalar montañas no es lo único que requiere resistencia.

Arthur le lanza una mirada dura a Bramwell, un claro aviso para que modere su tono.

Los miro a ambos, confundida y sin entender completamente la dinámica que se desarrolla entre ellos.

—Tarde o temprano lo sabrá —murmura Bramwell, casi para sí mismo, mientras continúa su ascenso detrás de nosotros.

Finalmente, llegamos a la roca blanca, un monolito imponente que se alza solitario contra el cielo. Su superficie, pulida por los años y las inclemencias del tiempo, destella bajo el sol del mediodía, un faro de luz en medio de la montaña. El blanco, color emblemático de los MacIntyre, simboliza la pureza y la resistencia de nuestro clan, un recordatorio constante de nuestra historia y nuestros valores.

Mientras observo la roca, pienso en nuestro lema, *«Per Ardua»*, a través de las penurias.

Esas palabras han sido un faro de inspiración en mi vida, recordándome que, no importa la dificultad del camino, la fortaleza y la determinación siempre encontrarán una vía hacia adelante.

En este momento, frente a este símbolo de nuestra identidad, siento una conexión profunda con mi linaje y el legado que se espera que continúe.

Extiendo la mano hacia la roca, sintiendo su frescura bajo mis dedos. En ese instante, noto cómo los dos hombres intercambian una mirada cargada de significado, aunque no logro descifrarla completamente.

—¿Siente algo? —me pregunta Arthur, su voz teñida de una curiosidad genuina.

—¿Que si siento algo? —repito, esbozando una media sonrisa mientras me alejo un poco de la roca—. Principalmente cansancio y una buena dosis de curiosidad sobre este misterio que tanto les interesa.

«Casi me entra la risa».

¿Acaso estos dos hombres, tan respetables y aparentemente sensatos, esperaban que al tocar yo la roca se revelaran las entradas a la mina por arte de magia?

Aunque me han dado una pista sin querer. Las minas están ahí, en ese trozo de tierra que los MacIntyre se han empeñado en mantener.

—¿Desde dónde hasta qué perímetro llegan los confines de esta parcela? —pregunto, mirando a Arthur, interesada en ver hasta dónde se extiende su conocimiento sobre este lugar.

Arthur, sin vacilar y como si tuviera el mapa grabado en su mente, responde con precisión:

—Se extiende desde el arroyo al norte, bordeando el bosque de Caledonia, hasta alcanzar el pie del Ben Cruachan al sur. Al este, limita con el sendero de piedras antiguas y al oeste, con la línea donde la sombra del pico cae al atardecer. Es un terreno vasto lleno de historia.

—Veo que conoce muy bien las lindes de su territorio —me burlo, dejando entrever mi escepticismo ante su detallado conocimiento de una tierra que técnicamente no le pertenece.

Arthur me lanza una mirada, en la que logro captar un destello de humor ante mi burla.

—Es importante conocer bien los terrenos que rodean los propios dominios, señorita MacIntyre —responde con una sonrisa irónica—. Nunca se sabe cuándo puede surgir la

necesidad de... ampliar las fronteras. Y yo soy un conquistador.

Bramwell, que ha permanecido en silencio hasta ahora, emite un sonido que podría interpretarse como una risa sofocada o un resoplido de desdén.

—¿Quiere echar un vistazo? —insiste Arthur, su tono sugiriendo que hay algo que merece ser explorado más allá de la simple roca.

—Claro, quizás descubramos un círculo de hadas y nos transportemos siglos atrás. Quién sabe, podría aprovechar para aconsejar a mi ancestro sobre la confianza que debe depositar en los Campbell —respondo con una mezcla de sarcasmo y juego, imaginando la escena.

Arthur me mira, su expresión se endurece un poco, pero la chispa de desafío en sus ojos no desaparece.

—Le recuerdo, señorita MacIntyre, que pronto llevará el apellido Campbell —me dice, subrayando el hecho de que nuestras familias están a punto de unirse, no solo a través de la tierra, sino también mediante el matrimonio.

Su comentario me hace detenerme por un momento, considerando la ironía de mi posición: criticando a un clan al que estoy a punto de unirme.

Arthur capta la pausa en mi ánimo y, con una suavidad inesperada, toma mi mano entre las suyas. La eleva con delicadeza hasta sus labios, depositando un beso ligero que parece prometer algo más allá de cortesía.

—Si me da una oportunidad, señorita MacIntyre, tal vez descubra que puede ser feliz a mi lado —dice, su voz baja y cálida, infundiendo un tono de sinceridad que no esperaba.

—Descubrirá muchas cosas, eso seguro —comenta Bramwell a nuestra espalda lo que hace que Arthur vuelva a lanzarle una mirada dura y reprobadora.

Capítulo 25



Arthur se despide, y aprovechando un breve descuido de mi padre, le entrego el sobre sellado y lacrado para el señor Ferguson. Lo guarda en su chaqueta con un gesto rápido y discreto, sin apartar su mirada penetrante de la mía.

Luego coge mi mano con la suya y se la lleva a los labios.

—Volveré a verla con asiduidad —me asegura con voz grave, prometiendo un futuro incierto—. Le enviaré vestidos y una calesa apropiada para que pueda viajar sola con seguridad. A partir de ahora está bajo mi cuidado. No más fregar platos ni vestir de forma anticuada.

Avery pasa junto a nosotros, impregnado del aroma a heno y sudor tras una larga jornada en los establos. Sus ropas desgastadas y su rostro curtido por el trabajo y su barba descuidada contrastan con la elegancia de Arthur. Sus miradas se cruzan en un tenso silencio, un duelo de voluntades.

Mi padre se reúne con nosotros, y Arthur, señalando a Avery con un gesto despectivo, le dice:

—Ya puede deshacerse de ese hombre y buscar jornaleros cualificados, señor MacIntyre. He bajado su renta considerablemente.

Mi padre frunce el ceño, dudando ante la sugerencia.

—Ese hombre me ahorra muchos gastos y es muy eficiente —le responde Russell con firmeza, su voz resonando con seguridad—. No hay necesidad de deshacerme de él aún. Es la mejor inversión que he hecho nunca. Aparte de este acuerdo matrimonial, por supuesto. Como hemos acordado esperaré a la boda.

Las palabras de mi padre resuenan en el aire, cargadas de una seguridad inquebrantable. Una tensión palpable se instala entre ellos, mientras yo observo en silencio, sintiendo cómo la dinámica de poder entre ambos hombres se transforma de forma sutil pero significativa.

Fenella se une a la despedida, aún rebosante de la euforia de los últimos acontecimientos. Su brazo se desliza alrededor de mi cintura como si fuera una madre cariñosa, una imagen que me provoca un escalofrío irónico.

«Si las madrastras crueles de los cuentos clásicos existieran, sin duda encontrarían inspiración en ella».

Su sonrisa radiante es tan falsa como el oro que adorna su cuello. Su voz, melodiosa y dulce como la miel envenenada, me susurra al oído:

—Querida Kenna, estoy tan contenta de que todo haya salido tan bien. —Sus palabras suenan huecas, vacías de cualquier sentimiento genuino.

Me aparto de su abrazo con una sutil pero firme maniobra. No puedo evitar sentir repugnancia ante su falsa amabilidad. Su presencia me recuerda la oscuridad que se esconde bajo la superficie de esta familia.

Esta mujer es peligrosa, y no dudará en usar cualquier arma a su disposición para destruir a cualquiera que se interponga en su camino.

Observo a Arthur de reojo. Su mirada se encuentra con la mía por un breve instante, y en sus ojos veo un destello de comprensión. Él también sabe lo que es Fenella.

Arthur se aproxima a mí antes de partir, su voz ronca rozando mi oído en un susurro casi imperceptible. Sus palabras, cargadas de una intensidad inesperada.

—Lo mismo que tú has confiado en mi caballerosidad para tus asuntos, espero lo mismo de ti —murmura—. Te entrego mi confianza y espero que cualquier cosa que debas entregar sea solo a mí.

El doble sentido de sus palabras no deja lugar a dudas. Un silencio expectante se instala entre nosotros.

Sin decir nada más, Arthur sube a su calesa y se aleja, dejando tras de sí una estela de polvo.

Sé que he cruzado una línea invisible con Avery, que he entrado en un territorio desconocido donde las reglas son difusas y las emociones se intensifican y que eso nos es justo para un futuro esposo, pero mi matrimonio con Arthur no es algo que yo haya elegido ni estoy todavía resignada a aceptarlo.

Me encuentro atrapada en una encrucijada. Por un lado, mi deber como futura esposa me obliga a ser fiel y obediente. Por otro lado, mi corazón anhela una libertad que me ha sido negada. No sé qué camino elegir, ni qué consecuencias tendrán mis decisiones.

Solo sé que los encuentros con Avery han abierto una puerta a un mundo de posibilidades, un mundo que me seduce con sus promesas de pasión y aventura. Pero también es un mundo lleno de peligros, un mundo en el que podría perderlo todo.

«¿Seré capaz de resistir la tentación y seguir el camino del deber? O, por el contrario, ¿me dejaré llevar por mis deseos y me adentraré en lo desconocido, sin importar las consecuencias?».

A lo lejos, la figura de Avery se recorta contra el cielo, una estampa varonil y sensual bajo el sol radiante.

Deja caer el agua fresca de un cubo sobre su cabeza, un torrente cristalino que se desliza por su cabello oscuro, empapando su rostro y torso en un velo líquido. Las gotas resbalan por su piel tersa, brillando como diamantes bajo la luz del mediodía.

Su camisa se adhiere a su pecho, delineando la musculatura de su torso. Los músculos pectorales se contraen con cada movimiento, mientras que sus abdominales se marcan bajo la tela húmeda.

Un rastro de agua recorre su abdomen y se pierde en la cintura de su pantalón, creando una imagen irresistiblemente masculina.

El agua cae por sus brazos musculosos, resbalando por las venas que se marcan bajo la piel. Sus manos, fuertes y curtidas por el trabajo, se aprietan en puños mientras disfruta del frescor del agua.

Un jadeo de satisfacción escapa de sus labios, un sonido gutural que refleja la intensidad de la experiencia.

En ese instante, Avery es la personificación de la virilidad. Su cuerpo, mojado y reluciente, emana una energía primal que cautiva y seduce. Es una imagen que despierta los sentidos, una invitación a la sensualidad y al deseo.

Un rubor se apodera de mis mejillas y un suspiro escapa de mis labios.

«¡Ay, Dios mío! Que la decencia me perdone, pero resistir la tentación en estos términos es muy difícil».



—Al fin has servido para algo —comenta Fenella durante la cena sin que mi padre levante la mirada de su plato para mostrar contrariedad por sus palabras—. Es un milagro que Arthur tenga interés en hacerte su mujer.

—Gracias por tu opinión, madre —digo con voz dulce y venenosa—. Siempre es un placer recibir tus sabios consejos.

Mi padre levanta la vista de su plato, sus ojos grises como el acero me fulminan:

—Kenna, ten cuidado con tu tono —gruñe, su voz cargada de desaprobación—. Tu madre tiene razón, este matrimonio es una oportunidad que no debes desaprovechar.

Aprieto los puños bajo la mesa, las uñas se clavan en mis palmas.

—Arthur siempre ha tenido un ojo sobre Kenna, madre —comenta con tono burlón—. Creo que le excita que sea su vasalla más difícil… o tal vez que sea la única que no ha intentado seducir al futuro duque.

Respiro hondo y sonrío con ironía.

—Creo que su interés es otro —murmuro, con la voz apenas audible.

—Tienes razón en creer que sus intereses son… peculiares. —Bramwell me mira con una sonrisa lasciva—. Oh, no me digas que te has ilusionado con el galán.

Es en ese instante, cuando la tensión entre nosotros podría cortarse con un cuchillo, que Avery aparece en el comedor. La conversación se detiene bruscamente, y todos volvemos nuestra atención hacia él. Con su presencia imponente y esa mirada fría, casi helada, Avery parece perturbar el aire a su alrededor.

—Perdón por la interrupción —dice Avery, su voz tan fría y dura como su mirada, dirigiéndose directamente a mi padre, Russell—. Pero es necesario que sepa que hemos encontrado a un hombre merodeando de forma sospechosa por los alrededores de la finca.

Mi padre, con una determinación inquebrantable en su voz, pregunta de inmediato:

—¿Dónde está ahora?

Avery responde con calma:

—Thomas lo retiene.

Con un gesto decidido, mi padre señala a Bramwell para que le acompañe. Al levantarse, él no pierde la oportunidad de lanzarme una última provocación, inclinándose hacia mí con una sonrisa burlona:

—Así que Arthur Campbell te ha conquistado con sus maneras finas.

—No seas ridículo —replico con firmeza—. Él no me interesa de esa manera.

Sin embargo, Bramwell se ríe entre dientes, claramente divertido por la situación.

—Como tú digas, hermana —dice, aún incrédulo—. Pero he visto cómo os miráis. La química entre vosotros es innegable, y ese sonrojo en tus mejillas durante el paseo de esta mañana no miente.

El incidente con el intruso toma un giro inesperado cuando este logra propinarle un golpe sorpresivo a Thomas, facilitando su fuga en la oscuridad de la noche.

La confusión se apodera del comedor y entre murmullos y conjeturas sobre las intenciones y la identidad del desconocido, la cena llega a un abrupto final.

Me retiro a mi habitación, los pensamientos girando en mi cabeza como un torbellino. ¿Quién podría ser ese hombre y qué buscaría en nuestras tierras? La incertidumbre me acompaña, pesada como una manta, mientras cruzo el umbral de mi cuarto.

Justo al hacerlo, una silueta masculina emerge desde las sombras, recortada dramáticamente contra el tenue resplandor de la luna que se filtra a través de la ventana. Su presencia, inesperada y amenazante, me roba un grito de terror que queda sofocado en mi garganta cuando su mano se lanza sobre mí, sellando mis labios con una presión firme, mientras otro brazo me envuelve la cintura, inmovilizándome contra su figura.

—Soy yo, Kenna. Mantén el silencio —susurra Avery, su aliento cálido acariciando el borde de mi oreja.

El aire se congela en mis pulmones al sentir su voz en mi oído y su brazo fuerte aprisionándome contra su cuerpo. La sorpresa inicial da paso a una mezcla de alivio y enojo al reconocer la voz de Avery, aunque su forma de aparecer en mi habitación y silenciarme es cualquier cosa menos reconfortante.

—Avery, ¿qué demonios? —logro susurrar, una vez que me da espacio para respirar, aunque sigue manteniéndome cerca—. Casi me muero del susto.

Intento leer su expresión en la penumbra, buscando entender su repentina aparición.

—El hombre que ha escapado, ¿quién era? —pregunto, ansiosa por obtener alguna respuesta que disipe la neblina de incertidumbre.

Avery exhala, una señal de frustración o quizás de preocupación.

—No sabemos mucho aún —admite—. Podría ser un simple ratero. Pero Douglas cree que hay más que uno merodeando por la zona. Algunas personas del pueblo han mencionado ver a un grupo de hombres con aspecto amenazante en los alrededores. Mañana saldremos a enfrentarlos.

—Eso suena peligroso —replico, sintiendo un nudo de preocupación en el estómago.

—Soy un soldado, Kenna —dice Avery, su voz toma un tono más serio—. Este tipo de misiones han sido parte de mi vida durante mucho tiempo.

Sus palabras me toman por sorpresa. Es la primera vez que menciona algo sobre su pasado o sus experiencias. La curiosidad me pica, y decido indagar más.

—¿Y nunca tienes miedo? —la pregunta escapa de mis labios antes de que pueda contenerla.

Avery se toma un momento antes de responder, como si estuviera ponderando cuánto revelar.

—El miedo es parte de la condición humana. Lo importante es lo que haces con él. En la guerra, aprendes a usarlo a tu favor, como un recordatorio de que estás vivo, de que tienes algo por lo que luchar.

La profundidad de sus palabras me deja pensativa, considerando la complejidad del hombre frente a mí.

—¿Y por qué luchar? —insisto, buscando entenderlo aún más.

—Por muchas razones —responde, y puedo imaginarlo encogiéndose de hombros en la oscuridad—. Por los que amas, por un futuro mejor... A veces, incluso por redención.

La honestidad en su voz me impacta, y un silencio cómplice se instala entre nosotros. Me doy cuenta de que, a pesar de la proximidad física, hay todavía distancias enormes entre los dos, mundos de experiencias y secretos aún por descubrir.

Avery rompe el breve silencio que se ha formado, su tono ahora lleva una corriente subyacente de algo que no logro descifrar de inmediato.

—Así que… —empieza, y puedo sentir cómo el aire se carga con una tensión diferente— debo felicitarte por tu compromiso

El tono de su voz, teñido de resentimiento, me golpea con una fuerza inesperada. Sus

palabras, aunque pronunciadas como una formalidad, destilan una amargura que no había visto en él hasta ahora.

—Gracias —digo, aunque mi respuesta se siente vacía, inadecuada ante la complejidad de nuestras emociones.

El silencio que sigue es incómodo, pesado con todo lo que no se está diciendo. Avery sostiene mi mirada por un momento, sus ojos cristalinos reflejando una tormenta de sentimientos que luchan por salir.

—Realmente, qué afortunada debes sentirte —continúa, su voz, un filo afilado—, asegurándote un futuro con el querido Arthur Campbell. Debe ser reconfortante saber que has elegido el camino… más conveniente.

El sarcasmo en su tono es inconfundible ahora, una muestra clara de su desdén no solo por la situación, sino por lo que percibe como mi falta de voluntad para desafiar las expectativas.

—Yo no he elegido nada.

—Ah, pero claro que sí, Kenna —me interrumpe, casi con amargura—. ¿Cómo podría alguien rechazar una oferta tan… espléndida? Solo es el futuro duque de Argyll. Y por si fuera poco… ¿Cómo era? Ah, sí. Te ha conquistado con sus galanterías finas. Pero no te engañes, Arthur no es un hombre de corazón noble. Ten cuidado con él.

—¿Crees que no lo sé? ¿Que no entiendo que esta unión es por interés? —respondo, mi voz firme, aunque por dentro me siento tambaleante—. Arthur cree que solo un MacIntyre, descendiente directo de Maurice Mac Neil, puede descubrir la ubicación de las minas, y sospecha que están en ese pedazo de tierra en Ben Cruachan que aún nos pertenece.

—¿Y cómo piensa que lo descubrirás? —Su pregunta es casi un desafío, sus brazos cruzados sobre el pecho, la postura cerrada y defensiva.

—No lo sé, pero me llevó hasta la piedra blanca y me hizo tocarla como si esperase alguna especie de aparición mágica —digo, intentando encontrar un atisbo de humor en la absurda situación, pero mi sonrisa se desvanece ante la seriedad del asunto.

Avery resopla, su incredulidad manifiesta en el gesto de desdén que cruza su rostro por un momento.

—Y ahora tú también crees que están ahí —dice, más una afirmación que una pregunta, evaluándome con una mirada que intenta perforar mi fachada.

—Sí. Lo creo —admito, sin desviar los ojos, enfrentando la intensidad de su escrutinio—. Avery, acabas de decir que uno de los motivos para luchar es para defender lo que amas. Yo amo esta tierra y a todos los que dependen de ella. —Mis palabras fluyen con una pasión que no puedo contener, mis manos gesticulando para subrayar cada punto—. Si hubiera otra forma de salvar a mi clan, lo haría, pero por ahora, aceptar las "galanterías finas" de Arthur es lo único que puedo hacer.

—¿Sabes lo que tiene ese hombre en su calabazo, Kenna? Cadenas de suspensión, jaulas, látigos, un potro…

—¿Un potro?

—Digamos que es un asiento de madera poco cómodo para atarte… desnuda… abierta… y sumisa para que él pueda hacer contigo lo que quiera.

Las palabras de Avery son como un puñetazo en el estómago. Un escalofrío recorre mi cuerpo, la piel se me eriza bajo su vestido.

—¿Por qué me cuentas eso? ¿Por qué quieres asustarme?

—Porque debes saberlo. El mundo que te espera no es de galanterías y bailes, Kenna —dice con voz grave—. Es un mundo de violencia y de dolor.

—No puedo creerlo —musito con voz temblorosa—. Arthur no me ha hecho nada para que yo piense que es capaz de tal crueldad.

Avery me mira con una mezcla de lástima y desdén.

—La ingenuidad te nubla el juicio, Kenna —dice con voz áspera—. Arthur es un hombre despiadado, un sádico que disfruta infligiendo dolor a los demás. No te dejes engañar por su fachada de noble estirado.

—¿Cómo puedes tú saberlo? —insisto.

—Digamos que Bramwell no tardó mucho en contármelo.

—¿Y por qué te contaría algo así sin más? —pregunto, mi voz temblando con una mezcla de repulsión y miedo.

Se produce una larga pausa antes de que responda, su expresión se vuelve fría.

—Porque sabía que me atormentaría.

—No debes creer todo lo que dice Bramwell. Es un hombre manipulador que disfruta jugando con las emociones de los demás.

—Ya veo… No quieres creer eso de Arthur Campbell. ¿Debería hacerte una demostración de lo que te espera con él?

—No... no te atrevas.

Capítulo 26



La idea de que Avery, con su mirada oscura y su aura de peligro, me haga una demostración de ese tipo de prácticas es aterradora… «¿no?».

—¿Te acobarda la idea de ser dominada? ¿De ser vulnerable y que pueda hacer contigo todo lo que quiera?

Se acerca a mí a medida que yo retrocedo, un paso a la vez, su presencia dominante llenando la habitación. Me siento acorralada, atrapada entre la furia de Avery y la intriga que su actitud me provoca.

Mis piernas tropiezan con el borde de la cama y, en ese instante, él me atrapa por las muñecas, obligándome a tumbarme de espaldas sobre el colchón con una intensidad brutal, mientras se cierne sobre mí.

Me aprieta las manos por encima de mi cabeza mientras me obliga a separar los muslos con una rodilla y luego toma mis labios atravesándolos con su lengua. Me chupa y lame sin contención mientras sus caderas se hacen sitio entre mis piernas y separan aún más mis muslos.

Su cuerpo se presiona contra el mío, y puedo sentir su calor, su fuerza, pero también su rabia y su rechazo a esa posible unión entre Arthur y yo.

Puedo sentir sus dientes sobre mis labios y en el interior de mi boca, rozando con una suave presión. La amenaza de un mordisco que nunca llega a lastimar, solo a incitar, a desafiar la barrera entre el dolor y el placer.

Levanta la mirada para observarme y sus ojos brillan con una luz salvaje y casi animal que solo puedo describir como puro deseo que paraliza mi corazón.

—¿Quieres que me detenga? —me pregunta.

—No —susurro poco consciente del verdadero peligro de este juego.

Sus labios se apoderan de nuevo de los míos, y el mundo a mi alrededor se difumina en una bruma de emociones desbordantes. Es un beso que exige, que reclama, y que no deja espacio para la resistencia. Su lengua, audaz y descarada, se desliza en mi boca, explorando y conquistando cada rincón con una insistencia irresistible.

Un gemido ahogado escapa de mis labios, perdiéndose en la danza apasionada de nuestras bocas. Trato de soltar mis manos, buscando estabilidad ante la embestida de su pasión, pero solo encuentro la firmeza de su cuerpo, un muro de músculos que no cede ni un ápice.

Retiene mis muñecas con una mano y con la otra tira bruscamente de mi escote, exponiendo mi pecho a la luz de la luna y a su mirada hambrienta.

Su pulgar pasa sobre mi pezón, provocando una ola de placer que irradia por todo mi cuerpo. Otro gemido escapa de mis labios, y sin pensarlo, muevo mis caderas contra él, sintiendo su enorme tamaño presionando contra mí, puedo sentir su miembro presionar contra mi sexo.

Y entonces baja la cabeza y se lleva mi pezón a su boca, y la sensación de su calor y humedad es abrumadora.

La forma en que su lengua juega succiona y acaricia es exquisita, cada movimiento diseñado para arrancar otra oleada de placer de mi interior. Siento cómo mi cuerpo responde a cada uno de sus toques con una necesidad creciente y desesperada.

Suelta mi pezón con un sonido húmedo y el aire fresco roza el rocío que ha dejado sobre él haciendo que lo sienta hinchado y duro.

—Voy a desnudarte, Kenna. ¿Quieres que me detenga? —pregunta de nuevo su voz, áspera y sensual en la penumbra de la habitación.

Un escalofrío recorre mi cuerpo, electrizando mis sentidos. Niego con la cabeza, incapaz de articular palabra alguna. La intensidad de su mirada, oscura y penetrante, me deja sin aliento.

Mis labios se entreabren en un jadeo involuntario cuando me da la vuelta bruscamente cuando se apoya sobre sus rodillas para moverme merced.

Un deseo ardiente se enciende en mi interior, una necesidad imperiosa de sentir su piel contra la mía.

Sus manos, fuertes y cálidas, me rozan el cuerpo, encendiendo un fuego que corre por mis venas. Sus dedos expertos desabrochan los pequeños botones de mi vestido, uno por uno, liberándolo de su atadura. La tela cae al suelo, dejando al descubierto mi corsé de satén blanco. Sus ojos se posan en mí, como un tigre que contempla a su presa, apreciando la forma en que la prenda ciñe mi cintura y realza mis curvas.

Con movimientos lentos y deliberados, comienza a desabrochar los ganchos del corsé, uno a uno. La tensión se libera con cada clic metálico, y siento cómo mi pecho se libera de la presión. El corsé cae a mis pies, dejando solo mi camisa de lino y enaguas, que se aferran a mi cuerpo como una segunda piel.

Sus dedos se deslizan por mis hombros, acariciando la suave tela de mi camisa. La levanta con cuidado por encima de mi cabeza, dejando al descubierto mi piel desnuda. Sus ojos recorren mi cuerpo, como si estuviera trazando un mapa de mis secretos más íntimos.

Se inclina hacia mí y comienza a besar mi cuello, sus labios rozando mi piel con una ternura que me hace estremecer.

Sus besos descienden por mi pecho, como una lluvia de pétalos de rosa, recorriendo cada curva y valle. Sus manos se deslizan por mi vientre, acariciando la suave piel con una sensualidad que me hace arder de deseo. Lentamente, levanta una de mis piernas, deslizando su mano por la seda de mis medias hasta llegar a la liga que adorna mi muslo.

Con un movimiento rápido, la desabrocha, liberando la liga y dejándola caer al suelo. Mi pierna queda al descubierto, y él la besa, ascendiendo lentamente por la piel hasta llegar a mi rodilla. Su aliento cálido me eriza la piel, y un escalofrío de placer recorre mi cuerpo.

Lentamente, sus besos ascienden por mi muslo, dejando un rastro de calor a su paso. Su lengua se desliza por la piel, explorando cada pulgada con una sensualidad que me hace perder la razón.

Sus manos se deslizan por mis caderas, atrayéndome hacia él, y me siento mareada por la intensidad de su deseo.

Sus besos alcanzan mi sexo, donde se detienen para saborear. Suelto una exclamación

sorprendida.

—¿Quieres que me detenga? —repite.

—No —consigo pronunciar.

Sus manos separan aún más piernas mientras su lengua comienza a lamer con movimientos largos. Mi sexo rebosa de sensaciones y lo siento humedecerse no solo por la saliva de su lengua y su boca.

Siento su piel y el pelo de su barba entre mis piernas y muevo las caderas con fuerza contra él mientras su nariz y su boca se adentran aún más en mí.

Y entonces sus dedos toman espacio también y lo siento abriendo mi sexo aún más para él, estirando los labios como si fueran los pétalos de una flor y apartándolos para que su lengua pueda chupar hasta la hendidura de mi entrada para penetrarme después con ella.

Su lengua me perfora y me llena llevándome al delirio. Lo único que puedo sentir es la húmeda pulsación de mi sexo bajo su boca y la presión de sus dedos abriéndome sin contemplaciones para él.

Su lengua traza círculos, explorando cada rincón con una pasión palpable. Siento un estremecimiento de placer mientras sus manos siguen abriéndome para él, sus dedos hábiles deslizándose dentro de mí.

Sus labios se cierran alrededor de la redonda colina de placer de mi sexo y la chupa ejerciendo presión con la lengua, mis jadeos alcanzan un ritmo enloquecido.

Me derrito en su boca, mis sabores se mezclan con los suyos en una danza sensual y embriagadora. Cada lamida, cada succión, me llevaba más cerca del éxtasis.

A medida que me consume con avidez, noto cómo su presencia llena mi mundo. Él es la encarnación del deseo, la personificación del placer. Sus manos, me sostienen con cuidado mientras me entrego al deleite de su boca y el clímax se dispersa en oleadas radiantes que me obligan a retorcerme y me lleva sin piedad a una explosión de placer que nunca antes he experimentado.

Se apoya en los brazos para sostener su cuerpo sobre el mío y poder observarme mientras sigo envuelta en la nube del placer que me ha provocado. Bajo su atenta mirada mis caderas continúan moviéndose desenfrenadas mientras su dedo se hunde dentro de mí y mi rostro se enrojece por la intensidad del clímax.

Sus ojos me atrapan mientras me pierdo en la ola de placer que me inunda. Su mirada, intensa y ardiente, me observa con una mezcla de deseo y fascinación. Sus labios se curvan en una sonrisa apenas perceptible, como si disfrutara de cada jadeo, cada temblor que recorre mi cuerpo.

Su mano continúa deslizándose por mi cuerpo, trazando un camino de fuego por mi sexo

para alargar el orgasmo que me hace estremecer.

El clímax se desvanece, pero la intensidad del momento permanece. Me siento renovada, vibrante, como si acabara de nacer.

Mis ojos se encuentran con los de él, y en ellos veo una mezcla de pasión, satisfacción y algo más... algo que no puedo descifrar.

—La última vez —comienzo a decir, mi voz todavía temblorosa por la intensidad del momento— dijiste que yo tendría el control.

Él sonríe, una sonrisa que me hace sentir aún más vulnerable.

—¿Te has olvidado de que jugamos a otra clase de juego? —replica él, sus ojos llenos de picardía.

—Oh, ¿y esto es lo que según tú me espera con Arthur? —pregunto, mi voz apenas un susurro.

Su mirada se vuelve seria, y por un momento, creo que puedo ver un atisbo de furia en sus ojos.

Me sujeta por los brazos y me da la vuelta bruscamente. La fuerza de su agarre me deja sin aliento, y por un momento, me siento completamente desubicada.

—Muy bien, Kenna, te explicaré lo que es el potro. Ponte a cuatro patas.

Su voz es áspera, dominante, y un escalofrío recorre mi cuerpo. No sé qué esperar, pero una mezcla de miedo y excitación me invade.

Obedezco, hincándome de rodillas y apoyando las manos en el colchón. Mi trasero queda en el aire, vulnerable y expuesto.

Siento sus manos ásperas en mis caderas, empujándome hacia arriba hasta que mi pecho toca la sábana.

Mis piernas se abren de par en par, exhibiéndome para él de una manera como nunca antes.

Se acerca a mí por detrás, su aliento cálido en mi oído. Puedo sentir la dureza de su cuerpo contra el mío, y un escalofrío me recorre la espalda.

Sus dedos rozan mi piel, pellizcándome suavemente entre las piernas. Un gemido involuntario escapa de mis labios mientras su mirada se llena de una intensidad que me hace estremecer.

—Un potro es un instrumento de tortura que se utilizaba en la antigüedad para castigar a los herejes y a los criminales —explica con voz ronca, acercándose a mí hasta que nuestros cuerpos se rozan—. Aunque este es un poco distinto.

Me describe la estructura de madera en forma de pirámide, con una base ancha y una punta afilada. Sus palabras me erizan la piel, imaginando la agonía de ser obligada a "montar" sobre él.

—La víctima es atada de pies y manos, completamente inmovilizada —continúa, deslizando su mano por mi muslo y deteniéndose en la curva de mi rodilla. Su toque es a la vez suave y amenazante—. Preparada para recibir un dolor intenso y prolongado.

De repente, me da una palmada en el trasero que me hace gritar sorprendida. Un rubor de ira y excitación me invade.

—También es una postura perfecta para recibir los golpes de una vara —me dice con una sonrisa cruel—. Mientras el sexo es presionado dolorosamente.

Sin darme tiempo a reaccionar, introduce un dedo en mi interior con una fuerza brutal. Un gemido ahogado sale de mi garganta mientras aprieto los dientes para contener un gemido de súplica.

—Veo que esto no está teniendo el efecto que debería tener, Kenna —murmura con voz áspera, acercándose a mi oído—. Arthur tratará de domarte como si fueras una yegua y no dudará en usar la violencia.

Me da la vuelta bruscamente, obligándome a mirarlo a los ojos. Sus ojos, llenos de una furia que me aterroriza, me atrapan sin posibilidad de escape.

—Yo tuve suerte porque fui rápidamente vendido y Awe no está tan mal comparado con… otros lugares —confiesa con voz firme, su mirada se vuelve distante por un momento—. Escuché historias terroríficas mientras viajaba en el barco, Kenna. Hay personas que disfrutan ejerciendo dolor sobre los demás. Arthur es así. Un hombre despiadado y cruel. Te hará sufrir como nunca has sufrido. Solo te quiere para su propio placer. Kenna… me vuelve loco pensar en ti con él —susurra con voz ronca.

—Encontraré esas minas —le respondo con resolución.

—No te lo tomes a la ligera, Kenna —me advierte.

—Precisamente porque no lo hago, estoy más decidida que nunca a encontrarlas.

Lentamente, su mano se extiende hacia mí, como una rama buscando la luz del sol. Sus dedos rozan mi mejilla con una ternura inesperada, transmitiendo una calidez que contrasta con la firmeza de su mirada. Un escalofrío recorre mi cuerpo, una mezcla de expectación y deseo.

Su mano desciende por mi mandíbula, siguiendo la línea de mi cuello hasta llegar a mi clavícula. Se detiene un instante, como si dudara, y luego continúa su viaje hacia abajo, rozando la piel sensible de mi pecho.

—Debe cumplir su promesa, teniente Harwood. En Lammas…

Mis palabras se pierden en el aire, suspendidas por la tensión que impregna la habitación.

Sus ojos, como dos pozos de oscuridad, me atrapan en un vórtice de emociones.

—Tienes razón —me interrumpe, su voz ronca y sensual rozando mi oído—. ¿Qué es lo que quieres que haga, Kenna?

—Quiero que te quites la ropa —susurro, las palabras apenas audibles en el aire cargado de expectación.

Una sonrisa se dibuja en sus labios, una sonrisa ladeada que no puede dejar de ser provocativa y complaciente a la vez.

—Kenna… si hago eso y no hay ropa entre nosotros… ¿Entiendes lo que podría pasar?

Un silencio elocuente se extiende entre nosotros, cargado de una tensión que se palpa en el aire. Me observa con atención, buscando en mis ojos alguna señal de duda o miedo. La anticipación es palpable, y ambos sabemos que lo que está por venir es inevitable.

Asiento con la cabeza despacio.

Sin dudarlo, él se levanta de la cama y comienza a deshacerse de sus prendas, una a una. Sus movimientos son rápidos y decididos.

«¿Por qué estoy haciendo esto?», me pregunto a mí misma. He estado esperando durante tanto tiempo, y ahora, en un acto impulsivo, estoy a punto de entregarme a un hombre.

Pero la verdad es que la espera me ha agotado. Estoy cansada de reprimir mis deseos, de negarme a mí misma el placer. Y en este momento, con Avery delante de mí, con su mirada ardiente y su magnetismo no puedo pensar en nada más que en la necesidad de sentirlo cerca.

Es un acto de rebeldía, sí, pero también es un acto de liberación. Estoy tomando el control de mi propio cuerpo, de mis propios deseos, y no me importa lo que Arthur piense.

«Y Avery… es un manantial para mi sed».

Mi mirada se convierte en una caricia invisible que recorre su torso desnudo, admirando la belleza de sus músculos esculpidos y la textura de su piel tersa. La luz tenue de la habitación crea sombras y contrastes que realzan cada detalle de su cuerpo, un festín para mis sentidos.

Un jadeo escapa de mis labios cuando libera el bulto erecto, aprisionado en la tela de sus pantalones. La impresión es abrumadora: duro como el acero, de un color púrpura intenso que contrasta con el tono de su piel.

Mis ojos lo devoran, recorriendo cada pulgada de su cuerpo con avidez. Es una obra de arte en carne y hueso. Sus músculos se tensan bajo la luz tenue de la habitación, como si estuvieran a punto de estallar bajo la presión de su deseo.

Sus movimientos son felinos, llenos de una gracia salvaje que me hipnotiza. Se acerca a mí con pasos lentos y seguros, como un depredador acechando a su presa. Sus ojos, de un azul

intenso, brillan con una intensidad animal que me hace temblar.

Estiro la mano hacia su sexo cuando lo tengo a mi alcance y él espera pacientemente. Aprieto la punta de su sexo lo que provoca un gemido en él y la aparición de un una gota de fluido.

—Está a punto de reventar, Kenna.

Le miro a los ojos con sorpresa.

Pero luego me inclino hacia abajo, le oigo contener la respiración cuando beso la punta de su miembro y saboreo ese vestigio de humedad. Mojo ligeramente la lengua en el pequeño agujero para recoger todo lo que queda del claro fluido sobre la piel caliente y salada de él.

—Kenna… —murmura él en lo que parece una súplica.

—Tenemos un trato. El juego del espejo. ¿verdad? —pregunto, mi voz firme a pesar de la turbulenta mezcla de emociones que me rodea.

—No, ya no quiero jugar más —susurra él, su voz ronca y cargada de deseo.

Se inclina con movimientos lentos y deliberados, como un depredador acechando a su presa. Apoya sus brazos sobre la cama, rodeándome con ellos, acortando la distancia entre nuestros cuerpos.

Su aroma masculino me envuelve, una mezcla de sudor y testosterona que me encanta. Sus ojos, ahora a solo unos centímetros de los míos, brillan con una intensidad que me deja sin aliento.

—¿Quieres que me detenga? —repite de nuevo.

—No —consigo pronunciar.

Se deja caer lentamente sobre mí y se alinea conmigo. Enseguida siento su erección enorme y gruesa presionando en mi sexo, abriéndose camino entre mis pliegues.

La sensación es abrumadora. Puedo sentir el vello de su pelvis sobre el mío, la textura de sus testículos oscilando contra mi cuerpo y su pecho subiendo y bajando acelerado rozando el mío.

—Voy a entrar —me advierte.

Estoy preparada y dispuesta, pero cuando la punta gruesa de su miembro comienza a penetrarme me estremezco de inquietud.

—Chist… No te pongas tensa, Kenna —susurra en mi oído— Haz fuerza con las caderas hacia mí y ábrete cuanto puedas. Seré suave. Lo haremos poco a poco.

Un temblor se apodera de mi cuerpo al sentir cómo se desliza hacia dentro, mi sexo se

contrae con espasmos.

Me cubre la boca con la suya para sofocar un repentino grito jadeante cuando lo acepto entero.

Me devora con una pasión ardiente. Su lengua caliente me explora, penetrando entre mis labios y saboreando cada matiz de mi aroma, mientras me impregno de su sabor. Me chupa los labios, me ata la lengua a la suya como si fuera a arrebatármelo todo.

La sensación de él llenándome entera me desarma, el placer me golpea como un huracán. Cierro los ojos, sumiéndome en la sensación mientras él se mueve con un ritmo suave y deliberado entrando y saliendo de mí.

Ahora siento que me tortura con su lentitud, con sus embestidas pausadas y profundas. Gimo y levanto las caderas con un gesto de ofrecimiento.

Siento cómo su grosor estira y llena cada parte de mí, su punta rozando y tocando mis paredes internas en un vaivén que parece buscar y explorar cada rincón oculto. Es una experiencia de dominación total, de ser completamente reclamada por este hombre.

Siento cada pulgada de él, cada fibra de músculo que se tensa y relaja con cada penetración. Su pelvis golpea con fuerza contra mí. Cierro los ojos, me rindo al torbellino de sensaciones, me dejo llevar por las olas de placer que me inundan.

Mis muslos se sienten húmedos, una mezcla de fluidos que emanan de mi interior, producto de la excitación anterior y la nueva que me recorre como un fuego ardiente. Anhelo alcanzar el clímax, pero la intensidad del momento me mantiene en un delicioso estado de suspenso, al borde del abismo.

En su interior se libra una batalla feroz, un deseo que lucha contra la contención. Sus gruñidos guturales lo delatan, y con un movimiento repentino, hunde sus manos en mis caderas, guiándome hacia un ritmo más intenso, más salvaje.

Mis manos recorren su cuerpo con avidez, deleitándose con cada músculo, cada curva. Mis dedos se deslizan por su espalda, trazando líneas imaginarias que lo hacen estremecer. La textura de su piel, áspera y masculina, es un contraste delicioso con la suavidad de la mía.

Mis toques provocan una reacción en él. Su cuerpo se tensa bajo mis caricias, y un gruñido escapa de sus labios. La pasión se intensifica, un torbellino que nos envuelve a ambos y nos lleva hacia un destino inevitable.

Nos movemos al unísono, una danza frenética de cuerpos que se entregan al deseo. La habitación se llena de nuestros gemidos, una sinfonía de pasión que resuena en las paredes.

En medio de todo, jadeando y con los ojos llenos de deseo, mira y me dice:

—Dime un verso, Kenna. ¿Qué sientes?

Cierro los ojos por un instante, concentrándote en las sensaciones que me recorren. La calidez de su cuerpo contra el mío, la intensidad de sus movimientos, la dulce agonía del placer que se aproxima.

«Me llenas con tu dureza,

una fuerza que me invade,

como un río que se desliza,

y en mi interior se evade».

Avery cierra los ojos con fuerza. Las embestidas se vuelven más y más intensas, cada una golpeando un punto dulce que hace que mi cuerpo se estremezca de placer. Gimo con cada roce, con cada movimiento, mientras me acerco al borde del precipicio. Su nombre sale de mis labios en un susurro ronco, una súplica desesperada por más.

Un cosquilleo comienza a crecer en mi interior, expandiéndose por mi cuerpo como una ola imparable. Aprieto los muslos con fuerza, tratando de contenerlo, pero es inútil. El placer es demasiado intenso.

Y grito cuando siento el ardiente fluido de Avery derramándose en mi interior acompañado de un gemido gutural que surge de su pecho.

Mi cuerpo se queda tembloroso y exhausto, pero con una sensación de satisfacción total. Me acurruco en sus brazos cuando se deja caer sobre mí, respirando con dificultad mientras la oleada de placer de ambos comienza a desvanecerse.

Nos quedamos allí un rato, en silencio, disfrutando de la cercanía del otro. Finalmente, me da un beso en la frente.

—¿Estás bien? —pregunta con voz suave.

Asiento con la cabeza, todavía sin poder hablar.

—Ha sido increíble, más intenso de lo que imaginaba —admito, mi voz frágil, cargada de una sinceridad inesperada.

Sonríe.

—Para mí también —dice—. Eres extraordinaria, Kenna

Una sonrisa irónica se desliza por mis labios, un escudo habitual ante la vulnerabilidad.

—No sé por qué sospecho que en este tipo de situación, «eres una mujer increíble» no es un halago tan válido como podría serlo en otro contexto.

Su sonrisa se desvanece un poco, y me mira con una mezcla de confusión y sorpresa.

—¿Qué quieres decir? —pregunta.

—Digo que las emociones que compartimos ahora están intensificadas. Estamos bajo la influencia de la adrenalina. ¿Cómo podemos saber si lo que sentimos es real, si no está distorsionado por todo esto?

Sus ojos se clavan en los míos, la compresión se dibuja lentamente en su rostro y puedo ver que mis palabras lo han impactado.

—No es que no lo crea —continúo—. Ha sido increíble, sin duda. Pero no quiero confundir la pasión del momento con algo más profundo.

—Entiendo —responde, asintiendo lentamente, la máscara de compostura deslizándose nuevamente sobre su rostro, ocultando sus emociones—. Es algo importante para tener en cuenta.

El silencio que nos rodea ahora es reflexivo, dándonos espacio para digerir la complejidad de nuestras emociones. Con un aire de resignación, Avery se pone de pie, marcando el inicio de una despedida no deseada.

—Creo que debería irme —dice.

Lo observo vestirse, mis ojos recorren su cuerpo con una mezcla de fascinación y nostalgia. Sus músculos se tensan bajo la tela mientras se pone la camisa, y un suspiro involuntario escapa de mis labios.

No hay duda de su atractivo, una belleza que va más allá de lo físico, resonando con algo profundo y visceral. Y mientras se aleja, me quedo con la sensación agridulce de un momento compartido, tan intenso como fugaz, grabado en la memoria.

Capítulo 27

Narrador omnisciente



Con la mañana, todavía extendiendo sus primeros destellos sobre Awe, el aire se carga de una tensión palpable, casi eléctrica. Los hombres de Glen Noe, junto con algunos aldeanos de casas dispersas en los alrededores, se congregan en silencio, armados y listos.

Avery, con su postura firme y la mirada fija en el horizonte, se une al grupo. Su experiencia

como soldado lo ha preparado para momentos como este y todos lo saben, que es mejor rastreador, pero Russell se niega a procurarle un arma, así que tendrá que apáñaselas solo con sus manos frente a esos hombres que amenazan la comunidad.

Avery como siempre, parece no inmutarse con esta decisión, pero sí hay algo que lo perturba.

La noche anterior, compartida con Kenna, ha dejado en él una mezcla de emociones que lucha por mantener bajo control. A pesar de su fachada de calma, el recuerdo de su conversación y la intensidad de su conexión resuenan en su mente.

Las palabras de Kenna, cargadas de duda y reflexión sobre la autenticidad de sus emociones, han tocado una fibra sensible en Avery. No es tanto el cuestionamiento de la realidad de lo que han compartido, como el recordatorio implícito de su posición en la finca y la falta de algo tangible que pueda ofrecerle a Kenna para cambiar las cosas.

Avery es muy consciente de la dinámica que se ha tejido entre ellos, un juego complejo de acercamientos y distancias, en el cual él ha sido, quizás, el perseguidor más activo.

La distancia que no ha conseguido mantener parece ahora una barrera aún más infranqueable, fortificada por las últimas palabras de Kenna.

Es una ironía que no escapa a Avery: él, que ha evitado esta conexión, ahora se encuentra furioso frente a la posibilidad de que todo lo construido pueda ser tan efímero como las sombras al amanecer.

Sin embargo, a pesar de este tumulto interno, mantiene la compostura. Su rostro, una máscara de indiferencia, oculta la marea de emociones que lo asaltan.

La decisión de Kenna de poner en duda la profundidad de lo compartido no solo lo hiere, sino que también le hace reflexionar sobre su situación y su situación precaria. Es normal que ella no lo tome en cuenta cuando no es nadie.

No tiene títulos ni tierras que ofrecer, ni siquiera libertad o la promesa de una vida estable.

Lo que realmente exacerba su frustración es La posibilidad de que Kenna considere unirse a Arthur. Al escuchar a Bramwell insinuar que Kenna podría haber sucumbido ante los encantos de ese Campbell, Avery siente un estallido de ira tan potente que, sin poder contenerse, se dirige precipitadamente hacia su habitación.

La idea de Kenna y Arthur juntos le resulta intolerable.



Cuando Kenna emerge para verlos partir, la distancia emocional de Avery es tan pronunciada como su silueta contra el cielo matutino. A pesar de la confusión y el deseo no

resuelto, mantiene su fachada de frialdad, una armadura con la que protegerse emocionalmente.

Kenna, observando con preocupación, se dirige a Thomas con una pregunta que refleja su ansiedad:

—¿No es peligroso que Avery vaya al frente sin estar adecuadamente armado para defenderse?

Thomas le responde con una sonrisa ladina:

—Le aseguro que lo más peligroso allá fuera será Avery.

Esta afirmación, aunque destinada a tranquilizar, solo sirve para dibujar en Kenna un cuadro más complejo de Avery.



Avery lidera la expedición, sus sentidos afinados le permiten rastrear signos casi imperceptibles: una rama rota aquí, una huella apenas visible allá, cada uno un susurro en la narrativa de la tierra que solo él sabe interpretar.

A pesar de su concentración, el silencio solo es interrumpido ocasionalmente por el crujido de las hojas bajo sus pies y el sonido sordo de los hombres que lo siguen, una mezcla de determinación y aprensión en cada paso que dan.

Bramwell, quien nunca pierde la oportunidad para aligerar la atmósfera o provocar con sus palabras, suelta un comentario en un intento de romper la tensión.

—Espero que estos merodeadores sepan que es de mala educación, no dejarnos dormir tranquilos. ¿Crees que nos ofrecerán una disculpa formal, Avery? Por cierto, ¿qué tal has dormido tú? —pregunta, con una sonrisa burlona dibujándose en su rostro.

Avery solo ofrece una mirada severa en respuesta, demasiado enfocado en la tarea como para distraerse con las provocaciones.

El avance continúa, cada paso que recorren aumenta la sensación de que se acercan al corazón de un misterio aún sin resolver. El sol, ahora más alto en el cielo, baña el paisaje en una luz que realza los contornos de la naturaleza, creando sombras que parecen esconder secretos en cada rincón.

La búsqueda los lleva por los frondosos alrededores de Awe, donde el bosque se extiende como un manto verde oscuro, apenas perturbado por los rayos del sol que se filtran a través de las copas de los árboles. El terreno, irregular y lleno de vida, esconde secretos en cada sombra y detrás de cada árbol. Avery rastrea el suelo en busca de señales, su atención inquebrantable a pesar de los comentarios esporádicos de Bramwell, cuya lengua afilada corta la tensión como un cuchillo.

—¿Esperas encontrarlos con solo mirar el suelo, Avery? Quizás deberíamos dejar migajas de pan para encontrar el camino de vuelta —bromea, incapaz de resistir la oportunidad de inyectar su sarcasmo habitual en la situación.

Finalmente, tras horas de búsqueda meticulosa, Avery se detiene. Su postura tensa, la mirada clavada en un punto más adelante, alerta a todos de que han encontrado a sus objetivos. Delante de ellos, un grupo de hombres se revela, parcialmente ocultos entre los árboles, con una presencia que parece tan fuera de lugar en el paisaje como un cuervo entre las palomas.

El grupo de Awe se posiciona sigilosamente, cada hombre consciente del peligro que representa este encuentro. Las armas se preparan en silencio, y en ese momento, todos entienden que lo que sigue podría definir el futuro de su comunidad. La tensión es palpable, un hilo fino que se tensa con la posibilidad de un conflicto inminente.

Avery, con la calma que lo caracteriza, da un paso adelante, listo para enfrentar lo que venga con la misma determinación y coraje que ha mostrado en el campo de batalla.

Pero la situación toma un giro inesperado cuando uno de los hombres, un gigante vestido con un kilt, pregunta por Avery Harwood.

Avery se queda petrificado.

—¿Quién pregunta por él? —responde, su voz firme pero su mente girando en un torbellino de confusión.

—Soy su cuñado, su hermana Adele y su familia están preocupados por él —la declaración del hombre cae sobre Avery como un trueno, dejándolo momentáneamente sin habla.

La noticia lo sacude hasta el núcleo. El mundo parece detenerse en ese instante, mientras procesa la información.

—¿Mi cuñado?

—Soy Balthair Chisholm. Adele es mi esposa. He venido a reunirte con ella —explica él con una calma que contrasta con la tormenta interna que Avery debe estar experimentando.

Es entonces cuando Russell interviene, dispuesto a reclamar su «propiedad» sobre Avery.

—Este hombre tiene una deuda conmigo. No puede irse sin más. —Su tono es desafiante, una barrera entre Avery y la noticia que acaba de recibir.

Balthair, sin embargo, no se deja intimidar. Su respuesta, cargada de autoridad y firmeza, promete no solo resolver la situación, sino también desentrañar cualquier ilegalidad en la que Russell haya incurrido.

—Toda deuda contraída por el señor Harwood será apropiadamente saldada sin ningún tipo de inconveniente por mí —afirma Balthair, su voz autoritaria resonando en el claro del bosque

—. Pero tenga en cuenta que soy abogado y estudiaré profundamente las estipulaciones en que esa deuda fue adquirida y los términos.

Russell se planta firme, dispuesto a jugar todas sus cartas para retener a Avery bajo su control.

—Este hombre es un desertor. No debería apresurarse a defenderlo —insiste Russell, esperando tal vez sembrar la duda en el recién llegado.

Pero Balthair responde con una confianza que deja en claro que está bien informado y no teme al enfrentamiento.

—No me consta en absoluto —retruca con seguridad—. Mis investigaciones, al contrario, me han revelado que fue acusado injustamente, laird MacIntyre, y puedo demostrarlo. No hay nada que pueda hacer para evitar que obtenga la libertad de este hombre y no le aconsejo enfrentarse a mí. Llevo muchos días siguiendo pistas falsas, alejado de mi esposa y bastante cabreado por esa razón. No le conviene agravar mi enfado.

La tensión entre los dos hombres es palpable, un duelo silencioso de voluntades y palabras afiladas. Los presentes observan, conscientes de que se encuentran ante un punto de inflexión no solo para Avery sino para todos ellos. Russell, acostumbrado a imponer su voluntad, se encuentra por primera vez con alguien dispuesto a desafiarlo abiertamente y con los medios para hacerlo.

El aire en el bosque parece espesarse, cargado de la electricidad del momento. La disputa, más que una simple confrontación, se convierte en un símbolo de la lucha por la justicia y la libertad, principios que Balthair Chisholm parece dispuesto a defender a toda costa.

—¿Cómo se encuentra Adele? —pregunta finalmente Avery, su voz revela la preocupación latente que ha estado albergando por su familia, un hilo de esperanza entretejido con la tensión del momento.

—Preocupada y enfadada, y embarazada también. Lo que la hace preocuparse más y enfadarse todavía más —responde Balthair y en sus palabras hay un eco de la complejidad emocional que Adele debe estar experimentando—. También ha sufrido y necesita a su familia reunida.

En ese instante, toda la fortaleza y determinación que Avery había mostrado se desvanecen, dejando al descubierto la vulnerabilidad de un hombre llevado al límite por las circunstancias. Baja la cabeza, una admisión silenciosa de su derrota interna, y se derrumba, las rodillas cediendo bajo el peso no solo físico, sino emocional, que ha estado cargando. Se cubre el rostro con las manos, un gesto de desesperación y anhelo de ocultarse del mundo que lo rodea.

—No quería preocuparles, pero tampoco que supieran cuál era mi situación. —Su voz, ahogada entre sus manos, revela la tormenta interna que ha estado tratando de contener.

Balthair, con una comprensión que trasciende las palabras, se acerca y coloca una mano sobre el hombro de Avery, un gesto de apoyo incondicional.

—Lo entiendo, pero no hay nada de lo que debas avergonzarte. Vamos, Avery. Eres libre. No hace falta que vuelvas con ellos. Te vienes con nosotros —le dice.

La presencia de Balthair Chisholm impone una atmósfera de respeto y una tensión palpable entre los hombres reunidos.

Armado con un rifle apoyado sobre su antebrazo y con una mirada que no disimula su disposición a la confrontación, su figura emana una autoridad innegable.

Los hombres que lo acompañan, con sus posturas alertas y semblantes endurecidos, parecen mercenarios acostumbrados a obedecer sin cuestionar, listos para entrar en acción al menor gesto de su líder.

Bramwell reduce su presencia, encogiéndose ligeramente al notar el avance de Balthair, un reconocimiento silencioso de la fuerza que representa el recién llegado.

A pesar de la oferta de Balthair, Avery se debate con una decisión que es más compleja.

—Espere, aún tengo asuntos pendientes en Awe. No puedo simplemente marcharme —susurra Avery, levantando su mirada, donde un brillo indomable revela una determinación que contrasta con su momento de vulnerabilidad.

Es evidente que, a pesar de la promesa de libertad y seguridad, el llamado de sus responsabilidades y afectos no resueltos es demasiado fuerte para ignorar.

—Primero ven a la posada con nosotros. Deshazte de esa barba, ponte ropa de caballero y cuando estés listo —propone Balthair, su voz es apenas un susurro, diseñado para que solo Avery lo escuche—. Tendrás la oportunidad de resolver lo de ella.

—¿Ella? —repite, sorprendido por la precisión de Balthair.

Con una sonrisa comprensiva, Balthair añade:

—Siempre es una mujer la que marca el camino de regreso, ¿no es cierto?

Luego Balthair se queda pensativo.

—O casi siempre —añade, su tono, revelando un matiz de introspección—. Ciertas lecturas me han abierto la mente a otras alternativas.

—Eso tiene la marca de Adele —comenta Avery, el cariño por su hermana palpable en su voz—. Veo que no ha cambiado en absoluto.

Balthair asiente, una chispa de complicidad entre ellos.

—Vamos, hermano, me vendrá bien un aliado —dice con cierta complacencia.

La mano que Balthair extiende hacia Avery trasciende la mera asistencia física; se convierte

en un emblema de solidaridad y compañerismo, un testimonio del fortalecimiento de vínculos que superan los meros lazos familiares.

Avery, plenamente consciente de la profundidad y el significado de este gesto, envuelve la mano de Balthair con la suya, en un enlace de mutuo respeto y reconocimiento.

Sus palmas se unen en un apretón titánico, la unión de dos fuerzas de la naturaleza, dos gigantes entre hombres, sellando un pacto no verbalizado de apoyo incondicional.

Con un tirón robusto y decidido, Balthair levanta a Avery, poniéndolo de pie. Este gesto, simple pero cargado de significado, simboliza no solo la ayuda en el momento, sino la promesa implícita de estar ahí, el uno para el otro, en cualquier circunstancia.

La mano de Balthair en la suya es un recordatorio de que, en los tiempos más difíciles, la familia, tanto la de sangre como la elegida, es el refugio más seguro.

Capítulo 28



Me asomo a la ventana una vez más al oír el sonido de cascos acercándose, esperando contra toda esperanza, pero solo es un mensajero. Desde que Avery se marchó han pasado un par de días que se han sentido como una eternidad.

Ni Bramwell ni mi padre han soltado palabra sobre lo sucedido; solo Douglas ha compartido la historia con Thomas, Jacob y conmigo, revelando que un hombre llamado Balthair Chisholm, una figura prominente del condado de Glenn of Strathglass y miembro de la cámara de los comunes en Londres, ha resultado ser el esposo de la hermana de Avery.

Meses de búsqueda culminaron en su llegada a Awe, donde se enfrentó a Russell con una autoridad que no dejaba lugar a réplicas, asegurando la liberación de Avery sin dar margen a la oposición. Y así, Avery partió con él.

Tras escuchar esa historia, Thomas, con un tono que buscaba ser reconfortante, comentó:

—Vendrá a saludar cuando se ponga al día con su familia.

Pero han pasado varios días ya, y de Avery, ni rastro.

Cada amanecer y cada atardecer, mi mirada se pierde en el camino que conduce a nuestra casa, deseando ver su figura aproximarse. Sin embargo, el silencio es lo único que retorna.

No puedo evitar sentir un vacío, una mezcla de preocupación y desilusión que me pesa en el pecho. La promesa implícita en las palabras de Thomas se siente ahora más como un consuelo vacío que como una certeza. Y aunque entiendo que Avery tiene razones para demorarse, razones familiares y personales profundas, el miedo de que quizás no vuelva empieza a anidar en mi corazón.

A veces, me pregunto si de verdad volverá a saludar, a explicar, a compartir su mundo conmigo de nuevo. ¿O será que su regreso con Balthair a su verdadera familia ha cerrado nuestro capítulo, dejándome atrás como un recuerdo de un tiempo complicado pero fugaz?

Me alejo de la ventana, intentando sacudirme estos pensamientos. No quiero rendirme a la desesperanza, pero la espera se hace cada vez más dura. Avery se ha llevado una parte de mí, y no sé si la recuperaré algún día. En mi mente, me repito que debe haber una explicación, que su silencio tiene justificación. Sin embargo, en mi corazón, la incertidumbre duele cada día un poco más.

Sumida de nuevo en los versos de William Wordsworth, trato de encontrar un escape en la naturaleza y los sentimientos que él plasma con tanta belleza y profundidad. Wordsworth, con su capacidad de encontrar lo sublime en lo cotidiano, me ofrece un consuelo momentáneo, sus versos resonando con mi alma turbada. Sus poemas, a menudo centrados en la relación del ser humano con la naturaleza y cómo ésta influye en nuestra percepción y emociones, me brindan una paz efímera.

Sin embargo, este refugio se ve abruptamente interrumpido cuando la puerta de la biblioteca se abre con un estruendo. Mi padre aparece en el umbral, la furia deformando sus facciones habituales.

—Maldita hija, maldita sangre de mi sangre, ¿me traicionas por unos hombres a los que nada debes? —su voz, cargada de ira y decepción, corta el aire como un cuchillo, mientras me lanza los contratos de Avery, Thomas y Jacob que había copiado y entregado a Arthur Campbell.

Las hojas vuelan hacia mí, aterrizando como aves heridas a mis pies. La gravedad de lo que hice —y sus posibles consecuencias— cae sobre mí con el peso del mundo.

—¿Sabes qué podría ocurrir si un abogado husmea en estas transacciones? ¡Podría ser

acusado! Ir a la cárcel. ¿Eso es lo que honras a tu familia? ¿A la persona que te cobija y te da de comer? —continúa, cada palabra un golpe directo a mi corazón.

Me quedo sin habla, las frases atrapadas en mi garganta. La desesperación que me llevó a actuar, la esperanza de proteger a quienes consideraba parte de mi vida, todo parece ahora una mala decisión bajo la mirada acusadora de mi padre.

Su rostro es un torbellino de furia.

—¿Cómo has podido? —Su voz retumba en la biblioteca—. Tus actos no solo me perjudican a mí, ¡podrían haber arruinado tu compromiso con Arthur Campbell!

Atrapada en la tormenta de su ira, apenas puedo respirar.

—Yo... solo quería hacer lo correcto —logro decir, aunque mi voz se pierde en el vacío entre nosotros.

—¡Eres una traidora, Kenna! ¡Igual que tu madre! —continúa, y cada palabra es como un látigo. La comparación con mi madre, un tema tabú que siempre ha sido un punto débil, me hiere profundamente—. Los perros que muerden la mano que les da de comer deben ser castigados —sentencia con desdén.

No hay comprensión en su mirada, solo un frío desprecio. En ese momento, comprendo la magnitud de mi aislamiento, la profunda desconexión entre mi padre y yo. Me doy cuenta de que cualquier esperanza de apoyo o comprensión es inútil.

Se acerca y me sujeta del pelo con fuerza. Grito horrorizada cuando me obliga a retorcerme de dolor.

—Ahora, debido a ese desertor y a Chisholm, me encuentro en la posición de tener que ajustar también la situación de los demás. ¡Parece que todo mi empeño por preservar las tierras de los MacIntyre ha sido en balde! No tienes ni idea del esfuerzo y el trabajo que me está costando.

Comienza a tirar de mí con crueldad sin consideración alguna cuando mis rodillas chocan contra el suelo de piedra. Con otro tirón de pelo me obliga a levantarme de nuevo y seguirle.

—¿Cuánto debe luchar y sacrificar un hombre para encontrar la paz en su propio hogar?

Cada tirón provoca que las lágrimas caigan de mis ojos no solo por el dolor que origina, sino por el despiadado trato de mi padre. Mi cuerpo tiembla, el miedo crece dentro de mí al darme cuenta de que me lleva hacia abajo, hacia la celda.

La escalera de piedra parece interminable, cada paso resonando ominosamente a través de los corredores húmedos y estrechos que nos conducen a las profundidades de la casa.

El aire, frío y cargado de humedad, se adhiere a mi piel como una segunda capa, helándome hasta los huesos.

Cuando finalmente llegamos, la puerta de la celda se abre con un chirrido que hace eco en mi pecho.

—Así aprenderás a no traicionar a los tuyos —me dice con un desprecio que corta más profundo que el frío de esta celda.

Lo que veo dentro me roba el aliento: paredes de piedra cruda, manchadas por la humedad y el moho, hablan de años de abandono y desesperación.

Un lecho de paja sucia en una esquina apenas ofrece consuelo alguno, mientras que el aire, espeso y fétido, dificulta cada inhalación. Solo hay una pequeña ventana diminuta cerca del techo que apenas deja filtrar un rayo de luz, insuficiente para cortar la opresiva oscuridad.

El frío penetra hasta mi médula, y el miedo se afianza en mi estómago.

La idea de pasar horas, quizás días, en este lugar olvidado por el tiempo y la compasión, me llena de un terror que nunca había conocido. Cada sombra parece moverse con vida propia, y el silencio es tal que puedo oír cada latido de mi corazón, acelerado por el pánico.

Me lanza con brutalidad hacia dentro. Apenas logro usar mis manos para evitar que mi cabeza golpee el suelo.

Me abrazo a mí misma, buscando un poco de calor y consuelo en el gesto, mientras las palabras de desdén aún resuenan en el aire frío y húmedo de la celda.

La puerta se cierra con un golpe final, sellando mi destino.

—Ahora sí que harás un sacrificio por tu familia.

Me quedo sola, envuelta en la oscuridad, luchando por encontrar la calma en medio del torbellino de mis pensamientos.

El frío, la suciedad, y el aire viciado de la celda se convierten en mis únicos compañeros. La realidad de mi situación se asienta con un peso abrumador, y el miedo a lo desconocido, a lo que vendrá después, me consume.



Después de dos noches tortuosas en ese lúgubre lugar, mis ojos se abren al escuchar pasos que se acercan. Al ver que es Bramwell quien se aproxima, me incorporo con esfuerzo.

Su mirada, cargada de una lástima que rara vez le he visto mostrar, me toma por sorpresa.

—Ten —dice, extendiendo a través de la apertura un poco de pan y queso.

Agarro la comida con una avidez que no puedo disimular. Desde que mi padre decidió encerrarme, esta es la primera vez que tengo algo que llevarme a la boca.

—No puedo creer que te haya metido aquí —murmura, y en sus palabras hay un rastro de incredulidad y, quizás, un atisbo de solidaridad que nunca esperé de él.

Bramwell se inclina hacia la pequeña abertura, su sombra proyectándose en la penumbra de mi celda. Aunque suele deleitarse provocando a otros, hoy su tono tiene un matiz inesperadamente aliado.

—Adivina quién estuvo aquí ayer —comienza con una sonrisa ladina—. Tu príncipe azul, Avery. Si antes imponía, ahora junto a ese Chisholm, parecen salidos de un cuento de terror. —Hace una pausa dramática, disfrutando de la anticipación—. Estaba afeitado, peinado, vestido como un verdadero caballero. Te habría costado reconocerlo.

Sus palabras pintan una imagen que mi mente ansía visualizar.

—Intentó disimular, buscándote con la mirada, pero al final, preguntó por ti. —Su tono cambia, adoptando una seriedad inusual en él—. Le dijeron que te habías ido a Inveraray con Arthur, que era tu deseo estar más cerca de tu prometido antes de la boda.

Por un momento, el aire se siente más oneroso, cargado con el peso de sus palabras.

—Deberías haber visto la incredulidad en su rostro —continúa Bramwell, ahora con una sonrisa melancólica—. Se bajó del caballo, empujó a Russell a un lado y entró a la torre como si fuera a derribarla piedra por piedra buscándote.

Hace una pausa, como reflexionando sobre el momento.

—Fue... poético, casi inspirador. Una verdadera pena que no imaginara que podrías estar aquí, encerrada.

Su tono se vuelve conspirativo, acercándose aún más.

—Russell estaba furioso. Parece que finalmente comprende por qué estabas tan decidida a ayudar a Avery. Que tus intenciones no eran... tan lucrativas.

Trago saliva, sintiendo un amargo sabor al recordar la furia aterradora de mi padre.

—Mis deseos de ayudar eran genuinos, no tenían nada que ver con... él. —Mi voz apenas es un susurro, lleno de convicción.

Bramwell asiente, una sombra de entendimiento cruzando su mirada.

—Le contaré a Arthur que tu padre te tiene aquí. No creo que a él le agrade saber que su prometida ha sido tratada así... aunque, conociendo a ese loco, quién sabe tal vez pensar en ello le excite —añade, dejando la sentencia en el aire—. No me extrañaría que acabara con las manos bajo sus pantalones evocando la imagen de ti siendo humillada aquí.

—¡Bramwell! —exclamo, indignada.

—¿Vas a actuar ahora de casta e inocente? Te vi en el lago. Sabes muy bien de lo que hablo.

—¿Nos espiaste? —le pregunto incrédula.

—Si querías intimidad, deberías buscar lugares menos públicos.

—¿Cómo pudiste quedar a observar? Eso es depravado.

—¿Depravado? —repite, casi burlón—. Vivimos en un mundo donde la gente caza animales por puro placer, devora comidas hasta el punto de la indigestión, y gasta fortunas en extravagancias que ni siquiera necesitan o para admirarse en el espejo con deleite. Los aristócratas organizan fiestas que son verdaderos espectáculos de excesos y nadie parpadea ante eso. Pero yo, que admiro la belleza del sexo y disfruto de él soy un pervertido. —Hace una pausa, asegurándose de que la ironía de su comentario no se pierda—. Veo que todavía te queda mucho por aprender, Kenna, y él… bueno, digamos que es algo digno de contemplar ¿no?

—Oh… ¿es que a ti te gustan los hombres? —pregunto, intrigada.

—Hombres, mujeres… En el sexo y el amor no me impongo limitaciones.

Termino de comer lo que Bramwell me ha traído, y las palabras brotan de mí impulsadas por la frustración.

—Arthur me traicionó, fue él quien le contó todo a mi padre. No quiero su ayuda.

Bramwell me observa en silencio, su habitual burla sustituida por un atisbo de respeto. A pesar de la gravedad de la situación, encuentro un destello de alivio en su presencia. Tal vez, en este mundo de traiciones y juegos de poder, aún pueda haber aliados en los lugares más inesperados.

—¿Sabes cómo encontrar las minas? —Bramwell me lanza la pregunta directamente, su habitual tono burlón reemplazado por una curiosidad intensa.

No vacilo.

—Estoy a punto de descubrirlo. He encontrado el libro negro de Glen Noe.

Mis palabras parecen encender una chispa en sus ojos.

—Bramwell, sácame de aquí y ayúdame. Las encontraré.

Se masca la tensión antes de que hable.

—Si lo hago... ¿me ayudarás tú a mí después? Me he endeudado con unos tipos... con métodos poco ortodoxos para conseguir el dinero. Estoy aterrado.

La desesperación en su voz me sorprende; es la primera vez que lo veo admitir miedo.

—Si hacemos esto juntos y te ayudo a deshacerte de esos tipos, tendrás que romper el trato que tengas con Arthur —le digo.

Él sonríe con apreciación, como si el que yo hubiera descubierto su alianza le satisficiera.

—Claro, de todas formas, él no es de fiar y tú eres más lista —responde sin dudar—. Si me ayudas a deshacerme de esos tipos, yo también seré tu esclavo… Podemos ir al lago y puedes cumplir tus fantasías de ama conmigo también.

—¡Bramwell!

—Dios, es la primera vez que entiendes mis insinuaciones, Kenna. Cuánto has madurado.

Capítulo 29



El rescate irrumpe en la oscuridad de la noche, como un susurro de libertad que se desliza por los corredores sombríos. De alguna manera, Bramwell ha conseguido la llave de la celda y, con un giro silencioso, abre la puerta que ha sido mi barrera durante días interminables.

—¿Un beso para el salvador? —me dice, su voz teñida con un tono de broma, una sonrisa juguetona bailando en sus labios a pesar de la gravedad de la situación.

—Luego, tal vez —le respondo con una sonrisa breve, permitiéndome un instante de ligereza antes de enfrentarnos a la realidad de nuestra fuga.

Con cautela, avanzo hacia la pared adornada con el cuadro del caballo, consciente de que nuestra suerte depende en gran medida de que el resto de la casa permanezca sumido en el sueño, en otro ala del edificio.

Bramwell me sigue con la mirada, su expresión llena de asombro ante cada movimiento que hago. Observa, fascinado, cómo desvelo el mecanismo que activa el pasadizo secreto, sus ojos brillan con la emoción de un niño descubriendo un tesoro escondido.

La pared se desliza silenciosamente, revelando el estrecho corredor oculto tras ella. El sitio confinado nos obliga a movernos pegados.

—Déjame espacio para maniobrar —le susurro a Bramwell, necesitando concentrarme en el delicado proceso de abrir el camino hacia la habitación secreta.

Me agacho para poder activar el mecanismo y él sonríe complacido.

—Vaya, parece que el rescate viene con espectáculo de contorsionismo incluido —comenta—. Esto es realmente estimulante.

—Concéntrate, Bramwell —le ordeno—. Agárrate, que el suelo se abrirá ahora.

A pesar de su humor, Bramwell atiende mi advertencia, y ambos nos preparamos para lo que viene a continuación.

La trampilla se abre bajo nuestros pies, y mientras yo encuentro mi camino descendiendo cuidadosamente por la escalera, Bramwell no tiene tanta suerte. Con un golpe seco y contundente, cae al suelo de la habitación secreta, el sonido resonando en el confinamiento del espacio.

Se queja con disgusto, frotándose el culo con una mezcla de dolor y molestia.

—Eso ha dolido más de lo que esperaba —murmura, intentando recuperar su compostura.

Sin embargo, mi atención se centra en una sola cosa: el libro negro.

Me lanzo hacia él, con un sentimiento de urgencia que eclipsa todo lo demás. Al tenerlo de nuevo entre mis manos, una oleada de alivio me inunda. Lo abrazo contra mi pecho por un momento, permitiéndome respirar tranquila, sabiendo que la clave para desentrañar los secretos de las minas y, con suerte, nuestra salvación, está una vez más segura conmigo.

—Vamos, no tenemos mucho tiempo antes de que padre descubra que ya no estoy en la celda —digo. Me acerco a Bramwell y le extiendo una mano para ayudarlo a ponerse en pie, mostrando una solidaridad que, hasta hace poco, habría sido impensable entre nosotros.

—No estoy tan seguro. No parecía preocupado por tu situación allí —Bramwell acepta la ayuda con un gruñido, poniéndose en pie. Su comentario me golpea con una dureza inesperada, una verdad amarga que se hace difícil de tragar.

El dolor que sus palabras despiertan en mí es una mezcla compleja de tristeza y resignación. La indiferencia de mi padre, aunque no sorprendente, sigue siendo un golpe cada vez que se hace evidente. Sin embargo, no hay tiempo para lamentaciones.

Mientras abro el libro con manos temblorosas pero decididas, noto a Bramwell observando la habitación secreta con asombro. Él gira lentamente, intentando absorber cada detalle. Su mirada recorre las paredes llenas de estanterías, el polvo danzando en los rayos de luz que se filtran por alguna rendija oculta, y cada objeto misterioso que compone este refugio olvidado. Por un momento, su habitual sarcasmo se desvanece, reemplazado por una curiosidad infantil ante lo desconocido.

—Nunca imaginé que este lugar existiera bajo esta casa —murmura, casi para sí mismo, su voz llena de asombro.

Sin desviar mi atención del libro, le respondo:

—Hay muchos secretos en Glen Noe, Bramwell. Algunos más peligrosos que otros.

Al encontrar la página que buscaba, mi corazón late con fuerza. Aquí, entre antiguos textos y mapas borrosos, podría estar la clave no solo para nuestra libertad, sino también para el futuro de las tierras de los MacIntyre.

Le oigo husmear mientras explora el lugar, antes de que finalmente decida sentarse con una actitud relajada sobre el sofá desvencijado.

—Así que este era vuestro escondite secreto. La verdad, no entiendo cómo padre nunca se percató. Bastó con que os observara un momento para notar la tensión sexual entre vosotros. El siempre tan reservado y distante Avery que solo se transforma cuando se trata de ti. Se vuelve vulnerable, casi humano. Y tú… capturada por su presencia cada vez que él estaba cerca como si cada momento a su lado fuera aire que necesitas respirar —dice Bramwell.

Levanto la vista del libro, Sus palabras resuenan en la habitación con un peso que no esperaba. Su visión de un vínculo intenso e ineludible entre nosotros que yo misma había intentado ignorar o, tal vez, minimizar.

—Padre no me ve —respondo, la voz apenas un susurro, pero mi mente está en otro lugar.

La manera en que describe a Avery me sorprende, pero no puedo negar la veracidad en sus palabras. La vulnerabilidad de Avery es un rasgo que él raramente permite que el mundo advierta y que yo he podido ver.

Y mi propia reacción a él, descrita tan crudamente por Bramwell, me hace reflexionar sobre la profundidad de mis sentimientos, sobre la atracción hipnótica que ejerce Avery sobre mí, una atracción que va más allá de la mera curiosidad o el afecto pasajero.

Vuelvo mi atención al libro, las palabras de Bramwell aún resonando en algún rincón de mi mente, pero decidida a concentrarme en la tarea que tengo entre manos. A medida que avanzo en

la lectura, una instrucción en particular captura mi atención, haciéndome fruncir el ceño por lo absurdo que parece a primera vista.

—Esto es ridículo —comento, sin poder evitar un tono de incredulidad. Las indicaciones que encuentro en el libro negro para revelar las minas parecen sacadas de una antigua leyenda más que de un manual práctico. Según el texto, para que la entrada a las minas se revele, se requiere un acto que roza lo ceremonial: un ofrecimiento de sangre de un MacIntyre y un MacGregor sobre la piedra blanca, un acto simbólico que parece unir la historia y el destino de mi familia con el corazón mismo de Glen Noe.

El libro sugiere que este «sacrificio», por mínimo que sea, debe realizarse bajo la luna llena, en la piedra blanca que se erige como un guardián silencioso de los secretos de la tierra. Además, el acto debe ser acompañado por la recitación de un antiguo enigma que, supuestamente, sellará el pacto entre la tierra y la sangre MacIntyre, revelando la entrada oculta a las riquezas que yacen esperando en las profundidades.

La idea de que un ritual tan arcaico y simbólico sea la llave para desentrañar el misterio de las minas me parece, al principio, difícil de aceptar. Sin embargo, cuanto más lo pienso, más sentido empieza a tener. La historia de los MacIntyre y Glen Noe está tejida de mitos y verdades entrelazadas, y este acto podría ser el puente que une nuestro presente con el legado de nuestros antepasados.

—Parece que nuestros ancestros creían mucho en el poder de los rituales y los símbolos —murmuro, contemplando la posibilidad de que este enigma, este acto de fe, sea realmente lo que necesitamos para descubrir las minas.

—¿Así que, qué será? ¿Necesitamos sacrificar una oveja o algo por el estilo? —pregunta con una sonrisa burlona, claramente disfrutando de la idea absurda de recurrir a métodos tan antiguos.

Le lanzo una mirada, mi propia mente trabajando rápidamente para igualar su sarcasmo.

—No, Bramwell, parece que solo se necesita un poco de sangre MacIntyre y MacGregor. A menos que quieras ofrecerte como voluntario —respondo, intentando mantener el tono ligero, a pesar de lo extraño de la situación.

—Mi sacrificio no serviría de nada. No soy un MacIntyre y tampoco un MacGregor pero… tú… tu madre era MacGregor ¿verdad? Bastará con un poco de tu sangre. No te preocupes. Soportaré no ser el protagonista esta vez.

—El desafío ahora es hacerlo correctamente y llevar a cabo el ritual de manera que honre las intenciones de quienes lo establecieron —digo, cerrando el libro con un sentido de propósito.

La idea de que la solución al misterio de las minas dependa de acciones que parecen sacadas de otra época me llena de una determinación renovada. Si el legado de los MacIntyre y el futuro de Glen Noe descansan sobre mis hombros, estoy dispuesta a aceptar el desafío, por increíble que parezca.

—Avísame cuando lo hayas conseguido. Lidiaré con padre aquí mientras tanto —dice Bramwell.

Es evidente que, a pesar de su interés, me deja sola en la ejecución de este peculiar ritual.

Levanto una ceja con sarcasmo.

—¡Qué valiente, Bramwell! —Mi tono es mordaz, cargado de ironía.

Él se encoge de hombros, una sonrisa traviesa jugando en sus labios. Sus ojos, grises como la tormenta que ruge en el exterior, resplandecen con un brillo desafiante.

—Oye, gracias por tu sacrificio, pero enfrentarse a tu padre requiere mucho más valor que desentrañar antiguos misterios y realizar rituales mágicos —Su tono es burlón, pero hay un dejo de verdad en sus palabras—. Además… no pienso subir de nuevo esa empinada cuesta.

—De acuerdo. Yo me encargo del ritual. Tú… quédate aquí y asegúrate de que mi padre no me interrumpa.

Bramwell asiente con una sonrisa pícara.

—Considéralo hecho. Ahora, ve a hacer tu magia.



La tormenta desata su furia en lo alto de Ben Cruachan, cada trueno resonando como un presagio del peligro que me espera. Avanzo a duras penas por la ladera empinada, la lluvia azotando mi rostro con tal intensidad que se siente como miles de diminutas agujas clavándose en mi piel.

El viento, implacable, se enreda en mi cabello, tirando de él como si quisiera arrastrarme hacia atrás, lejos de mi objetivo: la piedra blanca, ese lugar ancestral envuelto en misterio y leyendas.

Un escalofrío me recorre, agudizado no solo por el frío que penetra hasta mis huesos, sino también por la incertidumbre que nubla mi mente.

Estoy a punto de realizar un ritual cuyos peligros no comprendo completamente, sumergiéndome en las profundidades de tradiciones ancestrales que rozan lo sobrenatural. Pero mi determinación es férrea, impulsada por la promesa de descubrir algo que podría cambiar el destino de mi familia y de mi pueblo.

En un instante traicionero, mis pies pierden su lucha contra la tierra encharcada. Mi intento de recuperar el equilibrio es vano; la montaña reclama mi cuerpo con una caída violenta, rodando sin control y golpeando las rocas sin piedad. El dolor se apodera de mí, un velo de oscuridad nubla mi visión y el mundo a mi alrededor sucumbe a la negrura.



Al volver en mí, el mundo que me recibe es extrañamente silencioso, el estruendo de la tormenta apenas un eco lejano. Mis ojos se abren a una realidad que no reconozco, un lugar oculto a la sombra de Ben Cruachan.

Me llevo la mano a la frente donde un latido intenso me golpea con dolor. Mis dedos se visten de sangre.

Miro alrededor, a mi lado, yace un esqueleto vestido con ropas de mujer, una daga oscura y silenciosa clavada en su pecho.

Un terror helado me envuelve al comprender la escena ante mí. Sin embargo, a medida que mis ojos se adaptan a la tenue luz, un destello de reconocimiento atraviesa mi corazón.

La ropa, aunque roída por el paso del tiempo, y el colgante de plata que aún cuelga de su cuello son inconfundibles. Frente a mí yace mi madre, la misma que según las historias, me había abandonado siendo apenas una niña.

El frío del descubrimiento se asienta en mi alma. Las historias de su fuga con su amante, las miradas de lástima y los cuchicheos, se desmoronan ante la evidencia de su trágico destino. La realidad de su muerte, tan cercana y tan definitiva, despierta en mí una tormenta de emociones: ira por las mentiras tejidas alrededor de su desaparición, dolor por la pérdida de una madre que nunca realmente conocí, y una creciente sed de justicia por este destino injustamente sellado.

La injusticia de su final me golpea con una fuerza devastadora. Mi mente se tambalea al borde del abismo, luchando por reconciliar la imagen de la madre que imaginé con la realidad de su trágica muerte.

Las emociones me desgarran, un remolino de preguntas sin respuesta, de posibilidades y de pérdidas irreparables. En este momento, junto a los restos de quien debió ser mi protectora, siento que algo dentro de mí se rompe, dejando una herida abierta que dudo que alguna vez pueda sanar completamente.

La necesidad de entender, de descubrir la verdad detrás de este macabro hallazgo, me impulsa a seguir adelante a pesar del dolor que me consume.

Casi con un sentido de reverencia, extiendo mis manos hacia el medallón de plata, esperando sentir el frío metal entre mis dedos. Pero cuando mis dedos rozan lo que deberían ser huesos inmóviles, un grito se escapa de mis labios al sentirlos moverse bajo mi tacto, como piezas de un puzle antiguo que, al ser tocadas, comienzan a deshacerse.

Cierro los ojos, controlo mi respiración y vuelvo a intentarlo con más calma sin mover nada.

Luego, trato de ascender por la empinada ladera con determinación, mis manos y pies buscando aferrarse a cualquier saliente o raíz que me ofrezca un punto de apoyo. Sin embargo, la lluvia ha convertido la tierra en un barro traicionero, y por cada poco que logro avanzar, una fuerza invisible parece arrastrarme hacia abajo, obligándome a caer una y otra vez. El esfuerzo se siente titánico, como si estuviera luchando contra la misma montaña, que rechaza mi presencia con cada resbalón, cada caída.

—¡Maldición! —exclamo, mi mente corriendo frenéticamente—. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que Bramwell se percate de que algo no ha salido bien?

Cada segundo que pasa es precioso, y la posibilidad de que Bramwell tarde en darse cuenta de mi situación me pone aún más nerviosa.

La necesidad de actuar con rapidez se hace más apremiante, impulsándome a tomar decisiones rápidas bajo la presión del tiempo que inexorablemente se agota.

Esta vez, cuando vuelvo a caer, la desgracia se cierne sobre mí con una intensidad renovada. Mi tobillo se tuerce de manera abrupta bajo el peso de mi cuerpo, desatando un dolor tan agudo que corta mi respiración. El impacto me deja por un momento incapaz de moverme, tendida sobre la tierra empapada, luchando por procesar la oleada de dolor que inunda mis sentidos.

«Creo que este es el momento de permitirme llorar sin parecer demasiado débil o desesperada» me digo a mí misma, mientras el dolor y la frustración acumulados encuentran su salida en lágrimas silenciosas.

En este instante de vulnerabilidad, reconozco que no hay vergüenza en mostrar emoción. Las lágrimas no son un signo de debilidad, sino una válvula de escape necesaria para el miedo y el dolor.

«Voy a morir aquí, junto a mi madre. Bramwell jamás hablará y expondrá su participación en mi liberación».

Siento una amarga emoción de ironía. La idea de que mi final pueda estar tan entrelazado con el de ella, en este lugar solitario y olvidado, parece una cruel broma del destino.

Capítulo 30

Narrador Omnisciente



En la fría penumbra de la mañana, con el cielo aún cargado de nubes amenazantes, Avery se presenta con determinación ante la imponente fachada de la casa de Arthur Campbell. La demora del mayordomo en atender la puerta agita una impaciencia que pronto se convierte en desesperación. Sin esperar más, Avery eleva la voz, gritando el nombre de Arthur con una urgencia que resuena a través del silencio opresivo de la propiedad.

—¡Arthur! ¡Arthur Campbell! —Su llamado, desafiante y lleno de demanda, corta el aire frío, un sonido discordante en el usualmente tranquilo amanecer.

A su lado, Balthair observa la escena con una ceja levantada, su postura relajada en contraste marcado con la tensión palpable que emana de Avery. La lluvia fina que empieza a caer no hace sino añadir una capa de melancolía a la atmósfera ya cargada, las gotas de agua dibujando senderos brillantes por las ventanas de la gran casa, reflejo del tumulto interior que ambos hombres enfrentan.

—Interesante forma de tratar a un duque —comenta con sorna, su voz teñida de un humor cínico que no hace sino subrayar la tensión del momento.

Avery apenas se inmuta ante el comentario, su figura tensa como la cuerda de un arco listo para ser disparado. Sigue sin desviar la mirada de la puerta cerrada, que se interpone entre él y Kenna.

—Todavía no es duque —responde con un tono que brota tanto de la frustración como del desdén—. Y le falta mucho de nobleza para que lo considere un noble respetable.

El viento, que se intensifica como eco de las emociones de Avery, juega con su cabello, desordenándolo en un desafío silencioso a la estructura y el orden.

A su lado, Balthair permanece impasible, aunque su mirada atenta no se pierde ni el más mínimo gesto de Avery, reconociendo en él no solo la tormenta que se avecina, sino la profundidad del vínculo que une al hombre con la mujer por la que está dispuesto a enfrentar tempestades.

Balthair, con esa mezcla de escepticismo y entretenimiento que suele acompañar sus palabras, no puede evitar plantear la pregunta que flota en el aire, cargada de implicaciones.

—¿Y si ella realmente quiere casarse con ese hombre? —Su tono lleva un matiz de desafío, como si pusiera a prueba las convicciones de Avery.

Avery se detiene, su mirada aún fija en la inmutable puerta.

—Imposible —responde sin titubear, la firmeza en su voz deja en claro que no es solo una afirmación, sino una verdad arraigada en lo más profundo de su ser—. Incluso si ni siquiera siente algo por mí, ella no se casaría con él sin luchar antes. Ese tipo la hará daño. Es un sádico. Le gusta…

—Puedo intuir lo que le gusta. Me han leído sobre ello —replica Balthair, su comentario ligero en la superficie, pero no exento de una observación aguda sobre la naturaleza humana y los enredos del deseo y la voluntad.

Avery lo mira, su expresión vacía por un momento, como si las palabras de Balthair lo hubieran llevado a un terreno desconocido de pensamiento.

Luego, su rostro se tensa, reflejando la complejidad de sus emociones: la determinación mezclada con duda, el miedo al daño que Arthur podría infligirle a Kenna, y la frustración por la situación que escapa a su control.

Avery, impulsado por una mezcla de ansiedad y determinación, vuelve a elevar su voz en la noche, llamando a Arthur con un grito que corta el silencio. Momentos después, el mayordomo aparece en la puerta, su expresión confundida y los ojos aún nublados por el sueño. La súbita irrupción lo ha sacado de su reposo, y se encuentra desorientado ante la presencia inesperada en el umbral.

—¿Qué ocurre? —pregunta, intentando comprender la situación mientras se ajusta la vestimenta de forma instintiva.

—Dile al señor Campbell que quiero ver ahora mismo a la señorita MacIntyre —demanda Avery, su tono dejando claro que no está para rodeos. La urgencia en su voz es evidente, cada palabra cargada con el peso de su preocupación.

El mayordomo parpadea, sorprendido por la petición y, probablemente, por la intensidad con la que ha sido presentada. Antes de que pueda procesar una respuesta, Balthair interviene con una suavidad que contrasta con la agitación de Avery.

—Buenos días, caballero —comienza Balthair, su voz teñida de una cortesía que no oculta completamente su seriedad subyacente—. Buscamos a la señorita MacIntyre. Nos han dicho que está aquí.

—¿La señorita MacIntyre? —repite sin comprender.

La paciencia de Avery se evapora tan rápido como las últimas gotas de lluvia de su chaqueta al escuchar la respuesta del mayordomo.

—El señor MacIntyre me aseguró que la señorita MacIntyre se encontraría aquí —insiste Avery, su tono bordeando el límite entre la súplica y la exigencia.

El mayordomo, visiblemente confundido y aún despejando los vestigios del sueño de su rostro, parpadea con sorpresa.

—Lo siento, señores, pero me temo que debe haber un malentendido. La señorita MacIntyre no está en esta residencia.

Balthair, siempre el diplomático, interviene con una cortesía forzada, aunque su voz no puede ocultar del todo su irritación.

—¿Nos han informado de manera equivocada entonces?

—¿Desean que notifique al señor Campbell de su presencia, a pesar de todo? —inquiere el mayordomo, claramente deseoso de asistir dentro de sus capacidades.

—¡No! —La respuesta de Avery es inmediata y tajante, cortando cualquier otra sugerencia

antes de que pueda formularse. Se gira hacia Balthair, la urgencia pintada en cada línea de su rostro—. Algo no encaja aquí. Necesitamos regresar a Awe inmediatamente.

No espera ni un segundo más, ni se detiene a esperar a su cuñado. Con un ágil movimiento, prácticamente vuela sobre la silla de su caballo, demostrando la destreza de un jinete consumado.

Sin dar tiempo al animal a inquietarse, tira con decisión de las riendas, lanzándose ambos al galope. La prisa de Avery por volver a Awe es palpable en cada aceleración del caballo, un espejo fiel de la tormenta que arrecia en su interior.

Balthair, por su parte, se queda un momento observando la rápida partida de Avery, un dejo de asombro pintando su rostro.

—¿Y este era el hermano conocido por su templanza y raciocinio? Resulta ser más apasionado e impulsivo que la propia Adele —comenta en voz baja, casi para sí mismo, mientras contempla la nube de polvo que levanta el galope de Avery.

Con un suspiro resignado y un ligero sacudir de cabeza, Balthair se dirige hacia su propio caballo hace una señal a sus hombres en espera sobre sus monturas para que le sigan.

Sube al animal con una elegancia que contrasta con la prisa de Avery. Balthair, aunque inicialmente más cauteloso, reconoce la gravedad de la situación y, con un renovado sentido de propósito, se lanza tras su cuñado.



El sol ya está en lo alto cuando Avery y Balthair alcanzan los límites de Awe, el resplandor del mediodía bañando la tierra con una luz implacable que parece reflejar la urgencia de su misión. La jornada a caballo ha sido tensa, marcada por un silencio cargado de preocupaciones no expresadas y el eco constante del galope apresurado.

A su llegada, la atmósfera en Awe es palpablemente diferente, una quietud inusual que agudiza sus sentidos. Avery desmonta con un movimiento fluido, su mirada escudriñando el entorno, buscando cualquier indicio que le pueda llevar hasta Kenna. Balthair lo sigue, su presencia un recordatorio silencioso de que no está solo en esta búsqueda.

Sin perder tiempo, se dirigen hacia la casa de Russell. Avery no se detiene a llamar; su preocupación por Kenna supera cualquier protocolo o cortesía. Abre la puerta con determinación, su entrada marcada por la resolución de quien está dispuesto a enfrentarse al mundo para encontrarla.

Dentro de la casa, el silencio es casi tangible, interrumpido solo por el sonido de sus propios pasos. Se encuentran con Bramwell, que al verlos, adopta una expresión de sorpresa mezclada con aprensión, claramente no preparado para este encuentro inesperado.

—¿¡Dónde está Kenna!? —demanda Avery con una firmeza que no admite evasivas, su voz

resonando con una autoridad indiscutible—.¡Y no me mientas! O te sacaré las tripas una a una delante de tus ojos hasta que me digas la verdad, Bramwell.

Bramwell traga saliva bajo la imponente mirada de Avery y Balthair. Son dos colosos, rebosantes de testosterona y músculos, que lo hacen sentir momentáneamente disminuido.

Con voz temblorosa, responde rápidamente:

—Russel la encerró en una celda en el sótano.

Los ojos de Avery se abren desmesuradamente, el horror se refleja en sus iris color zafiro.

—¿Qué ha hecho qué? —pregunta incrédulo, empujando a Bramwell a un lado con una fuerza descomunal. Sus músculos se tensan como cuerdas de violín, a punto de romperse.

—¡Ya no está allí! Escapó —se apresura a explicar Bramwell.

Avery lo fulmina con la mirada.

—¿Y cómo pudo escapar de allí sola? —Su tono es acusatorio, cargado de una mezcla de preocupación y rabia.

Bramwell traga saliva, intentando mantener la calma.

—Bueno, es resolutiva e inteligente. Ya lo sabes. A veces, al menos, cuando no le da por la justicia y el deber—. Sus ojos esquivan la mirada penetrante de Avery—. Russell se enteró que había copiado vuestros contratos y se los había dado a Arthur para que se los entregara a un abogado y se puso furioso. La arrastró de los pelos hasta la celda y la dejó encerrada por días sin alimento ni agua.

Las manos de Avery se aprietan en puños, las venas a punto de estallar bajo la piel. Su mirada se vuelve gélida, clavándose en Bramwell como un cuchillo.

Le sujeta por el cuello de la camisa y lo alza contra la pared de la casa con una fuerza brutal.

Su voz, ronca por la furia contenida, resuena en el aire:

—¿Dónde está, Bramwell? ¿Dónde está ella?

Él, jadeando por la falta de aire, apenas puede articular palabra:

—Ha ido a la piedra blanca. Encontró en el libro la forma de descubrir las minas. Se necesita una especie de ritual.

Avery aprieta los dientes con tanta fuerza que las venas de su cuello parecen a punto de estallar.

—¿Hace cuánto que se fue? —Su pregunta es un rugido, una demanda imperiosa.

Bramwell, aterrorizado por la furia de Avery, responde con un hilo de voz:

—Ayer al mediodía, con la tormenta.

Un rugido de furia escapa de la garganta de Avery. Se libra de Bramwell y se aleja a grandes zancadas, la lluvia azotando su rostro con violencia.

Balthair se inclina la cabeza frente a Bramwell antes de seguir en silencio a Avery.

Este sintiéndose afortunado de seguir con vida, le devuelve el gesto, pero ese toque de cortesía no le engaña ni por un segundo. El laird Chisholm no ha hecho nada para detener a su cuñado, y está seguro de que habría mantenido la misma calma y desapego si hubiera cumplido su amenaza.

En la mente de Avery, las imágenes se arremolinan. Kenna, pálida y demacrada, en la celda oscura. La ira de Russell, sus manos brutales sobre ella. La tormenta, impetuosa y despiadada, como un reflejo de su propio estado de ánimo. Una furia que solo se aplacará cuando encuentre a Kenna y ajuste las cuentas con Russell MacIntyre por lo que le ha hecho.

Sin perder tiempo, Avery lanza un silbido. Duncan, el perro de Kenna, aparece corriendo tras él, moviendo la cola con entusiasmo.

—Sé un buen chico y encuentra a nuestra dueña —le susurra al animal, con la esperanza de que su agudo olfato lo lleve cuánto antes hasta Kenna.

Capítulo 31



El sol del atardecer pinta de oro el cielo, un espectáculo de belleza natural que contrasta con la crudeza de mi situación. Sin embargo, su luz no logra penetrar el frío que se ha adueñado de mis músculos, ni disipar la bruma de desesperación que envuelve mi mente.

Estoy empapada, el dolor recorre mi cuerpo con cada latido de mi corazón, y me encuentro atrapada en este despeñadero de la montaña.

A mi lado, los restos de mi madre yacen en un silencio eterno, una compañía macabra para mi soledad. La daga, aún clavada en su pecho, es un recordatorio mudo de la tragedia que nos ha

unido en este momento.

Intento reunir fuerzas y moverme, pero el dolor en mi tobillo me recuerda mi vulnerabilidad y me mantiene en el suelo.

Y en este instante de desesperanza, mi mente, como buscando refugio, vuela hacia Avery. Al principio, lo apodé con cautela como el «demonio de ojos helados», consciente desde el primer momento de la tormenta que él representaba para mi mundo ordenado. Supe, con una mezcla de temor y anticipación, que él sacudiría los cimientos de mi existencia, despertando deseos y anhelos que jamás pensé albergar.

Avery, con su imponente presencia, se convirtió no solo en la personificación de la belleza masculina sino también en el epítome de la generosidad, la caballerosidad, y una voluntad inquebrantable. A pesar de su reserva y su instintiva desconfianza, cada uno de esos rasgos solo añade a su atractivo, marcándolo como un hombre de profundas convicciones y una intensa protección hacia aquellos a quienes ama.

Y sí, lo amo. Lo amo por la pasión que arde en sus acciones, por la intensidad de su mirada, por su entrega sin reservas. Amo esa compleja mezcla de vulnerabilidad y fuerza que lo hace tan irresistiblemente humano.

Lo amo por mirarme de esa manera, como si fuera la única mujer en el mundo, la más hermosa a sus ojos. Por creer en mi talento, incluso cuando yo misma lo dudo y por todo lo que me hace sentir, ese torbellino de emociones que solo él puede provocar en mí.

Es en estos momentos de profunda soledad y dolor, mientras el sol se despide con sus últimos rayos de oro, alimento mi espíritu con su recuerdo y me imagino diciéndoselo.

Y luego le hablo a mi madre de él como si ella pudiera oírme desde esa cáscara vacía y sé que ya me he vuelto loca del todo.

Pero en este espacio solitario y perdido, este acto me brinda un consuelo extraño. Me permite sentirme menos sola, como si, de alguna manera, pudiera compartir este amor, esta vida, con ella, aunque sea solo en palabras.

Admito ante la quietud que me rodea, y quizás ante mí misma, que esta locura es mi salvavidas.

Y justo cuando las sombras amenazan con envolverme por completo en su abrazo frío, un sonido familiar atraviesa el aire: los ladridos de Duncan.

Mi corazón se eleva, un destello de alegría irrumpe a través de la penumbra.

—Es el perro más feo-bonito del mundo —le digo a mi madre, mi voz entremezclada con risas y lágrimas.

Y entonces la melodía más hermosa que jamás podría esperar escuchar. Mi nombre en sus labios.

—¡¡Kenna!! —grita desde lo alto.

—¡Avery! ¡Estoy aquí! —Mi voz, aunque débil, está cargada de una mezcla de alivio y urgencia.

Intento guiarle hacia el fondo de la montaña a través de la densidad de la vegetación y la oscuridad de la noche que se cierne.

Las voces de Thomas y Jacob se entremezclan en el aire, un coro distante de apoyo y determinación, pero es la voz de Avery, clara y decidida, la que domina el escenario.

—Voy a bajar a por ella —anuncia, su tono no deja lugar a dudas.

Esa declaración, simple pero poderosa, atraviesa la frialdad de mi entorno, encendiendo una llama de esperanza en mi interior. La idea de Avery, desafiando la montaña para llegar hasta mí, es un testimonio de su determinación.

A pesar de mi debilidad y el dolor que me consume, me esfuerzo por mantenerme alerta, aferrándome al crujir de la vegetación bajo sus pies.

La oscuridad de la noche parece conspirar contra nosotros, pero sé que Avery no se detendrá.

La espera se siente eterna, cada minuto estirándose hasta el infinito, hasta que, al fin, la silueta de Avery irrumpe a través de la penumbra. Verlo ahí, respirando agitadamente por el esfuerzo, pero con sus ojos fijos en mí, con una intensidad que corta el aliento, es como presenciar el amanecer después de la noche más larga.

No necesito palabras para expresar lo que siento en ese momento; todo está escrito en mi mirada, en la forma en que mis ojos se llenan de lágrimas al verlo.

Avery se abre camino hasta mí, su presencia dispersando las sombras y el frío.

—¡Dios mío, Kenna! —murmura, su voz ronca por la emoción.

Sus ojos, que siempre han brillado con una luz especial, ahora se llenan de lágrimas de alivio al verme.

Sus manos, ásperas por el trabajo y curtidas por el frío, me envuelven en un abrazo que transmite una calidez feroz. Su aroma, una mezcla de tierra mojada, pino fresco y algo único a él me inunda y me transporta a un lugar seguro. Un lugar donde no hay dolor, ni miedo, solo la calidez de su cuerpo.

Sus palabras, un susurro ronco y tembloroso, repiten mi nombre como una plegaria:

—Kenna, Kenna, Kenna —murmura como un mantra y cada repetición es una caricia para mi alma.

En ese abrazo, el mundo se desvanece. No hay tormenta, ni celda oscura, ni dolor. Solo existe Avery.

Apoyo mi mejilla en su pecho y el latido acelerado de su corazón, un ritmo frenético que refleja la tormenta de emociones que se agita en su interior.

Las lágrimas corren por mis mejillas, no de tristeza, sino de agradecimiento por tener a este hombre maravilloso en mi vida.

—Estás a salvo ahora — susurra con una ternura que desgarra mi alma—. No dejaré que te pase nada más jamás.

La calidez de sus palabras me envuelve por completo y lo creo. Con un esfuerzo, levanto la mirada hacia él, permitiendo que mis ojos se encuentren con los suyos. Gestos y palabras parecen insuficientes para expresar todo lo que siento.

—Avery —. Mi voz es apenas un susurro, frágil como el silencio que nos rodea. Con un movimiento tembloroso, señalo el esqueleto que yace a mi lado—. Es mi madre, Avery.

La revelación cuelga entre nosotros. Observo cómo la comprensión se dibuja en su rostro, cómo la sorpresa da paso a una profunda compasión. Sus ojos, que siempre han sido un refugio de fuerza, ahora reflejan el peso de esta nueva verdad.

Avery estira la mano y saca la daga con fuerza y se la guarda en el cinturón de su pantalón con un movimiento fluido.

—¿Puedes andar? —me pregunta, su preocupación claramente reflejada en sus intensos ojos.

Al negar con la cabeza, veo una sombra de frustración cruzar su rostro, pero es rápida en ser reemplazada por determinación.

Con delicadeza, sus dedos, firmes pero gentiles, examinan la herida en mi cabeza. Trabajan con cuidado, despejando los mechones de cabello que se han adherido a la sangre seca, cada contacto tan cauteloso como si manejara el más frágil de los cristales.

—Vale, no importa —decide, su voz rebosante de una calma forzada—. Yo te llevaré.

Describe el plan con precisión: debo aferrarme a su cintura con mis piernas, rodeando sus hombros con mis brazos mientras él asciende. La seriedad de su mirada exige confianza, y en su tono no hay espacio para dudas.

—¿De acuerdo?

La idea me asusta, la lógica me dice que es imposible.

—No podrás subirnos a los dos, Avery —le advierto, la incertidumbre teñida de miedo en mi voz.

—No te preocupes.

Asiento con lentitud, todavía indecisa. Mis manos se crispan en la áspera tela de su camisa mientras trato de asimilar la magnitud de lo que está a punto de hacer.

Avery me ayuda a incorporarme, su cuerpo cálido y firme contra el mío. Sus manos se deslizan por mi espalda, buscando los puntos de apoyo más seguros y se deshace de las capas de ropa que me cubren mojadas y pesadas, dejándome en camisa y corsé. Un escalofrío me recorre al sentir la presión de sus dedos contra mi piel, una mezcla de miedo y anticipación.

Con cuidado, me alza a su cuerpo. Mis piernas se aferran a su cintura, mis brazos rodean sus hombros como un náufrago a un salvavidas.

Un último beso en la frente, una mirada llena de promesas y comienza el ascenso.

Se sujeta a asideros que solo él puede ver. Sus dedos como garras se aferran a los riscos con precisión. Asciende con una fluidez que desafía la gravedad. No necesita cuerdas ni arneses, solo su fuerza y determinación.

Al principio, cada paso es un tormento. Un dolor en mi costado se intensifica con cada movimiento, como si tuviera una costilla rota, y la adrenalina hace que mi corazón lata con fuerza.

Pero poco a poco, un ritmo se establece. La respiración de Avery se vuelve jadeante, pero su ascenso no flaquea. Sus músculos se tensan bajo la tela de su camisa, un testamento de la fuerza que requiere esta empresa.

Su mirada está fija en la cima, su objetivo inquebrantable.

Avery alcanza la cuerda casi en la cima, una línea de vida suspendida desde lo alto. Con una destreza nacida de la necesidad, se la enrolla en el antebrazo. Su voz, un susurro de confianza y fuerza, rompe el silencio que nos envuelve.

—Ahora. ¡Tirad! —Su llamado resuena, una orden dirigida hacia arriba, hacia aquellos que nos esperan, invisibles desde nuestra posición.

Desde lo alto, una voz responde, su tono firme y seguro. Se inicia el tirón, suave al principio, luego con una fuerza creciente que nos eleva con una urgencia medida. La cuerda se tensa, convirtiéndose en el único vínculo entre nosotros y la seguridad.

Avery, con los músculos de sus brazos y espalda marcándose bajo la tela, mantiene su agarre férreo. Su concentración es absoluta, cada fibra de su ser enfocada en la tarea. La proximidad de nuestros cuerpos, unidos en este esfuerzo, intensifica la conexión entre nosotros, una mezcla de confianza y dependencia mutua.

—No te sueltes, Kenna —me recuerda, su aliento caliente contra mi oreja, una promesa en medio del peligro—. Ya casi estamos.

El viento nos azota con su fría caricia, un recordatorio del vacío que espera debajo. Sin embargo, en sus brazos, rodeada por su determinación, encuentro un refugio inesperado.

El ascenso final parece durar una eternidad, cada segundo un testimonio de la tenacidad de Avery. Pero entonces, con un último esfuerzo conjunto de aquellos que nos esperan y la inquebrantable voluntad de Avery, nuestras cabezas superan el borde. Manos se extienden hacia nosotros, arrastrándonos hacia la seguridad de la cima.

Tumbados en el suelo, el pecho de Avery sube y baja con respiraciones pesadas, sus ojos cerrados momentáneamente en una expresión de alivio y fatiga, sin dejar de apretarme contra él. A pesar del agotamiento, su abrazo se mantiene firme, ofreciéndome protección en este momento de vulnerabilidad.

Siento que alguien me coloca una chaqueta sobre la espalda, un gesto de cuidado que parece fuera de lugar en la crudeza del momento. Levanto la mirada hacia la persona que ha extendido esta cortesía. Me encuentro con un hombre de mirada dura y ojos grises que nos observa con una preocupación que no logra ocultar detrás de su semblante severo.

—Bien hecho —le dice finalmente a Avery, con un tono de respeto y alivio que apenas disimula la tensión de su voz. Le ofrece un ligero apretón sobre el hombro, un gesto fraterno en este mundo de constantes peligros. Luego, se dirige a mí con una pregunta cargada de preocupación:

—¿Está herida?

—Es posible —respondo—. Me duele el tobillo y el pecho al respirar.

El hombre asiente, su expresión se suaviza ligeramente al dirigirse a mí.

Con eficiencia, empieza a examinar mi tobillo, sus manos trabajan con una profesionalidad nata, a pesar del contexto poco convencional.

Su tacto es firme pero considerado, asegurándose de no causar más dolor del necesario.

Avery, aún recuperándose, abre los ojos y me observa con una mezcla de preocupación y alivio. A pesar de su fatiga, se intenta incorporar, queriendo estar al tanto de la situación.

—Tranquilo, Avery —le pide el hombre con un tono que demanda obediencia—. Solo estoy asegurándome de que no está roto.

—¿Y? —le pregunta él.

La respuesta del hombre es directa, sin rodeos.

—Que sí lo está. Deberíamos entablillárselo.

A pesar de la gravedad de la noticia, la calma con la que es entregada infunde una cierta confianza.

Sin perder tiempo, el hombre se pone en movimiento, buscando los materiales necesarios. Su eficiencia es un bálsamo en medio de la tormenta.

Con una rama gruesa en mano, seleccionada por su solidez y longitud adecuada, inicia el meticuloso proceso de adaptarla como entablilladura.

La daga que Avery lleva a la cintura, ofrecida sin vacilar, se convierte en una herramienta esencial en este momento, permitiéndole al hombre dar forma al soporte con precisión.

Avery, sin un minuto de duda, comienza a rasgarla, transformando la prenda en tiras de tela que serán usadas como vendaje. Cada corte es deliberado, cada movimiento calculado para maximizar el material disponible. Luego Balthair le tiende una chaqueta de botones dorados que se pone sobre el pecho desnudo.

—Hay que enderezar el hueso roto para vendarlo —me avisa el hombre.

Asiento con la cabeza mordiéndome el labio. La anticipación del dolor que viene es casi tan abrumadora como el dolor en sí.

Avery se coloca detrás de mí, brindándome su cuerpo como respaldo. Su presencia, sólida y reconfortante, es un ancla en el torbellino de emociones y sensaciones que me asaltan.

Con cuidado, pero con firmeza, pasa sus brazos alrededor de mí, preparándonos para lo que debe hacerse. La proximidad de su pecho contra mi espalda, el calor de su aliento en mi cuello, todo sirve para recordarme que no estoy sola en este instante de vulnerabilidad.

El hombre, con una mirada que mezcla compasión y determinación, asiente a Avery, señal de que es momento de proceder. La rama que Avery coloca entre mis dientes es áspera y real, un recordatorio tangible de la crudeza de nuestro entorno.

A la señal, el hombre da un tirón en mi pierna con una mano, mientras con la otra ajusta y alinea el tobillo roto.

El dolor, cuando llega, es intenso, una marea ardiente que parece querer arrastrarme lejos de mí misma. Mis manos se crispan, los dedos se clavan en la tierra bajo mí, buscando algo a qué aferrarse. Pero es la rama entre mis dientes la que me da algo contra lo que luchar, un objeto inerte que soporta la presión de mi mordida mientras trato de encerrar el grito que lucha por escapar.

Avery, sintiendo cada temblor y cada tensión en mi cuerpo, refuerza su abrazo, susurrándome palabras de aliento. No entiendo las palabras, pero el tono, la intención detrás de ellas, me llega claramente. Es una promesa silenciosa de que este momento pasará, de que el dolor no es eterno.

Finalmente, el procedimiento termina. El tobillo queda inmovilizado entre la rama y las vendas de tela, cada una ajustada con precisión para ofrecer el máximo soporte.

—Balthair Chisholm, supongo —murmuro, mi voz entrecortada por el esfuerzo de hablar a través del dolor y el agotamiento.

Él asiente.

—Gracias —musito.

Hay un atisbo de reconocimiento en su mirada, una aceptación silenciosa de que, en este momento, nuestras vidas están entrelazadas por más que la casualidad.

—¿Y Duncan? —pregunto.

Chisholm señala hacia un desconocido que sujeta al perro a duras penas con una correa.

—Puede soltarlo —le indico.

—Saltará sobre ti, Kenna, y es posible que tengas alguna costilla rota —me advierte Avery.

—No lo hará. Se contendrá si sabe que puede hacerme daño.

Avery, aunque reticente, asiente levemente, confiando en mi juicio a pesar de sus preocupaciones palpables. Chisholm, por su parte, da una orden corta al desconocido, quien, aunque parece dudar un momento, finalmente suelta la correa.

Duncan se detiene un instante, como midiendo la situación, antes de acercarse a mí con una cautela que desmiente su habitual exuberancia.

Sus ojos, llenos de una preocupación casi humana, se fijan en los míos, buscando indicios de mi estado.

A pesar de la advertencia de Avery, no hay un salto ni un movimiento brusco; en lugar de eso, Duncan se acerca y deposita su cabeza suavemente en mi regazo, sus ojos aún fijos en los míos, ofreciendo consuelo sin palabras.

Avery, aún sujetándome desde la espalda, me ayuda a ajustarme para que pueda extender una mano hacia Duncan.

Mis dedos encuentran el pelaje suave de su cabeza.

—Buen chico —le digo con ternura.

—No dejes que se lleve él todo el mérito —comenta Balthair con un atisbo de diversión y aunque las palabras están dirigidas a Avery, siento que el comentario me incluye a mí.

Avery, cuya expresión se suaviza ante las palabras de Balthair, ofrece una sonrisa cansada pero genuina, aceptando el reconocimiento con una humildad que puedo percibir sobre mi cabeza.

—Avery… —susurro, sintiendo su pecho contra mi espalda, expandirse con un suspiro

profundo, la frustración y el cuidado entrelazados en el simple acto de respirar.

—Ya hablaremos luego, Kenna —dice con voz suave y luego se detiene y añade con otro tono—, pero debes saber que estoy terriblemente enfadado.

—Pues te vas a enfadar aún más cuando te diga lo que pretendo hacer. —Mi respuesta sale más firme de lo esperado.

—No lo vas a hacer. Vamos a bajar esta montaña ahora mismo y te voy a llevar conmigo y alejarte de tu padre y Arthur Campbell. —Su voz, firme y determinada, vibra contra mi espalda, cada palabra un eco de su resolución en protegerme, incluso de mí misma.

—Sabes que no puedo. No puedo irme contigo sin más.

Siento cómo sus manos se crispan levemente sobre el suelo, sus dedos cavando en la tierra como si buscaran la fuerza para enfrentarse a lo inminente. A pesar de su deseo de levantarse y actuar, se queda inmóvil, consciente de que cualquier movimiento brusco podría agravar mi lesión.

—Kenna, no te estoy pidiendo nada —empieza, cada palabra cargada con el peso de sus inseguridades y deseos no expresados—. Lo sé, no tengo títulos de nobleza, ni riquezas desbordantes como un duque... No poseo los medios para rescatar a tu familia, para salvar tu hogar —admite, su voz quebrándose bajo el fardo de su impotencia.

Hay una pausa, un momento suspendido en el tiempo, donde solo el sonido de nuestros corazones perturba el silencio.

—Y por eso —continúa, su voz bajando a un murmullo lleno de un anhelo crudo— ni siquiera me atrevo a soñar con pedirte... Aunque, Dios sabe que —añade, su voz elevándose con un tono emoción— me arrodillaría aquí mismo, en este instante, para suplicarte que aceptaras ser mi esposa, si tan solo tuviera algo digno que ofrecerte.

En ese momento, su confesión se siente como una tormenta: cruda, poderosa, incontenible. Con cada palabra, Avery no solo expone su alma, sino que también tiende un puente emocional hacia mí, uno tejido con hilos de esperanza, vulnerabilidad y un amor incondicional que pide nada a cambio, pero lo da todo.

Noto cómo inclina su cabeza, su frente rozando suavemente la curva de mi hombro.

—Avery, para mí, tú ya eres más de lo que jamás podría haber deseado. No hay tesoro, no hay título, no hay riqueza en este mundo que pueda rivalizar con lo que tú vales. No necesito nada más de ti. Cómo desearía que las circunstancias fueran diferentes, que pudiéramos liberarnos de estas cadenas invisibles y simplemente ser... ser nosotros, sin cargas, sin fantasmas del pasado, acechando en cada sombra. Pero la sombra de mi madre, su destino entrelazado con la maldad de esas minas, es una herida abierta en mi alma. La codicia de alguien creyó que el sacrificio para encontrarlas exigía una vida y estuvo dispuesto a llevarlo a cabo. No puedo hacer como si nada de esto importara, Avery. No cuando el precio fue tan alto.

—Tendrás que explicármelo mejor.

—El libro dice que se debe hacer un ritual que implique un pequeño sacrifico. En su día se hizo un ritual de ocultación, un acuerdo entre dos clanes, los MacIntyre y los MacGregor, en que los MacGregor garantizaban protección y apoyo a los MacIntyre y ellos podían ocultarse en las cuevas de su propiedad. La única forma de revelarlas es entregando sangre MacIntyre y MacGregor en la piedra blanca. Mi madre era una MacGregor, Avery.

—¿Crees que tu padre…?

—Él lo sabía, lo sabía todo sin la necesidad del libro negro. Es el que más historias sabe sobre el pasado del clan, nunca accedió a vender ese trozo de tierra y… justo cuando me encerró, él… insinuó que ya era hora de que hiciera un sacrificio por la familia. Siempre lo tuvo en mente, hacerme lo mismo que a mi madre llegado el momento y por eso se negaba a mirarme como alguien real. ¿Lo entiendes? Llevo la sangre de los MacIntyre y los MacGregor.

Su respiración se detiene momentáneamente, una pausa cargada de tensión antes de exhalar lentamente, como si tratara de mantener la calma frente a la perspectiva de perderme en un acto tan arriesgado.

—No vas a entregar ni un gramo más de sangre en esta montaña, Kenna. —Su voz es un susurro grave, cargado de un miedo apenas contenido, sus palabras vibran contra la piel de mi cuello, enviando un escalofrío por mi espina dorsal.

Giro mi cabeza ligeramente hacia él, buscando la profundidad de sus ojos, esos pozos de emoción que ahora se nublan con la tormenta de su temor.

—Sí, lo voy a hacer. Solo es una pequeña herida para cerrar otra mucho más grande. Necesito hacerlo.

Su mirada se pierde un momento en el horizonte, como buscando respuestas en el crepúsculo que se cierne sobre nosotros.

—Vale, una pequeña herida y ¿luego?

—Luego aparecen las minas, el señor Chisholm invierte en la extracción del mineral a cambio de un sustancioso beneficio y se lo restregamos a Arthur por la cara. —Una sonrisa pequeña, casi imperceptible, juega en los labios de Balthair atento discretamente a nuestra conversación.

—¿Y luego?

—Luego me pides que sea tu esposa y te digo que sí. —La simpleza de esta visión del futuro, dicha en voz baja, es un rayo de luz en la oscuridad, un sueño audaz que se atreve a desear más allá de la supervivencia.

Avery reacciona con un suspiro que parece arrancarle el alma, sus brazos alrededor de mí se tensan como si quisiera protegerme de las propias palabras que está a punto de pronunciar.

—De acuerdo. Hagámoslo.

Capítulo 32

Narrador omnisciente



En el frío anochecer, iluminado solo por la luz de la luna y las antorchas que blanden los hombres de Balthair, y con una niebla abrazando el suelo, Avery avanza con determinación, llevando a Kenna sobre su espalda. Sus pasos, medidos y firmes, trazan un camino a través del paisaje escarchado hacia la piedra blanca, ese antiguo altar que promete tanto misterio como redención.

A pesar de la tensión que marca su rostro, su prioridad es proteger a Kenna, su carga preciosa, cuyos gemidos de dolor filtran a través del silencio, cada uno, un puñal en su ya atribulado corazón.

El aire, impregnado del aroma a tierra húmeda y a la promesa de secretos ancestrales, parece volverse más pesado a medida que se acercan a su destino.

—¿Estás bien? —pregunta, su voz, un susurro que rompe el hechizo del amanecer. Aunque intenta mantenerse imperturbable, la preocupación se cierne sobre él, un manto invisible que ajusta sus hombros con el peso del mundo.

Mientras camina, cada paso es una batalla contra el terreno, contra el dolor de Kenna, contra sus propios demonios internos. Intenta suavizar el trayecto, consciente del dolor que cada movimiento inflige en la costilla lesionada de Kenna, su esfuerzo es tan heroico como desgarrador.

Sus ojos, oscurecidos por la preocupación y el enojo, capturan un momento fugaz en uno de los hombres de Balthair, cuya atención descarada hacia las piernas de Kenna, expuestas y vulnerables, despierta un fuego de ira en Avery. Un destello de furia pasa por su mirada que advierte al hombre del peligro que corre por poner los ojos donde no debe y lo obliga a alejarse.

Avery está enfadado, sí, pero su enojo va más allá de la mirada indiscreta de ese hombre. Se enfurece contra el destino que los ha llevado a este momento, contra la impotencia que siente al depender de leyendas y magia para salvar a la mujer que se le ha metido debajo de la piel como su propia sangre, necesaria e indispensable para poder vivir.

El miedo que lo consumió al no encontrarla, el terror paralizante ante la idea de perderla para siempre, ahora se confunde con una especie de resignación combativa.

Avery se enfrenta a este ritual con una mezcla de escepticismo y desesperación, un guerrero reticente en una batalla que no comprende completamente, pero que está dispuesto a luchar.

Porque en el fondo, su enojo es también un reflejo de su amor inmenso y desesperado por Kenna, una fuerza que lo empuja a desafiar incluso a los dioses si con eso puede mantenerla a salvo, a su lado.

Kenna, a pesar del dolor y la situación precaria, encuentra un momento para aligerar el tenso ambiente. Con una voz temblorosa, pero imbuida de un espíritu indomable, bromea.

—Tienes razón, Avery. Montar sobre ti como si fueras un caballo tiene su encanto.

Avery, sorprendido por el comentario, permite que una sonrisa canalla se dibuje en sus labios bajo la luz de la luna. Con tono de burla y manteniendo su paso firme hacia el altar, responde sin mirar hacia atrás:

—Cuando dije que ser montado tenía su encanto, Kenna, no me refería precisamente a que lo hicieras de esta forma.

El rostro de Kenna se tiñe de un rojo intenso, visible incluso bajo el tenue resplandor lunar al entender lo que quiso decir.

—Oh.

Avery suelta una risa ahogada y ligera que le permite calmar su estado temporalmente.



Al alcanzar la roca blanca, ese monolito que se yergue imponente y silencioso contra el cielo que comienza a aclarar, Avery deposita cuidadosamente a Kenna sobre la superficie fría y lisa. La solemnidad del momento parece suspender el tiempo, mientras ella, con gestos temblorosos, pero resueltos, extrae el libro negro de su corsé.

La petición de Kenna lo hiela en el acto, la daga en su mano pesa más que el acero, más que el destino mismo.

La luz del alba comienza a iluminar el cielo.

—Avery, por favor —insiste Kenna, ofreciéndole su muñeca—. Solo un pequeño corte.

Avery sostiene la muñeca de Kenna con su mano. La piel bajo sus dedos es suave, cálida, viva.

Con un suspiro que parece arrancarle el alma, Avery inclina la cabeza, concediendo a este momento la gravedad que merece.

La daga desciende y realiza el corte. Es un acto pequeño pero significativo tributo a los misterios antiguos que demandan su pago en sangre.

Mientras la sangre brota, un hilo carmesí que contrasta con la blancura de la roca. Kenna, con la voz temblorosa pero clara, comienza a recitar los versos en gaélico, su tono elevándose por encima del silencio matinal:

"Seall dhomh an solas, A’ ghrian a’ deàrrsadh,

Lasaich an dorchadas, Foillsich do rùn.

Às an fhuil, àrdaich, Tog an còmhdaich,

Na dìomhaireachdan a dh’fheumas sinn a lorg."

(Revélame la luz, El sol que brilla,

Disipa las sombras, Revela tu secreto.

De la sangre, levántate, Levanta el velo,

Los misterios que debemos descubrir.)

A medida que los versos fluyen de sus labios, un cambio, sutil pero inexorable comienza a manifestarse en el entorno. La roca blanca, antes inmutable y silenciosa, comienza a vibrar con una energía que parece nacer del mismísimo aire. Entonces, sin previo aviso, un sonido profundo, un ronco gruñido de la tierra misma, rompe el silencio, emanando desde lo más profundo del suelo.

La roca blanca, en respuesta a la antigua invocación, empieza a moverse. Primero es apenas perceptible, un temblor ligero como si despertara de un largo sueño. Pero rápidamente, el movimiento se intensifica, convirtiéndose en un vaivén que amenaza con revelar lo oculto bajo siglos de leyendas y tierra.

Avery, impulsado por un instinto protector, no pierde un instante. Con una agilidad nacida de la desesperación, se lanza hacia Kenna, sus brazos envolviéndola en un firme abrazo protector. Con movimientos rápidos pero cuidadosos, la aparta de la roca que ahora se convierte en el epicentro de una revelación antigua.

Bajo sus pies, el suelo mismo parece ceder, no con la destrucción, sino con la apertura de un mundo olvidado. Donde antes había solo roca, ahora se forma una entrada, una boca oscura que se traga la luz del amanecer, invitándolos a adentrarse en los secretos que ha custodiado durante eones.

Balthair, con una determinación forjada en el corazón de las antiguas tradiciones de su tierra, se adelanta ante la apertura recién revelada. Su figura, imponente incluso ante la oscuridad que se cierne frente a ellos, se recorta contra la luz del amanecer, marcando el umbral entre lo conocido y el misterio que yace más allá.

—Yo entraré —anuncia, su voz resonando con una mezcla de autoridad y respeto por el momento sagrado que están viviendo. La decisión en su tono no admite réplica; es el eco de generaciones que han caminado sobre estas tierras, cuyas historias se entrelazan con la magia y los secretos que ahora se abren ante ellos.

Entonces, con una mirada que barre a aquellos reunidos alrededor de la roca blanca, pronuncia varios nombres, llamando a sus compañeros a seguirle en esta travesía hacia las profundidades de la tierra.

—Alistair, Ewan, Malcolm, venid conmigo —ordena.

Mientras Balthair lidera el camino, adentrándose en la oscuridad que la apertura promete, Avery y Kenna observan, unidos, en un silencio cargado de emociones.

En ese momento, mientras Balthair se adentra en la penumbra prometida por la apertura recién descubierta, la tensión que Avery había albergado en su interior comienza a disiparse, gota

a gota, como la niebla bajo el sol matutino.

Con cuidado, ayuda a Kenna a situarse sobre una roca cercana, elevándola hasta que sus ojos se encuentran al mismo nivel. La delicadeza con la que maneja cada movimiento, cada gesto, habla de una devoción y cuidado que trascienden el momento presente, sumergiéndose en las profundidades de un amor forjado y reforzado por incontables pruebas.

Una vez segura, se inclina sobre ella, buscando refugio en el regazo, rodeándola con sus brazos. Su frente se apoya contra ella, un gesto de vulnerabilidad y sumisión, de necesidad, de conexión y consuelo.

En este momento de quietud, con el amanecer derramándose sobre ellos, revelando el mundo en tonos de oro y sombra, Avery encuentra las palabras que han estado danzando en el borde de su conciencia, palabras que necesitan ser dichas.

—Kenna, necesito pedirte disculpas. —Su voz es un susurro apenas audible sobre el coro de la naturaleza que los rodea—. Por cada momento de duda, por cada sombra de incredulidad hacia tus leyendas y tu fe en ellas. Ahora veo que, incluso si esas minas no valieran nada, la magia que representas, la fuerza y la pasión con la que defiendes tus creencias, son suficientes para despertar toda mi admiración. Eres extraordinaria, Kenna, y me has enseñado más de lo que jamás imaginé.

En su rostro, al levantar la mirada hacia Kenna, se dibuja un mosaico de emociones: arrepentimiento, amor, admiración. Es un Avery raramente visto, uno que lo muestra todo.

Kenna, con un brillo triunfante en los ojos, no puede evitar sonreír ante su confesión.

—Sabía que este momento llegaría, Avery Harwood, que tendrías que tragarte tu incredulidad —le responde con un tono juguetón, pero detrás de sus palabras hay una capa de ternura, una aceptación de su vulnerabilidad compartida.

Él levanta la vista hacia ella, una sonrisa asomando en sus labios.

—Se supone que tendrías que decirme que no necesitas mis disculpas —replica, encontrando en su intercambio una ligereza que despeja las sombras del miedo y la incertidumbre que los habían rodeado.

—No, no, te lo dije, y es muy satisfactorio tener razón —le contesta, su regocijo evidente, disfrutando de este pequeño triunfo.

Entonces, con un tono más suave, lleno de una esperanza recién nacida, Avery formula la pregunta que ambos han sentido latir en sus corazones desde que la encontró perdida en la montaña.

—¿Es ahora cuando accedes a ser mi esposa?

La pregunta, aunque esperada, hace que el corazón de Kenna se salte un latido.

—Todavía no me lo has pedido —le dice, una chispa de desafío y deseo en su mirada.

Avery se inclina hacia delante, tomando sus manos entre las suyas, el contacto, un puente silencioso que une sus mundos. La mira directamente, la intensidad de su mirada reflejando la profundidad de sus sentimientos.

—Kenna, sé mi esposa —le dice directamente.

Ella suelta una carcajada que luego le hace encogerse de dolor cuando su costilla le pincha a un lado de su cuerpo.

—¿Crees que soy uno de tus soldados? Eso parece más una orden que una petición —se mofa, aunque su corazón canta con la posibilidad de una vida junto a él.

—Es que no quiero darte otra alternativa. No puedo imaginar un futuro sin ti a mi lado. Eres, en todos los sentidos, un milagro que ha iluminado mi existencia. Sigo sin tener nada que ofrecerte…

En ese instante, cuando las emociones entre Avery y Kenna están en su punto más alto, la aparición de Balthair añade un nuevo capítulo a su historia. Sale de la oscuridad de las galerías subterráneas con una sonrisa triunfante que ilumina su rostro, marcando el final de una búsqueda y el comienzo de una nueva era para todos ellos.

—No es la entrada a una sola mina, sino a varias galerías —anuncia, su voz rebosante de emoción y asombro—. Juraría haber visto vetas de cobre, de plata y oro a montones, relucientes y hermosas.

Se gira hacia Kenna, su mirada brillando con respeto y una pizca de incredulidad

—Creo, señorita Harwood, que ya podemos considerarnos socios —le dice tendiéndole una mano que Kenna aprieta con la suya soltándola de las de Avery.

Avery, cuyos ojos hasta ese momento estaban fijos en Kenna, llenos de amor y esperanza, se vuelven hacia Balthair con una impaciencia teñida de irritación fraternal.

—Me estaba declarando —le informa con un tono que sugiere que cualquier noticia, por grandiosa que sea, palidece en comparación con el momento que acaba de interrumpir.

Balthair, al captar la leve impaciencia en su voz, no puede evitar soltar una risa suave,

—Lo siento —dice, su disculpa teñida con el calor de la camaradería y un toque de burla amistosa—. Que no se te note demasiado desesperado.

Kenna, aún procesando la declaración de Avery y las nuevas noticias, no puede evitar sonreír ante la situación.

—No necesito minas ni riquezas para saber lo que más valoro en este mundo, Avery. Eres tú, con todo lo que representas.

—Entonces estás de suerte porque soy enteramente tuyo —responde con esa sonrisa ladeada que muestra, ahora sin la barba, mucho más sus colmillos puntiagudos.

La caricia que ella le ofrece, deslizando sus dedos por su mandíbula ahora libre, revela más que cualquier discurso.

Su piel contra la de ella, la definición firme de su rostro bajo su tacto, todo habla de una intimidad y una conexión que van más allá de lo superficial.

En su mirada encuentra no solo al hombre que ama, sino también el reflejo del hombre que es: fuerte, decidido y, sin embargo, capaz de una ternura que rompe todas las barreras.

A medida que las noticias sobre las minas y las promesas de riqueza se desvanecen en el fondo, Avery se centra en el presente, en Kenna, y en el profundo vínculo que los une. Su viaje juntos, marcado por pruebas y tribulaciones, se ha convertido en la fuente de su fortaleza y solo sabe que no quiere volver a experimentar esa desesperación abrumadora al creer que podría perderla, nunca más.

La idea de vivir sin Kenna, incluso por un momento, ha despertado en él un miedo primitivo, una angustia que perfora el alma.

La certeza de su amor y su necesidad de protegerla, de mantenerla a su lado, se ha grabado en él con la fuerza de un juramento sagrado.

Capítulo 33



Nos aproximamos a la torre Awe.

Sentada delante de Avery en su caballo, me siento arropada por sus brazos, un refugio seguro en el que mi espalda descansa contra su pecho, sintiendo cada respiración suya.

Balthair se acerca a nosotros, su caballo moviéndose con la gracia y la fuerza que caracterizan a todos sus movimientos.

—Deja que yo me ocupe de esto con Russell MacIntyre. ¿De acuerdo? —Su voz, aunque

firme, lleva un matiz de comprensión, reconociendo la tormenta de emociones que debe estar azotando a Avery en estos instantes—. No es que tus amenazas sobre extraer intestinos en vida no sean creativas, pero creo que puedo ser más sutil.

Avery tensa sus brazos alrededor de mí por un momento, un gesto que siento tan claramente como si fuera una expresión de todas las palabras que no dice.

Es una lucha para él, lo sé; dejar en manos de otro la confrontación con mi padre, con el hombre que estuvo dispuesto a sacrificar mi bienestar, mi vida, por sus ambiciones.

Pero en el fondo, ambos comprendemos la sabiduría en la propuesta de Balthair.

—Está bien —responde finalmente Avery, su voz cargada de una tensión contenida, una resignación que solo yo puedo apreciar.

Al llegar, la presencia de Thomas y Jacob, aguardando con miradas cargadas de preocupación, nos recibe como un presagio silencioso de los desafíos que están por venir.

Avery, con una compostura que admiro profundamente, desmonta primero del caballo antes de asistirme.

Cuando finalmente me sostiene en sus brazos, cruzando el umbral de mi propia casa, siento un contraste abrumador entre la seguridad de su abrazo y la incertidumbre que yace más allá de nuestra puerta.

Me deposita suavemente sobre el sofá más cercano, cuando la irrupción de mi padre nos sacude a ambos.

Su entrada es violenta, cargada de una furia que hiela el aire.

—¡Maldita, sucia, desagradecida! ¡Traicionándome, entregándote a lo más bajo! Igual que tu madre —Sus palabras caen como un látigo.

En un abrir y cerrar de ojos, Avery está junto a él, arrinconándolo contra la pared con una fuerza y decisión que dejan poco espacio para el escape. La daga de mi madre aparece en su mano, un destello de metal que corta el aire antes de hundirse en la pared, a un palmo de la cabeza de mi padre, haciendo temblar la empuñadura al vibrar.

La promesa que Avery hizo a Balthair, la confianza que depositamos en él para manejar esta situación con cabeza fría y justicia, parece desvanecerse en el aire, lo que hace resoplar a Balthair.

Mi padre, con el rostro pálido por la sorpresa y el miedo, fija su mirada en la empuñadura de la daga, reconociendo el emblema familiar.

—¿De dónde has sacado eso? —Su voz, normalmente autoritaria, ahora tiene un matiz de inseguridad.

Avery, sin apartar la mirada de él, responde con una calma glacial:

—¿Te refieres a esta daga con el emblema de los MacIntyre y las siglas R.D., Russell Duncan MacIntyre? La encontré en el pecho de un esqueleto, tirado en un desfiladero. ¿Alguna idea de a quién podría pertenecer y quién era ella?

El silencio que sigue es denso, cargado con el peso de las acusaciones no dichas y las verdades apenas insinuadas. Mi padre, acorralado por la realidad de sus actos, busca desesperadamente una salida a la confrontación que ya no puede evitar.

—¿Me estás acusando de algo? ¿Tienes pruebas? —Su intento por retomar el control suena débil, incluso para sus propios oídos.

Avery, sin retroceder, mantiene la intensidad de su mirada.

—La daga, el lugar donde fue encontrada, y ahora, tu reacción. Son pruebas suficientes para mí. Y sabes tan bien como yo lo que pasó. ¡No me mientas! ¿Tenías pensado sacrificar a Kenna igual que a su madre? ¿Usarla para encontrar las minas? —Avery escupe las palabras como si fueran veneno, cada sílaba impregnada de un odio y una incredulidad crecientes.

Russell, acorralado por la acusación, intenta defenderse, su voz temblorosa revelando la tensión de su conflicto interno.

—¿Crees que era tan simple para mí? ¿Por qué crees que no lo he hecho antes? Es mi hija, pero es lo que debía hacerse por el bien común. Abraham también fue puesto a prueba y estuvo dispuesto a sacrificar a su hijo —dice, intentando evocar una justificación para lo injustificable.

Al oír las palabras de mi padre, un frío helador me recorre la espina dorsal. La idea de que él contemplara usar mi vida, de la misma forma cruel y despiadada que con mi madre, para sus ambiciones, me hiere profundamente.

Cada palabra suya es como un puñal que desgarra el débil manto de esperanza que había intentado mantener, de que quizás, en algún rincón oscuro de su ser, hubiera un atisbo de amor paternal.

La confesión es una chispa que enciende el combustible de la ira de Avery. Veo cómo la tormenta dentro de él estalla, su control desmoronándose ante la magnitud de lo que Russell estaba dispuesto a hacer.

Avery arranca la daga de la pared y la pone bajo la barbilla de Russell incrustando la hoja en su cuello.

Es en este clímax de tensiones cuando Balthair interviene, su presencia imponiéndose sobre el caos.

—Escúchame, Avery —le dice con firmeza—. No es momento para actos impulsivos. La justicia encontrará su camino, pero no a través de tus manos.

Nunca he visto a Avery tan consumido por la ira. Él, siempre el epítome de la fuerza y la calma, una presencia inquebrantable en medio de cualquier adversidad se transforma ante mis ojos.

Su furia no es solo una tormenta desatada; es un huracán desbocado, una fuerza de la naturaleza en sí mismo, impulsado por el amor y el terror ante la idea de perderme.

La firmeza y la autoridad en la voz de Balthair logran lo que parecía imposible: detener a Avery en su impulso de venganza. Aunque la ira aún arde en sus ojos, hay una lucha visible dentro de él, un esfuerzo por recuperar el control.

En ese instante cargado de tensión, Balthair toma el mando de la conversación con una calma que parece extenderse por la habitación, apaciguando incluso el tumulto de emociones dentro de mí.

—Hemos encontrado las minas —comienza, su voz clara y firme, capturando la atención de todos, incluido mi padre—. No hacía falta sacrificar una vida. Fue suficiente con un hilo de sangre de Kenna y unas palabras. Ella sola, con su astucia, valentía e inteligencia, se ha ganado el derecho a encontrarlas y explotarlas.

Mientras Balthair habla, noto cómo mi padre se queda boquiabierto, sorprendido y, quizás por primera vez, realmente consciente de las implicaciones de lo que se ha dicho. Sus ojos, al fin, se cruzan con los míos, y en esa mirada, encuentro algo que nunca esperé ver en ellos: derrota y arrepentimiento. Es una ventana a un alma atormentada por decisiones equivocadas y caminos no tomados.

Por primera vez, me ve. No como la hija a la que creía poder manipular para sus fines, sino como la mujer que soy, capaz de enfrentar lo imposible y emerger victoriosa. En sus ojos, veo el reconocimiento de que, si hubiera confiado en mí, si nos hubiéramos unido en lugar de enfrentarnos, todo podría haber sido diferente.

Es un momento agridulce y doloroso. Ni siquiera me había dado cuenta de que estoy llorando hasta que Avery limpia las lágrimas de mis mejillas.

La voz de Arthur Campbell irrumpe en el umbral antes siquiera de que su figura se materialice ante nosotros, una presencia inesperada que inyecta una nota de urgencia y sorpresa en el aire ya tenso.

—¿Qué es lo que ha dicho? —Su pregunta resuena en la estancia, cargada de una curiosidad que roza la incredulidad.

Avery, siempre protector, se gira hacia la fuente de la interrupción, su postura tensa como la cuerda de un arco.

—¿Qué hace aquí? —Su voz, aunque controlada, destila una mezcla de sorpresa y desafío, reflejo del inesperado giro que toman los acontecimientos.

—Pedir explicaciones sobre su intrusión en mi casa —responde Arthur con una calma que

no alcanza a ocultar el filo de su irritación. Sin embargo, su tono cambia, revelando el verdadero motivo de su interés—. Pero eso ahora es secundario. ¿Es cierto, Kenna? ¿Ha encontrado las minas?

Ante la pregunta directa, todos los ojos se vuelven hacia mí, y en ese momento, siento el peso de la historia, de nuestras decisiones y descubrimientos, descansando sobre mis hombros.

—Sí —afirmo, mi voz firme y segura a pesar del torbellino de emociones que me rodea—. Y el señor Chisholm asegura que hay oro, plata y cobre en ellas—. Al hablar, observo cómo los ojos de Arthur brillan con un destello de codicia y cálculo, una ventana abierta a sus verdaderas intenciones.

La tensión se eleva un grado más cuando Avery se interpone, su figura un escudo entre Arthur y yo.

—Atrás, Campbell —ordena, con una firmeza que no admite réplica—. No tocará ni las minas ni a ella.

—Es mi prometida —afirma, intentando imponer una conexión que no existe—. Apártese de una vez y salga de su vida de una vez. Le concedo su libertad, a todos ustedes —dice echando un ojo a todos los presente, incluso a Bramwell que se mantiene en un segundo plano en silencio.

La afirmación de Arthur, cargada de una presunción insoportable, cuelga en el aire como una provocación deliberada.

La respuesta de Avery no se hace esperar, una sonrisa cargada de escepticismo y desdén juega en sus labios.

—Sí, gracias por concederme algo que es mío. Es usted muy magnánimo. —El tono de Avery, impregnado de sarcasmo, corta el aire con precisión. Y entonces, con una satisfacción que no puede disimular, añade—: Además, la señorita MacIntyre ha aceptado casarse conmigo.

La incredulidad se pinta en el rostro de Arthur ante la declaración de Avery. Es evidente que las piezas del rompecabezas que ha estado intentando armar no concuerdan con la realidad que se le presenta. Sus palabras siguientes están teñidas de una amargura que busca herir.

—Kenna, solo quiere el valor de esas minas. No sea ingenua. Le advertí que este hombre la perseguía por interés, antes su libertad y ahora el valor que representa ese hallazgo.

Cada palabra de Arthur cae sobre mí como un peso muerto, exacerbando el torbellino de emociones que ya me consume.

Entre la traición de mi padre, la angustia de los descubrimientos recientes, el dolor físico que aún resiente mi cuerpo, y ahora, las acusaciones cruelmente lanzadas por Arthur, siento que mi mundo se derrumba, un castillo de naipes ante el vendaval de la realidad.

Es en este momento crítico, cuando las tensiones ya casi insostenibles alcanzan su punto de ebullición, que Avery, impulsado por un deseo de defender nuestro honor, desafía a Arthur.

—Esas palabras tendrá que justificarlas en un duelo.

Balthair, con un gesto cargado de dolor y urgencia, intenta detener la espiral de violencia que se avecina, pero mi voz, impulsada por el temor a perder más de lo que ya hemos arriesgado, se eleva sobre la confusión.

—¡No! —El grito escapa de mis labios antes de que pueda contenerlo, un ruego desesperado por evitar más derramamiento, más dolor.

En ese instante, con mi voz resonando en la estancia, todos los ojos se vuelven hacia mí.

En ese momento, con cada fibra de mi ser vibrando por la tensión del enfrentamiento, siento una claridad inesperada brotar dentro de mí, una fuerza que surge de la adversidad y la determinación de reclamar mi propia voz en este torbellino de manipulaciones y ambiciones.

Con una firmeza, mirando fijamente a Arthur, le hago frente.

—Ese acuerdo de matrimonio fue entre usted y mi padre, no conmigo, por si fuera usted ha demostrado no ser un caballero y ha faltado a su palabra traicionando mi confianza —afirmo, mi voz, un claro desafío a la presunción de Arthur de tener algún derecho sobre mí o mi futuro—. Reniego de mi padre, de usted y de cualquier otro acuerdo que me haya vinculado sin mi consentimiento. Por su bien, señor Campbell, retire sus palabras. No le recomiendo enfrentarse al señor Harwood.

—Yo tampoco —murmura Thomas a su espalda—. Hágalo si no quiere acabar con una bala certera entre ceja y ceja.

Mi mirada, fija en la suya, transmite toda la sinceridad de mi rechazo, una puerta que cierro firmemente ante él.

—Retiro mis palabras —murmura Arthur, tenso—. Y pido disculpas.

Me giro hacia Avery. En un movimiento lleno de significado, tiro suavemente de él para que se agache hacia mí. Él entiende de inmediato, arrodillándose frente a mí.

Coloco mis manos en sus mejillas, obligándole a mirarme directamente, buscando en sus ojos la chispa del hombre que amo, quizás temiendo que la ira o el dolor le hayan llevado lejos de mí.

—Recobra la cordura, Avery —le digo con una voz suave, pero firme—. La lucha ha terminado.

Mis palabras, sencillas pero cargadas de significado, buscan reconfortarle, recordarle que lo peor ya ha pasado y que juntos podemos empezar a sanar las heridas.

En ese momento, con mis manos acariciando su rostro y sus dedos moviéndose para sujetar los míos y llevárselos a los labios para un dulce beso, siento cómo el caos emocional que le había

consumido comienza a disiparse.

Es entonces cuando la voz incrédula de Fenella corta el aire, añadiendo un toque de comicidad al ya dramático escenario.

—¿Qué pasa aquí? —Su tono, lleno de sorpresa y curiosidad, hace que todos en la habitación volvamos nuestra atención hacia ella.

Bramwell no puede contener una risa.

—Por favor, que alguien se lo cuente todo ya. Me muero por ver su cara al saberlo —dice, interviniendo por primera vez con un brillo de diversión en sus ojos que como siempre está fuera de lugar.

Capítulo 34



Al cruzar el umbral del castillo de Erchless, me golpea la realidad de nuestro nuevo comienzo, lejos de las tierras de Glen Noe, arrancadas de nuestras manos por los Campbell en un acto final de venganza.

Subieron la renta a un precio que ni el mismísimo rey hubiera podido pagar, forzando a muchos del clan a emigrar a América, siguiendo los pasos de tantos otros escoceses.

A pesar de todo, las minas siguen siendo nuestras, un legado de resistencia que, paradójicamente, mi padre, ahora retenido por asesinato, contribuyó a preservar.

La historia sobre mi madre, entrelazada con mentiras y medias verdades, finalmente encuentra cierta resolución.

El administrador, una pieza clave en el engaño tejido por mi padre, ha vuelto, mis ojos no me mintieron cuando lo vi en Lammas, y con su testimonio, la verdad emerge con una claridad desgarradora.

La labor de Avery para rescatar lo que quedaba de ella y ofrecerle una sepultura digna ha sido un paso para que la complicada red de secretos y mentiras que ha dominado mi vida de alguna forma también encuentre la paz con ese acto.

Al cruzar las puertas del castillo al que también hemos traído a Feenat, Thomas y Jacob, nos damos de bruces con una embarazadísima mujer de ojos como los de Avery que cuando lo ve se lanza emocionada a sus brazos con lágrimas. Verlos juntos es un espectáculo fascinante.

Avery, cuya ira había sido una fuerza tan destructiva y a la vez protectora, se transforma en presencia de Adele. La ternura con la que trata a su hermana, asegurándose de que está cómoda y cuidada en Erchless, me muestra otra faceta de su amor: un amor no solo apasionado, sino también profundamente familiar y abnegado.

—Gracias por encontrarlo —oigo que le dice ella a Balthair, quien parece deshacerse bajo el calor de su abrazo.

No puedo culparle. Es imposible no notar ese extraño magnetismo que los Harwood parecen ejercer naturalmente. Hay algo en ellos, quizás en la forma en que se mueven, en cómo hablan o simplemente en cómo son, que captura la atención y la mantiene.

Este magnetismo, esta aura llena de calor y misterio, los envuelve, haciéndolos destacar sin importar dónde se encuentren. Es una cualidad indefinible que los hace inolvidables, que atrae a las personas hacia ellos y las hace querer quedarse, ser parte de su mundo.

Entonces, Adele se gira hacia mí, su mirada bajando a mi tobillo vendado y luego a la herida en mi cabeza.

—Supongo que hay una gran historia detrás de todo esto. Soy Adele —dice, y su sonrisa es como un faro en la bruma, cálida y acogedora. Antes de que pueda responder, se lanza a abrazarme, un gesto de bienvenida y solidaridad.

—Una historia increíble y aterradora —reconoce Balthair.

—Adele, cuidado, tiene una costilla rota —la advierte Avery a su vez, su voz cargada de preocupación.

Ella se detiene, pero su sonrisa no desaparece.

—Lo siento, estoy extrañamente emocional últimamente.

—No te inquietes —la interrumpo, devolviéndole la sonrisa.

Y, mientras puedo sentarme en un salón elegantemente dispuesto, en un sofá junto a Adele, una pequeña figura aparece en la puerta con una mirada llena de curiosidad. La niña nos observa a todos, deteniéndose especialmente en Avery y en mí, con una intensidad que despierta una mezcla de sorpresa y ternura.

—Esta es Briony, nuestra hija —nos explica Balthair, su voz teñida de orgullo. En ese instante, Avery levanta las cejas, una reacción silenciosa que refleja la sorpresa de todos ante la revelación. Las cuentas, claramente, no cuadran.

—Supongo que hay una historia detrás de eso —comento, intentando aliviar el momento con un toque de humor.

—Increíble y terrorífica —responde Adele, su tono ligero pero sus ojos reflejando la seriedad de sus palabras.

Es entonces cuando Briony, con la directa curiosidad que solo los niños pueden tener, se dirige a Avery.

—¿Tú eres el hermano perdido? —Su pregunta, simple pero cargada de expectativa, corta el aire.

Avery, tomado por sorpresa, responde con una sonrisa.

—Sí, lo soy.

Y sin perder un momento, Briony dispara otra pregunta, esta vez con una inocencia que encierra una profundidad inesperada.

—¿Y eras su esclavo? —inquiere, señalándome con un dedo, refiriéndose a una complicada trama de nuestra historia que, de alguna manera, ha llegado a sus oídos.

La sala queda en suspenso, esperando la respuesta de Avery. Con una sonrisa que ilumina su rostro, él mira primero a Briony y luego a mí antes de responder.

—Sin duda —dice, su voz teñida de humor y amor—. Y lo sigo siendo, pero con la voluntad de serlo y de no poder evitarlo.

La respuesta de Avery, ligera en la superficie pero profunda en significado, resuena en la habitación, un eco de nuestra compleja historia transformada en un momento de conexión y entendimiento.

La inocente pregunta de Briony no solo revela su curiosidad, sino que también nos brinda la oportunidad de ver nuestra relación desde una perspectiva fresca, llena de amor y elección mutua.

—Eres bastante raro, ¿no?—le dice la niña.

Balthair, claramente acostumbrado a los comentarios directos de su hija, interviene con una leve reprobación.

—Briony —dice, su tono llevando una suave advertencia.

Pero Briony, imperturbable ante la corrección de su padre, simplemente se encoge de hombros.

—¿Qué? Cuando le dijiste a Adele que había sido vendido prácticamente como un esclavo, ella no entendía por qué no se ponía en contacto para explicar su situación, para pedir ayuda. Y, al final, resulta que le gustaba esa vida.

Avery, captando la esencia de la pregunta de Briony, se agacha para estar a su altura, mirándola directamente a los ojos con una seriedad suavizada por la ternura.

La manera en que Avery se dirige a Briony, inclinándose para encontrarse con su mirada, revela no solo su capacidad para conectar a un nivel tan personal y profundo, sino también su experiencia como hermano mayor, habituado a navegar el mundo complejo de las preguntas infantiles con una paciencia y un entendimiento que parecen no tener límites.

Observo, casi con asombro, cómo su postura firme se suaviza, cómo su voz adquiere ese matiz de calma y claridad que seguramente ha utilizado innumerables veces para explicar los matices del mundo a ojos más jóvenes e inquisitivos.

—Briony —empieza, eligiendo sus palabras con cuidado—, a veces, la vida nos pone en situaciones difíciles, y lo que hacemos en esas situaciones... bueno, eso puede parecer extraño desde fuera. Yo no quería preocupar a mi familia y… me sentía avergonzado por mi situación. Aunque entre Kenna y yo siempre ha habido elección y respeto mutuo. Eso es lo importante.

Al terminar Avery, Briony asiente, su gesto indicando que ha aceptado su respuesta, al menos por ahora. La inocencia de su curiosidad y su capacidad para reconocer explicaciones complejas sin juicio previo es un recordatorio de la pureza con la que los niños ven el mundo, una pureza que, en momentos como este, ofrece un contraste refrescante a las complicaciones de la vida adulta.

—¿A ti Kenna también te lee? —pregunta con una sonrisa inocente, dirigiéndose a Avery.

La sorpresa es evidente en el rostro de Balthair, quien rápidamente se une a la conversación con una mezcla de curiosidad y asombro.

—¿De dónde has sacado eso? Su tono es uno de sorpresa genuina, claramente intrigado por la información que su hija ha desvelado.

Briony, sin perder el entusiasmo, revela la fuente de su conocimiento.

—Oh, me lo dijo el tío Alexander, que Adele te tenía constantemente animado con sus lecturas.

Avery, captando el espíritu de la pregunta de Briony, responde con una sonrisa cómplice.

—Me recita versos. Kenna tiene una capacidad especial de dar vida a las palabras para describir… lo que siente y experimenta —admite, su voz teñida con un tono misterioso que no solo yo capto.

Balthair se ríe.

—Parece que las lecturas son una parte importante de la vida de los Harwood. Briony, no indagues más. Déjalo ahí, hija.

Briony, captando la indirecta de su padre, asiente con una mezcla de resignación y diversión. Aunque su curiosidad pueda haber sido momentáneamente apaciguada, la chispa en sus ojos sugiere que su interés en las historias y dinámicas familiares está lejos de extinguirse.

—Bueno, tenemos una boda que celebrar, ¿verdad? —interviene Adele— Habrá que avisar a Nathaniel y Emily.

—¡Sí! Nathaniel nos prometió visitarnos con frecuencia y apenas lo hace —comenta Briony.

En ese momento entra en la sala una mujer mayor acompañada de un hombre alto que se presenta como Alexander, el primo de Balthair.

Sin embargo, es el encuentro entre Avery y la mujer mayor lo que captura toda la atención.

—Dios mío, Avery —dice ella, su voz temblorosa por la emoción contenida. En sus palabras hay un torrente de sentimientos, una mezcla de alivio, amor y preocupación que trasciende el breve espacio que los separa.

Avery, respondiendo al llamado emocional, se acerca a ella con pasos que reflejan tanto respeto como cariño profundo. La anciana, que ha sido como una madre para él, extiende sus manos temblorosas para rodear la cara de Avery, y él, en un gesto de profundo afecto y reverencia, se inclina hacia ella, permitiendo que sus manos enmarquen su rostro.

—¿Qué te han hecho, mi dulce niño? —Su voz, cargada de preocupación maternal, reverbera en la habitación, tocando el corazón de todos los presentes. En sus palabras hay una historia no contada de amor, sacrificio y la inquebrantable fuerza de los lazos familiares.

El encuentro es intensamente emocional, un momento que encapsula años de amor, ausencia y reencuentro. La abuela de Avery, con sus manos acariciando su rostro, busca en sus ojos, asegurarse de que está bien, de que los desafíos que ha enfrentado no han mermado su espíritu mientras se dedican palabras en voz suave que solo ellos pueden entender.

—Siempre ha sido su favorito —me dice Adele poniendo sus manos sobre las mías para darme un ligero apretón de consuelo, al ver que las mismas lágrimas que corren por sus mejillas caen en cascadas por las mías.

El ligero apretón de Adele en mis manos es también un recordatorio de la nueva familia que he encontrado, una familia que me acoge con los brazos abiertos y me ofrece un lugar entre ellos.

La relación especial entre Avery y su abuela, reforzada por la ausencia y el reencuentro, se convierte en un testimonio del poder del amor familiar, un recordatorio de que, en algunas familias no importan las dificultades enfrentadas, el hogar y el corazón permanecen siempre como refugios seguros.

Y en medio de las lágrimas y las emociones compartidas, siento una profunda gratitud por ser parte de este círculo de amor y apoyo que he encontrado gracias a Avery, un círculo que ahora se extiende para incluirme en su abrazo.

Epílogo



Sentada frente a la ventana en el castillo de Erchless, veo cómo la lluvia decide presentarse con un dramatismo propio de una novela gótica, justo después de nuestro día de boda. La naturaleza, ha esperado pacientemente a que los festejos terminen para liberar sus lágrimas. Imagino que incluso el cielo desea participar en nuestro drama nupcial, aunque sea de forma tardía.

El cristal frío bajo mis dedos me invita a reflexionar sobre la melancolía que suele acompañar la alegría, como si cada momento feliz trajera consigo la sombra de su propio fin. Pero ¿qué sería de nosotros sin un poco de melancolía para sazonar nuestra felicidad? Sería

como tomar el té sin azúcar, aceptable pero decididamente insípido.

Bramwell, ese caso perdido, pagó sus deudas. Hace mucho que no sé nada de él. Su ausencia es tan notable como un día sin lluvia en Escocia: se espera, pero siempre se recibe con sorpresa. Me pregunto si volverá a aparecer, arrastrando tras de sí el caos como un manto. No estoy segura de si su presencia me hace falta o me sobra.

Ver a Avery y Nathaniel juntos ha sido toda una experiencia, como observar a dos gladiadores que decidieron que pelear en la arena no era suficiente y optaron por enfrentar sus demonios en un campo de batalla. Su reencuentro es un recordatorio viviente de que, a pesar de los desafíos, la fraternidad prevalece, como si estuviéramos en una de esas novelas, donde al final todo se resuelve con una moraleja edificante.

La lluvia continúa cayendo, cada gota, una metáfora de las lágrimas y las risas, de los desafíos y las victorias que componen nuestra historia.

Y mientras miro hacia fuera, hacia el paisaje que cambia con el clima, entiendo que la vida es este entrelazado de luz y sombra, y que cada momento de tristeza lleva en sí la semilla de una alegría futura.

Con Avery a mi lado, y ahora como parte de esta familia que ha elegido acogerme, empiezo a creer en la posibilidad de escribir un nuevo capítulo, uno lleno de luz, incluso en los días más lluviosos.

—Vuelve a la cama, Kenna —murmura Avery con la voz impregnada de sueño.

Ahí está él, mi doctor Avery, o casi. Licenciado del ejército con honores, incluso le han concedido una medalla al valor, por su arrojo y valentía, por jugarse la piel más allá de lo que nadie esperaría, enfrentándose al enemigo como bien se comprobó y aseveraron sus compañeros de armas. Y pronto obtendrá el título de médico.

Más por satisfacción personal que por necesidad, ya que las minas nos dan un sustento más que suficiente. Pero Avery siempre ha sido de esos que buscan ir más allá, no solo por gloria o reconocimiento, sino por un verdadero deseo de hacer la diferencia, de ayudar a quienes lo necesitan y ha demostrado tener una inteligencia superior para cualquier empresa que se proponga.

Esta búsqueda de crecimiento y servicio, más allá de la recompensa material, es una de las muchas razones por las que me enamoré de él.

Las minas, con toda su promesa de riqueza, han sido una bendición inesperada, sí, pero la verdad es que nuestra felicidad y nuestra fortaleza provienen de algo mucho más profundo que el mero sustento material. Vienen de nuestra unión, de nuestros sueños compartidos, de la lucha contra las adversidades y de la alegría de superarlas juntos.

Me deslizo de nuevo entre las sábanas, encontrando el calor de su cuerpo bajo ellas. Mis dedos trepan por sus muslos y él se queja de mis manos frías, pero cuando encuentran la piel suave de sus testículos y los levanto y aprieto ligeramente, jadea con mi nombre en sus labios

como un rezo.

En ese jadeo, hay una mezcla de vulnerabilidad y fuerza. Es un hombre que se deja llevar por sus emociones a mi lado, que no tiene miedo de mostrarme su lado más sensible. Es un hombre que confía, que se entrega a mí sin reservas.

Y yo lo amo por eso.

Lo amo por su pasión, por su intensidad, por su entrega. Lo amo por ese jadeo que me dice que lo estoy haciendo bien, que lo estoy complaciendo, que lo estoy llevando al borde del abismo.

Lo amo por volverle loca, con su sonrisa y su mirada intensa, por rodearme con sus brazos y decirme que se deshará de todo lo que me pone triste y me debilita.

En ese momento íntimo, mientras la lluvia acompaña mis confesiones, Avery rompe el silencio con una pregunta que flota en el aire cargado de expectativas.

—¿Ahora entiendes la razón detrás de nuestro acuerdo, del juego de los espejos?

Con una mezcla de curiosidad y confusión, admito que no, que aún me faltan piezas del rompecabezas para ver el cuadro completo.

—¿No te dije que yo nunca hago las cosas sin meditarlas bien antes? —Su tono es suave, pero firme, como si revelara un secreto largamente guardado.

—¿Nunca? —repito incrédula en vista de los últimos acontecimientos.

—Casi nunca —rectifica él.

Aventuro una respuesta, buscando en la oscuridad de mis pensamientos.

—Porque te gustaban mis versos…

Su confirmación llega no solo en palabras, sino con una sonrisa.

—Kenna, claro que me gustaban tus versos hasta el punto de obsesionarme con leerlos y soñar con cumplir cada una de tus fantasías.

No puedo evitar sonreírle de vuelta y reconocer su esfuerzo.

—Lo estás haciendo muy bien —le digo, todavía esperando la explicación completa.

Él toma una respiración profunda y coloca sus manos bajo mi mandíbula y en el cuello para acercarme a él y rozar mis labios con los suyos.

—Te quería para mí solo, quería alejarte de Campbell, darte lo que necesitabas y volverme imprescindible para ti, Kenna.

—O sea, que estabas celoso... —La realización me golpea no como una acusación, sino como la pieza final que completa el rompecabezas.

—Supongo. —Su admisión es un susurro—. Pero sobre todo estaba decidido a mostrarte que hay algo mucho más profundo y verdadero que cualquier arreglo forzado por las circunstancias.

—Entonces, todo este tiempo, cada movimiento, cada juego, fue tu manera de luchar por nosotros... por mí —afirmo maravillada—. Y yo creyendo que solo era sexo…

Avery deja escapar una risa suave, una que resuena con calidez y amor en la habitación tranquila. Sus manos encuentran mis caderas y tirando suavemente de mí me acomoda sobre su cuerpo.

—Te amo con todo mi corazón —susurra él mientras, tira de mi camisón por encima de mi cabeza y me desnuda.

Siento la dureza de su cuerpo bajo el mío.

—¿De nuevo? —murmuro con una sonrisa traviesa—. ¿Es que nunca tienes suficiente?

Él me besa con suavidad, y en sus ojos veo la respuesta: sí, de nuevo, una y otra vez, hasta que el tiempo se detenga.

Con un único movimiento desliza su miembro por mis pliegues húmedos, una expresión de absoluto placer se adueña de su rostro cuando su glande encuentra la entrada de mi sexo. Me penetra con fuerza y me llena.

Beso su cuello y lamo su clavícula. Sus manos se deslizan por mi cintura anclándome a él, llevando el movimiento que nos permite a los dos sumergirnos en este placer que nunca parece suficiente para ninguno de los dos.

Sus caderas me empujan con un ritmo insistente, guiándome en un vaivén que nos lleva al borde del éxtasis. Sus ojos me miran con una intensidad que me hace perder la cabeza, una mirada que me dice que soy suya, que me posee por completo.

Su boca encuentra la mía en un beso abrasador, una danza de lenguas que expresa lo que las palabras no pueden.

Tomo el control de nuestros movimientos, del ritmo y la intensidad. Avery me sigue de buena gana, permitiéndome explorar, descubrir lo que me gusta, lo que le gusta.

Este es un amor que me consume, que me transforma, que me hace sentir completa. Un amor que es fuego, pasión, entrega, locura. Un amor que es él, y que soy yo.

La simplicidad de su amor, puro y sin condiciones, es su mayor fortaleza y en cada momento, en cada abrazo, en cada mirada, en cada susurro, reafirmamos el tesoro que hemos encontrado el uno en el otro.

Su amor me convierte en la mejor versión de mí misma.

—Yo más —le respondo cuando un grito escapa de mis labios, mi cuerpo convulsiona, arqueándose contra el suyo mientras las oleadas de placer me recorren.

Él sigue moviéndose debajo de mí, su miembro duro y caliente deslizándose entre mis piernas, provocándome más orgasmos que me hacen temblar y gemir.

Mi cuerpo late alrededor de su miembro. Aprieto mis muslos alrededor de él, provocándole un gemido profundo y ronco. Su rostro se crispa, los músculos de su mandíbula apretados, los ojos cerrados en una mueca de placer y alivio.

Otra embestida fuerte, un gemido sofocado, y de repente está en mí, derramándose en mi interior, llenándome con su semen.

Y sé, con una certeza absoluta, que este amor es para siempre.



Ahora, me gustaría pediros un favor muy especial, uno que viene del corazón y busca tocar el vuestro. Si os he conseguido arrancar alguna sonrisa, si en algún momento os habéis sentido identificadas con los personajes, si alguna escena os ha hecho suspirar o si simplemente habéis disfrutado del viaje tanto como yo al escribirlo, ¿os animaríais a dejar una valoración o comentario en Amazon?

Vuestras palabras o valoraciones son mucho más que meros comentarios; un hechizo que tiene el poder de transformar lo invisible en visible, de dar luz a más historias que aguardan en la sombra, ansiosas por ser contadas.

Con todo mi cariño,

Anne

Las cadenas prohibidas de Avery

En la penumbra donde se ocultan los secretos más oscuros, Hallaronse dos almas, entre susurros y muros. Kenna, con su fuego, desafiando cada tempestad, Avery, su escudo, en la batalla y en la soledad.

Era su amor un lienzo de pasiones desbordadas, Pintado con los colores de las palabras de ella iluminadas. En sus ojos, el reflejo de un amor inquebrantable, En sus brazos, un refugio seguro, invulnerable.

Con cada beso robado bajo la luna llena, Sellaban un pacto más allá de cualquier pena. No había dolor que su caricia no pudiera sanar, Ni sombra tan densa que su luz no pudiera atravesar.

Este no es un cuento de hadas, sino una epopeya de dos almas valientes, que en la búsqueda del uno por el otro, hallaron un amor ardiente. En cada palabra, cada gesto, la verdad de su amor se revela,

Bajo la luna, sus cuerpos se encuentran, se reclaman, en la danza del deseo, sus almas ardientes se llaman. Con cada roce, cada beso, el mundo parece renacer, en sus brazos, el tiempo se detiene, solo ellos pueden ser.

Susurros en la penumbra, confesiones entre sábanas deshechas, promesas de eternidad mientras la aurora acecha. Kenna y Avery, en su entrega, desafían al mundo entero, su amor, una declaración desafiante, su escudo, su estandarte sincero.

Kenna MacIntyre

Nota de la autora.

«El soldado que se convirtió en esclavo, el esclavo que se convirtió en... un amor, el amor que se convirtió en el centro de mis fantasías... ».

Sí, vale, la he copiado un poco de Gladiator, jajaja.

Pero no podéis negarme que Avery ha sido... Madre mía, Avery. Sé que siempre lo digo, que me enamoran todos mis personajes, pero siempre he tenido un favorito: Aidan de "365 amaneceres" (sí, ese con el monstruo del Lago Ness entre las piernas).

Y, señores y señoras, acaba de ser superado por Avery. Porque este hombre, oh este hombre, enarbola todo lo que pido en un hombre, excepto, claro está, por la falta de falda escocesa y un castillo como residencia oficial. Pero todo se andará.

No desesperemos, ya estoy ideando cómo meterlo en un kilt para la próxima aventura. De esa manera, completaremos la imagen de la perfección masculina: Avery, el hombre escocés por excelencia. Y si de paso conseguimos el castillo, pues miel sobre hojuelas.

Pero en realidad ¿quién necesita un castillo cuando tienes a Avery y esa ternura con su abuela? Bueno, sí, yo también quiero el castillo, pero vamos paso a paso.

Sí, seguiré con las historias de estos hermanos porque ya os habréis dado cuenta de que los Harwood tienen un luz especial.

Espero que esta historia de amor a fuego lento os haya gustado. Ha costado llegar a las profundidades, como adentrarse en las aguas de un lago escocés, frío en la superficie pero rico en secretos en su profundidad.

La situación de Avery y su inicial odio hacia los MacIntyre ciertamente complicaba que se permitiera ver lo estupenda que es Kenna desde el principio.

Avery, con su corazón inicialmente atrincherado tras muros de desconfianza y prejuicios forjados por la historia y el dolor, no podía simplemente caer rendido a los pies de Kenna sin más.

Necesitaba tiempo, conflictos y, por supuesto, una serie de malentendidos dignos de una buena novela romántica, para finalmente ver la luz. O, en su caso, para darse cuenta de que su enemistad con los MacIntyre palidecía ante la brillantez de Kenna.

Kenna, por su parte, es una fuerza de la naturaleza disfrazada de mujer, pero fuertemente machacada.

¡Qué importante es para forjar el carácter sentirnos queridos y valorados! Y que poco tiene de esto nuestra Kenna.

Pero no nos engañemos, ella es tenaz, valiente y con una capacidad de amar enorme (no es difícil amar a Avery. Vale, acepto barco como animal acuático), pero ella es el faro que guía a Avery fuera de su propia tormenta. Pero incluso los faros necesitan tiempo para ser vistos entre la bruma, y nuestra querida Kenna no iba a ser la excepción.

Esta historia es un testimonio de que el amor, el verdadero amor, requiere tiempo, paciencia y una buena dosis de valentía para enfrentarse a los propios fantasmas. No se trata solo de la atracción inicial, sino del profundo conocimiento y aceptación del otro, con todas sus cicatrices y batallas.

Y estoy segura de que os ha gustado encontraros con Balthair y Adele en el libro. Prometo que tendrán más espacio en el siguiente. Todos ellos. Creo que la dinámica de Balthair con sus cuñados podría dar mucho juego. Todos esos hombres, de miradas penetrantes, sonrisas ladeadas y músculos brillantes juntos, armados con testosterona hasta los dientes… ¡Ay! ¿Quién tiene le abanico?

Porque me habéis pedido mucho que haga continuaciones y esto… ¡Va por vosotras!

Ahora, hablemos un poco de los MacIntyre y su "relación" con los Campbell, que ha sido algo así como intercambiar WhatsApps en un grupo familiar: todo son risas y memes hasta que llega la hora de hablar de quién hereda el castillo.

Esta leal alianza, pagada con una bola de nieve en verano (para mantener fresco el whisky, imagino) y un ternero en invierno (el equivalente a un Uber Eats de la época), continuó sin contratiempos... hasta que los desahucios del siglo XIX hicieron su gran entrada, arruinando la fiesta y demostrando que, en cuestiones de tierras y poder, no hay familia que valga.

Y sí, los auténticos MacIntyre, como muchos otros, tuvieron que hacer las maletas hacia América, probablemente esperando que el "sueño americano" incluyera menos desahucios y más oportunidades de usar kilt sin que nadie les preguntara si llevaban algo debajo.

Por otro lado, si por casualidad durante vuestras escapadas a mercadillos de antigüedades encontráis algo parecido al libro negro de Glen Noe, ese que se rumorea contiene más secretos que el diario de un adolescente, no dudéis en poneros en contacto Russel MacIntyre, el actual jefe del clan (no el mío, aunque le he copiado el nombre). Hay un anuncio por ahí diciendo que se agradece cualquier información sobre él y al parecer la última vez que fue visto sobre 1767.

Aunque no garantizo que la recompensa incluya un castillo, quizás sí os ganéis un par de entradas para el próximo torneo de lanzamiento de tronco.

Esta familia es famosa no solo por sus luchas y desventuras, sino por sus bardos y jefes poetas. Su tradición de contar historias y componer versos ha sido una fuente de inspiración para mí... lo cual me lleva a pedir disculpas por crear un personaje como Russell.

A los espíritus de los MacIntyre, por favor, perdonadme. Vuestro legado de sensibilidad y arte merece ser recordado con honor, y aquí me tenéis, transformándolo en material para mis tramas rocambolescas.

Si queréis y, sin que yo lo supiera, habéis estado aprendiendo gaélico a escondidas, dejadme deciros que hay un tesoro esperando por vosotros. No es el libro negro de Glen Noe (ese sigue en paradero desconocido, y Russell MacIntyre todavía espera vuestros chivatazos), pero es algo que sin duda alimentará vuestro alma poética y vuestra flamante pasión por el gaélico. Me refiero a "The Gaelic songs of Duncan MacIntyre".

Sí, habéis leído bien. Mientras yo aquí me desgañito creando dramas familiares y amores imposibles entre las brumas de Escocia, resulta que podéis sumergiros en las auténticas y melodiosas profundidades de la poesía gaélica directamente de la pluma de un MacIntyre. ¿Quién lo habría dicho?

Cosas que debo dejar claras por el bien de la historia, y porque me encanta un buen anacronismo tanto como al próximo romántico empedernido, pero hay límites incluso en la ficción. En 1815, la esclavitud era ilegal en Gran Bretaña, o sea, en las islas. Así es, amigos y amigas de lo históricamente correcto, nuestros ancestros británicos habían dicho "no más" a esa abominable práctica, al menos en su propio patio trasero. Pero, como en todo buen drama histórico que se precie, hay un "pero"...

Y aquí viene el gran "pero": aunque la esclavitud fue abolida en el territorio británico, las colonias eran otro cantar. Sí, esos vastos territorios más allá de los mares mantenían prácticas que, para no ponernos excesivamente sombríos en esta nota, diremos que no eran precisamente un ejemplo de fraternidad universal y amor al prójimo.

Así que, cuando hablamos de nuestro querido Avery y su supuesta "esclavitud", estamos tomándonos unas libertades narrativas. Piensen en ello como una metáfora extendida de las cadenas emocionales, las luchas internas y, por supuesto, ese irresistible impulso de añadir un poco de drama extra a la mezcla.

Lo que no quita, y es importante mencionar por el bien de la precisión histórica y el contexto de nuestra historia actual, que existieran (y existen) contratos de trabajo con disposiciones totalmente injustas y opresivas para los trabajadores.

En la era de 1815, y ciertamente en muchas partes del mundo hoy en día, el concepto de "trabajo forzado" bajo contratos leoninos o engañosos era (y es) una realidad dura y cruda para muchos.

Cuando narramos las aventuras y desventuras de Avery, utilizamos la metáfora de "esclavitud" para ilustrar su lucha y sometimiento a circunstancias más allá de su control, algo no muy alejado de la realidad de muchos trabajadores sometidos a condiciones laborales deshumanizantes.

Es un recordatorio de que, aunque las cadenas físicas pueden haber desaparecido, las cadenas metafóricas de la explotación y la opresión aún perduran en muchas formas de relaciones laborales.

En este sentido, la historia de Avery es un eco de las luchas de tantos otros a lo largo de la historia y en la actualidad, que se encuentran atrapados en situaciones que limitan su libertad y

dignidad. A través de su viaje, buscamos no solo entretenimiento, sino también una reflexión sobre la importancia de la justicia, la equidad y el respeto en todas las relaciones laborales y personales.

Así que, mientras disfrutamos de la trama y los giros dramáticos de nuestra historia, no olvidemos las lecciones subyacentes sobre la importancia de luchar contra la opresión y buscar siempre la dignidad y el respeto para todos, independientemente de su posición o situación.

No encontraréis la torre Awe si vais a Glen Noe porque esa es creación pura mía, un fruto de mi imaginación desbordante y amor por añadir un poco de misterio y romance a los ya impresionantes paisajes de Escocia. Pero sí os encontraréis con el lago más grande de agua dulce de Escocia y unos paisajes impresionantes que quitarían el hipo hasta al más viajado de los trotamundos.

Si tenéis la suerte de visitar esas tierras, hay un par de joyas que no podéis dejar de explorar. Primero, aseguraos de visitar el Castillo de Kilchurn, una impresionante ruina al borde del Lago Awe que os transportará a tiempos de clanes y leyendas. Con su silueta imponente y su historia rica, es el lugar perfecto para soñar despiertos con historias de amor y aventura como la de Avery y Kenna.

Y luego, no podéis perderos una caminata por el valle de Glen Coe, con sus dramáticos paisajes que han sido el escenario de tantas historias, tanto reales como imaginadas. Las montañas que se elevan, casi como titanes de la antigüedad, y los valles que se hunden, profundos y misteriosos, son el telón de fondo perfecto para cualquier romance épico o, si os sentís valientes, el escenario para vuestras propias aventuras.

Así que, mientras que la torre Awe permanezca escondida en las páginas de mi novela y en vuestra imaginación, Escocia os espera con sus brazos abiertos, listos para envolveros en su belleza salvaje y su historia rica. No necesitáis buscar mis invenciones cuando tenéis a vuestra disposición el impresionante tapiz de naturaleza y cultura que es Escocia. Y quién sabe, quizás en vuestro viaje encontréis vuestra propia historia de amor y aventura, digna de ser narrada en las páginas de un libro.

Y en ese caso ¡¡tenéis que contármelo!!

Así que aquí estamos, al final de otra aventura, donde el amor triunfa, los secretos se revelan y yo, queridos lectores, sigo encontrando maneras de complicarles la vida a mis personajes. Porque, seamos honestos, ¿qué sería de la literatura romántica sin un poco de drama, un mucho de amor y un eterno enamoramiento por personajes que nos hacen soñar con más?

Hasta la próxima novela o comentario, y recordad: leer es sexy, el gaélico es sexy, los kilts son sexys, y los escoceses... bueno, esos simplemente no tienen precio.

Con amor,

Anne

Agradecimientos

Aquí estoy, intentando encajar las piezas de gratitud que tengo dispersas por el corazón y la mente. Comenzaré soltándolo directo, sin rodeos: gracias. Pero no un gracias cualquiera, sino uno de esos que se sienten hasta en la punta de los pies, ¿sabéis? Cada vez que uno de mis libros sale al mundo, mi corazón se pone a mil, mezcla de nervios y emoción, preguntándome si lograré conectar, si conseguiré arrancaros alguna que otra emoción.

Entonces llegáis vosotras, con vuestras palabras, vuestras risas compartidas a través de pantallas, vuestras lágrimas que se mezclan con las mías, y de repente, todo cobra sentido. Me hacéis sentir como si hubiéramos ganado un maratón juntas, brazo con brazo, corazón con corazón.

A vosotras, que os habéis desvelado por seguir una página más, que habéis acogido a mis personajes como si fueran amigos de toda la vida, que os habéis emocionado, enfadado y reído en los momentos justos. ¿Y qué me decís de esa complicidad que surge de la nada, esa que nos hace soñar despiertas con aventuras en tierras lejanas, castillos en brumas y miradas que dicen más que mil palabras? Eso, eso es magia pura.

No puedo dejar de mencionar esos mensajes que me llegan, cada uno es como un abrazo, un café compartido, una confidencia entre amigas. Vuestra empatía, vuestro entusiasmo, vuestra capacidad de soñar conmigo, eso es lo que le da vida a este oficio de contar historias.

Así que, gracias, un millón de veces gracias. Vuestra pasión, vuestra entrega, vuestra fidelidad, son el motor que me impulsa a seguir adelante, a seguir soñando, a seguir creando. Y sí, aunque a veces me pierda entre tanto personaje y tanta trama, sabed que siempre, siempre, encontraré el camino de vuelta a vosotras.

Con todo mi amor y una montaña de papeles por escribir, os mando un abrazo gigante, de esos que no se olvidan. Seguimos en este viaje juntas, y eso, queridas mías, es lo más grande que me llevo.

Para empezar, quiero agradecer a mis grandes apoyos:

Juanjo: Por intentarlo…

Juncal: Por esa alegría que aportas a mi proceso creativo, tan refrescante como un amanecer en las Tierras Altas.

Tristán: Eres la inspiración detrás de cada palabra que escribo, como el viento que susurra entre los pinos escoceses.

Ana Molinos: Gracias por ser esa fuente constante de energía y apoyo, tan inquebrantable como los castillos de Escocia.

Sara Nogales: Por tu meticulosa corrección y ese apoyo implacable, tan férreo como un guerrero Highlander.

Aroa Ramírez: Porque mi recuperada intensidad te la debo a ti, que me recordaste que la había perdido, como las antiguas leyendas de los clanes.

María José Ramírez: Por ser tan fan, tan entusiasta, por animarme a escribir. Eres como el fuego que calienta las frías noches en las Tierras Altas.

Rocío Blanco: Eres la guinda del pastel! Gracias por esas ayuditas mágicas y tus monólogos que son pura chispa.

Jessica Cruz Escamez: A la velocista de las letras, cuya velocidad de lectura desafía a la luz y cuyos comentarios me encantan.

Rocío Yuste: A la maga de las reseñas, capaz de capturar los detalles más pequeños de mis

novelas con su varita mágica de palabras.

Y ahora quiero hacer una mención especial a las que ya considero “mis chicas”:

Estefanía Cobo Moreno, Susana Vila, Lidia Armario, Eva_bueu, Elenablda, pilu_baca, Tere Reixach, Estefanía Cobo, Mónica (@slayertxu), Meli Berzaghi, Pepi Armario.

Es increíble poder tener lectoras como vosotras. No os imagináis los nervios que se pasan cada vez que se deja volar un libro nuevo sin saber si será aceptado bien, si esta vez se ha perdido la chispa, si no se ha sido capaz de conectar con el lector y entonces llegáis vosotras como los ángeles de Anne Charlie y me hacéis recuperar el aliento y la confianza de nuevo. ¡Sois increíbles! No tengo palabras suficientes de agradecimiento para vosotras.

Vir de @vir_entre__libros: Tu crítica astuta siempre me ayuda a crecer, como un sabio druida que guía a su clan.

Aryceli de @aritakitten_lecturas: Por tu perspicacia con los personajes, tan aguda como la mirada de un águila sobrevolando los montes escoceses.

María de @vilmont_books: Por la creatividad que aportas al universo literario, tan brillante como las estrellas en una noche despejada en Escocia.

Olivia Monterrey de @monterreyolivia: Por tu generosidad al compartir mi trabajo, tan vasta como las llanuras escocesas.

Teresa de @leercomosinohubieraundespues: Por esa contagiosa positividad que me recuerda a los días soleados en las Tierras Altas, que, aunque escasos, son inolvidables.

Ilia de @hoy_esta_leyendo: Tus historias añaden color a todos nuestros días, como un tapiz celta lleno de historias y leyendas.

Susana de @mislibros_misbebes: Por tu tranquila constancia y amabilidad, tan serena como los lagos escoceses al amanecer.

Mónica de @monicasam.world: Por hacer del humor un idioma universal, tan refrescante como un trago de buen whisky escocés.

Mireia de @dreamingofmimibooks: Tus reseñas siempre me dan el aliento que necesito, como el viento que sopla fuerte y libre en las cimas de las montañas.

Raquel de @vivir._leyendo: Por tu perpetuo positivismo y calor humano, tan acogedor como una cabaña en medio de la nieve.

Maricruz de @mari.csang: Por tu valentía y dedicación inquebrantables, tan férreas como las fortalezas de los antiguos clanes.

Marta de @minedreadings: Tu intuición aguda siempre revela los matices de una historia, como un bardo que conoce todos los secretos de su pueblo.

Anabel Botella de @anabel_botella: Por esa escritura emotiva que abre corazones, tan profunda como las leyendas que se cuentan alrededor del fuego.

Vero de @vdeverolibros: Por mantenerme al día con las novedades editoriales, como un mensajero que trae noticias desde tierras lejanas.

Angela Bennet de @angelabennet.author: Por tu generosidad y ese corazón inmenso, tan vasto como los valles y montañas de Escocia.

@laureleeyescribe: Eres una asistente indispensable, como un fiel escudero en las batallas de las Tierras Altas. ¡No sé qué haría sin ti!

@manuelaramirez_escritora: Por tu belleza eterna y tu apoyo constante, como las antiguas piedras de los castillos escoceses que resisten el paso del tiempo.

Ygritte de @ygritte.berlana: Tu entusiasmo por la lectura alimenta nuestra comunidad, como los ríos que nutren los verdes valles de Escocia.

@villacositas8: Por tu disposición a seguirme y esperar pacientemente, como un Highlander

esperando el momento perfecto para atacar.

@viviendo1000historias: Por compartir mis libros con tus seguidores, como un bardo que comparte historias alrededor del fuego.

@leeresdeguapas: Por tus maravillosas reseñas que siempre me alegran el día, tan brillantes como un amanecer en las Tierras Altas.

@marianabooker: Por tu amor incesante por las letras y por decirme que sí, como un pacto entre clanes en tiempos antiguos.

Eva de @letrasychocolate: Por tu generosidad al compartir mi trabajo, tan dulce como el chocolate que se disfruta en una tarde fría.

Jesica Azpeleta: Siempre brillante, siempre maravillosa, como las estrellas que iluminan el cielo escocés.

@volamosentreletras: Tu opinión es como el viento que guía a los barcos hacia el puerto seguro. Gracias.

@bookstagramer1: Por tu apoyo constante y ese espíritu positivo, tan fuerte como el de un guerrero escocés.

Mrs. Svetaracherry: Tus palabras amables son el bálsamo que calma las heridas de batalla. Siempre me dan un impulso.

María de @maria.12.al: Por estar siempre presente con esa dulzura y apoyo, como la melodía de una gaita que nos reconforta.

@brr.leyendo: Por encontrar tiempo para mis libros en tu ocupado calendario de lectura, como un druida que siempre encuentra tiempo para sus rituales.

Mireia de @la_estanteria_de_mire: Por convertirme en una de tus autoras favoritas, es un honor digno de un brindis con el mejor whisky.

Ana de @aniibook: Por tu apoyo constante y por amar a mis personajes tanto como yo, como si fueran parte de tu propio clan.

Aure de @cazafantasia: Por siempre brindar una perspectiva fresca y emocionante, como las primeras luces del día en un paisaje escocés.

Noemi de @mysticnox1: Tu constancia y amor por la literatura son como las montañas de Escocia: inquebrantables e inspiradoras.

Mónica de @monicairado: Por tus sabias palabras que siempre me elevan, como las águilas que vuelan alto en el cielo escocés.

Laura de @laurabookcase: Por ese amor compartido por las letras y las historias, tan profundo como los lagos escoceses.

Laura de @laurabooksblogger:Por su entusiasmo arrollador y por insuflármelo a tope.

@101 lecturas: ¡Gracias por ser parte de esta historia!

Cecilia de Divinas lectoras: Por ser una crítica incisiva y valiosa, como el filo de una espada bien afilada.

@vivir_leyendo: Tu pasión por los libros es tan contagiosa como las danzas y cantos de una fiesta en las Tierras Altas.

@mi_amante_unlibro: Por ser una constante en mi viaje literario, como un faro que guía a los barcos en la oscuridad.

@buscando.lectura: Por siempre estar dispuesto a explorar nuevas historias conmigo, como un aventurero en busca de tesoros ocultos.

@viviendo1000historias: Tu entusiasmo es como el rugido de un león en la vasta sabana, nunca deja de motivarme.

@_romanticasdelnorte: Por tu amor por el romance y las historias emocionantes, tan

apasionado como un baile bajo la luna.

@missattard: Por ese espíritu libre y tu aprecio por las palabras, como un viento que sopla libremente por las colinas.

@cuandolosmiosduermen: Por encontrar tiempo para mis historias en medio de la ajetreada maternidad, como una madre escocesa que siempre encuentra tiempo para sus hijos.

Isabel P. Moreno: Por ese amor por la literatura y ese ojo crítico, tan agudo como el de un halcón en plena caza.

@dulce_caramelo8: Por ser un oasis de dulzura y apoyo, como las refrescantes cascadas escondidas entre las montañas escocesas.

@bookeandoenlasnubes: Tu pasión por los libros me inspira cada día, como las majestuosas vistas de las Tierras Altas que inspiran a poetas y artistas.

@wendyreviews: Tu crítica constructiva es como el entrenamiento de un maestro espadachín, siempre me ayuda a crecer como escritora.

@marianabooker: Por compartir mis historias con tu público, como los bardos escoceses que llevan cuentos de aldea en aldea.

@leoquemeleo: Por tu apoyo incansable y tu amor por los libros, tan fuerte como el lazo entre un Highlander y su clan.

@come.libros2020: Por siempre mantenerme en tus pensamientos y recomendaciones, como un antiguo mapa de tesoros que se pasa de generación en generación.

@bookstragramer_1: Tu dedicación a la comunidad literaria es como la de un líder escocés, verdaderamente inspiradora.

@mariafrases: Por compartir mis palabras con tanto amor y entusiasmo, como los cuentos que se cuentan al calor de una hoguera.

Mónica de @volando entre libros: Como los valientes guerreros de las Highlands, tu aliento y ánimo han sido un baluarte.

@pilardans: Tu amor por la literatura y la escritura es tan profundo como los misteriosos lagos de Escocia.

@me.leo.toa: Por ser siempre un faro de apoyo y amor por la literatura, como los faros que guían a los barcos en las costas escocesas.

@conlibrosyaloloco1981: Por tu constante apoyo y tus amables palabras, tan reconfortantes como un abrazo en una noche fría.

@salseo_de_libros: Tu entusiasmo es contagioso, como las danzas y canciones de una fiesta en un pueblo escocés.

@tintayletrascirculo: Tu amor por las palabras y las historias es tan profundo como las raíces de los antiguos robles escoceses.

@leerconthea: Por tu apoyo constante y tu amor inagotable por los libros, tan eterno como las montañas de Escocia.

@lecturas_de_sara: Por tu amor por la literatura y tu apoyo constante, como el flujo constante de un río escocés.

@iralybookaholic: Tu pasión por las letras y las historias es un regocijo, como un día soleado en las Tierras Altas.

@amorporlolibros84: Por tu apoyo inquebrantable y tu amor por los libros, tan firme como un castillo escocés.

@maytelizondo: Por tu visión detallada y tu amor por la literatura, como un águila que observa todo desde lo alto.

@yoizna: Tu entusiasmo siempre me inspira a seguir escribiendo, como los vientos

escoceses que impulsan las velas.

@lecturasdesonia: Por tus valiosos comentarios y tu amor por la literatura, tan preciados como un antiguo relicario.

@booksbyclau: Tu apoyo y entusiasmo son como el calor de una chimenea en una cabaña escocesa, realmente invaluables para mí.

@lolatoro_Aleciablue: Por tu amor por las historias y tu constante apoyo, tan leal como un escudero a su señor.

@perdida_entre_libros86: Tu pasión por los libros es como el fuego que arde en el corazón de un guerrero escocés.

@valientegarciamaríajose: Por tu valentía y amor por las letras, tan fuerte como el espíritu de un Highlander.

@laslecturasdeari_: Por tu inquebrantable pasión por la lectura, como las antiguas tradiciones que se mantienen vivas en Escocia.

@paseandoentrelibros: Por siempre hacerme sentir valorada y apreciada, como un tesoro escondido en las Tierras Altas.

@instaromanticreader: Tu pasión por la lectura y el romance es como una balada escocesa, siempre inspiradora.

@aniibook: Por siempre ser una fuente de apoyo y ánimo, como un manantial en medio de un bosque escocés.

@biri.biankis: Por tu entusiasmo contagioso y tus valiosos aportes, como un festín en un gran salón escocés.

@sendra.black.escritora: Tu amor por la escritura y la lectura es como la pasión de un bardo contando historias épicas.

@romanticoslibros: Tu dedicación a la literatura romántica es como una leyenda de amores eternos en las Tierras Altas.

@crazyreadersladys: Por tus reels preciosos y tus pandichachis que siempre llegan a cinco cuando me valoras.

A Sara Alba, mi fiel escudera desde el comienzo de esta aventura. Gracias por prestarme tu vestido de novia (jejeje) y por siempre encontrar un momento para sumergirte en mis letras y dejarme tu valiosa opinión.

A Patricia Machtl porque sus opiniones agridulces, jajaja, que con su espada afilada de comentarios me mantiene despierta, no por eso no, por ser fiel, por leerme, aunque a veces no le guste y sus críticas constructivas (aunque lo de Outlander para adolescentes ha escocido un poco, pero sin acritud, nena)

A Nani Mesa, porque me habla de sueños y yo… Sueño con palabras así y con escoceses de ensueño. Estamos en la misma onda.

A Toñi Cruz, cuyo entusiasmo me recuerda al espíritu indomable de un highlander. Tu primera reseña en las redes fue como el canto de las gaitas escocesas, aliviando el peso de la espera y la incertidumbre de las primeras opiniones.

Y a Montse Muros, la enciclopedia viviente de los musos, tan hermosa como un amanecer en las Tierras Altas. Tu apoyo y sabiduría son el faro que guía mi pluma.

Mi Dubli: Tu constante apoyo y amor por mis historias son como el abrazo cálido de un ser querido después de una larga jornada.

Marta Sebastián: Por estar siempre a mi lado y acoger mis palabras con un amor y dedicación inquebrantables, como el melódico eco de una balada bajo el cielo estrellado de Escocia.

Dulce Mercé: Por siempre compartir mis palabras con tanto amor y dedicación, como un dulce canto bajo la luna escocesa.

Sany Garcés: Por tu pasión por las letras y tu apoyo constante, tan ardiente como el fuego de un campamento.

Ana SP: Por tu visión detallada y tus constructivos comentarios, tan precisos como un arquero escocés.

Yennely Perez: Por tu apoyo inquebrantable y tu amor por la literatura, tan profundo como los misterios de Escocia.

Gemma Herrero Virto: Por ser tú y estar siempre, como las montañas eternas que vigilan las Tierras Altas.

Elena Fuentes Moreno: Por siempre ser una "fuente" de apoyo, como los ríos que nutren los valles escoceses.

María del Mar Fernández Salmerón: Por tu amor por las letras y tu apoyo constante, tan inquebrantable como un escudo escocés.

Sonia Puente: Una escritora como la copa de un pino, cuya grandeza y talento se asemejan a los majestuosos pinos de los bosques escoceses.

Y no puedo olvidarme de dar las gracias a esas lectoras geniales que se han unido mi clan con estas historias de Highlanders y me alegran los días con sus comentarios y me ha hacen reír con su entusiasmo.

Sois geniales.

Rosa Clara Rivero, Chari Llamas, , Paqui Dede, Marisa Mengual, Inma Camino, Pepa Urea, Jessica González, Tamara Sánchez, Katy Kat, Mari Carmen Ruz, Carmen Rodriguez, Aurora Gómez, Isabel Mari Cruz, Tani Montellano, Cristina.r, Laura Sanchéz. Ana Drendes, ,@myclosetlm, María, Ana M.B. Nicol Mendoza, Sabina Shelemmer, @la-cocinillas_de_mi_casa, Jennifer Charles, Sonia Barroso, tremendoo, Charo Berrocal, Beatriz Cánovas González, María Marchena, Cristina Bermejo, Rachel (alfarera_81), Raquel Córdoba, Elena Picó, Julia Ruizmo, Elena Guerra, Raquel Ruizmo, la_cocinillas_de_mi_casa, Laura Lora, María José Selma, Mari Carmen Ramirez, Izaskun Rivas Hernandez, Patricia López Alburquerque, Gloria Benitez Sody (a quién he adoptado), Alicia Blanco, Vivi Iglesias, Mónica de la Cruz, Isabel Fernández, Nieves Jimeno, Lucia Chamorro, Lidia Perez-Barba, lady_romcom

Chicas, me encanta que me habléis, que me busquéis, que me compartáis vuestras opiniones.

Gracias de corazón por ser parte de este hermoso proceso creativo y por confiar en mí para animar vuestras lecturas.

Cada palabra, cada nombre, cada sentimiento compartido ha sido un honor para mí.

Espero que estas dedicatorias resuenen en aquellos a quienes van dirigidas y si no estás y me has ayudado, aunque solo sea con una pequeña palabra, espero que sepas que no te nombro por despiste, no porque no lo aprecie.

Solo dímelo y te uno a este Club de Esco-fanes.

Vuestra Anne, siempre vuestra.

Bibliografía

Historia de Escocia: Una guía fascinante de la historia de Escocia de Captivating History

Breve Historia de Escocia de Ana Barrera

Filosofía en el tocador de Marqués de Sade

Jane Austen. Vida privada en la época de Regencia.

Fanny Hill de John Cleland.

Escocia Misteriosa de Manuel Jesús Palma Roldán.

Guía secreta Escocia Misteriosa

Imperio Británico

https://es.wikipedia.org/wiki/Acta_del_Comercio_de_Esclavos_(1807)

https://es.wikipedia.org/wiki/Clan_MacIntyre

Biografia de Louisa May Alcott

Biografia de Charlotte Brontë

Fashion Timeline.19-th century :: Behance

Scottishish Castle For Hire | Erchless Castle

Castillo de Erchless - Wikipedia

Strathglass Shinty Club - Wikipedia

Glen Affric - Wikipedia

Orgullo y prejuicio - Wikipedia, la enciclopedia libre

Clan Rose - Wikipedia

Clan Chisholm - Wikipedia

Guerras napoleónicas - Wikipedia, la enciclopedia libre

Gentry - Wikipedia, la enciclopedia libre

Jane Austen - Wikipedia, la enciclopedia libre

Alexander Chisholm (MP) - Wikipedia

Roxburghshire - Wikipedia, la enciclopedia libre

qués es el shinty juego - Buscar con Google

Cannich - Wikipedia

Strathglass - Wikipedia

Piedra de Rosetta: la batalla entre Jean-Francois Champollion y Thomas Young por descifrarla (sin la que no conoceríamos la historia del Antiguo Egipto) - BBC News Mundo

Napoleón pasó una noche en la pirámide de Keops en Egipto y se llevó con él un misterioso secreto - Vandal Random

Egiptomanía, locos por los faraones | Cultura | EL MUNDO

5 fuentes GRATIS para usar en tu novela romántica – Cor de Xiz – Autopublicación para autoras

El patito feo - Wikipedia, la enciclopedia libre

Jorge IV del Reino Unido - Wikipedia, la enciclopedia libre

Napoleón Bonaparte - Wikipedia, la enciclopedia libre

Kilt - Wikipedia, la enciclopedia libre

Historia del kilt, el sello de identidad de los escoceses

Así era el manual de sexualidad del siglo XIX

¿Realmente usaban los médicos vibradores para tratar la histeria en las mujeres? - BBC News Mundo

Los vibradores tenían una larga historia como charlatanería médica antes del cambio de marca como juguetes sexuales – Esinsolito.com

Pierre Louÿs - Wikipedia, la enciclopedia libre

30 curiosidades de las plantas - ¡Asombrosas!

"Céilidh", una fiesta tradicional de pueblos gaélicos.

Danza tradicional escocesa | International School Link

Chanoyu, la ceremonia del té japonesa | El Club del Té

▹ ARMADURAS Y VESTIMENTAS SAMURÁI Y SUS CEREMONIAS

Los Juegos de las Highland

Imperio británico - Wikipedia, la enciclopedia libre

Biografía



Anne K. Austen es un seudónimo, y todo lo que rodea a esta autora está envuelto en sombras y misterio. Así que tú, querido lector, que estás sumergiéndote en esta biografía, tendrás que mantener el secreto de su identidad si es que llegas a descubrirla…

Una verdad incuestionable es que Anne nació el 22 de agosto de 19¿? Otra verdad impepinable es que jamás revela su edad y mucho menos desde que hace frente a una importante crisis de los cuarenta ¡Uch!

Nació en Santurtzi (Vizcaya), o ¿fue en Nueva York? Lo cierto que es que sí se fue por toda la orilla hasta un pueblecito de Vitoria que ahora echa de menos porque parar, ha parado poco. Es lo que tiene sentir ganas de comerse el mundo, que uno nunca puede estar quieto.

Desde siempre, su vida ha sido un perenne capítulo lleno de libros. De niña, leía más de lo que hablaba y se refugiaba en novelones quizás demasiado avanzados para su edad. Y es que por leer se lee hasta las indicaciones del champú, luego tiene un montón de información en la cabeza que se mezcla y entrelaza y la vuelve un poco loca, así que la deja salir en forma de tramas y personajes. Cada rincón de su mente es un tesoro de ideas y creatividad, alimentado por años de devorar libros y explorar universos literarios.

A los doce, descubrió el mundo de las novelas románticas, con portadas de hombres musculosos y cabellos dignos de anuncios de champú, y las devoraba como si no hubiera un mañana.

Fue también a esa edad cuando Anne comenzó a escribir sus primeras novelas en folios, con líneas que nunca lograban ser rectas. Compartía estas historias en clase, distrayendo completamente a sus compañeras, hasta que la profesora de lengua confiscó una de sus novelas. Para su sorpresa, ¡la profesora se la leyó y la animó a seguir escribiendo! A los doce, también ganó su primer premio de cuentos y en el 2017 también fue finalista del Premio Literario de Amazon, pero con su otra personalidad, la más seria y dramática.

Con las grandes expectativas, estudió Ciencias Económicas, pero Anne nunca dejó de escribir. En las aulas de estudio, en lugar de prepararse seriamente, se encontraba inventando historias. Es que escritor no se hace, se nace, y es imposible no escribir cuando pasas más tiempo creando mundos que viviendo en la realidad.

Anne es una lectora voraz y amante indiscutible de cualquier género literario, entre ellos, la romántica, de la que se declara acérrima defensora. La capacidad de amar es nuestra virtud más humana y la pasión, su forma de expresarse. Escribir sobre ello la convierte en la mujer más afortunada sobre la tierra y espera poder compartir parte de esa felicidad con sus lectores.

Así que, si alguna vez coincides con Anne y no te responde, no se lo tengas en cuenta. Está en otro mundo, creando. No concibe una vida sin libros, sin historias de hombres que quitan el aliento y te hacen sentir mariposas en el estómago. No concibe una realidad sin irrealidades, porque así es ella: una soñadora, una romántica empedernida que necesita las historias románticas tanto como el aire que respira.

Otras novelas de la autora

Serie Regencia Escocesa:
LAS NOCHES PROFUNDAS DE ADELE



¿Listos para una historia sobre la Regencia? Para ser sincera, aquí, lo convencional se desvanece un poco y lo profundo... bueno, eso te dejará boquiabierto. Pero ¿cómo llegamos a tales profundidades? Hagamos el recuento:

1. **Encuentro Destinado**: Adele, nuestra protagonista, no es de las que se cruzan de brazos. Cuando se topa con un escocés herido y misterioso, no duda en lanzarse al rescate. Caballerosidad en faldas, amigos.
2. **Propuesta Inesperada**: Un barón inglés, no tan caballeroso pero bastante apuesto,

Lord Ashford, decide que Adele es "la elegida". Sí, le suelta la gran pregunta y ella... bueno, eso tendrás que descubrirlo.

3. **Choque de Titanes**: Resulta que el herido escocés, al que llamaremos Balthair Chisholm (porque ese es su nombre), y el flamante prometido son BFFs. Pero cuando Ashford presenta a Adele, los fuegos artificiales explotan... y no precisamente de alegría. Balthair no es fan de la unión y no tiene pelos en la lengua a la hora de expresarlo.
4. **Duelo de Ingenios**: Cada vez que Balthair y Adele comparten escena, es como ver un torneo de esgrima verbal. Chispas, sarcasmo y un tira y afloja de dos mentes brillantes.
5. **De Promesa a Pesadilla**: Ese compromiso soñado con el lord se tuerce en una vorágine de chismes y rumores y... cosas peores, muy peores, poniendo a Adele en la picota de la alta sociedad.
6. **Giro Inesperado**: La salida de Adele a todo esto es acabar trabajando como institutriz para el mismísimo Balthair en Escocia, bajo su... ejem, atenta e intensa mirada.
7. **Las Noches Profundas**: Y aquí, mis queridos lectores, es donde el título cobra sentido. Escocia, un castillo, una institutriz y un laird escocés dominante y testarudo. Las noches se hacen largas, profundas y, definitivamente, interesantes.

Serie Highlanders:

ENTRE LAS PÁGINAS DEL TIEMPO



Catherine, una ávida lectora de romántica, encuentra un viejo libro oculto en un desván que la cautiva de manera irrevocable: una historia de amor apasionada y desgarradora ambientada en las bravas Tierras Altas de Escocia del siglo XVIII.

Sin embargo, este no es un libro ordinario. Mientras se sumerge en sus páginas, el límite entre la realidad y la ficción se desvanece y de forma inexplicable se ve inmersa en el mismo corazón de la trama, en la época y lugar donde se desarrolla la historia.

Allí, en medio de la salvaje y hermosa Escocia del pasado, se encuentra cara a cara con el protagonista de la historia, el apuesto y valiente guerrero, John MacLeod, un hombre por el que cualquiera suspiraría. Pero su encuentro está lejos de ser tan idílico como ella había imaginado mientras leía su historia. Ahora es una extraña, con una mentalidad moderna, que aparece de forma misteriosa en la isla de Skye, generando desconfianza y una multitud de preguntas sin respuesta.

De ser una simple lectora, Catherine se convierte en un personaje de la historia, teniendo que navegar en un mundo desconocido lleno de peligros, secretos y un amor que crece día a día, desafiando las normas de su tiempo.

Descubre en "Entre las páginas del tiempo", cómo la historia puede atrapar a su lectora, cambiando su realidad, desafiándola y permitiéndole vivir la aventura más apasionante y el amor

más intenso que jamás hubiera imaginado.

¿Hasta dónde está dispuesta a llegar por un amor que trasciende el tiempo y la realidad?

BAJO UN CIELO ESCOCÉS



Elizabeth Stanford, una joven inglesa criada entre los refinados salones de la aristocracia, ve su mundo cambiar abruptamente cuando su madre, viuda del conde de Sunderland, se une en matrimonio con el líder del clan Stewart de Appin, buscando proteger su dote de las garras del nuevo Conde.

De repente, Liz se halla en el corazón de las Tierras Altas de Escocia, rodeada de montañas indómitas y tradiciones ancestrales, y en compañía de cinco hermanastros highlanders, hombres tan imponentes como el paisaje que los ha forjado.

La adaptación es un desafío. Las tensiones entre la "inglesa" y los Stewart son palpables, y la repentina muerte de su madre la deja desamparada en un entorno desconocido.

Pero las Highlands le reservan más sorpresas: una noche, una maldición la envuelve, desatando en ella un deseo y una lujuria arrolladora que amenaza con consumirla.

En medio de su angustia, descubre que la solución podría residir en James, su hermanastro mayor, un guerrero de mirada penetrante y honor inquebrantable.

Liz se ve sumida en un remolino de emociones, intrigas y secretos del clan.

Mientras lucha por comprender y controlar la pasión que la controla, se plantea una cuestión esencial:¿puede el deseo superar las barreras del odio y el prejuicio? ¿Es posible que un corazón inglés encuentre refugio en los brazos de un highlander?

Adéntrate en una historia donde la sensualidad y la tradición se entrelazan, creando un puente entre dos mundos que chocan y se desean.

Advertencia: Este libro puede hacer que anheles la pasión y protección de un highlander

obstinado y posesivo. Abre sus páginas bajo tu propio riesgo. Es posible que te sumerjas tanto en esta ardiente aventura que el mundo real se desvanezca.

365 AMANECERES Y UN ATARDECER EN ESCOCIA



En el corazón de las imponentes tierras altas de Escocia, el clan Cameron lleva a cabo un ritual ancestral para garantizar la continuidad y fortaleza del clan.

Cada año, en la festividad de Imbolc, el consejo selecciona a un hombre y una mujer para unirse mediante el sagrado rito del Handfasting.

Durante un año y un día deben compartir sus vidas con la esperanza de concebir un hijo Si no lo logran, sus destinos pueden separarse, liberándolos de cualquier lazo.

Isla, la audaz hija del jefe del clan Cameron, nunca imaginó que sería parte de este ritual. Pero su vida da un giro inesperado cuando su padre decide unirla a Aidan, el capitán de la guardia.

Aidan no es un miembro común del clan; es un MacGregor, pertenece a un clan que ha sido proscrito, por lo que sus miembros están obligados a mantenerse ocultos.

Sin embargo, Aidan ha logrado ganarse un lugar de honor entre los Cameron gracias a su inquebrantable lealtad, su destreza como guerrero y su nobleza. Aunque su exterior es duro e imperturbable y para Isla siempre ha sido un hombre de piedra, sin emociones ni corazón, detrás de esos ojos de acero, hay un alma que pocos han tenido el privilegio de conocer.

La unión de Isla y Aidan no es solo un deber, es una necesidad. El clan MacKintosh amenaza con reclamar a Isla si la unión se deshace en pago a unos territorios que reclaman como suyos.

En este juego de poder y pasión, concebir un hijo se convierte en un desafío, más aún

cuando enemigos ocultos conspiran para impedirlo. Esta tensión los obliga a buscar la intimidad en cada momento y rincón, estrechando lazos que jamás imaginaron.

En las tierras altas de Escocia, donde las lealtades se prueban y los secretos se guardan celosamente, ambos deben enfrentar no solo los desafíos de su unión sino también las sombras del pasado y las amenazas del presente.

Entre robos de ganado, llamamientos a las armas y la inminente guerra, su relación se pone a prueba en cada paso, pero en medio de la turbulencia, descubren una pasión ardiente, una que los consume y los lleva a límites insospechados.

NOCHES DE LUNA ROJA EN LAS HIGHLANDS



En la Escocia del siglo XVI, Ailis Keith, una noble de las Tierras Bajas, educada para complacer y obedecer a su marido, se encuentra atrapada en un matrimonio arreglado con Douglas MacKay, el poderoso laird de un clan del norte.

Douglas, un hombre mayor con ambiciones políticas, anhela un heredero que asegure su legado, pero tiene un gran problema bajo su tartán que le impide consumar su matrimonio.

Cuando Hugh, el hijo ilegítimo de Douglas, regresa de la guerra como un héroe, el Laird ve en él la solución a su dilema. Hugh es fuerte, sano y joven y, lo más importante, de su propia sangre.

Douglas trama un plan peligroso y secreto: que sea Hugh quien dé a Ailis el hijo que él no puede concebir, asegurándose así un heredero legítimo para su clan.

Pero Hugh, un hombre que desprecia profundamente a su padre, rechaza esa orden que lo convierte en un mero semental de cría. Ailis se encuentra en una encrucijada moral y emocional, atrapada entre la obediencia que se espera de ella y la propuesta escandalosa que la coloca en una situación comprometida.

La tensión entre Hugh y Ailis se intensifica a medida que son obligados a compartir lecho y sus encuentros clandestinos e ineludibles se vuelven cada vez menos forzados, aunque más

peligrosos y, sobre todo, prohibidos.

Pero en cada roce, en cada mirada cargada de deseo, Ailis y Hugh descubren que algunas imposiciones pueden ser deliciosamente placenteras.

¿Podrán resistirse a la tentación que amenaza con consumirlos? ¿O se arriesgarán a todo por un deseo que no debería existir?

ENTRE LAS PÁGINAS DEL TIEMPO 2: EL REGRESO: ¿Volverías al pasado en Escocia para recuperar al amor de tu vida?



Tras un desgarrador adiós, Catherine se ve arrancada de la Escocia del siglo XVIII, dejando atrás a Iain Macleod, el ardiente laird de la isla de Skye. Pero cuando un poema ancestral señala un camino de regreso, ella no duda en seguirlo, anhelando reencontrarse con su amor perdido.

Sin embargo, el reencuentro con Iain no es el esperado.

El poderoso líder, que una vez la amó con una pasión desenfrenada, no la recuerda. Ahora, ella debe luchar no solo contra las barreras del tiempo, sino también contra el olvido.

A pesar de que no recuerda a Catherine, el corazón de Iain lleva las cicatrices de una ausencia que nunca ha entendido, pero lo han marcado, haciendo de él un guerrero más fiero, salvaje y deslumbrante que nunca.

Mientras Iain intenta entender por qué esta mujer le resulta tan irresistible, los problemas con los MacDonald resurgen. Y cuando Liam MacDonald vuelve a escena, el instinto protector de Iain se desata, demostrando que algunos sentimientos son más fuertes que el olvido.

¿Podrá el amor verdadero superar las sombras del pasado y las heridas del olvido?

Si te cautivó "Entre las Páginas del Tiempo", esta continuación te hará vibrar, llorar y desear con una intensidad abrumadora.

BAJO LA MIRADA DEL HIGHLANDER



En las profundidades de las Highlands de Escocia, se susurra el nombre de Alexander Fraser, un guerrero implacable y temible, con verdadero temor. Su fama de brutalidad y poder se extiende como una leyenda que aterra incluso a los más valientes. Pero Alexander oculta bajo su fachada de firmeza un secreto que podría destruirlo, un oscuro tormento que emerge con la luna llena.

En este escenario de sombras, Eilidh, una joven criada en el castillo de Lovat, se topa con Alexander en el peor momento posible: cometiendo un asesinato. Aterrorizada y consciente de que su vida pende de un hilo, finge amnesia para protegerse. Pero Alexander, desconfiado y calculador, la arrastra a su mundo y la enreda en un falso compromiso para mantenerla bajo su vigilancia.

Alexander, conocido por su corazón helado y su mirada indomable, descubre en Eilidh una fascinación inesperada. Sin embargo, está decidido a que ninguna emoción lo perturbe. Mientras el engaño del compromiso se despliega, Eilidh se ve sumergida en una vorágine de peligro y pasión, luchando por descubrir los enigmas de su identidad y los secretos que Alexander oculta.

Lo que comienza como un juego de poder se transforma en un tira y afloja de deseo ardiente. La tensión entre Eilidh y el despiadado Highlander arde, traspasando el umbral del miedo y la atracción. Pero Alexander no solo es despiadado, sino también insaciable, y su deseo por Eilidh traspasa los límites de la pasión.

Bajo la Mirada del Highlander es una novela que te sumerge en un torbellino de deseo incontenible y secretos oscuros. Prepárate para ser seducida por la intensidad de un amor que desafía peligros y revelaciones, donde cada encuentro es una promesa de placer sin límites. Una historia que te mantendrá atrapada hasta la última página, donde el erotismo y la pasión se entrelazan con el misterio y la aventura.

EL HIGHLANDER DE MIS SUEÑOS



Lady Amicia de Roslin no es una dama común. Dueña de un ingenio y resolución que desafía las normas, guarda un secreto extraordinario: tiene sueños proféticos. Amicia no solo predice el clima en Escocia (lo cual ya es un súper poder), sino que ve el futuro de toda una nación. Y no cualquier futuro, sino uno lleno de libertad, kilts ondeando al viento, y un hijo suyo con una misión épica: salvar al futuro rey que liberará a Escocia de las garras de Eduardo I de Inglaterra.

Aquí es donde todo se complica. El padre de ese niño no es su esposo (ups), sino el hermano de este, el irresistible y testarudo Laird de los Sinclair, William. Sí, el mismo que años atrás rechazó casarse con ella.

Cuando William llega con la trágica noticia de la muerte del marido de Amicia, ella sabe que el destino ha puesto en sus manos una misión crucial: seducir al hermano de su difunto esposo para cumplir la profecía.

Pero en el juego de la seducción, las reglas nunca son claras. A medida que Amicia intenta enredar a William en sus planes, descubre que la pasión también puede ser un campo de batalla.

En las tierras altas, donde el honor y la lealtad se enfrentan con deseos y misiones inconfesables, Amicia descubre que el que juega con fuego termina envuelto en llamas.

El Highlander de mis sueños es una historia arrolladora de amor prohibido, pasiones desatadas y destinos entrelazados en la Escocia medieval. Entre batallas por el poder, escenarios de ensueño y momentos de intimidad ardiente, acompaña a Amicia y William en su viaje hacia un amor tan peligroso como apasionante.

EL DUQUE MALVADO



Imagina un amor tan intenso y prohibido que incluso el tiempo intenta separarlo. Esta es la historia de Astrid, una mujer apasionada y audaz cuyo destino está en manos de un príncipe y un duque... y el flujo incontrolable del tiempo.

Tras una traicionera acusación y una sentencia de muerte injusta, Astrid es lanzada hacia atrás en el tiempo. Antes de que todo esto ocurriera.

Sabe que, si no cambia el curso de los acontecimientos, estará condenada a revivir su terrible final una y otra vez. Su salvación reside en el hombre más temido del reino, el misterioso y sanguinario Duque de Lothringer, Wenner.

Wenner, un hombre marcado por su reputación, resulta ser mucho más de lo que aparenta. Frío y calculador en público, Astrid descubre en él un hombre apasionado y decidido, cuya feroz protección puede ser la clave para su supervivencia.

Pero ¿cómo puedes seducir a un hombre que todos temen? Y lo que es más importante, ¿cómo puedes evitar enamorarte de él?

"El duque malvado" es una historia deslumbrante de amor y destino, una novela romántica histórica con toques de fantasía y una deliciosa pizca de erotismo. A través de una trama llena de intrigas, pasión y un amor inesperado, Astrid te llevará de la mano a través de su épico viaje para cambiar su destino y encontrar un amor capaz de desafiar al tiempo.

Prepárate para caer bajo el hechizo de Wenner y seguir a Astrid en su viaje lleno de deseo y peligro.